LANGLEY, SÉPTIMO PISO





DAVID McCLOSKEY

salamandra

David McCloskey

LANGLEY, SÉPTIMO PISO

Traducción del inglés de
Jofre Homedes Beutnagel

salamandra

Otra vez para Abby, mi amada,
y para Miles, Leo y Mabel

Aunque tú le seas fiel, la oficina nunca te corresponderá.

Dicho de la CIA

PRIMERA PARTE

La brecha

1

Moscú, en la actualidad

La pluma —una Montblanc con la cápsula de cianuro en el cabezal— estaba en el piso de arriba. «Debería haberla dejado abajo, aunque Alyona estuviera por aquí», se reprochó. Si tenía razón sobre esos dos coches, le quedaba muy poco tiempo. Cerró el cajón del escritorio y levantó a la niña, que estaba en su regazo, para posarla delicadamente en el suelo.

—¡Aúpa, aúpa! —insistió ella, levantando los bracitos y agitando las manos, pero él seguía pendiente de los monitores.

Sin dejar de gritar, le apretó la carita contra el muslo y le dejó unas manchas rojas y pegajosas en el pantalón, que él miró con pánico hasta comprender que era mermelada de fresa: la misma que le había untado en la tostada del desayuno. Normalmente se habría enfadado por algo así. Esta vez, no. Le hizo cosquillas en la barriga y ella se rió tanto que acabó retorciéndose en el suelo, enroscada entre sus pies.

—Ve a buscar a tu madre, mi amor —le dijo con cariño, aunque con un tono lo bastante firme para que obedeciera.

La chiquilla salió corriendo. Demasiado deprisa, como siempre, y casi se dio un coscorrón con el marco de la puerta. La oyó alejarse

hacia la cocina, donde el hervidor acababa de empezar a silbar.

Él volvió a fijar la mirada en los monitores. Los dos coches negros se habían detenido en la entrada. No llevaban matrícula oficial, pero a él no lo engañaban. En cuanto se fijó en el de delante, reconoció el inconfundible triángulo de polvo en la esquina superior derecha de la ventanilla trasera del copiloto: justo ese punto al que nunca llegaban los cepillos del túnel de lavado del aparcamiento de la Lubianka.

En ningún momento se planteó irse con ellos. Aquello lo había decidido hacía ya mucho tiempo. Pero ¿por qué le habían ofrecido siquiera esa opción? «A estas alturas ya deberían haberme puesto una mordaza», pensó. Lo lógico sería que lo tuviesen maniatado con los brazos pegados al cuerpo, sin camisa ni pantalones, mientras le registraban la solapa y los bolsillos con sus manos ásperas. Y, sin embargo...

Se quedó mirando la mermelada que su hija le había dejado en la pernera del pantalón y, finalmente, la retiró con un dedo que luego se llevó a la boca. Era muy empalagosa.

Eran las diez de la mañana de un sábado tranquilo y lánguido en su dacha. Se había saltado el paseo matutino porque Vera y él se habían acostado tarde y habían bebido demasiado, y probablemente los hombres de fuera se habían cansado de esperarlo en el sendero por el que solía pasar.

Habían llegado a la casa por el sendero de entrada, el mismo por el que él acostumbraba a adentrarse en el bosque. El humo de sus cigarrillos se escapaba por las ventanillas entreabiertas. Observó los coches durante unos segundos, atento a la energía que desprendían, y lo que percibió no le gustó nada.

—Vera, tenemos visita —dijo en voz alta—. Ve a recoger fresas al jardín con la niña, así tendremos postre.

Su mujer apareció en la puerta del despacho y fijó la mirada en los monitores.

—¿Tiene algo que ver con Atenas? —preguntó en un tono un tanto brusco, mientras la pequeña entraba atropelladamente tras ella—. No estaría de más que se dignasen explicar por qué te pidieron que volvieras tan pronto.

—No lo sé. Salid al jardín —ordenó él.

—Ahora que se estaba acostumbrando al colegio...

—Al jardín —ordenó.

En los monitores, cinco hombres salieron de los coches, y su mujer se volvió hacia él con gesto de preocupación. Él se levantó con un suspiro, la empujó suavemente y le dio un beso en la mejilla.

—Iré a buscaros cuando se hayan ido.

Entonces levantó del suelo a Alyona, le dio una voltereta en el aire y luego hundió la cara en su pelo, otra vez espeso y brillante tras los tratamientos. Ese gesto le recordó por qué había tomado aquella decisión. Aspiró hondo una vez más y la besó en la cabeza. No se arrepentía de nada. Volvería a asumir ese riesgo. Lo asumiría mil veces si hiciera falta.

La dejó de nuevo en el suelo.

—Te quiero, *klubnichka* mía —dijo.

—¡Papá, que no soy una fresa! —respondió ella moviendo el dedo como si lo regañase, aunque con una sonrisa incontenible.

La pequeña siguió a su madre hacia la cocina y ambas salieron al jardín. Cuando él oyó el portazo, apretó los labios: Alyona no sabía cerrar de otra manera; siempre lo hacía así.

Empezaron a llamar a la puerta principal. Abrió el último cajón del escritorio y arrancó el falso fondo. Apareció un sobre grande que contenía otros más pequeños. En uno de ellos había una carta para Vera. Era una formalidad; sin amor, pero amable y hasta generosa, quería pensar.

Había también veinte sobres para Alyona, sujetos con una goma y acompañados de una etiqueta con la instrucción: «Para que abra uno cada cumpleaños, desde el cuarto hasta el decimoctavo, y luego, cuando cumpla veinte, treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta.»

Otro de los sobres llevaba el nombre de su hijo mayor y contenía una carta escrita con todo el cariño que le permitía la desilusión. Oculto entre los pliegues de esa carta había otro sobre todavía más pequeño con la dirección de un apartamento en Atenas y un buen puñado de sellos. «Echa la otra carta al correo, por favor», le había escrito en una posdata a su hijo, deprisa y corriendo.

Los golpes en la puerta, cada vez más fuertes, se detuvieron de pronto. En los monitores vio que uno de los hombres empezaba a forzar la cerradura.

Fue al cuarto de baño y metió los sobres como pudo en el estuche de maquillaje de Vera. Temió que los descubrieran durante el registro, inevitablemente minucioso, que se avecinaba. ¿Por qué no había tenido la previsión de coserlos en la ropa de Alyona —en el forro de una chaqueta, por ejemplo— si sabía que era lo más sensato? Ya no importaba. No había tiempo.

Mientras subía jadeando al dormitorio de invitados, oyó cómo se abría la puerta de la calle. Se sentó ante el escritorio, viejo y polvoriento, y escuchó los pasos en el recibidor, los murmullos

apagados, el crujido de los peldaños. Por un instante se preguntó cómo lo habían descubierto. Ya nunca lo sabría. En cuanto a los estadounidenses, dudaba que llegaran a averiguarlo algún día. Abrió el cajón del escritorio y cogió la Montblanc.

—¡Mi hija está aquí, animales! ¡Por el amor de Dios! —gritó hacia la escalera.

Un joven corpulento, con los laterales del pelo rapados al cero como un vándalo descerebrado, irrumpió en la habitación. Otro entró detrás y, igual que el primero, abrió mucho los ojos al ver la pluma.

—Vergüenza debería daros —dijo él.

Se metió la Montblanc en la boca y la mordió, hundiendo los dientes en la cápsula de cianuro oculta en su interior. Le volvieron a la mente unas palabras, ya tan lejanas, que Jack le había dicho en Bogotá: «Respiras tres veces tapándote la cara y ya estará, amigo mío.»

Y eso hizo. Inspiró una vez, luego otra... A la tercera ya se habían abalanzado sobre el escritorio y sobre él, estampándolo contra la pared entre gritos y maldiciones. Uno lo puso boca arriba y le arrancó la Montblanc de la boca. Pero para entonces ya estaba muerto.

2

Singapur

Sam Joseph prefería no detenerse demasiado en el significado atroz de las palabras del coronel: la sangre que sería imposible evitar, las vidas que pronto quedarían destrozadas por su culpa... Ya habría tiempo para eso.

Antes tenía que memorizarlas, aprendérselas con absoluta precisión, tal como habían salido de los labios de Gólikov. Utilizaba como palacio de la memoria el cuarto en el que había dormido de niño: cada palabra colocada en orden dentro de las cajas de colores que guardaba bajo la cama, donde siempre tenía sus piezas de Lego.

Pero antes de grabarse el mensaje tenía que asegurarse de haberlo oído bien, y aquello estaba costándole más de lo previsto, aunque él y su interlocutor estuvieran sentados codo con codo en la mesa de bacarrá.

Los dos micrófonos en miniatura alimentados con estroncio que tan bien habían funcionado en Langley se habían estropeado —oh, sorpresa— nada más llegar a Singapur, de modo que no tenía copia de respaldo. Según el perfil que le había pasado el analista, el inglés del coronel era perfecto. No lo era.

Para empeorar las cosas, se había visto obligado a reunirse con él en un casino, justo el tipo de entorno saturado de cámaras en el que menos le convenía encontrarse con un ruso.

Los planos utilizados para coreografiar el «bren» —de *brief encounter*, «breve encuentro»— indicaban que las salas de bacarrá de apuestas altas quedaban lo bastante apartadas de la zona principal y que, por tanto, según el cable que él mismo había redactado, ofrecerían «con toda probabilidad la tranquilidad necesaria». Nada más lejos de la realidad: al otro lado había una hilera de máquinas tragaperras de límite alto cuya sinfonía tenía la sutileza de una armadura rodando por una escalera.

Para colmo, eran las dos de la madrugada de un viernes en el Sands, y alrededor de las mesas no cabía un alma. Era justo el tipo de ambiente animado y febril que tanto les gustaba a los propietarios de los casinos... y también a él mismo, que siempre había considerado lugares así como un segundo hogar. Al menos cuando jugaba por su cuenta.

Aquella vez, sin embargo, el ruido y las cámaras ponían en riesgo la operación justo cuando menos margen de maniobra había. Le pidió al coronel que repitiera lo que acababa de decir. La voz del ruso era tan áspera como si acostumbrara a tragar esquirlas, pero por suerte su inglés bronco se ralentizó, aunque parecía ligeramente irritado.

Él sonrió como si el comentario hubiera sido un chiste y se apartó un poco para examinar sus cartas mientras asimilaba el mensaje. Tenía diez mil dólares de dinero público en la mesa. En ese sentido, las advertencias del Departamento del Tesoro habían sido claras y

rotundas, aunque al final resultaran ineficaces: debía extremar la atención y reducir las pérdidas al mínimo.

Deslizó la mano izquierda por debajo del borde de la mesa y dejó en el regazo del ruso la tarjeta de su habitación con el número escrito a mano. Al mismo tiempo, con la derecha, deslizó las cartas hacia el crupier.

—Dos horas —susurró.

Si hubiera creído que los estaban vigilando no habría hecho nada parecido; pero durante un instante fugaz, mientras el ruso guardaba la tarjeta en el bolsillo, lo asaltó la incertidumbre. ¿Y si alguien los tenía en el punto de mira?

El coronel apostó y perdió. Juntó las cartas, las dejó sobre el fieltro verde de la mesa y apuró de un trago sus dos buenos dedos de whisky.

—Ya está. Se acabó —dijo cortando el aire con un gesto.

Le lanzó un par de fichas de propina al crupier y dio unas palmadas en la mesa mientras se levantaba. Luego saludó al resto de los jugadores, les deseó suerte y se marchó.

Él lo vio barrer la sala con la mirada. «Está asustado, como tiene que ser», pensó. Un punto a su favor. Los únicos que traicionaban sin llegar a sudar eran los desequilibrados, los sociópatas y los megalómanos.

A él no le gustaba el bacarrá: puro azar, cero habilidad. Ya había perdido cincuenta mil dólares del erario público en dieciséis minutos. Las siguientes manos pondrían en juego los veinte mil que le quedaban. En ese momento le preocupaba mucho más el papeleo con los de Tesorería que las repercusiones de lo que acababa de decirle Boris Gólikov.

Dedicó los diez minutos siguientes a salir del agujero, reduciendo las pérdidas a treinta mil. Después, tras dejarle al crupier una propina miserable —que luego tendría que justificar en términos operativos ante los plastas de Tesorería—, cruzó la sala de apuestas altas y salió al corazón palpitante del casino: un atrio central inmenso, lleno de mesas coronadas por imponentes esculturas doradas.

Comprobó si a simple vista reconocía a algún matón o a algún miembro de la delegación comercial del coronel, pero con tanto ruido era imposible saber si Gólikov o él estaban siendo vigilados. Y, en realidad, tampoco veía cómo evitarlo.

Pidió un café y se dio una vuelta por el casino haciendo algunas paradas: el baño; la mesa de blackjack —donde jugó unas cuantas manos— uno de los bares... No notaba nada extraño. Se encontraba bien, pese a las cosas horribles que le había dicho el ruso. Aún no había asimilado sus palabras. Además, estaba en plena misión, siguiendo un guión minucioso cuyo doble propósito era proteger al agente y obtener la información. Analizarla no le correspondía. Bastante carga llevaba ya en la cabeza. Tenía que limitarse a calibrar la presión de cada momento y lo que eso implicaba para el desarrollo del operativo.

Subió a su habitación con un gin-tonic al que no le había dado ni un solo sorbo. Lo vació en el lavabo. Luego sacó al pasillo la bandeja del servicio de habitaciones, colgó el cartel de NO MOLESTEN en el pomo y encajó una servilleta bajo la puerta. Era la señal de seguridad que él mismo había propuesto durante los escasos segundos de conversación indirecta que había logrado mantener con

Gólikov. Finalmente, cerró la puerta con cuidado para no mover la servilleta, y dejó visible sólo una punta.

Su maletín tenía un compartimento lateral secreto, del que sacó una bolsa hermética revestida con un material parecido al papel de aluminio. Abrió la cremallera, barajó los billetes con el pulgar y dejó la bolsa en el mueble junto al televisor. Cien mil dólares: el anticipo autorizado si la información del ruso valía realmente la pena. Origen de otra guerra con Tesorería.

Había dispuesto en la mesa de centro una botella de Russian Standard, dos vasos y algo de picar: aceitunas, frutos secos, patatas chips, palomitas... Guardó los bolígrafos y las libretas en el cajón de la mesa: la CIA había decidido que aquélla sería una sesión sin notas para no poner a Gólikov al límite. «Si intenta vendernos lo que sospecho ya llegará bastante alterado», le había dicho el jefe.

Se dispuso a esperar, cosa que no se le daba nada bien, como sabían tanto él mismo como la comisión evaluadora (aunque ésta lo hubiera formulado por escrito en términos algo distintos: «tiene dificultades con el control de sus impulsos»). Los golpecitos de su pie en la alfombra seguían un ritmo acelerado. Ya no quedaban palomitas. Después de acabarse el cuenco, lo había guardado en el armario para no dar la impresión de haber empezado a comer sin su invitado. Se sentó en la silla del escritorio, lejos del aperitivo que había preparado.

Una hora después, se incorporó al oír el clic de la tarjeta en la cerradura y el ¡clac! del tirador. Entraron dos hombres a los que no había visto en su vida, ambos con traje, recorriendo la habitación

con la mirada en busca de amenazas: otras personas, armas o cualquier cosa que él pudiera convertir en una. Se movían con la soltura de quien acostumbra a irrumpir en habitaciones ajenas.

Él retrocedió despacio hacia el escritorio. El pie de la lámpara era de mármol.

—Salgan de mi habitación —dijo retrocediendo medio paso más hacia la lámpara.

—Samuel Joseph —dijo el rubio en un inglés muy marcado.

Esa frase le despejó la duda: eran rusos. Valoró por cuál de los dos empezaría. Eran parecidos en estatura y complexión; les buscó debilidades en la mirada y se decidió por el moreno.

Mala elección: el moreno sacó una pistola con silenciador y lo apuntó.

—Si te mueves, disparo. No dudaré. Siéntate, Samuel Joseph.

Él tragó saliva y obedeció. Seguro que habían usado la tarjeta que le había deslizado al ruso bajo la mesa. ¿Para qué lo querrían a él, si ya tenían a Gólikov?

—Mucho vodka para uno solo —dijo el rubio cogiendo la botella de Russian Standard—. Para un estadounidense, yo creo demasiado.

El moreno lo rodeó hasta perderse a su espalda mientras el rubio tomaba asiento en una silla frente a él.

Oyó la cremallera de su maleta al abrirse y el ruido de ropa y zapatos cayendo en desorden al suelo.

—Tengo un problema con la bebida —dijo intentando mirar de reojo para ver qué hacía el moreno y topándose con el cañón de su pistola, que le decía: «Mirada al frente.»

El rubio chasqueó los dedos.

—Aquí miras. Si no, sí que tienes problema.

—Creo que os habéis confundido de habitación —dijo él.

—¿Por qué tú hablas con Boris Gólikov?

Volvió a oír una cremallera: el moreno había encontrado la bolsa del dinero. Vio cómo el rubio abría los ojos un poco más y extendía la mano. Cuando su compañero le pasó el fajo, lo dejó caer sobre la mesa.

—¿Esto para Boris?

—Estamos en un casino —le respondió él—. Es para jugar. ¿Quién demonios es Boris?

—¿Qué dijo Boris en la mesa?

—¿Quién es Boris? —insistió.

—Mira, nosotros no pacientes —repuso el rubio—. Tú ves, tú sabes. Tú trabajas CIA, también sabemos esto. Y sabemos Boris quiere hablar. Esta noche te has sentado con él. Lo hemos visto. Y aquí está la cosa: necesitamos saber qué dice, todo entero. Entonces nosotros nos vamos; limpio, tranquilo. —Se frotó las manos, como quitándose el polvo—. Si tú haces tonto, puede ser problemas, ¿vale?

—¿Boris es el ruso que estaba en mi mesa? ¿El que ha acabado desplumado? —preguntó él—. Pues no tengo ni idea de quién es ni por qué estáis aquí. Venga, fuera.

—No haces tonto, Samuel Joseph. Dinos qué dice Boris.

—Yo a Boris no lo conozco —repitió Sam.

El rubio miró a su compañero. Era un tipo de mirada que él conocía bien; la había visto en agentes, en policías y en jugadores de póker al otro lado de la mesa: la mirada de quien acaba de decidirse. Cogió uno de los cuencos y lo lanzó hacia el techo.

Los seres humanos tienden a fijar la vista en los objetos lanzados por los aires.

Mientras veía derramarse los frutos secos por el suelo como si estuviera en trance, percibió un movimiento rápido a su espalda y sintió un pinchazo en el hombro. De pronto, el calor le inundó el tronco y las extremidades. Cuando la oleada llegó al cerebro, la cabeza empezó a pesarle demasiado, como si el cuello ya no pudiera sostenerla. Un segundo después, se desplomó sobre la botella de vodka.

3

Langley, Virginia

Artemis Aphrodite Procter entornaba los ojos para contemplar los reflejos anaranjados del sol naciente en la superficie trémula de su cerveza. Pasó la tarjeta por la barra y, tras indicar que no cerraran la cuenta, cogió el vaso y fue a sentarse en el reservado de siempre a esperar a Theo. Era asidua del Viena Inn, pero solía aparecer por allí de noche y, pese a su fama de tener costumbres disolutas, jamás había pedido alcohol a la hora del desayuno, Dios la librase. Medio vaso desapareció de un trago, y el resto cuando sonó la campanilla de la puerta, empujada por Theo Monk. En cuanto su viejo amigo llegó a la mesa, ella alzó el vaso vacío.

—Tengo la cuenta abierta.

Theo se quedó mirando el vaso antes de acercárselo a la nariz con una sonrisa burlona. Se fue, volvió con otros dos y deslizó uno hacia ella mientras se encajaba entre el banco y la mesa. Palpó la arrugada americana de tweed de su colega: la misma del día anterior.

—¿Qué? ¿Has dormido en cama ajena?

—Ojalá. Hace una hora que he salido del despacho.

Con una mirada de reproche a esas cervezas tan tempranas, un camarero al que ella no conocía dejó las cartas sobre la mesa. Theo pidió sin consultarlas: tostadas, beicon y huevos fritos.

—Hoy, desayuno líquido —dijo ella, apartando las cartas hasta el borde de la mesa.

—¿Nada aún de Singapur? —preguntó Theo cuando el camarero se alejó.

—Ni pío. Los de la Estación están moviendo hilos en el Sands.

—Hay muchas formas de interpretar lo que está pasando, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero todas con mala pinta.

Theo miró por la ventana mientras se tomaba gran parte de su cerveza. Beber con él era algo que ella llevaba haciendo a salto de mata, y en distintos puntos del planeta, desde hacía ya un cuarto de siglo. El alcohol lo convertía en un camaleón: locuaz o mudo, taciturno o jovial, amable o cruel... podía serlo todo, y a lo largo de una sola sesión, adoptar cualquier combinación imaginable, incluso mezclas anárquicas. En los últimos años, sin embargo, había ido imponiéndose el silencio. Su amistad se remontaba a los tiempos de la Granja y, en veinticinco años, se habían dicho casi todo lo que había que decirse, además de muchas cosas que más les habría valido callarse.

La comida llegó enseguida. Cuando él empezó a mojar el beicon en las yemas, ella se levantó con el vaso vacío en la mano, pero a los dos pasos se detuvo, lo dejó sobre la barra y pidió un café.

—Seguramente sea lo más sensato —dijo Theo cuando ella volvió a sentarse—. No sería muy conveniente que te cogieras una turca en

tu primera sesión informativa con Finn Gosford, el flamante director, y su subdirectora de operaciones, Deborah Sweet.

—No sé qué decirte —respondió ella, apartando el café—. Si voy sobria, igual me da por sincerarme con la subdirectora y decirle que flipo de cojones de que manden ellos dos. Y ya me dirás qué coño voy a contarles sobre Rusia... ¿Cuánto tiempo llevan en el cargo? ¿Una semana? Sólo una semana y ya se ha armado la de Dios es Cristo.

—Bueno, Artemis, tampoco es que cueste mucho armarla; tú lo sabes mejor que nadie —dijo él contemplando el trozo de beicon chamuscado y embadurnado de yema.

—¿Y tú, hace cuánto que no hablas con Finn? —preguntó ella.

—No lo sé. Diría que la última vez fue unos seis meses después de lo de Afganistán. Por entonces Finn era un héroe, ya sabes... todo el mundo lo tenía en un pedestal.

—Un héroe... —murmuró ella—. Tócame los huevos.

—Prefiero tocarte otra cosa.

—Ya lo has intentado alguna vez —susurró ella, mirando el vaso vacío—. En mi caso, calculo que lo último mínimamente serio que les dije fue justo después de Afganistán, en el hospital de Landstuhl, mientras me recuperaba. No fui a la fiesta de despedida del servicio activo de ninguno de los dos.

—No te invitaron, que no es lo mismo —se vengó él.

—¿Y a ti sí?

—Pues claro que no.

Ella dio unos sorbos al café mientras él pasaba la tostada por la yema como si fuera una bayeta.

—Igual Sam está de juerga —aventuró masticando un trozo de corteza—. O ha tenido un accidente. O se ha largado con una puta con corazón de oro. O ha robado el dinero para su colección de reptiles. O se ha puesto hasta el culo de coca.

—Tú a Sam no lo conoces, y encima eres medio gilipollas. O se ha escondido, o está muerto, o lo tienen los rusos. Y, con cada hora que pasa, bajan las probabilidades de que sea lo primero.

Él dio otro mordisco antes de cambiar de tema con una mueca y un leve asentimiento.

—¿Ya han puesto al día a los nuevos jefes sobre Singapur? —preguntó—. Han pasado tantas cosas que no recuerdo si el tema salió cuando ellos dos estaban en Nueva York.

—Sí. No sé si con todos los detalles, pero por encima, sí.

—Bueno, seguro que serán muy comprensivos. —Esbozó una sonrisa—. Total, Finn y Debs son colegas.

Procter sonrió por primera vez en casi dos días. Él dejó la servilleta sobre el plato vacío.

—Será mejor que vayamos tirando. Antes de meternos en la trituradora, conviene que nos pongamos de acuerdo con Mac y Gus.

Cuando llegaron a la cuarta planta y entraron en el despacho de Mac Mason, jefe de operaciones de la Casa Rusia, lo encontraron en la postura más propia de un agente de la CIA: encorvado ante el ordenador, leyendo los cables que iban entrando.

Mac tenía la piel morena, unas orejas grandes que le daban un aire afable y el pelo canoso de siempre —«siempre» entendido como todo el tiempo que los tres llevaban trabajando juntos. Habían

estado en la misma promoción en la Granja y, en Afganistán, los tres habían matado y habían estado a punto de morir juntos, codo con codo.

Cuando Mac giró la silla, Procter vio que había estado a punto de estampar el puño contra la pantalla del ordenador. Al menos él había pasado unas horas en casa aquella noche, no como ella; se le notaba en la camisa blanca, recién planchada, aunque se le veía el cansancio en los ojos.

Procter y Theo se sentaron al otro lado de la mesa, pero él ni siquiera los miró. Con gesto preocupado, dejó vagar la vista entre el ordenador y el cuadro de un lobo al acecho que estaba colgado en la pared.

—¿Qué tal? —preguntó ella por fin.

En ese momento entró alguien más en el despacho: Gus Raptis, recién llegado de Moscú, donde su estancia como jefe de estación había terminado antes de tiempo. Era otro compañero de promoción en la Granja.

—¿Has leído esto? —le dijo a Mac, como si el estrés y su correspondiente visión de túnel le impidieran ver a Procter y a Theo.

—Es de locos —dijo Mac.

—¿Qué coño pasa? —saltó Procter.

Gus se volvió hacia ella con una expresión de perplejidad que enseguida se transformó en rabia.

—Que Bucanero ha muerto. El dato nos ha llegado esta noche por SIGINT. La información es muy fragmentaria, pero en uno de los fragmentos se oye a un lacayo del Kremlin decirle a un colega que un oficial del SVR recién llegado de Atenas se suicidó cuando iban a detenerlo

Mac se volvió hacia el ordenador y leyó el cable:

—En la intercepción, el lacayo dice que circulaban rumores de que a Bucanero lo habían repatriado por sospechas de espionaje.

Raptis se quitó las gafas de un tirón y las dejó sobre la mesa.

—Mierda. Mierda.

A ella se le encogió el estómago. Era apenas la tercera vez que lo oía soltar una palabrota en casi tres décadas, y recordaba bien las otras dos: en Afganistán, con una bala en el hombro; en Georgetown, unos quince años antes, cuando resbaló en el hielo después de que consiguieran emborracharlo por última vez... y ahora allí, en la quietud del aire reciclado de la Casa Rusia, pensando en la calamidad que empezaba a tomar forma ante los ojos de la Bratva.

Bratva: así los llamaban a ellos cuatro —la mafia de la Casa Rusia — dentro de la CIA.

Mac Mason, jefe de operaciones; Theo Monk, contrainteligencia; Gus Raptis, aparcado ahora en Langley, pero, hasta hacía muy poco, al frente del trabajo de campo en Moscú; y, por último, ella, Artemis Procter, en Moscú X, responsable máxima de los programas secretos —sucios, sí, pero gloriosos— cuyo objetivo final eran Putin y sus esbirros.

Desde los tiempos de la Granja, sus caminos habían zigzagueado en todas direcciones, pero habían logrado seguir siendo amigos.

—¿Aún no hay noticias de Singapur? —preguntó ella.

Mac negó con la cabeza.

—La Estación cree que los singapurenses acabarán soltando las grabaciones de las cámaras del casino, pero puede que tarden. Por lo demás, silencio absoluto.

Se sentó con los otros alrededor de la mesa de madera falsa y les repartió el orden del día que habían preparado hasta altas horas de la noche anterior para la reunión con el director. Cogió un boli rojo y empezó a tachar.

—Vamos a ver. Dentro de una hora, en el séptimo piso, arranca la primera sesión informativa oficial sobre Rusia con... —Carraspeó antes de seguir— nuestros viejos amigos Finn Gosford, director, y Deborah Sweet, subdirectora de operaciones. —Dijo los cargos con un sonsonete sarcástico, luego volvió la cabeza hacia la papelera y escupió—. Y, claro, como somos tipos con suerte, sólo podemos llevar problemas: un bren que se ha ido al traste en Singapur, un agente desaparecido y un activo muerto en Moscú.

—Nos lo harán pagar a hostias —dijo Gus.

—Las hostias nos caerán sólo por aparecer por allí —dijo Theo.

—Joder, si es que tendrán que elegir por dónde empezar a machacarnos —concedió ella—. Hay tantas cosas... no sé cuál es peor.

4

Langley

La «reunión» —más bien un rapapolvo burocrático disfrazado de sesión informativa con el inocuo título de «Informe especial al director sobre Rusia»— empezó puntualmente a las nueve. Había menos gente de la habitual en sesiones como ésa porque el jefe de gabinete de Gosford había dejado claro que quería ver sólo a los cuatro de siempre: «Nada de mindundis, por favor.»

Procter, Mac, Gus y Theo entraron en la antesala del despacho de Gosford, en el séptimo piso. La vigilaba el DPS, el servicio encargado de la seguridad del director. Daba al pasillo principal, que atravesaba los despachos del personal subalterno, y estaba decorada con muebles nuevos, fruto de una reforma reciente. Procter se sorprendió al ver que periódicos y revistas estaban al día, algo insólito en cualquier sala de espera de la CIA.

Aun así, se sentía fuera de lugar. Aquel espacio era ahora la antesala de Finn Gosford, instalado en el séptimo piso. Si alguien le hubiera dicho años atrás que acabaría allí, esperando a que Finn la recibiera, habría contestado que era más probable despertarse un día envuelta en una alfombra. Y, teniendo en cuenta a lo que se dedicaba, tampoco era tan inverosímil...

En realidad —pensó—, tendría que ser ella quien ocupara el despacho del séptimo piso; aunque, para que la nombraran directora, primero tendrían que formarse glaciares en el infierno.

No quedaban asientos libres. Es habitual que las sesiones de puesta al día se acumulen durante la primera semana tras la llegada de un nuevo director. Incluso el pasillo de al lado estaba lleno de analistas. Sin sitio donde sentarse, se apoyaron en la pared hasta que, veinte minutos después, salió un grupo del Centro de Misiones en Oriente Medio con la cara de quien acaba de ver estallar una bomba en plena sesión. O, como dijo luego Theo, como si el director se hubiera bajado los pantalones.

Gosford y Sweet cruzaron el pasillo desde la sala de conferencias hasta el despacho del director.

—¡La siguiente la haremos en el despacho! —le dijo Gosford en voz alta a uno de sus asistentes especiales.

Acto seguido les dijeron a ella y a los suyos que pasaran, y los cuatro dejaron atrás la sala llena de analistas, cuyo nerviosismo se traducía en murmullos constantes y cambios de postura, como cabestros que de pronto se dan cuenta de que van camino del matadero.

La presencia de ella casi siempre generaba rechazo en las salas de reuniones. Estaba más que acostumbrada, pero al entrar en el despacho notó una virulencia que no recordaba. Nadie le sonreía. Las miradas se apartaban y los apretones de manos eran tensos y fríos como si entre ambas manos se agitara un pez. ¿Dónde quedaban los abrazos cálidos entre viejos camaradas? ¡Ni que tuviera las palmas embadurnadas de mierda o llenas de hongos visibles a distancia!

Tras los saludos de rigor, y en un clima de agotamiento general, la Bratva tomó asiento frente a Gosford y Sweet; o, como ella los conocía en otros tiempos, Finn y Debs.

Pensó que apenas habían cambiado. Tenían buen aspecto. Qué decepción. Eran sus enemigos íntimos, y le habría encantado comprobar, una década después, que estaban más gordos o más calvos, o que habían perdido alguna extremidad por culpa de la diabetes, la gota o alguna infección exótica insoportablemente dolorosa. Eran el tipo de rivales a los que una desearía encontrarse de capa caída en una reunión, casi tocando fondo, sólo por el placer de verlo.

Y al mirarlos con más atención comprobó que aún era peor. Se los veía incluso más bronceados y con menos arrugas. (¿Bótox? No podía ser otra cosa.) Ya no tenían bolsas bajo los ojos: parecía que todas habían ido a parar al lado de la mesa donde se sentaba la Bratva.

Gosford seguía con su casquete negro de siempre, Sweet llevaba la misma melena profesional a la altura de los hombros. Seguro que el reloj del primero costaba más de lo que ella ganaba al año, aumento incluido. La otra, enfundada en un vestido blanco sufragista, ceñido y a medio muslo y rematado con una especie de capa, le pareció más en forma, como si en la última década por fin se hubiera deshecho de aquellos siete u ocho kilos de sobrepeso tan propios del Medio Oeste.

Había motivos muchísimo más serios para odiarlos, pero, por ahora, a ella le bastaba con ésos.

La primera metedura de pata de la reunión —aunque no la única, ni mucho menos— corrió a cargo de... pues del pobre Gus.

—Bienvenido y enhorabuena, Finn —dijo.

—Señor director —lo corrigió Gosford mirándolo por encima del triángulo formado por sus dedos, en plan profe gilipollas.

Sintiéndose escrutada por Sweet, Procter levantó la vista y trató de sonreír; para su sorpresa, la otra intentó devolverle el gesto, aunque en ambos casos aquello se parecía menos a una sonrisa que a una mueca. Parecían dos personas estreñidas compitiendo por sostenerse la mirada, hasta que Gosford tomó la palabra y Procter se rindió con mucho gusto.

—Soy consciente de todo lo que hemos compartido, pero es importante que nos tratéis, a mí y a la señora Sweet, como a vuestros superiores. Yo soy el nuevo director y ella, la nueva subdirectora de operaciones. Si no mantenemos la jerarquía, parecerá que hay favoritismos.

Ninguno de ellos asintió ni acusó recibo de esa afirmación de ningún otro modo. Procter intuyó que, si hubieran dejado la propuesta encima de la mesa, más de uno ya se habría marchado sin firmarla.

—Dicho lo cual —añadió Gosford, rompiendo el silencio mientras se apoyaba en el respaldo y se recolocaba la corbata—, esto es... de locos. Reconozcámoslo: de locos. No hay otra manera de decirlo. Todos juntos otra vez. El mundo es un pañuelo, ¿eh? ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? ¿Desde Afganistán? Seguramente. Más de una década. Vaya por Dios... Bueno, ya buscaremos otro momento para ponernos al día. —«¡Mierda! ¡Espero que no!», pensó Procter—. Lo siento, pero hoy no tengo ni un minuto. Vayamos al grano.

Mac y Gus tomaron la palabra y expusieron lo que sabían sobre la misteriosa muerte en Moscú. La parte de Singapur correría a cargo de Procter, que intervendría cuando ellos terminaran. «Es tu operación, Artemis», había dicho Gus, con el tono de quien se quita de encima una patata caliente.

La tensión inicial no hizo más que aumentar. Justo cuando Mac respondía a una pregunta de Sweet sobre si estaban seguros de la muerte de Bucanero —«Prácticamente seguros», contestó, y agregó un «señora directora» farfullado a destiempo—, Gosford estalló, como en los viejos tiempos en el Centro de Contraterrorismo.

El Gosford de aquella época se atribuía el mérito de operaciones en las que apenas había participado, cargaba todos los problemas sobre Sweet y, de vez en cuando, perdía los nervios con sus subordinados por desaires mínimos, cuando no imaginarios. Para Procter, Finn Gosford era, ante todo, un político; y «político», en sus oídos, sonaba a la peor de las infamias.

—¡Madre de Dios! —exclamó Gosford—. ¿Y cuántos informadores quedan?

Mac hizo los cálculos mirando al techo.

—Dos internos, tres externos y cinco o seis que llevan inactivos por lo menos un año.

—¿Y el tal Bucanero era el mejor que teníamos? —preguntó el nuevo director.

—Con diferencia —contestó Procter, ganándose una mirada de reproche por haberse tomado la inconcebible licencia de intervenir—. Antes de que lo mandaran a Atenas, era nuestro activo de mayor graduación dentro del SVR.

—Me acuerdo de esa fuente por los informes de la semana pasada —dijo Sweet, hojeando un fajo de papeles—. Lo de Singapur, que comentaremos dentro de un momento, se parece a lo que Rémora nos dijo hace tres días, ¿verdad?

—A ver, a ver, para el carro —dijo Gosford de mala manera—. ¿Quién es Rémora?

Seguía esforzándose, como siempre, por controlar unas conversaciones que se le escurrían de las manos.

—Uno de los activos a mi cargo —respondió Theo, palideciendo—. Un coronel, subdirector del Quinto Departamento del SVR. El de Europa.

—Lo recibimos hace pocos días... —intervino Sweet aún hojeando los papeles. Cuando encontró lo que buscaba, se puso unas gafas color mostaza, se humedeció el pulgar y pasó de página. Luego, sin levantar la vista, añadió—: Rémora mencionó una serie de vaguedades sobre posibles amenazas contra ciudadanos estadounidenses en Asia. La información no era... —Carraspeó alzando la cabeza hacia Gosford— digna de ser considerada.

Su mirada pareció convencer al director de que el tema no daba más de sí.

—Me han dicho que tenemos un problema en Singapur.

La otra se quitó las gafas, con las que señaló a Procter.

—Ella te pondrá al día sobre eso.

«Me ha llegado el turno de pringar», pensó Procter levantando la vista ella también. Qué se le iba a hacer. Los primeros minutos los dedicó a explicar que un topo del Kremlin, un tal Gólikov, había usado una desconexión para hacer llegar una carta a la Estación Moscú. Estaba de viaje oficial por Extremo Oriente con una

delegación rusa que recorría la zona en busca de socios dispuestos a ayudarlos a saltarse las sanciones. Y como le pirraba el juego, y ellos lo sabían...

—Me han dicho que enviaste a un agente que en ese momento estaba aparcado en la central —la interrumpió Gosford—. ¿Por qué no recurriste a alguien que ya estuviera destacado allí?

—No quería arriesgarme a quemar a nadie de la Estación, y tampoco meter a los singapurenses, que son un coladero. Al final, Pekín se entera de casi todo. Así que...

—Así que te pareció menos peligroso endosarle el asunto a un agente caído en desgracia —dijo Sweet—; ludópata, para más señas, y con la cabeza llena de muchos de nuestros secretos mejor guardados. Y de repente... ¡puf!, ha desaparecido. Él y más de cien mil dólares del contribuyente.

—Eh, eh, un momento —repuso Procter—. Sam es jugador profesional de póker, o lo era. De ludópata nada. Tenía una tapadera perfecta para el viaje a Singapur y motivos de sobra para sentarse al lado de Gólikov. Que fue lo que hizo. Luego ya...

La otra volvió a la carga.

—¿Desertó? ¿Se ha ido de parranda? ¿Se lo está jugando todo? ¿Qué?

Francamente, no servía de nada discutir con ellos. Razones tenían, sobre todo Sweet. Lo que ella le había hecho en Afganistán tenía delito. Con el tiempo, la tortilla se había dado la vuelta y los que ahora repartían estopa, con ganas y a dos manos, eran los del otro bando. Para los nuevos jefes, ella era simple y llanamente odiosa. La odiaban a muerte, y a sus tres amigos también, aunque con bastante menos fervor.

Gosford y Sweet eran políticos, y ella, la pesadilla de cualquier político: una extremista competente, inmune a las chorradas y sin intención de agachar la cabeza ante nadie, ni siquiera cuando lo aconsejaba el sentido común. En caso de necesidad, los otros tres miembros de la Bratva no habrían dudado en lamer culos si hacía falta, cosa que a ella, pese a ser una persona de amplio criterio, siempre le había dado cierta grima.

Sí, Artemis Aphrodite Procter generaba mucho odio; un odio que, a su juicio, hablaba invariablemente a su favor.

—Ha desaparecido —fue lo único que dijo—. De momento no sabemos nada más.

—Recapitulemos —dijo Sweet—. Hay dos posibilidades. La primera es que hayas metido a un agente caído en desgracia y con problemas de ludopatía en una trampa montada por los rusos, y la segunda, que se haya fugado con una pequeña fortuna pagada por el contribuyente y se la esté puliendo ahora mismo en el casino.

—Lo ocurrido en Moscú, con la muerte de Bucanero —dijo Mac—, apunta a lo primero: una trampa.

En ese momento se abrió la puerta del despacho y apareció una mujer. Gosford y Sweet se irguieron en sus asientos y los demás volvieron la cabeza. Era Petra Devine, jefa del organismo técnicamente llamado Unidad de Investigaciones Especiales, aunque todo el mundo los conocía como los dermatólogos, o los derms: los cazadores de topos de la CIA. Todas las agencias de espionaje del mundo han tenido, y tienen, a una mujer mayor al frente de su brigada antitopos. La de la CIA llevaba un vestido largo y mal confeccionado, un chaleco gris estrafalario y unas gafas de culo de botella. Su maraña de pelo gris y aquella papada de pavo le daban

un aire severo y casi beato, pero no hacía falta que la agitara mucho para entender que no estaba allí para tocar el órgano ni coordinar el pícnic parroquial. La jefa de Dermatología era una mujer de lealtad férrea, con décadas de servicio a sus espaldas y cero olfato político. Los derms construían matrices endiabladamente complejas para detectar anomalías en los informes de inteligencia, siempre en busca de un denominador común o de alguna pista velada que explicara la desaparición o caída de alguna de las fuentes. Procter había visto la matriz de Petra: un mapa enrevesado de una carretera que no llevaba a ninguna parte.

Vio cómo Sweet torcía el gesto mientras la otra tomaba asiento.

—Creía que te habíamos tachado de la lista de invitados a esta reunión —dijo.

Petra la miró un momento.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —respondió con sarcasmo.

Gosford la miró cerrando un ojo, como si fuera el tipo de bicho que se observa mejor por un visor —telescopio, microscopio o rifle, a elegir—, y por un momento Procter pensó que la obligaría a disculparse como había hecho con Gus al inicio de la reunión. Casi lo deseaba: aquello haría que el encuentro estallara por los aires y el hongo resultante eclipsaría su gresca con Sweet.

Pero no ocurrió: Gosford abrió el ojo y parpadeó.

—Deja que se quede —dijo simplemente.

Petra masculló algo y sonrió mirando sus propios —y enormes— zapatos negros mientras ocupaba la silla vacía junto a Procter. Ella notó enseguida un olor peculiar: caspa de perro.

—Creo que estabais hablando de trampas —dijo la recién llegada —. Es lo más probable, porque las cosas no ocurren porque sí. En

este negocio la mierda salpica a menudo, qué os voy a contar, pero aquí hay demasiadas coincidencias. Primero sacan de Atenas al tal Bucanero, y lo hacen con una parafernalia casi humillante; y a los pocos días de pisar Rusia, acaba muerto. Ese mismo día, vuestro chico Sam... —Apretó levemente el hombro de Procter con su mano de tejón— desaparece en combate en Singapur tras un intento fallido de contactar con un ruso que iba a transmitirle información importante para la CIA. Insisto, en el mundo real las cosas no ocurren de ese modo. Permitidme que lo diga bien claro, porque ya os veo a todos dando rodeos y esquivando lo obvio: tenemos un problema de los gordos.

«Amén», pensó Procter.

—De lo de Sam nadie tiene pruebas —replicó Sweet—. Hay otras explicaciones: un fallo en la comunicación, falta de oficio o, aunque tú lo niegues, casualidad pura y dura...

Gosford fijó en Petra una mirada gélida, ignorando a su subdirectora.

—¿Y qué propones que hagamos para resolver el problema? —preguntó.

—Fijarnos bien en todo, señor director. —Más que a tratamiento honorífico, sonó a patada en la espinilla—. Llevar a cabo una investigación a fondo para localizar la brecha.

—Ah, la brecha, claro —dijo Gosford con la barbilla apoyada en la mano y sin apartar la vista de Petra—. ¿Qué quieres, una caza de brujas? ¿Juicios para la galería? ¿Pretendes que lo ponga todo patas arriba en mi primera semana en el cargo? ¿Basándome en qué? Ya sabemos la que se arma en esos casos. Habrá ataques de pánico,

filtraciones y, al final, lo más probable es que no encontremos nada. Será como quemarlo todo sólo para verlo arder.

—No puede saber que no encontrará nada sin haber buscado —repuso Petra—. Yo ya le he dicho lo que pienso: que tenemos un problema.

—Pero bueno, por el amor de Dios —intervino Sweet—, basta de fantasías tétricas, por favor.

La atención de Gosford se había desviado. Se quedó mirando, con el ceño fruncido, la ficha de tres por cinco pulgadas en la que constaba su agenda del día. Luego, fulminó con la mirada a Procter.

—Tenemos que cortar aquí —dijo—. Buscad al agente desaparecido y, si aparece algo nuevo, lo remitís a la oficina de la subdirectora de operaciones. Podéis retiraros.

Procter, que nunca había estado en una reunión de la CIA que acabara con una despedida así de formal, estuvo a punto de marcarse su segunda carcajada de una mañana que no estaba siendo muy de risas.

Al salir del despacho, pensó que probablemente tendrían la misma cara que el grupo precedente.

—Es un problema de los gordos —le estaba diciendo Petra en voz baja—. Gordo de cojones.

5

Moscú

Rem Zhomov tenía el teléfono en una mano y, en la otra, unas pastillas. Mientras escuchaba el informe, dejó estas últimas sobre la encimera, abrió el grifo y empezó a llenar el vaso, hasta que la voz al otro lado de la línea se extrañó de su silencio.

—¿Me oyes, Rem Mijáilovich?

Cerró el grifo.

—Sí, continúa.

Mientras su interlocutor seguía hablando, él, que a esas horas iba en albornoz, reunió de nuevo las pastillas y las clasificó en dos montones: a la izquierda, las que lo amodorrarían; a la derecha, las que no.

Izquierda: la naranja para dormir, la amarilla para la espalda y la marrón —la apestosa— para la presión arterial. Las fue dejando caer en el envase de plástico con compartimentos para cada día de la semana.

Luego se encajó el teléfono entre la oreja y el hombro para tomarse la pastilla verde para la artritis, la verde más clara para la tiroides, el pequeño octágono rojo, de olor dulce, para el colesterol, y el ablandador fecal rosa para las hemorroides.

En el teléfono sólo se oía cómo tragaba. El final del informe del coronel coincidió con el ablandador fecal. Sonó el golpe del vaso contra el mármol.

—Quiero un chófer en la puerta de mi edificio dentro de diez minutos.

Colgó y fue al dormitorio. Ninel, que estaba en la cama, levantó la vista del libro.

—¿Tienes que salir?

—Sí.

—Pareces enfadado.

—Porque lo estoy.

Ella cerró el libro de golpe y apartó la manta.

—Voy a elegirte un traje.

Al otro lado de la ventanilla, Moscú pasaba flotando ante sus ojos, y él se deslizaba por la noche camuflado de funcionario anónimo. El traje azabache que Ninel le había escogido hacía juego con el cielo nocturno, la pintura y la tapicería del coche.

Era un traje antiguo, comprado en Roma cuando era *rezident* —el jefe de la Estación de inteligencia— en la ciudad. Estaba muy bien cortado y se le ajustaba perfectamente. Desde su época en Roma había contraído cataratas, artritis y, gracias a su padre, hipertensión congénita, pero ni un solo kilo. Pararon bajo la luz de una farola y él, al notar que tenía polvo en los zapatos, se agachó con cuidado para limpiárselos. También los había elegido Ninel, pero él hacía siglos que no se los ponía y, con las prisas, se había olvidado de cepillarlos.

Ya no tenía remedio. Ninel se ocupaba de lo esencial; de lo accesorio tenía que ocuparse él mismo.

En ese momento, sin embargo, sólo le preocupaba realmente el peligro que se cernía sobre su principal activo estadounidense, conocido dentro del Bosque como Doctor B. Por eso el director, una semana antes, le había dado permiso para seguir trabajando más allá de la edad de jubilación obligatoria.

Había leído como mínimo diez veces la nota operativa de la reunión de esa semana con el activo, y había hecho mil y una preguntas al agente responsable sobre todos los matices: desde su gramática facial y el resto del lenguaje corporal hasta la forma de hablar y la entonación... piezas todas ellas del retrato emocional de quien era, hasta la fecha, la penetración más valiosa del SVR en la CIA.

Resumen: el Doctor B estaba estresado e inquieto —se notaba incluso en la letra de la nota que les había entregado—, pero no se dejaba llevar por el pánico. Era un hombre demasiado templado para eso. Lo que sí estaba, y con razón, era preocupado, igual que él, porque los dramáticos acontecimientos de esa semana podían poner en peligro la misión que compartían.

A decir verdad, se sentía orgulloso de que el caos no hubiera frenado la productividad del Doctor B. Esa misma mañana había podido enseñarle al director varios de sus informes, entre ellos unos cuantos análisis y las actas de las deliberaciones sobre Rusia del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. El Doctor B le había prometido que lo siguiente, tal vez para el otoño, sería aquello que le había pedido sobre China.

En los últimos días se habían corrido enormes riesgos para proteger al activo, y él temía —o mejor dicho, sabía— que habría que asumir muchos más durante las semanas y meses siguientes. Pero bueno: paso a paso. Esa noche estaría muy ocupado. Tenía que evaluar daños y tapar filtraciones.

Moscú no tardó en quedar reducida a una franja de luz anaranjada por detrás del coche, y él se alegró de no haberse tomado las otras pastillas, porque ya estaba muy cansado.

En tiempos más felices, Santa Catalina había sido un convento. La casa de la comunidad estaba pintada de un amarillo girasol que en la oscuridad se veía fantasmagórico. Delante de los edificios había columnatas blancas. Rem lo había elegido porque así se ahorraba las pequeñas reformas que solía comportar el establecimiento de una cárcel informal. Al final, lo más difícil había sido reubicar a las monjas, seis septuagenarias cuya resistencia había sido más feroz de lo que cabía esperar. Había sido necesaria la intervención personal del director y una llamada al jefe de la Administración Presidencial, el cual, sin duda, le había soltado unos cuantos billetes al patriarca. Una vez dispersadas las monjas a un convento cerca de Nizhny, la antigua capilla se había convertido en receptáculo de una caja especial. El lúgubre sótano de piedra se había reconvertido en sala de interrogatorios, una palabra que a Rem no le gustaba nada. Él siempre decía que sólo eran conversaciones, aunque de vez en cuando la otra persona estuviera colgada de los pies, o puesta en un potro hasta perder el conocimiento, o encerrada transitoriamente en un mundo onírico de luces y ruidos perpetuos.

Desde la perspectiva de Rem, la boca de Samuel Joseph estaba torcida en una alegre sonrisa, aunque en realidad era sólo una mueca, ya que lo habían colgado de las vigas por los pies. A su lado había un interrogador. Por un momento, Rem se quedó mirando a Samuel, viendo cómo se balanceaba de un lado a otro y cómo sus cabellos barrían suavemente el cemento del suelo. Se habían llevado al estadounidense de Singapur en una sucesión de furgonetas, contenedores de barco, transportes militares y helicópteros, entre ráfagas de ketamina. Llevaba dos horas en el antiguo convento, casi todas cabeza abajo, para que se fuera soltando.

—Bájalo —le ordenó Rem al interrogador.

Se sentaron a ambos lados de una mesa de madera salpicada de manchas aceitosas. Rem pensó que probablemente las monjas habían preparado sus comidas allí. Samuel llevaba un chándal gris holgado. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada vacía por las inyecciones de ketamina que le habían ido administrando durante el trayecto, y ahora sus mejillas se veían congestionadas por la sangre acumulada en la cabeza. Rem pidió té, y los dos bebieron en silencio, sin que Samuel lo mirara a los ojos en ningún momento. Terminado el té, Rem puso las manos en la mesa, con las palmas boca abajo, e hizo una mueca de dolor al cambiar de postura en la silla. Malditas hemorroides...

—En Singapur se encontró usted con Boris Gólikov —dijo.

—Me encontré con un tal Boris en las mesas, pero fue un encuentro muy breve y hablamos por hablar. No he sabido cómo se llamaba hasta que me raptaron sus hombres. Esta detención es ilegal. Esta...

Rem interrumpió al prisionero:

—¿Qué le dijo Gólikov?

—No es legal que me tengan detenido aquí.

—Eso ya lo ha dicho. ¿Qué le dijo? ¿Qué le dio?

—Me preguntó por mi whisky.

—¿Qué estaba bebiendo?

—Un Macallan.

—¿De cuántos años?

—No lo sé.

—¿Cómo no va a saber los años del whisky que se toma?

—Diez años.

—¿Y Gólikov, qué tomaba?

—Un Springbank. Sólo estuvimos hablando de eso.

—¿Y él qué le dio?

—Ya le he dicho que nada.

—¿Por qué tenía cien mil dólares en efectivo en su habitación del hotel?

—Estaba en un casino.

—Podría haber hecho una transferencia a una cuenta del casino.

—Lo prefiero en efectivo. Me parece más real.

—Usted es agente de la CIA.

—No, soy funcionario del Foreign Service, el cuerpo diplomático.

Rem se rió.

—Ah, sí... pero en Singapur estaba con pasaporte de turista.

—Ya le he dicho que estaba en Singapur para jugar, no por trabajo.

—Un poco lejos para ir a jugar a cartas, ¿no? ¿A cuánto queda Las Vegas de Washington? ¿A tres horas de vuelo?

—Me gusta conocer sitios nuevos.

Rem se quedó callado durante unos segundos, observando al hombre que tenía delante.

—¿Cómo le va a Artemis Procter?

—¿Quién?

—¿No la conoce? Qué lástima... Es un encanto, una joya de su maldito Service. —Se inclinó un poco—. Por lo que he visto en nuestros informes, usted fue interrogado en Siria, aunque durante poco tiempo. Como a los servicios secretos sirios los formamos nosotros, quizá esté pensando que resistirá lo que le hagamos, pero puedo asegurarle que no podrá. Le explicaré por qué: aquí no hay reloj. Podemos retenerlo eternamente. No vendrá nadie. No saben dónde está ni quién se lo llevó. Es posible que lo sospechen, claro, pero no pueden demostrarlo, y entre Singapur y Rusia no ha quedado ningún rastro. O sea, que vamos a tenerlo aquí el tiempo que haga falta hasta que nos diga lo que queremos saber. Si me explica por qué estaba en Singapur, y qué le dijo Boris, lo acompañaré en persona en coche a la embajada de Estados Unidos. Puede ser esta misma noche. Ahora mismo. Sólo tiene que decírmelo. No somos monstruos. Ya conoce nuestro modus operandi. En las pelis de espías, los rusos salimos arrancando uñas, electrocutando riñones y testículos y pegando palizas con tuberías de plomo hasta dejar inconsciente a nuestra víctima; eso si no la rematamos con un tiro en la nuca. Ni que fuéramos la mafia americana... De hecho, ¿sabe qué le digo? Que después de unas semanas de lo que vamos a hacerle me suplicará que lo electrocuten, o que le hagan unos cuantos cortes, porque comparativamente sería bastante más limpio. Rogará que le peguemos una paliza con una tubería de plomo. Porque si no

colabora viajará a un bosque más oscuro y mucho más siniestro. No oirá nada, o algo tan fuerte que no oirá nada más. No habrá luz, o tanta que no verá nada. Estará completamente solo, y cuando no lo esté deseará estarlo. Perderá la noción del tiempo y del espacio, y de la satisfacción, y de la verdad, y de la belleza. Suplicará que le hagan algún corte para sentir algo. —Rem se levantó, aferrándose a los brazos de la silla—. Todo muy fuerte y muy oscuro, Samuel. Yo formé parte del Primer Alto Directorio. Soy un artista, no un matón. Reconozco que no me gusta esta parte del trabajo, pero tengo mis razones, por desagradable que pueda resultar. Así que, venga, suéltelo: ¿qué le dijo Gólikov?

—Que estaba tomándose un Springbank.

Rem miró la cámara de encima de la puerta.

—Ya basta por el momento. Metedlo en la caja.

La caja de Sam era un mundo de quietud frenética, de luz cegadora y oscuridad impenetrable, de silencio inmóvil y ruido atronador. En el techo había seis luces empotradas detrás de un grueso plástico. De vez en cuando, a intervalos irregulares, le traían galletas saladas, pan y trozos de pescado en salmuera en un plato de goma, sobre una bandeja de goma en la que también había un vaso de goma con agua. En un rincón había un váter portátil, también de goma. Nunca rebosaba, pero Sam tampoco recordaba que alguien lo hubiera vaciado en algún momento. Él seguía llevando el mismo chándal gris, de cuyas perneras sobresalían dieciocho hilos. Los había contado decenas de veces.

Dentro de la caja no podía estar totalmente de pie, sólo acostado o sentado contra la pared. Era un cuadrado: se llegaba de un lado al otro en diez pasos y medio, pegando un pie al otro. Los laterales estaban revestidos de una tela gruesa. No había tornillos ni remaches, al menos a la vista. Cuando las luces estaban encendidas, Sam distinguía pequeñas estrellas rojas estampadas en la tela.

En una de esas ocasiones había visto un trozo de tela deshilachada a la derecha de la puerta, en la esquina de arriba. Al tirar de la tela, la puerta se había abierto y alguien le había dicho que no volviera a hacerlo. Llevaba tanto tiempo sin hablar con ningún ser humano que siguió tirando con la esperanza de provocar una pelea, o una breve charla o —como le había dicho aquel viejo— cualquier cosa que le hiciera sentir algo. Entonces irrumpieron dos hombres que lo sujetaron y volvió a notar un pinchazo en el hombro. Cuando se despertó, vio que la tela había sido reparada. Su memoria, su existencia, había quedado reducida a aquella caja y a aquella noche en Singapur. Llegó a creer que antes de eso no había habido otra vida. La CIA ya no existía. Procter tampoco. Natalie tampoco. La vida era una operación frustrada en Singapur y esa celda, que presumiblemente se encontraba en Rusia, aunque no tenía forma de saberlo. A veces se preguntaba si aquella caja estaría en una de las habitaciones del Sands.

Sabían quién era, por supuesto. Años atrás, en Siria, como había dicho el viejo, su camino se había cruzado con el de los servicios secretos rusos. Sabían que era de la CIA, pero de ahí a mantenerlo retenido en esas condiciones... La única manera de salir era no decirles lo único que querían saber. Si les revelaba lo que le había dicho Gólikov, nunca lo soltarían. Quizá en caso contrario tampoco,

pero estaba seguro de que, si le contaba al viejo lo que había dicho Gólikov, jamás permitirían que se marchara de allí, ni siquiera dentro de un ataúd. La única manera de volver a casa era ocultándoles lo que sabía.

Cuando le traían las galletas saladas, se internaba en el palacio de la memoria de su habitación de la infancia, y una vez ahí se agachaba para sacar las cestas de colores de debajo de la cama y las abría, destapando las palabras de Gólikov en su orden exacto, tal como las había pronunciado fugazmente en la mesa de juego. Le contaba en silencio la verdad a la galleta y, después de comérsela, se ponía a contar las estrellitas rojas.

6

Langley

También Artemis Procter estaba siendo sometida a una insoportable tortura burocrática, aunque administrada con prudencia para evitar posibles problemas. El primer golpe fue que el director dejó de mandarle los partes actualizados sobre Rusia, sin darle ningún tipo de explicaciones. El siguiente consistió en reducir a la mínima expresión su personal de Moscú X. Procter contaba con un equipo de analistas y técnicos reclutados por ella para proyectos especiales, y el séptimo piso se adueñó de ellos. El anodino correo electrónico que recibió se limitaba a explicar «la importancia de centralizar dichos recursos en dirección». El lunes estaban todos sentados en los cubículos de Moscú X. El martes, a la hora de comer, no quedaba ni una grapadora.

A pesar de que a Procter no le tocaba someterse a una prueba del polígrafo hasta el año siguiente, el Departamento de Seguridad Interna la obligó a hacerla de todos modos, combinándola con una meticulosa investigación de sus antecedentes, que incluía llamadas a amigos, familiares y vecinos. Ella, que siempre había tratado de ser discreta, suscitaba de pronto el interés de una caterva de fantasmas del gobierno que se paseaban por su urbanización preguntando si

Artemis Procter montaba muchas juergas o esnifaba coca en el patio de su casa. A Artemis la investigación en sí no le preocupaba demasiado, pues no tenía nada que esconder, pero le ponía los nervios de punta, que era lo que ellos pretendían, claro. A finales de primavera, ya tenían localizadas veinticuatro quejas IOL (Igualdad de Oportunidades Laborales) salidas de las brumas de su larga trayectoria, todas centradas en lo que la jefa consideraba como una manera de ejercer el mando de una forma personal y brutalmente eficaz, pero que en las quejas aparecía descrita como «una conducta que crea un entorno de trabajo intimidador, hostil u ofensivo para las personas sensatas».

Procter había estado entre los candidatos a ascender al Senior Intelligence Service (SIS), pero después de las quejas IOL y de la investigación de sus antecedentes, quedó descartada. El comunicado oficial en el que se explicaba la decisión del comité tuvo el desagradable detalle de hacer referencia a una tentativa rusa de soborno que Procter, pocos años antes, había zanjado sin contemplaciones agrediendo al agente que la tanteaba, que acababa de enseñarle unas fotos de ella desnuda después de haber sido drogada. «Un lapsus profesional», así lo describía el comunicado, «que, sumado a muchos otros, llega hasta la actual planificación operativa en Singapur».

Por el momento, no había nada que indicase que esa tortura administrativa estuviera relacionada con el nombre y el nuevo cargo de su vieja amiga Debs, pero Procter adivinaba su mano en todo el proceso. La venganza de Deborah Sweet había tardado más de una década en llegar, pero ahí estaba.

Entre todas las humillaciones de los últimos meses, posiblemente la más dolorosa fuera la reiterada falta de respeto a su cargo. El chiringuito de Moscú X, reducido ya a su mínima expresión, fue trasladado al sótano, justo delante de la máquina de perritos calientes. Poco después, Seguridad le hizo una visita sorpresa y le abrió un expediente por haber infringido la norma 32-498 de la Agencia (relativa a la posesión y almacenamiento de armas en los locales de la CIA). «Pero si sólo es un bate de béisbol. ¡Un mero adorno!», les dijo Procter. Lo cierto era que el bate, firmado por toda la plantilla de los Cleveland Indians de 1997, sí había sido usado como arma, pero no en los últimos tiempos ni en el interior de la central. «¿Qué tenéis contra los Cleveland Indians?», preguntó sin obtener respuesta. Los de Seguridad se limitaron a confiscar el bate y a dejar constancia de ello en el expediente de Procter, que en esos tristes meses no dejó de llenarse de nuevas anotaciones.

Los instrumentos de tortura tardaron poco en diversificarse, de tal modo que a los mecanismos oficiales de la Agencia se les sumaron otras modalidades de diversión más informales. Cada mañana, al encender la luz, Procter se encontraba encima de su silla un pulcro fajo de ofertas de empleo de las más diversas procedencias: McDonald's, Goldman Sachs, Bain & Company, Cici's Pizza Buffet, un consultorio de proctología en Virginia del Norte, todo tipo de clubs de striptease y un post de la sección de citas esporádicas de Craigslist con la petición de una pareja sumisa.

Durante la primera semana de junio, empezaron a aparecer fotos guarras en su despacho: escondidas en un tazón de café, en un cajón del escritorio, dentro de carpetas... En esos días sombríos las visitas eran muy escasas, casi todas de gente que entraba por mera

curiosidad tras una incursión de avituallamiento en la máquina de perritos calientes, pero hubo un hombre que en uno de esos encuentros puntuales palideció de golpe y dejó a medias su salchicha. Al mirar hacia atrás, Procter vio una de las fotos en cuestión en lo alto de su estantería vacía, y cuando ya se disponía a explicar que era una broma de una de sus amigas —«Te juro que no es mía...»—, la risa se lo impidió. Además, Debs ya ni siquiera era su amiga. ¿Para qué decir nada? Al final, sin embargo, el incidente llegó a oídos del personal de Seguridad, y una vez más la expedientaron por el incumplimiento de la norma 16-210 de la Agencia (sobre la posesión de material prohibido en las instalaciones de la Agencia, esto es, alcohol, tabaco, drogas ilegales, contenido para adultos, etc.).

A Gosford le habría sido muy fácil despedirla, acompañarla a la salida con una palmadita en el hombro o asignarle una misión absurda lejos de la central —como les pasaba a tantos altos cargos ya cercanos a la cincuentena y con veinte años en el extranjero—, pero estaba claro que él y Debs todavía no pensaban en la eutanasia. Se les habría acabado la diversión. Procter se planteó dimitir, no por vergüenza, sino para privar a Debs de la satisfacción de la venganza, pero no quería rendirse mientras Sam siguiera en paradero desconocido.

Ella se regía por dos grandes normas: la primera, protege a tu agente; la segunda, obtén la información. Singapur había sido un fracaso total en ambos aspectos, sobre todo el primero. Al margen de lo dolorosa que fuera la tortura administrativa de Debs, Procter estaba firmemente decidida a aguantar mientras estuviese en situación de contribuir de un modo u otro a que Sam volviera a casa.

Sin ser ni mucho menos los favoritos de nadie, a Mac, Gus y Theo les estaba yendo mucho mejor que a ella en la Cúpula del Trueno de Gosford, y utilizaban todos los recursos que tenían a su disposición en la búsqueda de Sam. Procter se pasó horas haciendo videoconferencias con la Estación Singapur y analizando toda la información de inteligencia disponible, sin pasar por alto una sola pista, aunque nunca llevasen a nada. A los NOC —agentes sin cobertura oficial— que salían con destino a Rusia les encargaba que buscasen en sus redes cualquier posible indicio sobre el paradero de Sam. Presionó a la Estación Moscú, y a la embajada, para que sonsacasen respuestas a los rusos, y cuando los mandamases del séptimo piso le dijeron que parase siguió haciéndolo a escondidas.

A principios del verano, sin embargo, la CIA seguía completamente *in albis* sobre Sam. El rastro se borraba en Singapur. ¿Estaba en una zanja? ¿En una cárcel rusa? ¿De viaje espiritual por el Himalaya? Petra Devine y sus infortunados adláteres de Dermatología seguían predicando a los pocos que les hacían algún caso que la CIA «tenía un problema». Procter estaba bastante de acuerdo, pero las pruebas brillaban por su ausencia, y por lo visto la sección de Dermatología también había sido reducida a cenizas, igual que Moscú X, donde ella ejercía de suma ermitaña. «Esto es el estertor final», se dijo Artemis. «Ahora dirijo a un inexistente equipo de analistas desde el sótano, tan cerca de la máquina de perritos calientes que hasta puedo oler las salchichas.» Incluso a alguien como ella —cuya capacidad imaginativa para el sufrimiento estaba bastante desarrollada— le resultaba difícil asimilar la rapidez y gravedad de su declive.

Pero aún no había tocado fondo. El trecho final empezó un martes de finales de junio, cuando fue convocada al despacho de Gosford. Aquella mañana hizo la larga caminata desde el Aparcamiento Morado (su calvario como víctima de Debs la había despojado, entre otras cosas, de los privilegios GS-15 para aparcar) bajo una luz intensa y pura. Era como una convicta en el patio de la cárcel, contemplando un cielo azul brillante e inaccesible.

Habían pasado ya diez semanas desde su última visita al séptimo piso, y la convocatoria le fue comunicada telefónicamente por uno de los asistentes especiales del director, en términos escuetos y sin especificar el motivo. Procter dedujo que era el final. El gato se había cansado de jugar con el ratón, y estaba a punto de clavarle los colmillos en el cuello.

Esperó en la antesala del despacho del director. «Se le ha acumulado el trabajo, señora Procter», se asomaba a decirle cada cierto tiempo el asistente especial. «No, señora Procter, no hace falta que se vaya. Está al caer...» Artemis llevaba sus mejores tejanos, una americana de tweed y una blusa blanca recién salida de la tintorería, que no escondía por completo su sujetador de la suerte, el amarillo fosforito con pequeñas palmeras de color verde fluorescente. En su negra mata de pelo rizado descansaban unas gafas de sol de aviador. Cada vez que se asomaba a los cubículos a preguntar si había alguna novedad, el asistente especial desviaba la mirada hacia el reloj y luego la miraba a ella con el ceño fruncido.

—Es que tengo trabajo. Puedo venir más tarde —se ofreció Procter—. No pasa nada.

La mención de un cambio de agenda avinagró aún más la expresión del asistente, que se toqueteó el labio inferior.

—Lo siento, pero no podríamos encajarlo en la programación del director —dijo con severidad.

Al cabo de una hora, un empleado de catering se acercó por el pasillo con un carrito sobre el que se acumulaban restos de bollería, bagels, fruta y muffins, y lo dejó aparcado justo delante del rinconcito de la cocina, seguramente para que lo recogiese el personal del comedor.

Se tenía constancia de que Artemis Procter no le hacía ascos a un muffin de chocolate, y menos si estaba con el ánimo por los suelos, una emoción que no consideraba real ni válida, pero que últimamente era su pan de cada día. Y ese pobre carrito se veía tan solo y abandonado... Se levantó y, tras desperezarse, fue a curiosear el tema muffins. Pues sí, qué casualidad: había uno de chocolate, y en perfectas condiciones, además. Se lo puso en un plato, añadió algo de fruta y regresó a su asiento.

Más tarde admitiría que sabía un poco raro. Tenía una textura como de tiza, tan sorprendente como desagradable. Aun así, como tenía hambre —la persistente rabia que bullía en su interior la convertía en un ser insaciable—, el muffin desapareció en unos cinco bocados. Se quedó sentada, esperando.

A los pocos minutos apareció el asistente especial para llevarla al despacho revestido de madera de abedul.

Debs estaba en la mesa de reuniones, y Gosford en su escritorio, escribiendo algo en una libreta, con el teléfono seguro encajado entre la oreja y el hombro. Ya en ese momento, Procter pensó que la sonrisa de Debs era rara, una mezcla de engreimiento y puro desdén. Mientras Gosford terminaba la llamada, Debs señaló una de las sillas de la mesa.

—Siéntate, Artemis —dijo.

Justo cuando se sentaba frente a ella, Procter oyó un borboteo y sintió una especie de patada desde dentro del estómago, como si algo pugnara por salir. Luego ese algo profirió otro ruido casi humano, un grito desde el interior de su cuerpo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Debs.

—Nada, que tengo hambre —contestó Procter.

Gosford colgó y se reunió con ellas en la mesa. Con las piernas cruzadas se le veían los calcetines, estampados con pequeños gallos rojos. Si aún hubieran sido amigos, Procter habría hecho un comentario sobre lo gallito que estaba, pero como ya no lo eran apartó la vista para evitar la tentación. Él se echó hacia atrás apoyando la cabeza en las manos, un gesto que en Gosford indicaba la inminencia de un monólogo. Que Dios los cogiera confesados.

—Tienes una trayectoria impresionante, Artemis —dijo—. Puedes estar orgullosa. Sin embargo, después de consultar tu última evaluación, y en vista del alud de notificaciones y quejas sobre ti, creo que podemos estar de acuerdo en que ha llegado la hora de un cambio. Es el momento de que inicies un nuevo capítulo. Fuera de la CIA, claro.

A pesar de que Artemis se lo veía venir desde hacía meses, aquello le dolió como si le hubieran echado sal en una herida. Le estaban sacando las tripas por la boca, y encima escatimaban la anestesia.

—En eso no puedo estar de acuerdo. Yo no creo que haya otro capítulo —dijo—. Creo que éste es el último.

—¡Oh, venga ya! —replicó Gosford—. Algo se te ocurrirá, ¿no? El sector privado puede ser muy gratificante, tanto en lo económico

como en otros aspectos. Ninguna consultoría como Dios manda se escandalizaría de un historial tan variopinto como el tuyo. Al contrario. Estoy seguro de que a la vida de Artemis Procter le quedan muchas aventuras sórdidas por escribir. Aunque no dentro de estas paredes.

—Necesitáis un chivo expiatorio para lo de Singapur, no es cierto?

—Bueno, eso significaría que eres inocente —repuso Debs—, y no es el caso. Suerte tienes de que no te enviemos antes al Programa y le digamos a la gente que estás en el quinto pino... yo qué sé, en Yemen, cuando en realidad estarás en un centro de rehabilitación en Maryland financiado por el gobierno. Algo que no te iría mal, por cierto.

—Bueno, bueno —la cortó Gosford, mirando con mala cara a Debs —. Mira, Artemis, soy consciente de que las críticas a toro pasado no servirían de nada, y aún soy más consciente de que mis reproches no harían ninguna mella en ti.

El estómago de Procter hizo el mismo ruido de antes, aunque en esta ocasión no estaba segura de si se debía a la mueca de asco que se estaba apoderando del semblante del director.

—Además —prosiguió Gosford—, ¿cuánto te falta para los cincuenta? ¿Un año? Hasta entonces te mandaremos de misión temporal dentro del país, sin ninguna responsabilidad; así luego podrás cobrar la pensión máxima del FERS, ¿verdad? Superas con creces los cinco años sobre el terreno, mejor no lo puedes tener. Tendrás la tarjeta dorada y podrás viajar por el mundo y pasártelo en grande.

Gosford se alisó la corbata, sonrió y se levantó, intentando poner punto final a la reunión, pero Artemis se quedó sentada. Su

estómago dio un vuelco, borboteando por tercera vez. Tragó saliva con dificultad. Tenía el culo empapado de sudor.

—Dejadme seguir con lo que queda de Moscú X hasta que encontremos a Sam —pidió Procter rezando para que su tono sonara comedido—. O al menos dadme algún cargo donde pueda ser útil sobre el terreno. De todas formas, esto se resolverá casi todo sobre el terreno, y yo quiero ayudar. Puedo seros útil echando una mano para que Sam vuelva a casa.

Gosford se la quedó mirando con los ojos vidriosos y una expresión de lástima.

—¿Sobre el terreno, tú? —dijo—. ¿Después de lo de Singapur? Imposible. Además, el trabajo importante se hace en la central, Artemis.

—¿Qué? —Después del signo de interrogación, se le escapó un principio de carcajada.

Se miraron a los ojos sonriéndose el uno al otro, como si su desdén recíproco, apreciable a simple vista, pudiera tener alguna gracia. Gosford volvió pisando fuerte a su escritorio, cogió la línea verde y le dijo a su asistente especial que le pasara la siguiente llamada en dos minutos. Luego estampó el receptor en la base y señaló la puerta.

—Hemos acabado, Artemis. Puedes irte.

Gosford se sacó del bolsillo una tarjeta con su agenda del día y fingió leerla. Procter se limitó a cambiar de postura en la silla.

—A pesar de nuestras diferencias, sobre el terreno tengo mi currículum —dijo—, y no es algo despreciable. Soy GS-15, con cualificación de sobra para más de la mitad de nuestras estaciones. Podrías mandarme a cualquier sitio para ayudar a que regrese Sam.

El estómago volvió a rugirle. Se le estaban formando gotas de sudor en el nacimiento del pelo y el labio superior.

—Nuestras diferencias... —repitió él con saña—. Qué graciosa. Planeaste y supervisaste una operación para exprimir a un funcionario ruso usando a un agente caído en desgracia, con el probable resultado de la muerte del ruso, la desaparición de nuestro agente y una pérdida catastrófica de fondos operativos. ¡Mierda de la buena servida en caliente por el culo inquieto por antonomasia y terror de los niños, Artemis Procter!

Se rió y miró por la ventana.

—Qué gentuza —murmuró.

A Procter le extrañó. «Joder, Finn, será que tú no eres gentuza. Venimos del mismo sitio.» Gosford hizo una mueca de asco, como si ella supurase algún pútrido mejunje. Seguía dando vueltas a la tarjeta con su agenda.

Procter se debatía entre la pura tozudez de quedarse sentada en la silla y las ansias de huir debido a las náuseas que iban extendiéndose por su interior. Su mirada se detuvo en la Estrella de Inteligencia enmarcada en la pared de detrás del escritorio de Gosford. En su visita anterior, cuando éste sólo llevaba una semana en el cargo lidiando con las consecuencias de lo de Singapur, la estrella aún no estaba ahí. Ya hacía tiempo que Procter se había resignado al desenlace de la debacle de Afganistán. No tenía sentido reabrir la herida. ¡Pero es que estaba literalmente ante sus narices! Procter nunca hablaba de su estrella; la tenía guardada en un cajón, donde debía estar. «El que quiera una medalla que se meta en el ejército, joder.»

El puto Gosford... un cantamañanas, un consultorcillo de tres al cuarto cubierto de honores por haberse pegado un tiro en el pie, y que había aprovechado su nombramiento como director de la CIA para ascender al cargo de subdirectora de operaciones a su amiga Debs —un cero a la izquierda, suspendida en la Granja, inútil total para cualquier operación, trepa y lameculos de campeonato—, saltándose a Procter y a todos sus amigos, que llevaban años dando el callo en la CIA y se habían ganado los galones sin aspavientos y sin hacerse ricos. Estaba claro que los enemigos de Procter habían vuelto a la ciudad en plan pistolero, para matarla.

Por otra parte, acababa de cagarse encima. Quizá fue la señal convenida para que el muffin protagonizase su segunda fuga de la cárcel, esta vez por la boca, conquistando la ansiada libertad en la alfombra situada frente a Procter; una doble fuga que acababa de marcar el punto más bajo del cuarto de siglo de Artemis Aphrodite Procter en la CIA.

También se le había caído un poco de vómito en los zapatos. Se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura, en un vano esfuerzo por encubrir el desastre. Debs ponía cara de escandalizada, pero sus ojos la desmentían. De pronto, Procter estaba de nuevo en Afganistán, mirando a la brigada de limpieza de la base, ocupada en limpiar las consecuencias de lo que le había hecho a Debs. Supuso que el muffin debía de contener jarabe de ipecacuana. Al menos era lo que habría usado ella.

Gosford se tapaba la boca con la mano. Estaba de pie al lado de su escritorio, al que se había acercado saltando hacia atrás como un gato asustado.

—Artemis, tiene que verte un médico...

—No, si no me pasa nada —dijo ella—. Me ha envenenado Debs, pero ya está.

Nada más levantarse, se dobló por la cintura al intentar contener una nueva arcada. Ya estaba a medio camino de la puerta. La mezcla de despido y envenenamiento le había quitado las ganas de pelea. Se volvió hacia Gosford y Debs. Sabía muy bien que las reflexiones finales de una antigua amiga con una mancha de forma vagamente parecida a la del subcontinente indio en los pantalones tenían pocas posibilidades de ser bien recibidas, pero debía pensar en su conciencia. Además, ya no volvería a verlos.

—A Sam lo delató alguien. Petra es una plasta, pero tiene razón: hay un problema de los gordos.

—¿Lo dices en serio? —dijo Gosford con renovada virulencia—. ¡Pero si el departamento de Dermatología no sirve de nada! ¡Deberíamos cerrarlo definitivamente!

Con Gosford y Debs, las ganas de pelea y el impulso de réplica eran incontenibles, por no decir automáticos: acción-reacción.

—Joder, Finn, es una idea de lo más estúpida —le soltó.

Justo en ese momento llamaron a la puerta.

—¿Qué has dicho? —dijo Gosford.

Otro golpe, más insistente.

Gosford pidió a gritos un minuto más. Echaba chispas por los ojos. La cara de Debs era como una máscara, pero su mirada... su mirada no dejaba de sonreír.

—Lo que sería una estupidez, Artemis —dijo Gosford—, sería ponerse a perseguir fantasmas aquí dentro y dejarlo todo patas arriba. Ahora quiero que te disculpes.

—¿Qué? —Esta vez, no pudo evitar soltar una carcajada—. Venga ya.

—Pídeme disculpas ahora mismo por ser una maleducada y por haberme faltado al respeto.

—No pienso hacerlo —contestó Procter—, porque sigo pensando que es una idea estúpida. Incluso una gilipollez, si se me permite la expresión.

Se procedió enseguida a despojar a Procter de sus hábitos, justo después de una sesión de higiene en un baño del séptimo piso. La oferta inicial de Finn de una transición suave a la jubilación había sido retirada a consecuencia del escatológico incidente, de la negativa a disculparse y del uso de lenguaje malsonante. Firmó su carta de renuncia en un despacho tan pequeño que parecía el cuarto de las escobas, bajo la mirada vigilante de un funcionario más viejo que Matusalén, que luego la hizo leer un fajo de documentos del grosor de un listín telefónico. En resumen, si se iba de la lengua, recibiría una visita de un grupo de castigo o de los abogados del gobierno, que aún era peor. Ni siquiera le dieron la Bolsa Azul con la bandera, el medallón y el certificado firmado con *autopen* por el presidente, el habitual y elegante regalo de agradecimiento por décadas de servicio.

Dos agentes de Seguridad Interna la acompañaron a su despacho para que entregara sus pasaportes —el negro diplomático, con su verdadero nombre, y los cuatro azules de turista, con distintos alias —. Luego, tras devolverle el bate de béisbol que le habían

confiscado, procedieron a supervisar la recogida de sus pertenencias.

No duró mucho: ella era de costumbres espartanas y, además, poco antes había habido una oleada de registros preventivos por si quedaban más fotos guarras escondidas en algún rincón.

La caja fue llenándose con los siguientes artículos: un trozo retorcido de metal de un Mitsubishi Montero, una alfombra del antiguo zoco de Damasco y su querida foto de Vladímir Putin resbalando durante un partido de hockey sobre hielo. Lo último en engrosar el contenido de la caja fue la única foto que Procter tenía en el escritorio, donde salía ella sonriendo y riéndose con la reina de Jordania.

Recogió un fajo de condecoraciones y menciones al mérito, junto con su propia Estrella de Inteligencia, llena de polvo, y lo metió todo en las bolsas de rayas azules y rojas destinadas a la incineración.

Acto seguido cogió la caja, se echó el bate al hombro y subió en ascensor con un agente de Seguridad a cada lado. Era su última salida de la CIA. Artemis Aphrodite Procter, nueva incorporación a las masas sin acceso. Una doña nadie. Porque cuando estás fuera, estás fuera.

En la salida le entregó su placa azul a uno de los agentes, pasó por el torno y, con la caja bajo el brazo y el bate al hombro, cruzó despacio el extenso aparcamiento de Langley rumbo a las tierras vírgenes de la vida civil.

7

Langley

Era tentador irse de juerga, pero la habían despedido un viernes, y tanto en verano como en otoño los viernes eran sinónimo de béisbol, al menos desde Afganistán.

Técnicamente su despido de la CIA la dejaba fuera del equipo (no en balde se trataba de la liga interna), pero ella era la jardinera central de los Cold Warriors y además una buscalíos de sobra conocida. En lo que iba de temporada ya la habían expulsado de dos partidos por discutir con el árbitro, y de un tercero por entrar en segunda con los tacos por delante para romper un *doble play*, maniobra que le salió de maravilla. El caso es que, una vez en el campo, si a alguien le molestó su presencia, se lo guardó para sí.

Sin ceremonias, dejó caer con estrépito la bolsa de los bates en el banquillo.

Theo, el primera base, arrugó la nariz por su pestazo a cerveza y enseguida preguntó:

—¿Me has traído una?

—En el campo no se puede beber, Theo, ya lo sabes.

—Ya. —Theo se agachó para atarse una de las zapatillas con tacos —. Sólo antes y después.

Se había ido a casa a ducharse y a tomarse unas cervezas antes de coger el coche hacia el campo. Ni se le había ocurrido no presentarse. Diez años atrás, en Afganistán, habían improvisado un campo y una pequeña liga en la base de Shkin. Los promotores no habían sido ni ella ni nadie de la Bratva —ni siquiera personal de la CIA—, sino dos marines que habían jugado en ligas menores antes de alistarse. Al principio, la participación de la Agencia fue poco más que una broma: Theo, por ejemplo, terminó aquella primera temporada con un solo *hit* en cuarenta y nueve turnos al bate, y ella no estuvo mucho mejor. Desde niña tenía el ojo con el que bateaba medio estropeado, y la vista no le daba para más. Con el tiempo, sin embargo —y más desde la creación de la liga interna de Langley—, los partidos se habían convertido en una pira donde arrojar el estrés y los rencores, todos los desaires mezquinos y la chorrada absurda que te chupaba la energía y que tan bien definía la vida en la central.

Desde el principio se había dado por entendido —de forma tácita, pero firme y unánime— que la mejor manera de honrar a los ausentes era seguir jugando. En Shkin, más de un partido había empezado apenas terminado un bombardeo con cohetes sobre la base. Uno de los equipos de marines salió al campo un viernes por la noche después de haber perdido el martes a su segunda base en una emboscada de los talibanes.

Esa noche, nadie le preguntó cómo estaba ni por qué había aparecido allí apenas unas horas después de que su carrera de veinticuatro años en la Agencia hubiera terminado de forma desastrosa. Ya lo harían más tarde, entre cervezas, en el Vienna Inn.

Antes tenían un partido que jugar contra los Predators del Centro de Contraterrorismo. Trotó hacia el jardín central.

El aire de la noche envolvía su piel como agua tibia; el cielo, iluminado por el resplandor de los focos, parecía abierto de golpe hacia el paraíso. La brisa traía olor a palomitas, a tierra fresca y a hierba recién cortada. Masticaba chicle como una loca. Llevaba un buen puntito. No había pasado ni futuro. Estaba jugando al béisbol con sus amigos.

Gus, *pitcher* abridor de los Cold Warriors y el más atlético del equipo, podía lanzar a unos ciento diez kilómetros por hora y tenía en la recámara una curva decente, aunque irregular. Sea como sea, en la liga interna era prácticamente imposible hacerle un *hit*. En cuanto al de los Predators —un analista joven y larguirucho, especializado en redes de financiación yihadistas— no estaba nada mal de brazo.

Para la sexta entrada —el reglamento estipulaba siete, sin prórroga—, el *catcher* de los Cold Warriors, un oficial de informes, empezó a quejarse de un dolor en la ingle.

—Yo puedo sustituirlo, no por nada me he pasado tantas horas de rodillas a lo largo de mi carrera —propuso ella haciéndole un guiño a Gus, que se echó a reír.

—Pues lanzará otro, porque a estas alturas yo ya tengo el brazo para el arrastre —dijo.

Mac era el único *pitcher* disponible para la séptima entrada.

Gus fue a batear, y el relevista y ella se sentaron en el banquillo y comieron pipas en un silencio glorioso y cómplice. Entonces, el tercera base —un analista que sustituía a Sam— se acercó y

permaneció un momento callado, aunque ella notaba que tenía algo en la punta de la lengua, algo que no le apetecía oír.

Gus bateó un rodado al *shortstop*, que lo recogió sin dificultad.

Dos *outs*.

Ella escupió.

«Joder», pensó. «Lo dirá igualmente.»

—Artemis... —dijo el tercera base.

Ella levantó la mirada con el ceño fruncido.

—Quería decirte que me he enterado, y que lo siento.

Su voz salió débil, como si hablara hacia una aspiradora en marcha.

—Vale —respondió ella.

—Lo que ha pasado es una mierda... —añadió él.

—Luego —lo cortó Mac—. Ahora estamos jugando al béisbol.

No apartaba la vista del partido mientras mascaba una pipa tras otra.

Theo falló, como siempre. Tercer *out*.

Ella empezó a ponerse el peto, la máscara y el guante de *catcher*.

Theo cambió el bate y el casco por su guante y la gorra roja, lisa y proletaria, de los Cold Warriors.

—Soy un puto desastre, maldita sea —murmuró.

Y sí, era un desastre; un defecto de fábrica que afectaba a casi todo en su vida, desde los matrimonios hasta la bebida. Fuera del campo ella estaba encantada de recordárselo, pero allí, en el banquillo, se limitó a darle una palmada en el culo antes de dirigirse al plato.

La parte alta de la séptima resultó bastante movida. El *catcher* de los Predators, un tal Tobin, salió a batear con dos *outs* y corredores

en segunda y tercera. Tras el primer lanzamiento —una bola—, ella trotó hacia el montículo para intercambiar unas palabras con Mac.

—Está demasiado cómodo en el cajón de bateo —dijo—. Se pega al plato como si fuera suyo. Tírale a la cara, Macintosh. Si sigues lanzando fuera, acabará estirando el bate y mandándola por la línea, y Theo no llegará ni de broma. Y entonces sí que estaremos jodidos.

Le dio otra palmada en el culo antes de volver trotando al plato.

En el siguiente lanzamiento, alto y pegado al cuerpo, la pelota pasó tan cerca de los codos de Tobin que, al apartarse, estuvo a punto de salirse del cajón de bateo y caerse de culo.

—¡Me cago en la leche! —gruñó el tipo lanzándole una mirada asesina—. Dile a Mac que afloje, que esto es un partido, no la guerra.

—No me extraña que no te dieran el ascenso a GS-14 —replicó ella, ya en cuclillas detrás del plato y con el guante listo para el siguiente lanzamiento—. Eres tonto del culo, Tobin.

Le pidió a Mac una recta. Esta vez, Tobin abanicó y falló; luego exageró el recorrido de vuelta del bate (¡intencionadamente, el muy cabrón!) y le dio a ella en el casco. Su máscara y su chicle acabaron en el suelo.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella, y escupió.

—Uy, perdona —dijo el tipo—. No recordaba que hoy ya te habían zurrado de lo lindo. Culpa mía.

Ella recogió la máscara y se dirigió de nuevo al montículo, no sin antes apartar a Tobin bruscamente con el hombro.

—Sigue muy pegado al plato —dijo—. Ya está avisado, y ahora toca cumplir. La primera base está libre, Mac.

—¿A las costillas? —susurró él tapándose la boca con el guante.

—Si puedes...

Procter le dio una nueva palmada en el culo con el guante y se colocó detrás de *home*. Tobin invadía el plato con los codos, provocando a todo el mundo. No era sólo una afrenta para ella y los suyos: era un insulto para cualquier *pitcher* y *catcher* que hubieran existido jamás.

Ella estampó el puño en el guante y se ajustó la máscara.

—Sal del plato, joder. Lo tuyo es el cajón, no el plato. Eres un infractor, Tobin. Estás pisando la línea. Y ya estás avisado.

—¿Y tú qué haces aquí largando, después de lo de hoy? —soltó el otro sin inmutarse, balanceando el bate mientras esperaba el lanzamiento—. Deberías estar emborrachándote en un tugurio.

Mac le metió chicha y la recta se estampó en el riñón izquierdo de Tobin, que se dobló por la cintura como una bisagra y soltó el bate con un gruñido. Luego, se quedó plantado en el cajón de bateo con las manos en las rodillas.

Ella sonrió, recogió la bola y se la lanzó de vuelta a Mac.

—A primera, Tobin. Venga, muévete. —También le dio una palmada en el culo—. Arreando.

Decía mucho del espíritu de la liga que los Cold Warriors no tuvieran reparo alguno en vapulear a un compañero de trabajo, que ambos banquillos empezaran a invadir el campo y que a Tobin se le notara a la legua que tenía intención de correr al montículo y liarse a tortas con quien, de hecho, era su superior. Para ella era motivo de orgullo: si no eres capaz de sentir una rabia asesina en un partido de béisbol, ¿qué tienes en las venas?

Y efectivamente, el bateador se irguió por fin y echó a correr hacia el montículo.

La rabia de ella —tensada desde la desaparición de Sam, las humillaciones encadenadas y, por último, el despido— vibró como un resorte, y también echó a correr para ayudar a Mac, que esperaba al agresor con los puños en alto.

Lo alcanzó y se le echó encima por la espalda, hundiéndolo en el polvo del montículo. Calculó que tendría un par de segundos antes de que ambos equipos irrumpieran en el diamante y la apartaran a la fuerza.

No oía más que un zumbido. Metida en la nube de polvo, captaba olores a tierra, cuero y sangre.

Dejó que Tobin se diera la vuelta, le apartó las manos de la cara y le soltó un puñetazo en la nariz

Tras la pelea, el partido se desinfló y terminó sin carreras. Nadie pidió perdón ni intentó rebajar la tensión —y ella lo agradeció—. Cuando los árbitros se marcharon, ambos equipos volvieron a sus banquillos para recoger sus cosas.

—Parece una noche para beber a lo grande —dijo Theo cerrando con un gesto teatral la cremallera de su bolsa y limpiándose con la camiseta la sangre de los arañazos en la mejilla.

Los cuatro amigos se citaron en el Vienna Inn. Durante la primera ronda, en el reservado de siempre, sólo hablaron del partido y la pelea. Finalmente, ya bien entrada la segunda, Mac le sonsacó a Procter la historia completa de su reunión con Gosford y Debs. Ella no se guardó un solo detalle, ni siquiera la sesión de limpieza improvisada en el baño del séptimo piso ni su ignominiosa salida. Se acabó la cerveza y pasó a la tercera (invitaba Mac). El bueno de Gus

dijo que esa noche conducía él. Siempre lo decía, como si los demás no supieran que era abstemio.

—Podéis beber todas las copas que queráis —dijo.

—¿Entramos los cuatro en tu Corolla, Gus? —preguntó Mac—. La última vez llevabas en el maletero la equipación de lacrosse de los gemelos y aquello era irrespirable.

—Esta vez he traído la furgoneta —dijo Gus—. Habrá sitio para acostar a Artemis en la parte trasera.

Ella levantó su vaso antes de dar un buen trago. Luego lo dejó en la mesa para coger la bolsa de hielo y ponérsela de nuevo contra la oreja izquierda, que cada vez tenía más roja.

—Parecía que Tobin te la fuera a arrancar —añadió Gus antes del correspondiente trago.

—Habéis llegado justo a tiempo —respondió ella—. He descubierto que cuesta lo suyo arrancar una oreja mientras te zurran con un casco de bateador.

—¿Tú qué dirías que había en el muffin? —preguntó Theo—. ¿Ipecacuana o qué?

—Probablemente. Nunca le hecho ascos a un muffin —dijo ella—, y Debs lo sabe. Mac, te sangra otra vez la nariz.

—Mierda —soltó el otro tapándosela con el trapo que había dejado en la mesa.

—Ya sabíamos lo del yogur —indicó Theo pasando la bolsa de hielo de la mejilla de los arañazos a la de los puñetazos.

—Es brutal —dijo Mac a través del trapo ensangrentado—. ¡Y qué simetría! Alucinante. Deborah Sweet domina el rencor como nadie. Tal vez sea una pésima agente, pero es una rencorosa de primera. Hay que reconocerle el mérito.

Ella miró a sus amigos. Había intentado convencerse de que quizá pudiera seguir con sus pautas habituales de trabajo, de eficacia más que demostrada durante un cuarto de siglo en la CIA: sobrevivir, pasar desapercibida y arreglárselas para volver sobre el terreno. No acababa de asimilar el carácter definitivo de lo que acababa de ocurrir.

Toda la vida trabajando para la Agencia, y de repente estaba fuera. «Se ha muerto algo», pensó. «Ayer se estaba muriendo, y ahora está muerto.»

Mientras le rondaban esos pensamientos por la cabeza, no dejó de agradecer que sus viejos amigos se hubieran ahorrado condolencias inútiles y zalameras, y sobre todo que no le hicieran la más vil de las preguntas: «¿Cómo estás?»

Lo que sí hicieron fue contar anécdotas de la pelea, de la Granja, de Shkin y de sus décadas de vida en común. Se rieron de la segunda mujer de Theo y de la legendaria destrucción de las peceras tan preciadas por este último; de la gloriosa broma de las fotos guarras que habían montado entre todos cuando estaban en la Granja y eran intrépidos y jóvenes, y de Debs y el yogur. De ahí pasaron a extrañarse una vez más de que Debs pudiera haber estado tan resentida como para montar, después de tantos años, un número como el de esa mañana contra su subordinada y ex amiga.

En menos de una hora, ella ya estaba más que entonada. Al otro lado de la mesa, Gus y Theo conversaban entre risas sobre algo que, por los fragmentos que le llegaban, parecía de una obscenidad increíble. Supuso que sería una de las anécdotas de las que solía presumir Theo, hasta el extremo de haberla contado docenas de veces: su noche loca en el Talibar de la Estación Kabul, en opinión

de Procter el lugar más depravado que había pisado jamás, incluido un club cerca de Lakeland que se llamaba Physt.

Mac, sin embargo, sentado a su lado, parecía pensativo y ensimismado. Se inclinó hacia él.

—¿Tú crees que la central está podrida de verdad? —preguntó—. ¿Que Petra Devine tiene razón y tenemos un problema?

—Es posible —contestó el otro—. Aunque también es posible que los rusos cometieran un error en Singapur; la verdad es que no lo sé.

—La secuencia temporal es rara, eso está claro —dijo ella—. El fiasco se produjo cuando Gosford y los suyos ya estaban instalados y ya les habían puesto al día por escrito y en reuniones informativas. ¿A cuántos gosforitos se llevó al séptimo piso?

Mac hizo un cálculo rápido.

—A unos diez o quince. Si hubieran tenido que pasar la criba, como mínimo la mitad no habría superado un polígrafo.

—Una lista de sospechosos muy larga —afirmó ella dejándolo ahí.

Mac se volvió para mirarla a los ojos.

—Oye, Artemis, no hace falta que te diga que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que Sam vuelva con nosotros. No diré nada más sobre todo este follón, pero quería que lo oyeras de mi boca.

Eran palabras que brotaban de muy adentro, entre herrumbrosas capas de confianza, vergüenza, culpa e impotencia. Si le hubieran preguntado cómo estaba —una falta de delicadeza imposible entre amigos tan íntimos—, ella no habría sabido qué decir. Aun así, pese a no decir nada, Mac había adivinado lo que necesitaba oír.

Dio el último trago a su cerveza.

—Gracias por decirlo —dijo—. Gracias de verdad.

Mac ladeó la cabeza hacia ella, y ambos miraron hacia el otro lado de la mesa para que Theo los hiciera partícipes de su anécdota, porque la de ellos no daba más de sí. Gus lloraba de risa justo antes del golpe de efecto: el agente, explicó Theo, había vuelto en sí encadenado a una fuente y echando en falta setenta y cinco mil dólares de fondos operativos.

Cuando a Gus se le pasó el ataque de risa, ella miró a sus amigos con el vaso en alto. Como había tanto que decir, no dijo nada. Brindaron por el final entrechocando sus vasos en un silencio solemne.

—No me lo había imaginado así —dijo Theo—. Para ninguno de los cuatro. Me imaginaba discursos, gratitud, sensación de conquista, de haber llegado a la meta y haber llegado bien...

—Estás borracho —señaló Mac.

—¿Y qué? —contestó Theo—. ¿Tengo menos razón por eso?

—Lo que tienes es una cogorza de campeonato —dijo Gus—. Como de costumbre, Theo.

—Yo sólo digo que veía el final de otra manera —insistió él—. Mejor. Para todos, quiero decir.

El vaso de ella, finalmente vacío, chocó contra la mesa.

—Yo también —afirmó—. ¿Un empate a cero carreras? ¿Qué coño es eso? Estaba convencida de que íbamos a ganar.

8

McLean, Virginia

Cuando llegó el paquete, Procter estaba cortando el césped de su casa, ligeramente borracha. Era un jueves por la tarde, dos semanas después de que la pusieran de patitas en la calle. Había quedado con Mac en el Vienna Inn para una cerveza que se había convertido en dos, y luego había vuelto a su casa para seguir deslomándose en el jardín, achicharrada de calor. Después de cortar el césped, arrancó las malas hierbas y con el soplador empujó los restos hacia los parterres, desnudos y pedregosos salvo por un colibrí de plástico con alas giratorias que habían dejado allí los antiguos propietarios.

Tras aparcar el cortacésped en el garaje, al lado de su Toyota RAV4 nuevo, sacó el correo del buzón, recogió el paquete del porche y lo dejó sobre el correo acumulado, que ya invadía casi toda la encimera. Tampoco podía decirse que la pérdida de la encimera importase mucho, porque el espacio que necesitaba para prepararse la comida era bastante reducido. Achicharró una Party Pizza en el microondas, la puso sobre un plato de cartón resistente, se abrió otra cerveza y fue al salón, arrastrando los pies. No se dio cuenta de que el mando a distancia estaba encima de la tele, fuera de su alcance, hasta que estuvo bien repantingada en el sillón.

Comió en un estado silencioso de estupor, con la mente en blanco, hasta que sonó su móvil dentro del bolsillo.

—Cummings —dijo—. Gracias por devolverme la llamada.

—He oído tu mensaje, Arty, pero no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Nada. ¿Buscas trabajo? ¿Qué coño pasa?

—No me iría mal un puestecito.

—¿Estás en Estados Unidos?

—Sí.

—¿Y cuándo me harás una visita?

—No lo sé. Puede que pronto.

—¿Ya no eres espía?

—No, ya no.

—Vaya... ¿Qué pasa, que te jubilas?

—Algo así.

Se había levantado y ahora estaba frente al cubo de la basura. La caja de Party Pizza, el plato y las dos latas de cerveza formaron una nueva capa geológica sobre la de la noche anterior: un plato, cuatro latas de Coors y otra caja de Party Pizza.

—¿Algo como que al final te han dado puerta? —dijo Cummings.

—Caliente, caliente. Oye, si te doy unas semanas, ¿podrías encontrarme trabajo?

—¿En el parque?

—¿Dónde carajo quieres que sea? ¿Tienes otros negocios? Si los tienes soy toda oídos.

Cummings estaba haciendo un ruido raro, una mezcla de jadeo y risa.

—Vale, vale. Pues sí, algo te encontraremos.

Colgó en la soledad de su cocina. La casa se la había comprado a otro agente de la CIA, tras verse apartada del trabajo sobre el terreno y castigada con dos años de banquillo haciendo trabajo de oficina en Langley bajo supervisión adulta. A pesar de que ya había cumplido su condena, muchas cajas de esa mudanza seguían sin abrir, y servían de mesas y de taburetes en la sala de estar. Durante los primeros meses las había dejado por simple pereza, pero con el paso de los años había llegado a la firme convicción de que abrirlas habría sido una señal de derrota, el reconocimiento de que el banquillo era el sitio que le tocaba. En la sala de estar de la planta baja, que cruzó de camino al piso de arriba, no había ningún mueble. En el segundo dormitorio tenía un soporte de acero para ejercicios de fuerza y una colección de mancuernas, cintas y pesas probablemente fabricadas en época de Nixon. Era su principal aportación al interiorismo de la casa.

Subió al máximo el volumen de su *playlist* de EDM. Menú: sentadillas, flexiones, supinos rectos, abdominales, cintas, cargadas, arrancadas y pesas. No lo tenía estructurado. El único objetivo era sufrir. Hacia la mitad de la sesión, hizo un ejercicio de cintas la mar de sugerente que estuvo a punto de partirle las piernas. Cuando llegó a la parte de las pesas ya no oía ni sus pensamientos, y la presión que se le acumulaba en el estómago, debida a la pizza y la cerveza, estaba adquiriendo proporciones tan volcánicas que se vio obligada a hacer una pequeña pausa.

Después de ducharse se repantingó otra vez en la butaca, donde se puso a zapear entre la QVC y un partido de béisbol. Cuando volvió a la cocina, su mirada se posó en el paquete de la encimera, y la

etiqueta de envío le hizo fruncir el ceño. Había pasado por la aduana. Se agachó para echar un vistazo.

Venía de Helsinki.

—Vaya, vaya... pero ¿qué mierda es ésta?

Sobre el terreno, por lo general, le habían preocupado las bombas, pero Artemis Procter consideraba un gallina a quien no hiciera las cosas por su cuenta: arreglar coches, cortar el césped y... pues sí, qué demonios, abrir el correo. Además, en la isla griega de Hidra una vieja adivina le había mostrado su propia muerte cuando sólo tenía nueve años, y eso, en fin... Se le fue la mirada hacia el montón estratificado de basura, a la caja sin abrir que estaba teniendo una segunda vida como taburete y a la montaña de correo que amenazaba con sumergir su tostadora. «No, esto no es el final», pensó. Y si lo fuera tampoco pasaba nada. Mejor. Abrió el paquete. Dentro había otro. También lo abrió.

Lo primero que se preguntó al ver lo que contenía fue si era la última burla de Debs, pero la dirección de Helsinki no tenía sentido. De repente, sintió un vuelco en el estómago al comprender quién le había enviado aquello. La caja estaba llena de fotos de Artemis Procter desnuda. Se las habían hecho dos años antes, al intentar captarla en Dusambé, y ya estaban a disposición de todos en las interredes. No era una amenaza —al menos de momento—, sino un distintivo ruso. Dentro del paquete había un cedé y una caja, pequeña y de fieltro. Por lo visto los rusos todavía usaban cedés, los muy borricos. Apartó el disco y apretó la mandíbula, mirando la caja de fieltro. Respiró profundamente y la abrió. Un mechón de pelo. Un vial de sangre. Dos rectángulos de cartulina con huellas dactilares. Dentro de su cráneo se había disparado una alarma.

«Habría que llevarlo a Langley», dijo una voz lejana. «Ni se te ocurra meter este cedé en un ordenador personal. Súbete ahora mismo al coche y ve a la central.» Aun así, ya se había puesto a rebuscar en un armario. Empezó a apartar libros llenos de polvo, sin leer, y cajas sin abrir aún más polvorientas. Hurgó en un recipiente de plástico lleno de cables eléctricos y baterías viejas. Ahí estaba: su viejo portátil. Ya no oía la voz que había estado dándole la lata sobre sus obligaciones con la CIA. Sólo oía la alarma. Era responsable de su amigo. Por algo le habían mandado la caja. Y además ya no trabajaba para la CIA.

Encendió el portátil, metió el disco, pulsó reproducir y esperó. Qué lentos eran los ordenadores viejos... A duras penas resistió la tentación de hacerlo picadillo, pero lo necesitaba, por vetusto que fuera. Viendo girar la ruedecita en la pantalla, se consoló un poco con la certeza de que ya lo destrozaría más tarde.

Fue directamente al vídeo, impulsada por el deber para con su amigo. Los primeros cuatro minutos eran un montaje, un batiburrillo de preliminares: planos de él sentado delante de una mesa, diciendo su nombre, negando que fuera de la CIA y embarcándose en una especie de sinuosa confesión. Estaba en una sala a oscuras, frente a una pared de ladrillo. ¿Lefórtovo? No tenía forma de averiguarlo. En cada vídeo se veía más delgado, como si le hubieran arrancado algo antes de cada grabación. Del minuto cuatro al diez todo eran fotos fijas: una cenital de él saliendo de una habitación, otra de él sentado y atado a una silla, otra de dos hombres —a los que no se les veía la cara— sujetándolo para que no tocara el suelo con los dedos de los pies y sus hombros quedaran casi por encima de su cabeza... Procter estuvo casi un minuto viendo cómo se balanceaba cabeza abajo,

colgado de una viga. Era un balanceo rítmico, casi plácido. Su pelo barría un suelo de cemento. Tenía los ojos hinchados. Había unas cuantas tomas de Sam desnudo junto a una mujer esquelética que lo rodeaba con brazos de heroinómana. La parte que iba del minuto diez al catorce era la más difícil de soportar. Procter estuvo a punto de apagar el vídeo en un par de ocasiones, pero no fue capaz de hacerlo.

Se obligó a mirar los cuatro minutos en los que Sam Joseph aparecía tirado en el suelo, con la cara contra la pared. Murmuraba algo, pero no se le entendía una sola palabra. A veces parecía que estuviera sonriendo, y resultaba tan inquietante que Procter tenía que apartar la vista. En el minuto catorce se oía una voz que decía alegremente en ruso: «Samuel tiene médicos. Recibe visitas. Se le da de comer. Dormir no duerme muy bien, pero por lo demás está perfecto. Está contando. ¡Cuenta para pasar el rato!»

Sólo logró acallar el repiqueteo de su cabeza cogiendo un taburete y tirándolo contra la pared del otro lado del salón. Casi no oyó el impacto. El vídeo se acababa con una toma de Sam mirando la pared con su sonrisa inerte, mientras el narrador volvía a decir: «¡El agente de la CIA Samuel Joseph cuenta para pasar el rato!»

9

Moscú

—Yo creo que sería mejor decirles la verdad.

Curtis tenía la espalda apoyada en la pared de la caja y las rodillas contra el pecho. El nuevo compañero de celda de Sam hablaba inglés con un acento irreconocible, según él de Pensilvania, de ascendencia alemana, aunque sonaba extranjero. Si se le presionaba un poco, acababa embarcándose en una maraña de anécdotas sobre su infancia en un pueblo cerca de Lancaster cuyo nombre Sam no lograba recordar, y que incluso al propio Curtis se le resistía a veces. De no ser por sus mentiras podría haber sido cura. Tenía un aire confesional, y era un maestro en reconducir cualquier conversación, por banal que fuera, hacia su tema favorito: la verdad.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sam.

—Porque así nos soltarían.

Sam llevaba la cuenta de las veces que había comido desde la llegada de Curtis. De las horas no tenía una noción clara, y de los días, las semanas o los meses todavía menos, pero sabía que había compartido quince comidas con él.

—No van a soltarnos, Curtis —dijo Sam.

Curtis se tapó la cara con las manos, intentando contener un suspiro de desesperación.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo le he contado la verdad, y aquí me tienes.

Dos comidas más tarde, Sam y Curtis estaban en lados opuestos de la celda, mirándose sin verse. Sam notó que Curtis trataba de leerle el pensamiento. Él había estado contando la decimoquinta hilera de estrellas de la pared, pero, para su desesperación, había perdido la cuenta al tratar de recordar cuántas estrellas tapaba la cabeza de su compañero de celda.

—Yo no creo que a Procter le pareciera bien cómo lo estás enfocando... —empezó a decir Curtis.

—¿Quién? —dijo Sam, entrecerrando los ojos para mirarlo.

Curtis bajó la cabeza y cogió otra galleta salada de su bandeja.

—¿Quieres morir aquí? ¿Y tus padres? ¿Y Natalie?

—¿Cómo me dijiste que te habías enterado de lo de Singapur? —preguntó Sam.

Después de un suspiro de lo más teatral, Curtis contó de nuevo su enrevesada historia: que había sido agente encubierto para la Estación Moscú, que el primer día lo habían cogido los rusos por la calle para llevarlo a esa celda, y que lo sabía todo sobre Gólikov. Sabía, por ejemplo, y milagrosamente, que Gólikov le había contado un secreto a Sam, y estaba convencido de que, si Sam se lo revelaba a sus captores, ambos quedarían libres. «Tengo mujer y dos hijos pequeños», decía, y se ponía a llorar. En lo del llanto era un maestro. Era capaz de prolongarlo hasta que parecía que hubieran

pasado horas. Sus gemidos y sollozos, que finalmente se convertían en extraños gritos, alcanzaban tal intensidad que Sam habría estado encantado de cambiarlos por los punzantes ruidos que sonaban por los altavoces invisibles, que sólo eran aullidos.

La actuación de Curtis debió de sacar de quicio a los rusos encargados de escucharlos. Primero dieron de comer a los prisioneros y luego dos hombres irrumpieron por la puerta y se llevaron a Curtis a rastras. Sam tenía la impresión de que, a esas alturas, los gritos ya habían ido a menos. Aun así, sus captores trataron de simular que sometían a Curtis a una sesión de tortura desastrosamente sangrienta y ruidosa justo al otro lado de la puerta de la caja, sin que faltara su correspondiente cacofonía de alaridos, gruñidos, gemidos lastimeros, borboteos y el zumbido de un taladro invisible. Aquello duró varias horas. Al final, llevaron a Sam a una sala con una pantalla de televisión en la que se veía a Curtis de rodillas contra una pared. Sam tenía delante a un interrogador sin nombre. Durante unos segundos muy elocuentes, el interrogador y Sam estuvieron mirando a Curtis en la pantalla.

—¿Qué le dijo Gólikov? —preguntó el interrogador de malos modos.

—Me preguntó por mi whisky.

—Si no nos lo dice, mataremos al señor Hasp.

—¿A Curtis?

—Sí, a Curtis Hasp, agente de la CIA, como usted.

En la pantalla apareció un hombre con una pistola en la mano. Durante un rato se quedaron todos muy quietos. Sam podía oír los gimoteos de Curtis por los altavoces.

—¿Qué le dijo Boris Gólikov? —le repitió el interrogador.

—Me preguntó por mi whisky.

El tipo suspiró e hizo una breve llamada telefónica. En los altavoces de la pantalla sonó un disparo, y Curtis cayó hacia delante. La imagen se cortó antes de que Sam pudiera ver lo bien que se le daba a su compañero de celda imitar la caída de un cuerpo sin vida en el cemento.

—Menos mal —dijo.

Lo despertaron unas uñas que arañaban su cara y su frente. Vio que un rostro iba perfilándose en la oscuridad. No sentía las piernas. No podía mover los brazos y apenas podía respirar. Una lengua se introdujo en su boca, una lengua larga y serpentina, haciéndole cosquillas en las encías y en el paladar. Dos manos rodearon su cabeza. Sintió el peso de alguien sentado en su pecho. Cuando la lengua se retiró, oyó una áspera voz de mujer, pero no logró entender lo que decía. Era como si la voz llegara desde muy lejos. Las manos de ella le rozaron el pelo, las mejillas y los hombros. Luego sus uñas entraron de nuevo en acción, con unos cuantos arañazos que rasgaron la piel de Sam. Acto seguido, por segunda vez, le introdujo la lengua en la boca. En esta ocasión se la metió hasta la garganta, como si intentara succionar el aire de sus pulmones. Cuando los labios de la mujer se despegaron de los de Sam, su húmeda lengua empezó a deslizarse por su cuello.

Al abrir los ojos, Sam se encontró con una luz cegadora y con un apacible silencio. Frente a él, cruzada de piernas en el suelo, había

una mujer esquelética con ojos de visionaria. Tenía un pelo finísimo, de color oro claro, que le caía inerte hasta los hombros. Su rostro carecía de vida. Sus brazos estaban cubiertos de marcas de jeringuillas. Llevaba un pintalabios intensamente rojo, y su sonrisa cadavérica parecía querer deslizarse hasta el pecho de Sam.

—Cuando duermes, Sam —le dijo en inglés, con una entonación perfecta—. Te visito cuando duermes.

A veces, al despertarse, la veía vestida con un mono azul almidonado. Otras veces estaba desnuda.

Su pelo olía a limpio, a fresco, como a flores. Tenía la piel blanca y sucia, de un color como de leche mezclada con ceniza.

Su sonrisa cadavérica estaba erizada de dientes que apuntaban en todas las direcciones posibles, pero su lápiz de labios nunca se corría. Sam jamás había visto un rojo tan intenso.

«No tiene nombre», decidió. Nunca lo tuvo.

Su columna vertebral era una sarta de perlas. Estaba tumbada en el suelo, junto a Sam: la cucharita. Esta vez estaba desnuda, y las luces encendidas. Sam no se acordaba de su última comida. No se

acordaba de la cantidad de estrellitas rojas de las paredes, y menos de dónde se había quedado al contarlas. Desde la aparición de la mujer, a duras penas había podido contar.

—Eso no tendrías que habérmelo hecho —dijo ella al notar que se movía—. Estoy muy enferma. Tú también lo estarás.

Sam se apartó rodando por el suelo. A continuación, fijó la vista en las estrellas rojas y empezó a contar.

Once mil cuatrocientas veintisiete.

Once mil cuatrocientas veintiocho.

Once mil cuatrocientas veintinueve.

Once mil cuatrocientas treinta.

Once mil cuatrocientas treinta y una.

Once mil cuatrocientas treinta y dos.

Empezaba a haber una especie de niebla.

Pero aún tuvo fuerzas para marcar la estrella donde había dejado de contar. Una victoria. Se había marcado una victoria. Se quedó dormido.

Se despertó con el olor de lo que había dejado la mujer en el váter portátil. Ella estaba cruzada de piernas en el otro extremo de la caja, enroscándose el pelo en los dedos. Sam notó el sabor del pintalabios en su lengua. Esta vez era él quien estaba desnudo. Ella llevaba el mono azul.

—He oído que tienes un secreto —dijo la mujer—. ¿Me lo cuentas? Si me lo cuentas me voy.

Sam rodó hasta quedar de cara a la pared y forzó la vista hasta encontrarlo.

Once mil cuatrocientas treinta y tres.

Once mil cuatrocientas treinta y cuatro.

Once mil cuatrocientas treinta y cinco.

Once mil cuatrocientas treinta y seis...

Rem cerró la carpeta y detuvo el vídeo de Samuel Joseph y su acompañante, la vampírica mujer pescada en una esquina de Moscú con la promesa de todo el caballo que quisiera. Miró su reloj: esa noche tenía una reserva en el Conejo Blanco. Para su sueldo de funcionario, un restaurante así era un despilfarro, un lujo pensado para compensar a Ninel después de tantos días de trabajo y nada más que trabajo. Le tentaba cancelarlo —estaba citado a primera hora con el director, y aún le quedaban grabaciones que mirar—, pero no iba a hacerlo. Llevaba casado desde los veintitrés años, la mayor parte del tiempo con Ninel, y sabía muy bien dónde estaban los límites. Se incorporó para ponerse la americana, apagó las luces de su despacho y se fue a cenar con su mujer.

—Esta noche estás muy callado —dijo Ninel con el tenedor ante la boca, cargado de guisantes.

Llevaba un vestido azul oscuro y las perlas que él le había traído de Tokio. Se había recogido el pelo gris en un moño alto. A Rem siempre le había gustado que no se lo tiñera, a diferencia de algunas

de sus amantes. La belleza de Ninel era regia, atemporal. ¿De qué servía estropearla con una juventud de pacotilla?

Su mesa estaba junto a la ventana, y desde allí podían ver el Moscova y las luces de Arbat. El comedor, muy concurrido, tenía forma de medio cilindro, con ventanales semicirculares *art déco* en los extremos y una pantalla de tela tendida por todo el techo, como la piel de un dirigible. Rem tenía que redistribuir constantemente el peso de su cuerpo por lo mal acolchadas que estaban las butacas. Se estaba tomando una sopa de espárragos y ortigas, pero apenas podía disfrutarla por culpa de los malos presagios sobre su reunión del día siguiente con el director.

A pesar de todo, tenía bastante apetito.

—El trabajo —gruñó sin entrar en detalles.

Con Ninel no hacía falta.

—¿Qué tal tu sopa? —preguntó ella, llamando al camarero.

—Buena —contestó él—. Muy buena.

Lo subrayó sorbiendo la siguiente cucharada, mientras fulminaba con la mirada al ladrón del camarero, que se estaba acercando.

—Deberías pedir algo más —dijo Ninel—. ¿Te apetecen unas costillas de buey? Es lo que más te gusta, y hoy es una noche especial. —El camarero ya estaba al lado de la mesa—. Otra copa, por favor —le pidió.

Seiscientos rublos más, pensó Rem. Sumándolos a los estragos que llevaba acumulados Ninel, salía un total de... 12.380. Y seguro que Ninel se pedía algo de postre, probablemente acompañado de vino de uvas heladas.

—Es que no tengo hambre —dijo, frustrado al comprobar que su mirada fulminante había sido ignorada por el camarero.

—¿Seguro? ¿No estarás haciendo uno de esos ejercicios matemáticos tuyos tan agotadores?

Rem carraspeó, bebió un poco de agua mineral y volvió a hundir la cuchara en la sopa.

—No digas tonterías. Ya lo hemos hablado.

—Sí —convino ella—, es verdad.

El camarero volvió con la copa de vino para Ninel. Esta vez la mirada de Rem dio en el blanco y lo ahuyentó sin haberle dado tiempo de endosarles nada más.

—Bueno, pues ¿por qué no me cuentas tus problemas de trabajo, ya que te tienen tan tristón? —preguntó ella dando un pequeño sorbo—. ¿Qué te preocupa?

—No, qué va, si no pasa nada —dijo él, cortando el aire con la cuchara—. No estropeemos la cena hablando de trabajo. Cuéntame qué estás leyendo. Vi que tenías *Tokio Blues* en la mesita de noche. ¿Te has reenganchado?

Ninel estaba dando toques con la uña en la base de su copa. Se le había cerrado un poco el ojo derecho, aunque seguía con los dos en guardia, controlando a Rem. Se apoyó en el respaldo. Ésa era la postura que adoptaba cuando se tomaba unos instantes para sembrar cristales rotos en su tono de voz.

—Te faltan seis meses para la jubilación, que ya se ha retrasado —dijo—, y te deslomas trabajando. ¡Y encima dejas que el trabajo estropee unas cenas fantásticas! Te voy a dar dos opciones, Rem. La primera es que hablemos de tu inminente jubilación. Puedes contestar a una serie de preguntas básicas que hasta el momento has ido esquivando, o ignorando, como por ejemplo las siguientes: ¿cómo te ves de jubilado? ¿Cómo tienes pensado aprovechar el

tiempo libre? ¿Organizarás un viaje para celebrarlo, como habíamos dicho? Corrijo: como te he ido suplicando y exigiendo, alternativamente. Puede que durante la conversación vayan saliendo otras preguntas.

Esta vez la mirada de Rem se ensañó con una yema de espárrago que sobresalía de la sopa.

—¿Cuál es la otra opción?

—¿Cuál va a ser? Que me comentes el problema que tienes en el trabajo.

—Vale, pues ésa.

Vinieron a llevarse los platos. Rem le hizo una señal al camarero para que se retirara antes de que pudiera ofrecerles algo de postre.

—La cuenta.

Ninel se dio unos toquecitos en los labios con la servilleta, como hacía siempre que se mordía la lengua.

—Bueno, pues... Adelante.

—Me han encomendado la seguridad de una persona —explicó Rem—, alguien muy importante para nosotros. O que pronto lo será. Es difícil explicarlo sin entrar en detalles.

—¿Y qué puedes hacer tú? —Ninel levantó una mano—. Aparte de estropearnos la cena.

«No, por Dios», pensó Rem, que pese a estar de espaldas no tuvo dificultades en imaginarse la cara de satisfacción del camarero. De hecho, era lo único que podía imaginar.

—Creo que sé cómo proteger a esa persona, a esa fuente —dijo—. Pero para eso... en fin, tendría que hacer algo bastante desagradable, Ninel. No hay otra manera de decirlo. Y no estoy seguro de que el director respalde mi decisión, aunque es posible

que quiera que lo haga de todas formas, porque elimina un posible problema y me deja como destinatario de cualquier posible reproche en el futuro. Ni siquiera estoy seguro de que sea necesario... Eso desagradable a lo que me refiero, quiero decir. Es todo muy confuso, como de costumbre. Y tengo que cargar yo con todo el peso.

Dejó caer la cuchara en el cuenco. Pensar en Samuel Joseph le había quitado el apetito.

—Eres un fanático —indicó Ninel—. O un buen soldado. O un adicto al trabajo, tú escoge. Deberías aflojar. En seis meses se acaba todo para ti, Rem.

—Bah —respondió él, moviendo el culo para estar más cómodo.

Miró por la ventana, más allá de Ninel, y se le apareció una imagen: el estadounidense tirado en la caja, con la heroinómana lamiéndole la cara. ¿A qué coño venía ahora eso?

—Tiene la edad de Piotr y se le parece un poco. No estoy seguro de poder hacerlo. Por no estar seguro, ni siquiera lo estoy de que haga falta. Antes teníamos reglas, Ninel. En otros tiempos teníamos las reglas de las narices. Ahora, para avanzar hay que incumplirlas. Eso no me gusta.

—¿De quién hablas? ¿Quién se parece a Piotr?

Rem le dirigió su mirada suplicante de siempre, como diciendo: «Ésta es la raya que no hay que atravesar, Ninel.»

—Vale, vale —dijo ella, volviéndose hacia la ventana—. Pero ¿a quién le importa avanzar? Tú ya estás muy por delante; tanto que sólo te faltan seis meses para terminar.

El camarero volvió a aparecer.

—Al final sí tomaremos postre —dijo Ninel.

—Estupendo, ahora traigo las cartas.

Sólo había dado un paso cuando lo frenó la voz de Ninel.

—No hace falta. Ya sé qué queremos. Para mí la tarta de ruibarbo. —Nuevo total: 13.420—. Y para él... Rem, cariño, ¿tú qué quieres?

—No tengo hambre.

—Para él el pastel de miel. Con el postre tomaremos dos copas de vino helado. Y luego dos cafés. Gracias.

El camarero se alejó con paso alegre.

—¿A cuánto asciende el estropicio? —dijo Ninel.

Rem evitó su mirada lanzándose hacia el vaso de agua. Estuvieron unos diez segundos sin hablar. Ninel lo miraba fijamente, con una sonrisa desagradable. Él suspiró.

—No lo sé.

—¿Qué precio se te ha olvidado?

—No se me ha olvidado. Para olvidar algo hay que saber qué es.

—Te he preguntado cuál se te ha olvidado.

Ninel tenía la capacidad de comprimir párrafos enteros de tensión en unas pocas palabras.

—El vino helado.

—Mil doscientos por copa.

Rem pensó un momento y volvió a doblar la servilleta en su regazo.

—Diecisiete mil quinientos setenta.

Ninel se apoyó en la mesa para cogerle la mano.

—Cariño, esta manía tuya resultará insufrible cuando nos vayamos de vacaciones después de tu jubilación.

—Estoy de acuerdo —dijo él, apretándole la palma—. Bueno, pues mejor nos saltamos el viaje.

SEGUNDA PARTE

Amigos queridos y enemigos del alma

10

Kissimmee, Florida
Tres meses después

Aunque lo llamaran «el Dormido», *Pete* estaba de lo más despierto. Deberían haberlo apodado «el Bravo» o «el Malo», porque no dejaba de lanzar dentelladas. ¡Joder, si a ella ya le había pegado dos mordiscos!

El primero, muy cerca del codo, durante el aprendizaje del oficio, le había costado una tarde en el hospital de Hunters Creek. Le pasaba a todo el mundo. «Pasar pasará; la cuestión es cuándo», como decía siempre Cummings. El segundo se lo dio en la mano izquierda. Un pelín embarazoso.

En esos momentos, Artemis estaba sujetando a *Pete*, pero con el calor y la humedad sus manos parecían de mantequilla. Lo extrajo del barro del pantano. Esbozando aquella media sonrisa que daba repelús, *Pete* iba dejando cicatrices en la arena con sus fofas patas. Artemis, clavando bien las Birks, lo arrastró por la orilla. La gente gritaba aún más de lo habitual, en un ambiente cada vez más primitivo: se iba a ver sangre. Por su parte, ella esa película ya la había visto, ¡vaya si la había visto! Los chavales subirían el vídeo a las redes sociales, y por la noche ya saldría por Fox 35 y las demás

cadenas de Orlando. La violencia daba cierta notoriedad, pero en general era mala para el negocio, porque los clientes de Gatorville tardaban poco en deducir que a ellos podía pasarles lo mismo.

Artemis se tomó un respiro, durante el cual *Pete* procedió a reptar de nuevo hacia el pantano. Ella lo siguió chapoteando por el barro. Primero lo agarró por las patas traseras. Luego se subió a su lomo e intentó taparle los ojos para poder cerrarle la mandíbula. Su gorra de los Cleveland Indians se cayó en la arena mojada. El pelo le caía sobre los ojos, en mechones deshechos. *Pete* se estaba cabreando. ¿Cómo reprochárselo, si tenía encima a un ser humano hembra emperrado en sacarlo de su dulce pantano tirándole de la cola? El animal empezó a sacudirse y retorcerse para darle un buen mordisco en el brazo. Ella, muy concentrada, le pegó el morro a la arena y le tapó los ojos.

Con una mano recogió la gorra y se la puso al cabrón del caimán.

—¡Aprovechen, menuda foto! —masculló a través del micro que llevaba en la camisa.

A pesar de lo poco que duró la gorra en la cabeza del bicho, Artemis se dijo que aquello resultaba humillante, y ella estaba totalmente a favor de humillar a *Pete* para hacerle pagar por los dos mordiscos. Con el morro del animal firmemente hundido en la arena, deslizó la mano por los labios, o lo que fuese que tuvieran los putos caimanes, y le sujetó la mandíbula superior. Estaba a horcajadas sobre los hombros de *Pete*, y levantó su cabeza para orientar los dientes hacia los espectadores. Un murmullo se elevó desde de las gradas, y Procter susurró a las orejitas de caimán que ella era la que mandaba, que ése era su pantano.

De pronto, *Pete* dio un coletazo que hizo que Procter perdiera el equilibrio y acabara cayendo de bruces en la arena.

—Me cago en la leche... ¡joder! —murmuró por el micro caliente mientras el caimán se echaba encima de ella.

Los padres tapaban los ojos de sus hijos, porque era el tipo de crisis que a la larga podía requerir atención psicológica, y no de la normal, que era la que cubría el seguro. Ella saltó por encima de la valla, mientras las mandíbulas del caimán se cerraban a pocos centímetros de sus shorts. Con una retahíla de palabrotas reproducida a todo volumen por los altavoces, rodó entre un par de palmeras mientras Cummings entraba corriendo en el ring a por *Pete* «el Dormido».

—¡Artemis! —gritó Cummings—. Artemis, maldita sea... Vuelve ahora mismo. Me cago en... ¡Artemis!

Después de que *Pete* fuera devuelto a la seguridad de su pantano, de que se presentaran las disculpas de rigor, de que se restituyeran los preceptivos importes, junto con todo tipo de vales, de que los abogados de Kissimmee fueran advertidos del alud de denuncias que no tardaría en producirse y de que Procter se fumara tres Virginia Slims en las gradas vacías, Cummings la sentó en su despacho para darle un rapapolvo. «En pocos meses me han echado de la CIA y ahora posiblemente me echarán de Gatorville», pensó ella. Un doblete que nunca le había pasado a nadie, y que parecía poco probable que volviera a repetirse. Pero no, Cummings no quería echarla. Sólo quería gritar. En Gatorville siempre faltaba mano de obra, y él no tenía ningunas ganas de buscar un sustituto.

—¿Aún quieres que haga mañana el Jumparoo? —le preguntó ella cuando Cummings dejó de gritar.

Él señaló la puerta.

—Largo de aquí.

La caravana de Procter ocupaba una finca de unos cuantos miles de metros cuadrados por cuyo alquiler pagaba cuatro chavos a Cummings. Una extensión de arena con palmitos y robles a orillas de un pantano que burbujeaba a causa del calor. Los dominios de Procter en la soleada Florida consistían en una exigua cocina con un banco, un dormitorio, un baño y la mínima expresión de una sala de estar, que a la vez servía de almacén. El sofá, medio hundido, tenía un estampado de flores turquesas. Las cortinas eran casi todas de cuentas.

Aparcó su RAV4 al lado del soporte de pesas oxidado. El pantano era un zumbido constante de insectos. Había mucha humedad, y la atmósfera cargada anunciaba lluvia. Al entrar en la caravana, puso EDM con el volumen tan alto que hizo vibrar las ventanas y las cortinas de cuentas.

Para olvidarse de las desgracias del día, Artemis se entretuvo revisando y poniendo a punto la pequeña armería que tenía debajo de la cama. Lo primero que hizo fue engrasar el mecanismo de su querida Mossberg de calibre 12. Acto seguido, se dedicó a limpiar la empuñadura de su bate del alma, que luego embadurnó de punta a punta con brea de pino. La M4 estaba perfecta. Se planteó desmontar y limpiar la ametralladora de cinta Mk 48, pero no tenía fuerzas, y al final volvió a guardar las cajas debajo de la cama.

Luego se sirvió un chupito de ginebra y se dejó caer sobre las sábanas. Al cabo de un rato, cuando las primeras ráfagas de lluvia

ahogaron el desenfrenado croar de las ranas, se quedó dormida.

Al día siguiente, Cummings le dispensó a Procter su castigo por el fiasco de *Pete*: durante tres semanas cubriría los espectáculos de Gator-Mania de las once y media y las dos y media, y luego tendría que ensartar todo el pollo y el cerdo para el Jumparoo de las cuatro.

—Ah, y también te encargarás de recoger, Artemis —dijo apoyándose en el respaldo y entrelazando ante sus labios unas manos regordetas, como siempre hacía cuando estaba satisfecho de sí mismo.

Los Jumparoos eran una fuente de ingresos sustanciosos para Cummings, pero Procter no los soportaba. Su parte (recoger, o sea, limpiar) era una verdadera lata, pues consistía en pasar la fregona por las gradas y el Coliseo después de un largo día. En el paseo aterrizaban trozos de cerdo y pollo que los turistas, en su constante deambular, pisoteaban hasta introducirlos entre los tablones. Al final de la tarde todo estaba lleno de moscas y apestaba, y, para sacar los menudillos, tenía que usar el «palo de la carne», un mango de escoba afilado que se introducía en las ranuras de los tablones y a veces se atascaba.

Entre tirón y tirón del maldito palo, Procter miró hacia el fondo del paseo y lo reconoció. Estaba igual. ¿Cómo se lo esperaba? ¿Encorvado? ¿Con los ojos hundidos? ¿Calvo? ¿Con barba de presidiario? Estaba ahí de pie, mirando con una media sonrisa el palo de la carne. Tenía unas ojeras un poco pronunciadas, pero a menos que supieras dónde había pasado el verano no pensarías nada especial, salvo quizá que en Gatorville no abundaban los chicos

guapos y fibrosos, y que los pocos que había solían estar rodeados de niños.

El palo se desatascó, y Procter lo tiró al suelo. Cuando Sam y ella estuvieron frente a frente, le dio un abrazo. Se quedaron un buen rato así. Procter no tenía ganas de soltarlo. Tampoco sabía qué decir.

Ya estaba al corriente de que Sam había salido, por supuesto. Lo sabía por Mac, que la había llamado el mismo día del intercambio, cuando Sam ya estaba volando a Estados Unidos. Además, mientras interrogaban a Sam en la Granja, Procter había recibido la visita de Theo en Gatorville, aunque se habían dedicado más que nada a beber.

De eso hacía ya un par de semanas, y los pocos detalles que le había dado Theo eran que se había producido un intercambio, que Mac y Gus habían hecho algo vagamente heroico y que físicamente Sam estaba bien.

—¿Y mentalmente? —había preguntado Procter.

—Para eso aún es pronto —había contestado Theo—. El tiempo dirá.

Procter abrió la boca para decir algo.

—Jefa —se le adelantó Sam—, ¿sabes que tienes mucha sangre en la camisa?

Dio un paso atrás, estirándole un poco la camisa, en la que había un número azul oscuro con un caimán albino asomando los ojos por encima de la superficie del pantano.

—Es de cerdo —dijo ella—. Gajes del oficio.

Sam bajó la vista. En el agua cenagosa retozaban unos cuantos caimanes.

Procter le dio otro abrazo. Era su manera de expresar una emoción incontenible.

—Verás, a mí estos discursitos no se me dan nada bien. ¿Qué te parece si das por hecho que he dicho justo lo que tenía que decir en un momento así?

—Acabas de decirlo.

—Te lo agradezco. Ah, y me alegro de verte, te lo digo de corazón, aunque confieso que me sorprende un poco que tu gira de vuelta a Estados Unidos pase por Gatorville.

Estaba sorprendida de verdad, no era una muestra de falsa modestia, un sentimiento que no formaba parte del repertorio emocional de Procter. Aunque su relación con Sam se remontase a más de diez años atrás, había supuesto que no tendría muchas ganas de desplazarse hasta el tercer parque temático de caimanes del centro de Florida para una relajada charla con la responsable de la operación que lo había hecho pasar todo el verano en un centro de reclusión ruso.

—¿Cómo iba a perderme esto, ahora que me han dado una segunda vida? —dijo él, señalando con la barbilla el palo de la carne tirado en el suelo—. ¿Cuándo acabas tu jornada?

Procter miró su reloj.

—Ya casi estoy. —Recorrió el paseo con la vista—. Yo diría que lo he sacado prácticamente todo.

—¿Podemos hablar en algún sitio?

—Ah, ¿no es una visita de cortesía?

Sam intentó sonreír, pero fue como si se le tensara más la piel en el rostro mientras se le crispaba la mandíbula y desaparecía cualquier rastro de alegría en su mirada.

—Donde no nos oiga nadie —murmuró, bajando la voz hasta convertirla en un ronco susurro—. Tenemos un problema, jefa, y de los serios.

Cuando Procter se desvió por el camino de arena que llevaba a su caravana ya se había puesto el sol, y la ciénaga era un hervidero de ranas y grillos. Sam iba de copiloto. Después de marcharse de Gatorville —por separado—, Procter lo había recogido en un restaurante de Kissimmee, porque él no quería acercarse a la caravana en su coche de alquiler. Procter puso los pies en la arena y se desperezó.

—Dame un rato para que recupere mi glamour y me limpie la sangre y todo eso —dijo—. Luego nos pondremos a trabajar. Entretanto, ponte cómodo.

Una vez duchada, preparó dos gin-tonics en vasos de plástico de Gatorville, cogió un paquete de Slims y un encendedor y eligió como cenicero un tazón, también de Gatorville: el del borde dorado y el asa en forma de cola de caimán. Se sentaron en el banco.

Cuando su carrera como agente estaba en su punto álgido, Sam Joseph había cometido un error de bulto: enamorarse de un activo, una mujer siria, durante su paso por Damasco, donde Procter era jefa de estación (la primera de su trayectoria). El comité de evaluación de la CIA lo había sentado en el banquillo —dos años de trabajo de oficina bajo supervisión adulta—, pero una vez superado ese trance, Sam había conseguido volver a trabajar sobre el terreno en diversos destinos, hasta que, en su siguiente regreso a la central,

Procter, que también se encontraba de paso por ella, se lo había agenciado para Moscú X.

—Bueno, Jaggers —dijo, encendiendo un cigarrillo—, bienvenido al paraíso.

Burt O. Goldjagger era el apodo de Sam, el alias usado en los cables para que en los documentos no quedara impreso su verdadero nombre. Procter lo usaba a menudo cuando estaba con él.

Empujó los Slims y el mechero hacia Sam, que los rechazó con un gesto.

—¡Menudo sitio! —exclamó, dando un golpe a la cortina de cuentas—. ¿Es de tu primo?

—No, qué va, me la compré y la recogí de camino.

—Me refiero al parque de caimanes —dijo Sam.

—Ah, vale —contestó ella—. Sí, es de Cummings, el hijo del hermano mayor de mi madre. Estas tierras son de la familia desde la década de los cuarenta. —Hablaba soltando nubes de humo, con el cigarrillo entre los labios—. El sueldo no es para tirar cohetes, pero tengo mi pensión, y hay otras gratificaciones que molan bastante.

Sam hizo una mueca, y Procter se llevó solemnemente la mano al corazón.

—La comida y la bebida corren a cuenta de Gatorville. Y en la tienda me hacen un treinta por ciento de descuento —dijo, levantando el vaso con cara de satisfacción—. Bueno, en la pequeña; en la grande sólo un diez.

—¿Hay alguna diferencia entre las dos?

Procter dio una última calada al cigarrillo, lo apagó dentro de la taza y dio un empujoncito al asa de cola de caimán.

—La grande es más de lujo.

—Te lo tienes bien montado —dijo Sam, señalando la caravana.

Lo había dicho con el tono de quien comenta una erupción cutánea misteriosa.

—Es una caravana para una sola persona, Jaggers, y yo estoy más sola que la una, o sea, que no necesito más.

Se encendió otro cigarrillo y se echó la gorra de béisbol hacia atrás, poniendo contra la pared al jefe indio Wahoo estampado en la visera.

—Oye, jefa —protestó Sam—, que ya no se llaman los Indians. No deberías llevar esa gorra tan ofensiva.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella—. Así que he ofendido al hombre al que pillaron follándose a su activo. No sabes cuánto lo siento.

Se puso otra vez la gorra del derecho, con una gran sonrisa blanca que desapareció de golpe.

Sam se estaba riendo por lo bajo.

—Pero qué burra eres, jefa.

—Ya no soy jefa —dijo ella—, solo burra. Por cierto, ¿en qué te tienen metido ahora?

—Trabajo de oficina en Moscú X —contestó él—. Con Gus de jefe. Al volver me tuvieron una temporada en la Granja. Me dejaban recibir visitas de mi familia y de Natalie, y permitían que pasáramos un tiempo juntos, pero vigilados, ya me entiendes. Luego la cosa ya se puso seria: interrogatorios de seguridad y contrainteligencia, informes por escrito, chequeo a fondo por los médicos y los psicólogos... Y para rematar, un mes de baja obligatoria. Hacia el final, Gus me llamó para preguntarme si quería volver a mi puesto anterior.

—Y aquí estás —dijo ella.

—Y aquí estoy.

El móvil de Sam vibró en el interior de su bolsillo. Miró la pantalla, arrugó la nariz y escribió una respuesta. Otro zumbido de contestación. Se lo guardó otra vez en el bolsillo.

—¿Natalie? —preguntó Procter.

—Sí.

—¿Qué se cuenta?

—Que me echa de menos.

—Normal, porque eres la leche. Recuérdame cuánto tiempo lleváis juntos.

—Un poco más de un año.

—¿Sabe que estás aquí?

—No.

—¿Dónde cree que estás?

—En Las Vegas.

Procter se rió.

—Joder, Jaggers... La mayoría de los tíos mentirían a sus novias para ir a Las Vegas, y tú, en cambio, usas Las Vegas como coartada para un viaje a los pantanos de Kissimmee. ¡Y seguro que ni siquiera has venido por sexo ni por ningún otro vicio! Y por si fuera poco, le mientes a la mujer que ha esperado durante un montón de tiempo a que salieras de una cárcel rusa; una mujer que, si no me falla la memoria, es una joya desde todos los puntos de vista, y encima de Oriente Medio. Por decirlo con otras palabras: la kriptonita de Sam Joseph. Bueno, pues nada; visto el viaje que te has pegado para llegar hasta aquí, y que has tenido que mentir, doy por hecho que la mierda está al caer. Cuando te parezca me la sueltas.

Sam cogió el paquete de cigarrillos, se encendió uno y durante unos segundos se dedicó a lanzar el humo a través de la cortina. Procter supuso que estaba buscando la manera de empezar.

—Necesito explicarlo desde cero —dijo Sam—. He tenido que darles una versión a los rusos, otra a la CIA y otra a Natalie y mi familia. Me irá bien contártelo a ti en limpio, de principio a fin.

—Empieza por donde quieras —ofreció ella después de dar un sorbo rápido a su gin-tonic—. Tengo tiempo de sobra.

—Las fechas, por razones obvias, están algo borrosas, pero el cable de Moscú llegó la mañana del...

Sam se quedó callado, mirando a Procter como si no la viese. Parecía que se le hubiera atascado el cerebro.

«Mal empezamos», pensó Procter. Quizá no fuera fácil.

—El cable llegó de la Estación Moscú la mañana del 15 —dijo Procter—. El 15 de marzo. Será difícil que me olvide de esa fecha.

—Exacto. El día siguiente por la tarde yo ya lo tenía todo organizado para Singapur: alojamiento, transporte en superficie, dinero en efectivo... Me hice una transferencia y saqué los cien mil para el pago a Gólikov. Luego tú diste el visto bueno al último cable, y firmé los recibos del dinero.

—Me han dicho que firmaste como «Pato Lucas» —dijo Procter.

—¿Te lo han dicho? —contestó él, conteniendo la risa—. ¿No lo miraste?

—Los putos recibos no los mira nadie, salvo los blanqueadores de Tesorería, que son los que se quejaron; pero bueno, sigue.

—La mañana siguiente despegué de Dulles. Por la tarde, en cuanto aterricé en Singapur, fui directo a las mesas de bacarrá de apuestas altas y busqué a Gólikov, pero nada, ni rastro. A ver, él nos

había dado el nombre de un hotel y dos días de margen, pero ese sitio no es precisamente pequeño... Total, que subí a ducharme y a tomarme un Red Bull, y luego di una vuelta por el hotel para hacerme una composición de lugar: las salidas, los flujos, los puntos fijos de seguridad, cómo se mueven... También analicé las perspectivas visuales desde las salas de bacarrá de apuestas altas. Después de eso volví un rato a las mesas y me lo tomé con calma. Las siete, y ni rastro del objetivo. Sabíamos que la delegación rusa estaba todo el día liada con reuniones. Subí a dormir un poco. Me levanté a las doce y fui al gimnasio, para ver si se me pasaba el *jet lag* a base de sudor.

Mientras hablaba, Sam hacía rodar las cuentas de la cortina entre sus dedos, como si rezase un rosario.

—Esa noche volví a las mesas de bacarrá, a la sala de límite alto; no a la de los peces gordos, sino justo un nivel por debajo. No había ni un asiento libre. De repente vi a Gólikov, jugando y mirando a todas partes con cara de susto. Compré unas fichas, me tomé un agua con gas en la barra y volví para intentar sentarme a la misma mesa que él. Esta vez tuve suerte: quedaba un sitio libre justo a su lado. Pedí whisky, un Macallan, y comenté que había probado hacía poco el de cuarenta años en Las Vegas. Al oír la señal, Gólikov estuvo a punto de soltar las cartas, pero se recuperó y me dijo que él se estaba tomando un Springbank. Estuvimos bebiendo y jugando un par de manos más, hasta que él se me acercó para decirme algo. A los rusos no les dije nada. A la Agencia...

Esperando a que siguiese, Procter se preguntó si a Sam se le había ido el santo al cielo. El silencio se alargaba, y él daba la impresión de haberse extraviado en sus propios pensamientos, que

parecían oscilar entre la reticencia a decir en voz alta lo que había sucedido después y la incapacidad de recordar los hechos. Sam estuvo un rato dando sorbitos a su gin-tonic.

—Tómate el tiempo que necesites, Jaggers. Por mí no te des prisa —dijo Procter mientras se levantaba para ir a por más hielo en la cocina.

Cuando volvió a sentarse, Sam la miró con una mezcla de determinación y miedo.

—Gólikov —empezó a decir, cada vez más despacio— me dijo lo siguiente. —Carraspeó y, tras una breve pausa, se puso tenso, como si se dispusiera a saltar de un precipicio o se preparase para el impacto de un accidente de tráfico—: «Tengo un nombre que venderles. Alguien del SVR se ha infiltrado en la CIA. De muy alto rango. Tienen un topo en Langley.»

Procter se lo quedó mirando mientras deslizaba los dedos inconscientemente por el borde de su vaso.

—¿Gólikov te dijo eso? —preguntó.

—Palabra por palabra.

11

Kissimmee

Procter se hizo la inevitable pregunta: ¿era posible que a su viejo amigo le fallara la memoria? Había pasado casi cuatro meses en una mazmorra rusa. ¿Quién le iba a reprochar que tuviera alucinaciones? Artemis Procter no, desde luego. De hecho, teniendo en cuenta que había sido clave para la puesta en marcha de la operación frustrada, estaba dispuesta a cargar con parte de la culpa; pero bueno, no era momento de interrogatorios. Además —pensó conteniendo las náuseas—, todo encajaba demasiado bien.

—Eso explicaría muchas cosas —dijo, dando un manotazo a la cortina—. Tenían la llave de Gólikov, ¿no? La que le diste tú.

—Imagino que sí —contestó Sam—. Entraron en mi habitación, me preguntaron qué me había dicho Gólikov y, como no les gustaba mi respuesta, me inyectaron algo y me quedé inconsciente.

Desgranó vagos recuerdos de haberse despertado a oscuras, en medio de un silencio espeluznante o envuelto por el ruido de un motor, y, una o dos veces, por el sonido de las olas, con el olor del mar llenándolo todo. Estaba convencido de que una parte del viaje la había hecho en barco, dentro de un contenedor. Cada vez que se despertaba oía voces, sentía un pinchazo en el brazo y lo envolvía

otra vez la oscuridad. Los interrogatorios empezaron después de unas horas colgado por los pies, y los llevó a cabo un hombre mayor que hablaba un excelente inglés, casi sin acento. No llegaron a decirle que estuviera en Rusia, pero no se le ocurría otra posibilidad.

—La Agencia cree que estuve en las afueras de Moscú —dijo Sam —. En ningún momento hubo constancia oficial de mi presencia, al menos para la Casa Rusia. O eso es lo que me han dicho a mí.

—Pero ¿no era Lefórtovo?

—No, de eso estoy seguro.

—¿Y el viejo que fue a verte? —dijo Procter—. ¿Tienes idea de quién era?

—Me enseñaron fotos en la Granja, cuando me interrogaron: un tal Rem Zhomov.

—¿Y qué información quería?

—¿Te dice algo el nombre?

—Es posible.

—Quería saber lo mismo que todos, en definitiva.

Sam explicó que, si bien había acabado por mantener conversaciones (algunas incluso civilizadas) sobre su experiencia en la CIA, su red de contactos y su paso por Siria, los interrogatorios, por lo general, incluso los de Zhomov, habían girado en torno a Gólikov y Singapur, y más en concreto sobre si Gólikov le había dado algo mientras estaban juntos en la mesa de juego: ¿algún papel? ¿Nombres? ¿Información? ¿Un lápiz de memoria?

—Tenía muy claro que, si revelaba lo que me había contado Gólikov, era hombre muerto —concluyó Sam—. Pusieron en mi celda a otras personas que intentaron convencerme de que hablara: a uno que según ellos era de la CIA, y a una mujer...

Durante un minuto atroz, con sus sesenta segundos al completo, perdió la mirada en el vacío, reviviendo sin duda los horribles retazos que guardaba en su memoria. Cuando recuperó la voz, fue para explicar que la mujer no tenía nombre. Luego se quedó callado, sin apartar la vista de las cuentas mientras movía un poco la cabeza, como si las contara: el mismo gesto que había visto Procter en los vídeos.

—Sigo sin estar seguro de que esa mujer existiera de verdad —susurró, como hablando con la cortina.

Dos minutos de pausa, mucho tiempo para dos personas sentadas en silencio sobre el mismo banco.

Procter podía oír los ruidos del pantano, cada vez más nítidos en el silencio que se prolongaba, y esperó a que se le pasara la rabia. Ya había dejado el vaso, por respeto. Esperó a que Sam lograra librarse de los horrores de donde fuese que hubiera estado, o de lo que le hubiera hecho esa mujer. Sin previo aviso, Sam reanudó su historia.

—Al final se acabó todo. Me encapucharon y me sacaron a la luz del día para meterme en una camioneta, y luego en un avión. Lo sé por los motores. Aterrizamos con lluvia. Había una delegación de la Agencia esperando. Me dijeron que era Viena. Mi primera reacción debería haber sido de alivio, pero fue de pánico. Estaba en un verdadero aprieto.

—Igual el parte se lo dabas al topo —dijo Procter.

—Exacto.

—¿Quién iba en el avión?

—Deborah Sweet, Mac Mason, Theo Monk, Gus Raptis y algún que otro chupóptero.

—¿Estás seguro? Después de una experiencia así sería normalísimo que no lo estuvieras.

—Totalmente seguro. Me fijé.

Una parte de Procter había deseado creer a Sam desde el principio, la misma que en esos momentos rechazaba cualquier duda sobre su salud mental porque atribuir a un traidor la cagada en Singapur los eximía de culpa a los dos. Y a esa parte, por decirlo sin rodeos, le repugnaba la lista que acababa de oír. Casi tenía ganas de dejarlo todo atrás y de aconsejarle a Sam que cortara por lo sano y se fuera a Las Vegas, a vivir de su pensión con Natalie. Ella podría seguir bebiendo sin reparos, y en unos minutos los dos se habrían olvidado de todo. Pero en los ojos de Sam se adivinaba un brillo fanático. Quería encontrar al traidor que lo había metido en esa caja. Quería borrar el inquietante recuerdo de la mujer con quien había compartido esa celda y vengarse. Y Artemis Aphrodite Procter siempre sería sensible a ese impulso, en cualquier lugar y circunstancia. Encendió otro cigarrillo.

—¿A quién informaste al volver?

—Los responsables del interrogatorio eran de Seguridad Interna. Luego ya se iban turnando los de la Casa Rusia y el séptimo piso. Lo de siempre, vaya. Hasta vino una vez el director, en plan: «Tranquilo, hombre, siéntate; oye, chaval, que sepas que estoy muy orgulloso.»

—¿Alguien estuvo más atento de lo normal a tus palabras?

—La verdad es que no.

—¿Y te llamó la atención alguna ausencia?

—No.

—¿Al final qué les contaste? —preguntó Procter.

—Todo menos lo de Gólikov sobre el topo.

—¿Le has explicado a alguien más lo que te dijo?

—¿A quién se lo iba a explicar?

—Jaggers, contándomelo a mí infringes un montón de normas de la Agencia, y también de leyes federales. Por no hablar de lo que comporta habértelo callado en el parte oficial.

—¿Crees que no lo sé? ¿Qué querías que hiciese? Había muy poca gente que supiera lo de Gólikov, entre ellos la subdirectora de operaciones y unos cuantos de la Casa Rusia. Hasta tengo mis dudas de que Gosford estuviera al corriente.

—Sí, y la mayoría de esos pocos son amigos míos —dijo Procter—. ¿Has venido a verme por eso?

—He venido a verte porque eres mi amiga, y porque ya no estás en la Agencia. ¿Por qué dices «la mayoría»?

—A Debs, Mac, Gus y Theo los conozco desde hace mucho tiempo. Nos formamos juntos en la Granja. Con Debs he tenido mucho trato, pero ahora nos hemos distanciado. Supongo que eran, son, mis mejores amigos.

—Creía que tu mejor amigo era yo.

Por suerte, Sam era capaz de sonreír. Procter nunca se había alegrado tanto de ver una sonrisa.

—Cuando nos hayamos cargado juntos a unos cuantos tíos y hayan estado a punto de matarnos en un atentado suicida, o algo por el estilo, no tendré inconveniente en que subas al top uno. El hecho de que te hayan metido en una caja por mi culpa no basta, Jaggers.

Le guiñó un ojo a Sam, preguntándose algo tan ajeno a su cerebro reptiliano como si se había pasado de la raya.

—Te tomo la palabra —dijo él con una sonrisa irónica, como si estuvieran otra vez en la Estación Damasco, tomándose el pelo mutuamente.

En esos tiempos, Jaggers era un valor en alza, y a Procter le habían asignado por primera vez la jefatura de una estación. Sentían que iban a comerse el mundo, no que el mundo acabaría devorándolos a ellos.

Apartó el vaso, que estuvo a punto de caerse de la mesa.

Sam la miraba con mucha atención.

—Jefa, tú me crees, ¿no?

Lo había dicho con un hilo de voz. ¿Había detectado su anterior escepticismo? ¿O también tenía dudas?

—Preferiría no creérmelo, pero la muerte de Bucanero, lo de Gólikov, tu secuestro... —Agitó tres dedos en el aire—. Todo se concentró en dos días. No digo que no pueda ser casualidad, porque la mala suerte existe, pero tu encarcelamiento... En fin, da que pensar, ¿no? Lo más lógico es que tuvieran miedo de que Gólikov pudiera vender algo valioso.

—¿Quién era Bucanero? —preguntó Sam.

A Procter se le había olvidado que Sam no habría tenido acceso a ese expediente y que, a su regreso, la Bratva y sus interrogadores no habrían tenido ningún motivo para explicárselo.

—Era un coronel del SVR al que captamos hace unos cinco años —dijo—. Le hicieron volver desde Atenas y se suicidó cuando fueron a detenerlo en su dacha de las afueras de Moscú.

—¿La misma semana que lo de Singapur?

—El mismo día —contestó Procter.

—Bueno —dijo Sam—, pues habrá que empezar por comparar las dos listas BIGOT, la de Singapur y la de Bucanero, y ver quién tenía acceso a las dos y las coincidencias que pueda haber. Parece relativamente fácil.

—Buscar topos no tiene nada de fácil —dijo ella sin levantar la voz —. Tener uno... qué coño tenerlo: encontrarlo... es como ponerte a vomitar en una atracción de esas que dan vueltas. Acabas con toda la pota en la cara.

—No, si ya lo sé, pero es que... ¡joder!

Se había oído el impacto de algo contra la caravana, algún tipo de murciélago o de pájaro, o cualquier otro bicho del puto pantano. Le siguió un graznido sordo, acompañado por un aleteo. Sam había estado a punto de caerse del banco.

—Sí, aquí por la noche pasan cosas raras —dijo Procter.

12

Kissimmee / I-95 norte

Las siguientes horas estuvieron marcadas por el grato *crescendo* de planificar y preparar una operación: un regreso a lo grande, sin duda, para una mujer que se había pasado un cuarto de siglo jugando al Juego y a quien los pocos meses transcurridos no habían hecho olvidar en absoluto sus encantos. La perspectiva de ponerse al frente de una operación sin ningún vínculo con los caimanes hacía que acompañara sus palabras con paseos constantes por la caravana, y en más de una ocasión con algo similar a una sonrisa —sin pasarse, claro está, a lo sumo un par de veces—, además de llevarla a guardar la ginebra en un armario y sustituirla por tazas de café, un cambio inaudito antes del alba, al menos durante los tres meses que llevaba en Florida.

Casi le dio vértigo hablar de los documentos a los que Sam podría tener acceso, y de cómo los conseguiría. Todo ello a pesar de que el café aún no le había hecho efecto, por la simple razón de que la cafetera seguía haciendo gárgaras en la encimera. Incluso la redacción de un informe con todos los detalles de lo vivido por Sam en Singapur y Rusia, y de lo que había explicado en el parte oficial a la Agencia, le pareció una experiencia fascinante. Tan a gusto estaba

que se le fue el tiempo volando al planificar la parte de la operación centrada en el norte de Virginia: casa franca, plan de comunicaciones, almacenamiento de documentos, dinero para gastos y coartada de Procter para el viaje.

Como en tantos momentos de su paso por la CIA, se divirtió más centrándose en el qué y el cómo, y en los detalles de la operación, que en la situación general; mejor, porque cuanto más panorámica se hacía la visión de lo que podía ocurrir, más preocupante era lo que se atisbaba entre los dos horizontes, a cuál más amenazador: uno con Procter y Sam en la cárcel, y el otro con un buen amigo en el papel de traidor. Aunque también podían darse los dos a la vez si las cosas se torcían, como solía pasar. Sí, era mucho más divertido olvidarse de esa parte. Hacia el alba, por desgracia, Sam lo estropeó todo pidiéndole su opinión sobre si su vuelta extraoficial a los ruedos, además de ser vagamente reprochable y difícil, no tenía cierto componente delictivo.

—¿Y qué? —replicó ella, harta de lo que estaba oyendo—. ¿Se te ocurre algo mejor?

Estaba ante la encimera. Al empezar a clarear el día, la cafetera había dado muestras de que ya no daba más de sí.

—Hablar yo con Gosford.

—Sí, y entonces él va a ver a Sweet y se lo endosa todo. —Se puso a toquetear los botones como loca—. Le dice: «Todo tuyo, Debs.» Y entonces, ¿qué? —Agitó la cafetera con fuerza—. Pues que uno de los principales sospechosos se pone al frente de la operación. El zorro en el gallinero. —Dio una palmada en la tapa de la cafetera y la lucecita se encendió. Procter se sentó otra vez en el banco y miró a Sam a los ojos mientras el aparato regresaba a la vida—.

¿Qué pasa, que te estás echando atrás porque no te convence? —preguntó—. ¿O sólo estás dando vueltas a las jodidas posibilidades?

—Lo segundo —dijo él al cabo de un rato—, lo de las jodidas posibilidades, aunque la idea de sacar documentos de la central sí que me da repelús.

Procter necesitaba otra taza. La cafetera aún no se había llenado ni por la mitad, pero levantó igualmente la jarra para servirse y parte del agua acabó en la placa térmica, que se llenó de café. Volvió a poner la jarra en su sitio con una sinfonía de siseos y borboteos.

—Si la central existe es para robar secretos —dijo—. No lo olvides.

A media mañana, Sam ya se había ido. Procter se dirigió a Gatorville, pero no para preparar el Jumparoo, sino para decirle a Cummings que tenía que ausentarse unas semanas. Cuando Cummings la presionó para saber por qué, no le dio detalles.

—Me cago en la hostia... —murmuró él mientras hacía girar la silla para consultar los horarios enganchados a la pared con cinta adhesiva—. ¿Qué pasa, que te sacaron y ahora vuelven a meterte? El puto Padrino me deja con el culo al aire, Artemis.

—No he entendido la referencia, pero sí, soy consciente de que te dejo en la estacada.

—¿Puedes ocuparte de los Jumparoos de mañana, como mínimo?

—Imposible. Me sabe fatal.

—Pues no lo parece. Te veo muy contenta, y encima sobria. ¿Y a qué viene esa media sonrisa? Da un poco de grima, ¿sabes? ¿Se puede saber qué coño es tan importante como para que te vayas del trabajo de un día para otro?

—Ojalá pudiera decírtelo.

Cummings se rió y empezó a tachar el nombre de Procter de los horarios con un rotulador rojo, entre grandes aspavientos.

—La verdad es que para ser espía mientes fatal, Artemis.

Los motivos de Procter para desplazarse en coche al norte de Virginia eran más personales que operativos. En la carretera se había sentido siempre libre, en paz con el mundo que veía pasar ante el parabrisas. Ese viaje, en líneas generales, no fue una excepción, aunque al circular por la I-95 se encontró con algunos atascos que la sacaron de sus casillas. Si alargó el viaje fue sobre todo porque, después de una jubilación que lo había puesto todo en el retrovisor, se le abría de nuevo la posibilidad de disfrutar con la sensación de tenerlo todo otra vez delante. Procter, gato viejo, sabía por instinto que la trayectoria de cualquier operación formaba un arco cuyo extremo lindaba con la decepción y el caos, pero mientras condujera podría regodearse en el engaño de que, en este caso, acabaría rompiendo el molde. Al cabo de una semana ya no habría lugar para esas fantasías, pero en la carretera el juego se abría a un sinfín de posibilidades. A la altura de Jacksonville, ya se había convencido a sí misma de que el desenlace sería distinto. Cuando pasó por Savannah, hasta veía posible un final feliz.

13

Crystal City, Virginia / Langley

Para la operación extraoficial en el norte de Virginia, Procter eligió una casa de mala muerte con tres dormitorios en Crystal City, junto a la calle Veintitrés. Tenía pinta de haber sido una vivienda de protección oficial, una especie de caja de ladrillo rojo con paredes del color de un diente sucio, moqueta mohosa y ese vacío sin alma que persiste en las casas de alquiler poco cuidadas. Al llegar se encontró con un montón de latas de cerveza en el porche y manchas de mostaza en la ventana trasera. El único vecino lo bastante intrépido para asomarse al exterior era un vietnamita con un pijama a rayas como las de los caramelos, un vejestorio que salía cada cierto tiempo a fumar. Procter pagó dos meses de alquiler por adelantado con el dinero del fondo de reptiles.

De la casa al Crowne Plaza, el hotel donde había reservado habitación, se iba fácilmente a pie. El móvil y el RAV4 no se los podía llevar a la casa, porque era allí donde consultaría y almacenaría los documentos robados que necesitaban. La investigación no le suscitaba muchos reparos morales o éticos, pero no quería acabar en la cárcel, así que ella y Sam habían diseñado el procedimiento prestando atención a todos los detalles.

La primera tarde la dedicó a comprar provisiones (todas congeladas) y a patearse medio norte de Virginia en busca de una impresora con escáner de alta velocidad, varios discos duros externos, una estación de energía portátil Jackery, libretas y bolígrafos, esterillas de goma, un juego de destornilladores de precisión y un ordenador portátil. En una tienda de electrónica regentada por albaneses compró al contado dos smartphones BLU View 2 con planes de prepago TracFone. Descargó en ambos Roblox, una plataforma de juegos en línea que conocía a través de los hijos de Cummings. Se había quedado intrigada por la adicción de los monstruitos después de que su sobrino le explicara —sin apartar la vista ni una vez de la pantalla— que sí, que se podían mandar mensajes a cualquier otro jugador, «¿lo ves?, sólo tienes que hacer que tu avatar escriba uno en el chat... Pero qué dices, tía Artemis, cómo vas a necesitar un número de teléfono, una tarjeta de crédito, un correo electrónico ni nada para registrarte, ¿por qué te crees que puedo jugar yo?».

«Me cago en la leche...», le había dicho Procter a su sobrino de diez años. «¡Esto lo cambia todo!»

En principio detestaba los videojuegos, pero las nuevas modalidades de comunicación anónima siempre le interesaban —en cualquier momento y circunstancia—, y enseguida se dio cuenta de que ese sistema podía ser una aportación muy eficaz a la hora de organizar los contactos con un activo. Al final de su noche en blanco en Florida, Sam y ella habían confeccionado un sencillo plan de ataque y retirada, un horario preestablecido de acceso a Roblox para la consulta de mensajes. Las últimas compras las hizo en una tienda cutre de veinticuatro horas donde se compró un cartón de Virginia

Slims y un paquete de mecheros fluorescentes con camaleones y gecos (o algo parecido). En los viejos tiempos, se dijo a sí misma, habrían hecho falta unos cinco años de trabajo por parte de los cerebritos de la Dirección de Ciencia y Tecnología, y millones de dólares del erario público, para montar la faceta tecnológica de una operación así. Con Best Buy, en cambio, ella solita lo había montado todo.

A las nueve de la noche estaba en el aparcamiento del sótano del hospital Inova Fairfax, donde a Sam lo atendía un psicólogo contratado por la CIA desde su regreso de Rusia. El enorme complejo, situado a poca distancia de donde se cruzaban la Ruta 50 y la I-495, les brindaba un anonimato considerable y, más allá de que Sam tuviera motivos de peso para dejarse ver con frecuencia por allí, presentaba la ventaja adicional de lindar con la sede de una empresa de defensa, DynCoTel, destinada a tener un papel protagonista en la tapadera que usaría Procter con sus amistades. Tenía la caja con el teléfono en el maletero. El Honda Acura de Sam aparcó en la plaza contigua. Procter abrió el maletero sin salir del coche. La caja desapareció rápidamente en la mochila de Sam, que cerró el maletero y se marchó caminando.

En el porche delantero de la casa de Crystal City, sobre cuyas luces se lanzaban los insectos en picado, Procter estrenó su nuevo cartón de cigarrillos, mientras el vecino vietnamita la observaba desde la puerta de su casa. Entre los dos reinaba el cómplice silencio propio de dos personas lo bastante intuitivas para comprender desde el primer momento que compartirán espacio, pero no palabras.

Al entrar puso EDM a tope y procedió a extraer físicamente el hardware inalámbrico del portátil y de la impresora/escáner, para asegurarse de que nunca pudieran conectarse a internet. También se descargó un sistema operativo en un lápiz de memoria para usarlo en el portátil. Una vez introducida una Party Pizza en el microondas, se quedó mirando cómo subían y bajaban las burbujas mientras la pizza daba vueltas en la bandeja. Las gotas de lluvia que acribillaban la ventana de la cocina eran tan grandes que parecían canicas. Su efecto hipnótico la dejó como en trance. Del microondas empezó a salir humo. Dentro aún giraban los restos chamuscados de la pizza. Se había disparado el detector de incendios. Acercó una silla para poder alcanzar el botón y presionarlo, y luego abrió la ventana para que entrase la lluvia.

Sam bajó de su coche en el aparcamiento de Langley, donde hacía un calor anómalo para una mañana de octubre. Tenía una plaza para él solo. Menos mal, porque detrás ya estaba todo lleno, con decenas de hileras de coches que llegaban hasta el avión espía A-12 Oxcart expuesto al fondo del aparcamiento. A su lado desfilaban cabizbajas las hordas de Langley con sus fiambreras: hombres, mujeres y chavales (malditos becarios) que sudaban la gota gorda por el enervante calor que el sol de la mañana hacía brotar del asfalto. No tenía nada en contra de ninguno de ellos en concreto, pero, como buen agente de campo, colectivamente le inspiraban cierto desprecio. Se puso una chaqueta para ocultar las manchas de sudor que se le estaban formando en la camisa, bajo las axilas. Luego sacó del maletero una bolsa de gimnasio y se sumó a la procesión.

El robo le permitiría sacar provecho por primera vez de su condición de leproso burocrático. Después de Siria lo habían tenido una temporada en el banquillo, y había estado rezando para que alguien se acercara a su mesa por detrás y pusiera fin a la tortura con el método del garrote vil. Langley lograba combinar el tedio y el engreimiento, el tribalismo y la burocracia. Aun siendo un centro neurálgico, carecía de cualquier contacto con el terreno, que era donde realmente tenía lugar el espionaje. A él no le gustaba el largo desfile matinal por los aparcamientos. No le gustaba el olor aséptico de los pasillos. No le gustaba el abismo que había entre él y las operaciones. Pero lo que menos le gustaba era experimentar el impulso de meter las narices en el campo de batalla desde su ordenador, como hacían los machacas de la central cuando él estaba sobre el terreno en el extranjero. En Estambul, Bagdad, El Cairo y Damasco llamaban a la central «el destornillador de quince mil kilómetros», que apretaba las tuercas desde el confortable refugio del aire reciclado con olor a dónuts de Langley. La broma llegaba al extremo de que el equipo de béisbol del séptimo piso recibía el nombre de Screwdrivers, «Los destornilladores».

Por una vez, su propia irrelevancia jugaba a su favor. La manga ancha que aplicaban con él por lo de Rusia hacía que su día a día se desarrollase sin apenas injerencias por parte de la dirección. Por otro lado, estaba comprobando que el vaciamiento burocrático de Moscú X previo al despido de Procter le otorgaba una tremenda libertad de movimientos. El jefe de Moscú X era ahora Gus Raptis, pero él casi nunca lo veía en el antiguo despacho de Procter, contiguo a su cubículo del sótano. Gus se había instalado temporalmente arriba,

en las salas principales de la Casa Rusia, lejos de los leprosos de Moscú X, cuya supervisión había quedado en sus manos.

Sería el primer paso de verdad. Hasta entonces, Procter y él se habían limitado a hablar, pero lo que se disponía a hacer era algo físico y real. Tocaría papeles. Su trabajo en la CIA consistía —y había consistido siempre— en robar, pero lo sustraído solían ser secretos pertenecientes a gobiernos extranjeros, no al suyo, y el riesgo siempre había redundado en breves estancias en cárceles de otros países, no en un largo período en Terre Haute, con Aldrich Ames como compañero de celda. Los políticos corruptos podían sustraer todo el material clasificado que quisieran. A los agentes de a pie, por el contrario, les echaban la caballería. Durante toda la mañana, sus pensamientos habían sido un campo de batalla en el que se dirimía el acierto de su decisión, y siempre acababa en el mismo sitio: en su caja, contando estrellitas rojas, rezando para que la mujer sin nombre no lo visitase cuando estuviera durmiendo e incapaz de entender por qué estaba allí, salvo que fuese su propio Servicio el que lo había traicionado.

Gus no estaba por el sótano, y al otro lado de la sala, en los cubículos, había muy poca gente, así que puso manos a la obra. La primera remesa de documentos no le daría problemas: todo el compartimento de Singapur, los cables de Gólikov y la lista BIGOT de los informes de Bucanero, donde se detallaría cuántas personas, dentro de la CIA, tenían acceso a la información. A ese botín, por suerte, podía acceder por vía digital, debido a su papel en Moscú X y a que Procter recordaba su identificación y contraseña en la Agencia. Estuvo dos horas imprimiendo los cables y los correos electrónicos. Siempre que pasaba algún compañero fingía estar mirando jugadas

de béisbol en el ordenador de acceso libre. Guardó los documentos impresos en la bolsa de gimnasia. Una vez cerrada la sesión, sacó la fiambrera del frigorífico, se echó la bolsa al hombro y fue al gimnasio para entrenar un poco, sin concentrarse. Luego se duchó, se compró una bolsa de bretzels en una máquina y subió a cometer un grave delito.

No hay nada más fácil que llevarse documentos de la central de la CIA.

No existe ningún tipo de control.

Sam se limitó a cruzar tranquilamente los lectores con la bolsa de gimnasia colgada al hombro. Cero interrupciones. Cero complicaciones. Tiró la bolsa de bretzels vacía a la papelera de al lado de la puerta y después se dirigió en coche a la consulta del doctor Portnoy, en el campus de Inova Fairfax, a veinte minutos de Langley. Dejó el coche en una zona del aparcamiento azul donde le parecía que no había cámaras. Al entrar había reconocido el RAV4 de Procter, con ella en el asiento del copiloto. El maletero estaba entreabierto y él acabó de abrirlo. Dentro, todo estaba tal como había explicado el avatar de Procter en Roblox (sorprendentemente parecido a la propia Procter): la impresora/escáner conectada a la estación de energía portátil y a punto para procesar los documentos. Sacó el fajo de su bolsa de gimnasia, lo puso en la bandeja y presionó el botón de escaneado. Cerró el maletero entre pitidos y zumbidos. Después de su cita con Portnoy volvería otra vez a por los originales. Divisó algunos rizos negros de Procter a través del cristal. El resto de ella estaba oculto por las sombras.

Por la noche, en la casa franca de Crystal City, con los documentos escaneados por el suelo, Procter empezó a reconstruir la frenética serie de acontecimientos previa a Singapur. Tras consultar las notas en su libreta de hojas amarillas, comparar fechas y poner los hechos en limpio para ver qué nombres podían ser eliminados o incorporados a la lista, hizo un primer boceto cronológico. La operación se había planeado con tanta precipitación, y con sus amigos tan dispersos por el mundo, que no recordaba con claridad cuándo se había enterado cada uno de la propuesta de Gólikov y del viaje de Sam a Singapur.

Releyó la carta de Gólikov adjunta al cable. El embajador la había recibido a través de un contacto del ruso, un empresario de origen mexicano que trabajaba en Moscú. Justo después, siguiendo las instrucciones del sobre interior, la había hecho llegar al jefe de estación en funciones, anteriormente a las órdenes de Gus. El texto que constaba en el cable era el siguiente: «Tengo información esencial para proteger la seguridad de la CIA.» Como muestra de buena fe, Gólikov había incluido las actas de una deliberación del Consejo de Seguridad ruso sobre Ucrania. En su carta le pedía a Langley que buscase la manera de establecer contacto sin peligro, aprovechando que en cuestión de semanas viajaría a Asia, y proponía el código de brevedad sobre el whisky que había usado Sam en Singapur, en las mesas de juego.

Procter constató que el cable y la transcripción de la carta habían llegado a la Casa Rusia el 15 de marzo por la mañana. A partir de ahí pudo seguir el hilo de su memoria: lo habían marcado como de alta prioridad mucho antes de las reuniones de ese día, pero ni Mac ni Theo estaban en la oficina. Tampoco Debs ni Gosford, que

seguían en Nueva York, aunque ya recibían partes informativos. Se acordaba porque a Gus (recién llegado de Moscú y todavía a la espera de que le asignasen responsabilidades a más largo plazo en Langley, y además, a su juicio, el miembro de la Bratva que menor riesgo corría de incurrir en las iras asesinas de Gosford o Debs) lo habían mandado a la Estación Nueva York para cerciorarse de que el nuevo régimen entendiera que la Casa Rusia había desempeñado un papel positivo en la transición. También se acordaba de que Gus había sido el primero en notificar la llegada del cable. Era muy madrugador, y solía revisar el tráfico de cables antes de las siete y media. Procter recordó que esa mañana había recibido un mensaje de Gus en su contestador, pidiéndole que lo llamara y dejándole el número de su despacho provisional en Nueva York.

¿Había leído Debs el cable? ¿Se había informado a Gosford al respecto? No constaba ningún tipo de respuesta o mensaje sobre el tema por parte de ninguno de los dos. Al leer los cables, Artemis vio que la primera intervención oficial de Theo había sido el 17 por la mañana, y la de Mac a media tarde de ese mismo día. Ambos habían vuelto temprano de sus respectivas vacaciones, las de Mac con Loulou en el norte del estado de Nueva York, y las de Theo en un barco, supuestamente pescando, aunque en realidad bebiendo. Se acordó de que el 18 por la mañana tanto Theo como Mac habían tenido que ocuparse de una emergencia en uno de los casos de Theo —le sonaba vagamente que con intervención de Debs—, y que lo de Singapur se lo habían dejado a ella. Fue tomando notas en su libreta a partir de lo que recordaba, de lo que decían los cables y de lo que encontró del itinerario de viaje de la delegación de Gólikov. Dibujó una estrellita al lado de las fechas del 19 y el 20 de marzo. A

esas alturas, si Moscú había enviado matones a Singapur, significaba que estaba al corriente del nombre de Gólikov y del contenido básico de su mensaje. Le pareció que la cronología encajaba por los pelos.

Arrancó dos hojas de su libreta. En la parte superior de una escribió el nombre de Gólikov, y en la otra el de Bucanero, el pobre tipo que se había suicidado antes de que lo detuviesen. Luego repasó su reconstrucción de Singapur y la lista BIGOT de los informes de Bucanero, y anotó los nombres de los funcionarios con acceso a los dos, partiendo de la red más amplia posible para Singapur. En la calle se oían truenos. Los primeros escupitajos de lluvia empezaron a repiquetear en las ventanas. Cuando un nombre no aparecía en ninguna de las dos hojas, lo tachaba. Se preguntó si la filtración de Bucanero, la tentativa de arresto y, finalmente, su suicidio habían sido un error por parte de Moscú; si alguien de fuera del negociado de Zhomov se había dejado llevar por un exceso de celo, porque eso eliminaba a la Estación Moscú de la lista; a Bucanero lo habían gestionado desde Atenas, y sus informes se enviaban directamente a la Casa Rusia y el séptimo piso.

Al acabar se quedó un buen rato sentada, mirando los nombres que aparecían en una y otra lista. La mayoría eran, o habían sido, amigos suyos. ¿Podía dar credibilidad a la lista? «La verdad es que no», pensó. Era más fácil pensar que Sam no estaba en sus cabales. Y sin embargo...

«Tenemos un problema de los gordos», había dicho Petra. Procter podía aceptar la teoría. No era descabellada. Pero de ahí a aceptar la lista... Con sólo pensarlo le daban náuseas. También aparecían otros nombres, pero destacaban cuatro: Mac, Gus, Theo y Debs. Llegó a la conclusión de que había llegado el momento de hablar con sus

amigos. Tenía motivos para hacerlo con todos. Rompió las dos hojas en varias tiras y las echó al váter.

Los números rojos del reloj del microondas avisaban de que pronto se haría de día, y el estómago de Procter de que se había olvidado de cenar. Entró en la cocina con paso cansino y, mientras contemplaba la tormenta por la ventana, se zampó dos paquetes de galletas saladas en un arranque compulsivo. El aparcamiento de la casa se había convertido en un gran charco aceitoso.

14

Great Falls, Virginia

La familia Mason se dedicaba al espionaje desde que el abuelo paterno de Mac había servido en Italia durante la guerra a las órdenes de Angleton. El padre de Mac también había tenido sus guerras: primero en Vietnam, y luego, cuando ya estaba en la CIA, como legendario captador de muyahidines en Afganistán, durante los años dorados del final de la Guerra Fría. Como ocurre con la mayoría de las dinastías, la tercera generación había sido la de las primeras dudas: antes de su incorporación a la CIA, Mac había intentado rehuir por un tiempo sus obligaciones. Quería probar fortuna como pintor. De esa etapa casi nunca hablaba, aunque Procter había deducido que, en algún momento después de la universidad, la suma del fracaso artístico y una colleja de su padre habían reintegrado a Mac al negocio familiar.

Al final, también Mac había tenido sus guerras: primero, al verse propulsado por el 11-S al juego del contraterrorismo, y en los últimos tiempos, los de la segunda Guerra Fría, al retomar las relaciones de su padre con los rusos. Su primera década en la CIA había sido de una mediocridad sin paliativos. Iba casi siempre rezagado, atrincherado en su apellido, pero con pocos méritos que

atribuirse. Quien mandaba en la base de Afganistán, a fin de cuentas, era Gus, a pesar de que todos habían formado parte de la misma promoción en la Granja. Afganistán, sin embargo, había cambiado por completo a Mac. A su regreso era un héroe por derecho propio, y a partir de entonces había decidido ponerse las pilas y jugar al juego al que durante tanto tiempo se había resistido. Procter, en deuda con él desde Afganistán, había optado por saldarla negándose a que el éxito de Mac le sentara mal, a pesar de que el rencor —por una larga serie de motivos— le habría reportado más de una satisfacción. Y de que tenía todo el derecho del mundo a sentirlo, qué carajo.

De todas las casas de sus amigos, la de Mac y Loulou era la más luminosa. Reinaba en ella un ambiente festivo, y siempre parecía que estuvieran a punto de celebrar algo, incluso cuando llegabas —como fue el caso de Procter— antes de la hora en que era socialmente aceptable el consumo de alcohol. ¿A qué se debería? ¿A que el matrimonio Mason era una pareja semiabierta? ¿Al interiorismo de mediados de siglo, que Procter no habría sabido describir más allá de que siempre le había dado la sensación de que la casa había albergado fiestas de intercambio de parejas mucho antes de que se instalasen en ella los Mason?

Loulou trajo una bandeja con varios cuencos de palomitas, bretzels y frutos secos. El whisky, escocés, lo sirvió Mac. Estuvieron dos horas bebiendo, riéndose y contando viejas anécdotas, hasta que Mac, en respuesta a la suave presión de la rodilla de su esposa, dijo que tenía pendiente hablar de algunas cosas del trabajo con Artemis. Loulou, toda una profesional en eso de que la expulsaran

educadamente de las conversaciones de su esposo, se despidió con sonrisas y besitos en la mejilla.

Procter y Mac se dirigieron a la casa de invitados, donde él guardaba todos los cuadros que se negaba a terminar y que Loulou no le permitía destruir. Tras cruzar el suelo de baldosas de una habitación que olía a polvo y papeles viejos, subieron al estudio, lleno de cajas, donde el aire estaba aún más cargado. Mac se había traído la botella de whisky y dos vasos limpios, pero habían dejado los teléfonos en la casa principal. Una vez acomodados por indicación de Mac en dos sillones al pie de la ventana, el anfitrión sirvió el whisky y le dio un vaso a Procter.

—La verdad es que me habría gustado saber con antelación que ibas a venir. Podríamos haber montado algo.

—Me ha surgido en el último momento —dijo ella—. Además, no me quedaré mucho.

—¿Dónde dices que tienes la entrevista?

—En DynCoTel —contestó—. Sí, ya sé que viven del gobierno, no hace falta que digas nada, pero no es que me sobre el dinero. Haría de enemigo interno.

—Si puedo ayudarte en algo me lo dices, aunque no creo que conozca a nadie.

—Vale, gracias. ¿Y tú y Lou qué tal? ¿Os va bien?

—Sí, sí, todo perfecto. Lou ha estado ocupada con unos cuantos contratos, y yo no me he movido del despacho.

—Venga ya.

—¿Qué pasa?

—Coño, pues que no te hagas el modesto, que ahora eres un héroe. O al menos es lo que dicen.

—Válgame Dios... ¿En qué fuente te basas?

—Cosas que se oyen por ahí, Mac.

Él sonrió de forma relajada y amistosa, como cuando se camelaba a algún activo, o cuando tenía que sobrevivir en la jungla de la CIA de Finn Gosford. «Vanidad», pensó Procter. «Con Mac, la tecla es la vanidad.»

Continuó presionando.

—A ver... En la prensa salió algo, pero quiero detalles. Venga, tío, dame la exclusiva. Cuéntame cómo fue el intercambio. Sólo sé lo poco que me dijo Theo cuando vino a verme. Sigo teniendo acceso, aunque me hayan echado.

Así recuperó la CIA a Sam.

La versión que oyó Procter en boca de Theo había que ponerla un poco entre paréntesis, porque justo entonces su amigo estaba de parranda disfrazada de viaje de pesca —«expedición», había dicho él —, y pasó lo bastante cerca del centro de Florida para hacer una incursión hasta Gatorville. Se presentó con cuatro botellas de Seagram's, como anuncio previo del tono de su visita, que fue más bien confusa: una niebla de alcohol y bromas cómplices en la que salían a flote breves retazos de lucidez. En honor a la verdad, una de las mañanas los pilló lo bastante sobrios como para mantener una conversación de estilo humano sobre el tema. Theo estaba ayudando a Procter a ensartar el pollo para el Jumparoo, y al estirar el brazo se le subió la camisa y enseñó la barriga, blanca como la tiza. Fue entonces cuando le preguntó a Procter si había oído lo de Viena. Lo que habían hecho Mac y Gus.

Fingió darle un azote a uno de los pollos.

—Bicho malo —dijo—. Pollito malo.

Accionó la polea para mandar el pollo al otro lado del agua e introdujo la mano en la nevera para sacar otro.

—¿Y tú te peleas con esos putos lagartos, Artemis?

—¿Que si me peleo? —dijo Procter—. ¡Tendrías que verlo!

Theo miró el agua, pensativo, y entre sorbo y sorbo de cerveza repitió la pregunta que ya había hecho antes.

—¿Qué peces hay aquí?

Los agentes de la CIA son obsesivos por naturaleza. La atención al detalle, la clasificación de hechos y datos, son básicos para el oficio. Procter había conocido a más de uno que ejercitaba ese talento fuera de la central volcándose con entusiasmo en algún hobby. Había muchos entretenimientos útiles, e incluso prácticos. En el caso de Sam Joseph era el póker. Artemis conocía a un miembro de la antigua División Latinoamericana que tenía montado en su garaje un negocio de carpintería profesional. También los había, sin embargo, que rayaban en lo patológico, con aficiones e intereses parecidos a los que les gustan a los niños autistas. Memorizar alineaciones históricas de béisbol, por ejemplo, como hacía un conocido suyo. O lo de Theo: un conocimiento enciclopédico de la cría de peces exóticos.

—Theo, ya te he dicho antes que no tengo ni idea.

—¿Tucunarés, quizá?

—¿Tucu... qué?

—En las peceras de la tienda de donde nos llevamos esto vi unos cuantos peces unicornio adultos. —Theo se tocó el hombro de la camiseta con el pulgar. Sobre una imagen de un caimán saltando

fuera del agua con un cerdo en las mandíbulas ponía en letras rojas de molde: BENNY EL ROMPEHUESOS, SIEMPRE A LO GRANDE. Y debajo: GATORVILLE, FLORIDA, USA.

—Ésa es la tienda cara —dijo Procter.

—Me parece que también he visto un loricárido dorado. Y había toda una pecera preparada para hacer de biotopo amazónico...

—Theo —dijo Procter, cortando a su amigo mientras se encendía un cigarrillo y echaba el humo hacia la laguna de agua salobre—, ya sé que cambiarías a tu mujer por un acuario, pero yo de peces ni sé ni quiero saber un carajo, o sea, que te repito lo mismo que esta mañana: no me hagas más preguntas. Cuéntame lo que pasó con Sam.

—Bueno —dijo Theo, decepcionado—, pues se pasaron todo el verano machacándonos. Gosford y Debs se estaban preparando para purgar la Casa Rusia. Te lo juro. Buscaban más chivos expiatorios porque la Casa Blanca estaba cabreada. Lo que les daba rabia no era el hecho de la desaparición en sí. A ellos Sam les importaba una mierda. Lo que les preocupaba de verdad era la posibilidad de que se destapara la noticia y se armara un escándalo. Con esas cintas tan horribles que te mandaron los rusos circulando por ahí, y el riesgo de que las mandaran a otros sitios para aumentar el valor de Sam en las negociaciones, o simplemente para sembrar el caos y darnos problemas, parecía bastante probable que se armara la de San Quintín. Si he de ser sincero, creo que Gosford habría preferido que los rusos mataran a Sam y pusieran su cabeza en una pica a la entrada del Kremlin, y aquí paz y después gloria. Pero los rusos no son tan misericordiosos. En algún momento, los genios del séptimo piso se dieron cuenta de que igual les convenía resolver el puto

problema y traer a Sam a casa. Es para cagarse. —Gruñó al lanzar otro pollo por encima del agua—. ¿Por qué no saltan para atrapar la comida, Artemis?

Procter miró el agua.

—Ahora mismo el único caimán que hay es uno de los jóvenes, que hoy ya ha comido y no tiene mucho interés por los pollos, ni por nosotros, como puedes ver. Lo divertido de verdad empieza cuando abrimos la otra compuerta.

Apuntó con su cigarrillo hacia la laguna, donde se distinguían varias siluetas de caimanes alrededor de la compuerta sumergida. Faltaba media hora para el siguiente Jumparoo, y ya se iba anunciando una buena escabechina.

—Sigue —dijo ella.

—¿Con los pollos?

—Sí, unos diez más. Y con lo que estabas contando también.

—Total —dijo Theo en cuclillas, cogiendo otro pollo—, que se nos ocurrió una idea para resolver el problema. Un lacayo de la Casa Blanca fue a Langley para un cónclave y nos dijo a la cara que lo solucionásemos como fuera; que quería todas las opciones posibles, sin descartar nada.

Ensartó el pollo y lo miró con orgullo.

—¿Quién estaba en la reunión?

Procter no lo había preguntado por nada en especial, sólo para contextualizar.

—Mac, Gus, Debs y yo. El consejo de expertos —contestó Theo, haciendo un gesto obsceno, y anatómicamente cuestionable, con los puños.

Se oyó el chirrido de la polea, mientras el pollo se alejaba por encima del agua.

—Fue una reunión en plan cháchara —prosiguió Theo—, con un ambiente relajado e informal. Mac planteó una idea: secuestrar nosotros a uno de los suyos. Tampoco es que fuera la genialidad del siglo, claro; ya se nos había ocurrido otras veces, pero agresivo lo era un rato. Mac dijo que teníamos que darles una patada en los huevos para que dejaran de tocárnoslos a nosotros. Esa reunión fue la hostia, de las mejores de mi vida.

—Raptar a un ruso —dijo Procter—. No es moco de pavo... ¿Y qué pasó...? ¡Mierda! ¡Theo!

Theo había resbalado y estaba dentro del agua, gritando y chapoteando como un loco. Al ver que se acercaba el caimán joven, atraído por el ruido, Procter se tiró para llevar a Theo hasta la escalerilla, dándole un par de patadas al caimán, cuyo interés, dijo después para tranquilizar a su amigo, se debía más a la curiosidad que al hambre.

Una vez fuera del agua, esas cosas insulsas y cotidianas que tantas veces desbaratan las conversaciones importantes se adueñaron de la situación: Procter y Theo tuvieron que cambiarse de ropa, y hubo que tranquilizar a Cummings, que había asistido a la parte final del chapuzón. No, Procter no le estaba endosando trabajo al degenerado de su amigo. No, Theo no iba a poner ninguna denuncia. Sí, Procter estaría como los chorros del oro para el Jumparoo. Al final del espectáculo, Theo estaba completamente ebrio, y Procter no le iba muy a la zaga.

—No se me da muy bien nadar, Artemis —dijo Theo por la noche con voz de borracho, levantando su vaso para un brindis—. Soy poco

acuático.

Algo increíble, la verdad, teniendo en cuenta su afición por los peces. A la mañana siguiente se levantó temprano para coger un vuelo. Más tarde, Artemis descubrió que el muy cabrón le había robado una de sus gorras de trabajo.

Procter se sorprendió mucho al ver que Mac —narrador mucho más fiable que Theo— contaba exactamente la misma historia. La cosa se ponía interesante justo donde la había dejado Theo, es decir, cuando la Casa Blanca se mostraba abierta a que la CIA propusiera a un funcionario de inteligencia ruso como blanco del secuestro. Si Langley se veía capaz de ponerlo en marcha, la Casa Blanca se ocuparía de la parte jurídica y haría lo necesario para que, en lo tocante a Rusia, las acciones encubiertas que ya estaban en curso se amoldasen a una operación así. Necesitarían un país donde hubiera rusos valiosos para Moscú, y donde, preferiblemente, el servicio local fuera una mezcla de simpatía, ambigüedad e incompetencia.

—¿Alguna propuesta? —dijo Mac.

—Sólo puede ser Viena.

—La ciudad de los espías. En cuyo caso el enlace decisivo... —continuó Mac después de un buen trago de whisky— era Rémora.

Procter se acordaba de Rémora, por supuesto, aunque no lo hubiera preparado, captado, ni gestionado ella. Era uno de los principales activos de la CIA, un coronel de altos vuelos, subdirector del Quinto Departamento del SVR (Europa), reclutado dos años antes en Marruecos por Mac y Theo. Lo había gestionado internamente Gus en Moscú. Procter se acordaba de que Gosford y Debs habían

mostrado un interés especial por Rémora después de tomar las riendas, aunque sobre ese particular se le difuminaba la memoria y no conseguía recordar con precisión el porqué de esa insistencia.

—En cuanto Rémora hizo un pequeño avance, Theo y yo lo pillamos al vuelo. Eso fue... —Un momento de reflexión, otro traguito de whisky y un destello en la mirada—. A mediados de julio, la segunda semana, o algo así. Rémora se enteró de una conversación en el SVR sobre lo que estaban haciendo los rusos con Sam. Se enteró de que se lo habían llevado de Singapur en secreto para meterlo en una cárcel clandestina en las afueras de Moscú. Del cómo no estaba seguro, exactamente, pero usaron un contenedor de barco. Nosotros, como comprenderás, quisimos saber por qué coño se lo habían llevado. Rémora dijo que al hacer preguntas se había encontrado con que nadie sabía nada. Los que habían hecho de matones en Singapur eran del SVR. En los círculos de Rémora, la teoría más extendida era que, con la emoción de meterse con un estadounidense, se les había ido un poco la mano.

Procter lo interrumpió.

—¿Qué dijo Rémora que le había pasado a Gólikov?

Mac hizo una mueca de disgusto.

—Lo descuartizaron en su habitación del hotel, como a Khashoggi. Los gorilas rusos consiguieron interceptarlo, pero él intentó escapar. Hubo una pelea y acabó muerto. Por lo visto, decidieron descuartizarlo y por la mañana sacaron el cadáver sin ser vistos. Parece que repartieron los trozos entre varias maletas.

—¿Y cómo...? —preguntó Procter, midiendo mucho sus palabras—. ¿Cómo explicaba Rémora el interés por Gólikov, para empezar? ¿Cómo sabían que había quedado con Sam?

Mac entornó los ojos, mirando una de las cajas con cuadros dentro, y luego volvió a mirar a Procter.

—Tengo que reconocer —confesó— que en este caso la cadena de custodia de la información de inteligencia me merece ciertas dudas. No creo que Rémora mintiese, pero me pregunto si con el juego del teléfono la cosa se tergiversó tanto que al final nos mandó lo que había oído medio de refilón en los pasillos. En cualquier caso, Rémora dijo que a Gólikov lo denunció otro miembro de la misión comercial durante el viaje por Asia. Según él, lo vieron robando documentos clasificados de la embajada cuando estaban en Bangkok. Gólikov tenía fama de jugador, y según Rémora se rumoreaba que estaba de deudas hasta el cuello. El caso es que los gorilas lo vieron hablando con Sam en el casino, y subieron a hacerle unas preguntas y a registrar su habitación. A partir de ahí se torció todo. Los gorilas, siempre según Rémora, le pillaron a Gólikov unos cuantos lápices de memoria con documentos, actas del Consejo de Seguridad, varios presupuestos, notas internas de la Administración Presidencial y una bolsa con papeles robados en Bangkok. No cabía duda de que Gólikov estaba en Singapur para hacer un trato, y los gorilas lo cortaron de cuajo.

—O sea, que ¿llevarse a Sam fue un error? —preguntó Procter.

—Según Rémora, sí.

—Pues entonces, ¿por qué no lo devolvieron ahí mismo, en Singapur? ¿Por qué no lo soltaron?

—Bueno, Artemis, puestos a hacer conjeturas imagino que, ya que lo tenían, les pareció preferible llevárselo a Moscú, y que en lo que tardaron en drogarlo, sacarlo a escondidas de Singapur, pegarle una paliza y tener con él una charla sobre si Gólikov le había pasado

información, en el Kremlin debió de haber un debate sobre si se podía sacar algo a cambio de su devolución. En el fondo, ¿qué iban a hacer, si ya estaba en Rusia? ¿Reconocer que se habían equivocado? Los habría dejado en mal lugar. Fíjate en Ucrania, y acuérdate de la Guerra Fría. Piensa en los últimos quinientos años de la historia de Rusia. Serían incapaces de reconocer algo así.

—¿Y para eso me enviaron los rusos las grabaciones? ¿Para que supiésemos que tenían a Sam? —preguntó Procter—. ¿En plan promoción comercial? ¿Para sacudir los barrotes y llamar nuestra atención?

—Creo que sí —dijo Mac—. Provocar un fiasco de inteligencia de los gordos en Washington para ellos es un chollo. ¿Que quedan como unos bestias por haber secuestrado a nuestro agente? Sí, claro, pero bueno, más allá de Ucrania, lo de la barbarie viene de lejos, y así el valor de cambio de Sam se disparaba, porque a esas alturas ya sabían que sabíamos que ellos lo sabían, y tal y cual.

—Bueno, pero nosotros no teníamos nada que ofrecer —dijo Procter—. Víktor But ya no está, Hanssen murió, y a Aldrich Ames no se le puede tocar.

A Mac aún le quedaba whisky, pero a Procter no, así que Mac apuró el suyo y se levantó para rellenar los vasos. Luego se apoyó en el respaldo, acariciándose la nariz, y se quedó mirando las cajas de pinturas, como si estuviera haciendo un inventario silencioso.

—Tú lo has dicho —contestó—: no teníamos nada que ofrecer a cambio, y era lo que había que solucionar, aprovechando que la Casa Blanca nos daba cierto margen para ser agresivos. Como Europa es territorio de Rémora, le pedimos que nos pasara la plantilla de Viena, con valoraciones sobre el peso político de cada funcionario, y

encontramos a un asesor del *rezident*, un general con familia en el Kremlin. Rémora dijo que el tipo llevaba pocos meses en Viena, y que seguramente estaba en plan vacaciones pagadas, aprovechando el veranito austríaco. También sabía dónde lo tenían colocado, por el pastón que se gastaban, y a partir de ahí no fue muy complicado. Nos encargamos Gus y yo.

—¿Y nos lo llevamos? ¿Así, por las buenas?

—El general iba cada mañana a pie desde su mansión de alquiler hasta la embajada, más o menos a la misma hora. El Centro de Actividades Especiales montó un secuestro exprés con una furgoneta, y nos lo llevamos a las montañas de las afueras de Salzburgo, a una casita muy discreta y cómoda. Lo tuvimos ahí hasta que se pudo hacer el intercambio.

—He oído que muy bien no lo tratasteis —dijo Procter—. Que para el ruso no fue tan cómodo.

Mac sonrió con orgullo de colegial.

—¿Ah, sí? ¿Y quién te lo dijo?

—Las noticias vuelan.

Mac volvió a sonreír, pero con mucha menos alegría, y se tocó los nudillos.

—De algunas partes de ese viaje disfruté más de la cuenta.

—Seguro que se lo merecía, el muy cabrón. —Procter bebió un sorbo—. Y tú... tú te mereces que te hayan condecorado. Tendría que habértelo dicho antes: enhorabuena.

—«¿Quieres aplausos?» —dijo Mac, sonriendo.

—«Entra en el Departamento de Estado» —contestó Procter acabando la frase—. «¿Quieres una medalla? Vete al ejército.»

Mac entrechocó su vaso con el de ella.

—En eso pensamos igual. Joder, que yo no me dedico a esto para que me den premios.

—Bueno, pero va bien para conservar el puesto de trabajo. Así ni Debs ni Gosford te podrán echar tan fácilmente. Ni a Gus tampoco.

—Eso es verdad. Para bien y para mal.

Se quedaron callados un momento.

—Por cierto —dijo Mac—, parece que Sam está bien, dentro de lo que cabe.

—Me alegro de saberlo —respondió Procter—. A ver si tengo un rato y paso a saludarlo.

—Seguro que se alegraría.

Ambos se sumieron de nuevo en un amistoso silencio. Procter se acordó de que la operación que había tenido distraídos a Mac y a Theo durante esa semana había consistido en preparar una reunión con Rémora. Le volvieron a la memoria unas advertencias vagamente inquietantes.

—¿Rémora no nos dijo algo justo antes de Singapur? —preguntó —. ¿O son delirios míos?

—No, tienes razón —dijo Mac—; Theo y yo nos estábamos preparando para un encuentro personal con él, en Francia. Hasta Debs viajó a Lacoste para asistir a la reunión.

—¿Debs? —dijo Procter, irguiéndose un poco—. Qué raro...

—Ni que lo digas —gruñó Mac—. Pero fue ella quien insistió. Dijo que quería arremangarse y trabajar sobre el terreno.

—¿Y qué aportó exactamente la buena de Debs al debate?

—Muy poco. Yo había quedado con Theo para nuestra amena charla con Rémora, que nos hizo esperar un poco, como te imaginarás. Por suerte, cuando llegué, Theo lo tenía todo preparado.

A veces, Rémora es un poco maniático con la hospitalidad. Debs llegó al final. Supongo que quería estrecharle la mano a Rémora y volver con algunas anécdotas para poder contarlas en el Despacho Oval junto con Gosford.

—¿Cuándo fue la reunión? —preguntó Procter, evocando mentalmente la cronología que había garabateado en sus libretas a lo largo de la noche anterior.

—Pocos días antes de lo de Singapur, no sé si dos o tres... Las fechas exactas no las tengo en la cabeza. Rémora quería vendernos un rumor, vaguedades sobre estadounidenses en Asia que eran blancos de los rusos.

—Me da urticaria sólo de pensarlo —aseguró Procter—. ¿Podríamos haber hecho algo?

—Ni por asomo —dijo Mac—. Era todo demasiado vago, incluso Debs estuvo de acuerdo. Recuerdo que lo dijo durante la incómoda reunión que tuvimos en el séptimo piso después de lo de Singapur. Yo estaba con Lou en las Adirondack cuando me enteré de que Rémora había solicitado una reunión, y volví enseguida a Washington para hacer los preparativos con Theo y coger un vuelo a Francia. Al final acorté mis vacaciones por un simple cotilleo inútil.

Fue como si la aludida hubiera oído pronunciar su nombre, porque justo entonces se encendió la luz de fuera, activada con sensor, y la puerta de la planta baja rechinó.

—*Mon amour* —dijo Lou con voz susurrante—, *t'es là?*

—*Oui, ma chérie* —contestó Mac—, *nous avons fini. Nous prenons un verre? Artemis va rester ici ce soir, avec nous.*

—¡Hay que joderse! —soltó Procter—. En inglés, por favor, que en Francia trabajé hace veinte años, y la verdad es que tampoco he

dominado nunca el gabacho.

15

McLean, Virginia

La noche siguiente, mirando por las ventanas del restaurante, Procter vio entrar en el aparcamiento la reluciente furgoneta de Gus. Estaba segura de que la limpiaba cada semana, probablemente al volver de la iglesia. Para Gus Konstantinos Raptis no había nada más importante que la ortodoxia griega y la CIA. El tiempo que pudiera sobrarle lo dedicaba a Connie, su mujer, antigua empleada de la Agencia, donde había ejercido como analista o algo parecido antes de que nacieran los críos. Raptis padre, veterano de la Agencia —como el padre de Mac—, se había ganado los galones en los años ochenta, tratando con los muyahidines.

En los tiempos de la Granja, Gus había sido el primero de la promoción. Vigoroso y atlético, venía de Cornell, donde había jugado al lacrosse en la liga universitaria, y donde, por lo que había oído Procter, también aventajaba a casi todos sus compañeros. Tenía madera. Era digno hijo de su padre. Están los fracasados que echan a perder la gloria familiar, y los otros, como Gus, heredero y sucesor del líder de muyahidines y legendario matarrojos.

Esa vena ganadora parecía transmitirse también a lo doméstico. A los Raptis, creyentes practicantes y monógamos, no los sentaban

nunca en el banquillo, ni en el trabajo ni en la vida conyugal. Hasta la interrupción a destiempo de su paso por Moscú, Procter siempre había tenido la sensación de que Gus y Connie estaban enamoradísimos, follaban como locos y, en líneas generales, veían el futuro con optimismo. Un par de extraterrestres, vaya.

Gus se sentó en el banco, frente a Procter. Pelo oscuro perfectamente peinado, traje impoluto y camisa blanca —la camisa blanca no podía faltar—, aunque probablemente se había comprado la ropa en Jos A. Bank o en algún centro comercial. Ricos no eran, desde luego. No tenían fondo de reptiles familiar. Connie ya no trabajaba, y su hijo mayor, Nico, les chupaba la sangre desde hacía tres años. De todos los conocimientos que circulan por la CIA, ninguno es tan tortuoso como un secreto a voces, y a esa categoría respondían los estragos hechos por Nico en la familia. Se rumoreaba que Gus había echado mano de los fondos de su jubilación para pagarle la enésima cura de desintoxicación en una nueva clínica, esta vez californiana.

Sus ojos, siempre tan serios —ojos de cura, decía Theo cuando Procter y él hablaban de su común amigo después de unas copas—, se posaron en Procter.

—Gus ve todos nuestros pecados, Artemis —le aseguraba Theo.

—Si los viera no sería amigo nuestro —contestaba ella.

Procter se pidió una hamburguesa y una cerveza, y Gus un agua con gas. Era austero incluso para eso. Al irse el camarero, Gus dijo que tenía como mucho media hora.

—¿Por qué no nos dijiste que vendrías? —preguntó—. Tendrías que habernos avisado con tiempo. Por cierto, ¿dónde tienes la entrevista?

—En DynCoTel —contestó ella.

Tras soltarle el mismo discurso que a Mac, y preguntarle por Connie y los niños (a lo que Gus respondió con educadas evasivas), Procter desistió y puso la directa:

—He seguido pensando en lo de Singapur —dijo—, y la verdad es que me iría genial que me ayudases con un par de cosas.

—¿Se puede saber por qué piensas en «eso»? —preguntó Gus con una sonrisa bondadosa.

—Supongo que por mala conciencia.

—Eso en ti es una novedad.

—Te sorprenderían los malos pensamientos que se pueden tener cuando estás sola y hecha polvo en una caravana. Es todo un reto enfrentarte al mismo tiempo con tus demonios y con los caimanes. Te das cuenta de que se excluyen mutuamente.

—Vaya por Dios... —A Gus se le suavizó la mirada—. Dime cómo puedo ayudarte, Artemis.

—No paro de preguntarme si la cagué —dijo Procter—. Si se me pasó algo por alto y mandé a Sam a un pozo sin fondo. La sola idea no me deja dormir.

Les trajeron la comida y la bebida. Gus pidió un trozo de limón, y se entretuvieron toqueteando los cubiertos hasta que se lo dieron. Alguien encendió una chimenea a gas. Gus se quedó mirando las llamas mientras olía las emanaciones carbónicas de su refresco. Procter nunca le había visto beber una sola gota de alcohol, cosa que probablemente no podía aplicarse a ningún otro empleado de la CIA que no fuera mormón. Los pecados de Theo estaban a la vista de todos, como los productos caros en las estanterías del súper. Los de Procter, igual. Los de Gus, en cambio, eran pecados invisibles:

orgullo, codicia, envidia... esas cosas que sólo importan a los curas, no ese tipo de mierdas que te conducen a un largo historial de divorcios, a vivir como un miserable debajo de un puente o a ensartar pollos en Gatorville, sin ir más lejos. Sólo Mac había sabido vivir con elegancia, reciclando sus vicios en virtudes.

Gus estaba triturando el hielo de su bebida. Al ver que el camarero se lanzaba hacia su mesa, levantó la vista y le hizo un gesto brusco para que se retirara. «Gus Raptis, la pesadilla de los camareros: ni sonríe ni gasta.» Procter se preguntó si eso también eran pecados.

—Pues más vale que te lo quites de la cabeza, Artemis, porque es una tontería. No tiene sentido. Me parece encomiable que se haya encendido en tu interior la chispa de la moralidad. Ya era hora, por cierto... Pero no creo que tu nueva brújula apunte en el sentido correcto. ¿Qué insinúas, que Gólikov era un señuelo? ¿Que todo era una trampa?

—¿Tú no crees que lo fuera? —dijo Procter, situando la pelota en el tee de la conversación.

—Gólikov —contestó Gus, preparándose para el swing— no era ningún farsante. Se puso en contacto con nosotros de una manera demasiado enrevesada, con la mezcla perfecta de refinamiento paranoico e inexperiencia de civil. La carta, la oferta, todo iba en serio.

—Esa mañana me llamaste —dijo Procter—. Después de que llegara el cable.

—Sí, es verdad... Estaba en Nueva York, informando a Deborah y Gosford. Calculo que no había pasado ni una semana desde la ratificación de Gosford como director.

—¿Te acuerdas de si les diste detalles sobre lo de Singapur? —preguntó ella—. Cuando os visteis en Nueva York ¿ya lo tenían en el orden del día?

—Pero, Artemis, ¿por qué lo...?

—Por nada, Gus, por preguntar. Contesta, por favor.

Gus suspiró.

—Sí, sí que hubo una sesión informativa. Con Deborah. Fui a Nueva York para ponerla al día sobre nuestras operaciones en Moscú. Tenía mucho interés en conocer los detalles.

—¿Y se enteró de lo de Gólikov? ¿De la carta y el resto? ¿El mismo día?

—Sí —contestó Gus con aspereza—. Le expliqué lo que sabíamos de Gólikov. Le dije que las muestras nos cuadraban, y que queríamos saber más. Añadí que aún no habíamos hecho planes para hablar con él, claro, pero le dije que algo montaríamos, como de costumbre, para hacernos una idea de lo que podía ofrecernos. Esa mañana llamé a Mac, que vino de las Adirondack y me acompañó cuando informé a Deborah. Hablamos de Rusia en general, porque había un montón de cosas, por supuesto, pero la petición de Gólikov estaba en el orden del día. Arriba del todo.

Procter detectó una anomalía: al explicarle la cronología de antes y después de Singapur, Mac no había mencionado la parada en Nueva York, ni tampoco la sesión informativa para Debs, con Gus. ¿Se le había olvidado?

—¿Y Debs cómo se lo tomó? —quiso saber.

—A ver, Artemis, por favor... —dijo Gus, levantando la voz—. No sé adónde quieres ir a parar. ¿Tendrías el detalle de explicármelo?

«Venga», pensó ella, «suelta una teoría y a ver qué pasa».

—En cuanto nuestra vieja amiga Debs cogió el timón, empezamos a tener problemas gordos. Qué raro, ¿no? No llevaba ni una semana en el cargo y empezaron las filtraciones en Rusia.

Dio un mordisco a su hamburguesa, y mientras masticaba vio que a Gus se le dilataba la nariz.

Se había preguntado muchas veces si, durante las semanas negras de después de Singapur, Gus Raptis le había propuesto discretamente a Debs ser él quien se pusiera al frente de Moscú X. Llevaba unos meses sin destino fijo, tras interrumpir su estancia en Moscú para volver a Estados Unidos mientras la Casa Rusia le buscaba una plaza. En su época gloriosa, Moscú X era un verdadero caramelo inmobiliario, y Gus necesitaba asentar sus reales en algún sitio. ¿Y si se había presentado en el séptimo piso con la idea de dar un golpe de Estado? En todo caso nunca lo reconocería. Era un animal político, y en esa selva había que andarse con mucho cuidado a la hora de elegir a quién te comías, sobre todo si era amigo tuyo. Todos los que en algún momento habían pretendido comerse a Procter habían descubierto que era puro veneno, y al final la habían escupido. Eso Gus lo sabía muy bien.

Sin embargo, en vez de exponer su propia teoría, Gus se pasó la lengua por los labios, consultó su reloj y miró por la ventana, hacia su furgoneta.

—Por muy atractiva que pueda ser la idea —dijo—, lo que pasó esa semana tiene un centenar de explicaciones posibles, y sólo en una aparece un topo.

—¡Venga ya! —contestó Procter, buscando una respuesta—. ¡No me jodas!

Gus se limitó a encogerse de hombros, bostezar y levantarse.

—Tú misma, pero es la verdad. Bueno, Artemis, Connie me está esperando.

—Una cosa más y ya está. —Procter le cogió suavemente la muñeca—. Llevo una temporada movidita, Gus. Me he dedicado a tapar parches y a arreglar la chapa de mi vida, como quien dice. Ahora Mac y tú sois héroes. Debería haberte felicitado al sentarnos, por lo de Viena y por haber encabezado la maniobra para traer de vuelta a Sam, pero es que no sabía qué decir. A mí me atropellaron y me echaron. A vosotros dos os premiaron y os ascendieron.

La mirada de Gus volvió a suavizarse. No hizo el gesto de apartar el brazo.

—Sólo unos minutos más —le rogó ella.

Gus miró la hora en su teléfono y paseó una mirada atribulada por la oscuridad. Luego suspiró y se reclinó de nuevo en el asiento.

—¿Alguna vez hemos sabido algo de por qué fueron a por Gólikov y Sam? —dijo ella, repitiendo la pregunta que ya le había hecho a Mac para comparar las respuestas.

—Rémora nos dio un chivatazo —dijo Gus—. Hacía como un mes que te habías ido tú. Nos contó que a Gólikov lo habían pillado con lápices de memoria llenos de documentos robados, y que lo de raptar a Sam había sido un error. Ahora mismo, la hipótesis con la que trabajamos es que Gólikov pensaba vendernos el material y postularse como desertor.

—Rémora —dijo Procter, pronunciando el nombre con fruición—. Si mal no recuerdo, antes de Singapur nos avisó de algo.

—Ah, sí —dijo Gus—, la famosa reunión en la que Debs se metió con calzador.

—¿Tú por qué crees que fue? —preguntó Procter.

—Para poder contar algo en el Despacho Oval —contestó Gus—. ¿Por qué si no? Deborah sólo se presentó al final, cuando Mac y Theo ya habían hecho todo el numerito: primero Mac preparó a Rémora, y luego llegó Theo para cambiar de rollo y activar la parte seria: el tú a tú con Rémora o el empujoncito que volviera a encarrilar las cosas. Al llegar Deborah ya estaba todo el trabajo hecho. Igual sólo se presentó por la foto.

—Se me había olvidado el bailecito que se traen siempre Mac y Theo —dijo Procter, aunque a decir verdad en su momento no se había enterado—. ¿Y qué opinas de la información que nos proporcionó Rémora? Me refiero al aviso.

Gus olisqueó la botella de agua con gas. Tenía los ojos brillantes y llenos de vida, como si sus pensamientos estuvieran apretando el paso para seguir los de Procter. Gus no era un político —para eso ya estaban Gosford y Debs—, pero sí lo más parecido a esa especie que existe en la CIA, uno de esos que saben aplicar sin el menor esfuerzo la potente mezcla de sonrisa y amenaza tan necesaria para medrar en la selva de Langley.

—La información de Rémora era... vaga —dijo.

—¿Crees que es sólo un charlatán?

—No siempre. Es un mercenario. Intenta vendernos cosas. En el fondo es una serpiente.

—Una de las nuestras.

—Tú lo has dicho —contestó Gus—. Gran parte de su material es de confianza, y luego hay otra parte, también grande, que nos deja con ganas de... detalles concretos. Al principio, cuando se dio a conocer, yo tenía mis dudas, pero en líneas generales me ha

convencido. Lo tuve un tiempo a mi cargo, cuando estuve en Moscú, qué te voy a contar... Un momento.

Empezó a teclear en el móvil con el ceño fruncido.

Durante el paréntesis de silencio, Procter empezó a recorrer los imprecisos cultivos de su mente, cosechando algunos brotes de información relevante. Un año antes, Gus acababa de llegar a Moscú; aunque era un agente casado, se trataba de una misión de soltero, así que había dejado en casa a su media naranja. Según recordaba Procter, Loulou había visto una vez a la esposa de Gus trabajando en el centro comercial Nordstrom de Pentagon City. Connie Raptis llevaba unos veinticinco años sin trabajar, pero con Gus en Moscú se aburría y se sentía sola. Procter recordó que, en esa misma época, habían llegado a sus oídos dos rumores insidiosos, de esos que sólo circulan en cuatro o cinco ordenadores de Seguridad. El primero, que Gus había vuelto a Estados Unidos para someterse a una prueba de polígrafo no programada. El segundo, que se había aprobado una General, una orden de vigilancia contra un alto cargo de la CIA en Moscú, que autorizaba al FBI a monitorizar su teléfono y su correo electrónico. Durante unos meses, Gus había tenido bastante libertad en sus encuentros con rusos en Rusia, y aunque la CIA se fiaba de los suyos, el FBI no siempre hacía lo propio, y a saber qué montón de mierda habrían desenterrado sobre los viajes del pobre Gus por Rusia. Al final, los rumores se desvanecieron. Gus se quedó en Moscú hasta los inicios de la era Gosford, y Procter se olvidó por completo del asunto. Pero ahora lo veía desde otra perspectiva: el lugar más sencillo para que los rusos reclutaran a un alto cargo de la CIA era en Moscú.

Dio otro mordisco a su hamburguesa, pero la escupió en la servilleta porque le pareció gomosa. Apartó el plato y bebió un poco de cerveza.

Gus se metió el móvil en el bolsillo, sonrió y suspiró.

—No te conocía estos reparos con la comida, Artemis. Florida te ha ablandado.

—Por cierto, ¿cuándo vendrá a verme el clan Raptis? Entradas gratis. Invito yo. Y encima hay cecina de caimán.

—A Connie le va más Epcot.

—Pues no sé qué decirte, Gus; las chorradas esas de Mickey Mouse cuestan un huevo —repuso Procter con una sonrisa, dejando flotar la suave pulla en el aire.

En los tiempos de la Granja, Gus había sido un tío chistoso, divertido, pero a ese Gus lo habían fusilado para reemplazarlo por un hombre austero y canoso cuyos problemas familiares lo tenían atado de pies y manos, y que no sólo se ponía al volante de operaciones legendarias, sino también de una furgoneta por las urbanizaciones del norte de Virginia. A lo largo de su trayectoria, Raptis había convertido en oro todo lo que tocaba, pero en esos momentos Procter sólo veía frente a ella potencial no aprovechado. Gus habría sido un protestante-blanco-anglosajón fantástico, pero era demasiado griego; un polvazo de órdago, pero estaba demasiado felizmente casado, y un bebedor excepcional, pero era abstemio.

Por eso, en vez de defenderse del ataque de Procter a la frágil economía de la familia Raptis —y no le habría faltado precisamente con qué hacerlo—, se limitó a poner mala cara y a mirar su reloj, a pesar de que sabía muy bien qué hora era.

—Te voy a explicar cómo lo veo yo. Es verdad que Rémora a veces nos cuela basura, en plan rumores, malentendidos y mucho bla bla bla, y creo que sus mensajes sobre el apresamiento de Sam podían ir por ahí. La información que manejaba Rémora era de tercera mano. ¿Cómo no iba a ser un galimatías? —Cada palabra de Gus era como una lima que afilaba la siguiente—. Pero el caso, Artemis, es que, a pesar de todos sus defectos y de su afán por vendernos información, Rémora nos ha pasado auténticas joyas, tanto en Francia, de tú a tú, como en Moscú, en intercambios realizados con vehículos en marcha o en sus puntos de entrega. No todo eran joyas, pero las había, y brillaban mucho. ¿Y sabes qué? Pues que nos ha pasado información que los rusos no habrían compartido nunca, en ningún caso, por iniciativa propia. Una red de agentes dobles franceses, un grupo de militares estadounidenses al servicio del SVR en Alemania... Por eso me creí su información sobre Singapur, y sobre el funcionario que raptamos en Viena, y me la sigo creyendo. Dicho lo cual, ¿y si me explicas a qué viene esta conversación, para empezar? Muy incisivas me parecen tus preguntas procediendo de alguien que quiere que la absuelvan de unos pecados imprecisos, sobre todo cuando tú sueles cometerlos con tan admirable precisión... ¿Quieres un consejo? Empieza por ellos y darás menos vueltas en tu camino hacia la redención.

—Antes eras más gracioso, Gus.

Esta vez sí sonrió.

—Se me ha acabado el tiempo, Artemis. Me he alegrado de verte. Hasta la próxima, en Florida.

Se levantó, dejó tres billetes de dólar en la mesa para su agua con gas y se perdió en la noche. Procter apartó su hamburguesa. Al

pagar la cuenta vio que, a pesar de que Gus se había bebido toda la botella de Perrier, los tres dólares sólo cubrían la mitad.

16

Moscú

Al llegar a la curva, Jon Tarrman se desabrochó el cinturón. Molls pisó un poco el freno del Lada y pronunció un «te quiero» en silencio. «Yo también te quiero», dijo a su vez Tarrman moviendo sólo los labios, antes de abrir la puerta y dejarse caer en un terraplén cubierto de hierba.

Era una maniobra que había ensayado decenas de veces en la Granja, en las calles de Washington e incluso en los estrechos pasillos de la Estación Moscú, haciendo volteretas entre los cubículos después de un esprint a máxima velocidad. Una constante: siempre dolía. Gruñó por el impacto y se quedó agazapado justo a tiempo para ver cómo Molls inflaba el «monigote», una copia hinchable de Tarrman que acababa de sustituirlo como copiloto. Se metió entre los árboles mientras Molls se perdía de vista al otro lado de la curva.

Se preguntó si sería la última noche de los dos en Moscú. En un entorno así, era imposible borrar su pista de manera agresiva y pretender quedarse en el país. Tarde o temprano, las cosas se pondrían feas. Esperaba que al menos los rusos no mataran a sus gatos. O a Molls. O a él. Incluso con las nuevas reglas del Juego, más duras que las anteriores, confiaba en recibir un trato algo más

laxo que el que le habían dispensado a su viejo amigo Sam, raptado unos meses atrás en Singapur y torturado en Moscú. A fin de cuentas, Tarrman tenía estatus diplomático.

Palpó la botella de vodka llena de agua que llevaba en la mochila. Por suerte no se había roto. Se giró la chaqueta, que pasó del rojo a un negro desgastado, y se puso un gorro de punto gris. Como guinda de su imagen de vagabundo borracho, sacó la botella y la metió en una bolsa de papel. Luego hizo un inventario rápido de la mochila: Lexapro para seis meses, para la mujer de Garra; un lápiz de memoria con la información de inteligencia solicitada por la CIA en unos archivos ocultos, y setenta y cinco mil euros. También había una nota operativa escrita a mano por Tarrman para su valioso activo.

Avanzó pesadamente entre los árboles hasta llegar al patio de un bloque de pisos de la época soviética que olía a asfalto húmedo y a heces de perro. Lo cruzó y salió a la calle. Sintiéndose libre de vigilancia, observó que el edificio, el patio y la calle coincidían con el detallado informe que se había aprendido de memoria durante la última semana.

Vio el BMW de Garra aparcado en la acera de enfrente. Tenía la matrícula grabada a fuego en su cabeza. El coche era la señal de seguridad para el encuentro. Vía libre. Un poco más arriba, vio un remolque cubierto de grafitis con el enganche apoyado en bloques de cemento apilados. Estaba seguro de que eso no salía en el informe, pero bueno, desde el reconocimiento de Molls habían pasado cuatro días, y tampoco era tan raro que llegaran o se fueran vehículos.

Llegaba con dieciséis minutos de antelación. Dio una vuelta rápida por la calle, tambaleándose un poco y con la botella de vodka bien visible, y luego se dejó caer en un banco justo delante del bloque de pisos, evitando cuidadosamente las manchas de suciedad y los excrementos de pájaros. Tras un buen trago de agua, ensayó por enésima vez el tono y el guión de su breve encuentro con Garra, un coronel del FSB, prolífico ladrón de secretos de Estado rusos. Luego escuchó los rítmicos latidos de su corazón, que lo tranquilizaron. Moscú era suya.

Habían pasado veinte minutos, y Tarrman estaba cada vez más impaciente y preocupado. Del edificio había salido una mujer que daba vueltas por la calle, fumando y berreando por teléfono sobre un programa de televisión. Pese a su buen dominio del idioma, a Tarrman le costaba entender su ruso atropellado y dialectal, trufado de palabras malsonantes. Desvió la mirada hacia el callejón que daba a la calle, un poco más adelante, por el que en cualquier momento, si todo iba bien, saldría Garra. Cuando eso ocurriera, Tarrman iría a su encuentro y caminarían juntos hasta otra zona del bosque, como dando un paseo. Una vez terminado el breve intercambio, de unos cinco minutos, Tarrman daría un rodeo para regresar a su casa.

En vez de eso, de repente se encontró en el centro de una gran explosión. Gritos. Pasos. El choque del metal contra el asfalto. Los chillidos de la mujer del teléfono...

Tarrman se levantó, pero el impulso de salir corriendo se vio interrumpido por unas manos que lo agarraron bruscamente por

detrás. Al otro lado de la calle, dos hombres salieron corriendo de un rincón y le quitaron la mochila. Tarrman estaba en el suelo, con la boca llena de tierra, barro y a saber qué más. Una mano le impedía levantar la cabeza. Justo cuando trataba de explicar que era un diplomático estadounidense, vicesecretario de la embajada, los hombres que estaban detrás de él le levantaron los brazos por encima de la cabeza. Era la «llave de las alas de pollo», típica del KGB en el ocaso de la Guerra Fría, tiempos, en el fondo, más civilizados. Tarrman entrevió otra manada de hombres vestidos de negro que se acercaban al remolque aparcado. Iban empujando a un hombre parecido a Garra.

—Soy vicesecretario de la embajada de Estados Unidos... —volvió a decir, pero el dolor de sus brazos levantados se había vuelto tan intenso que se le nubló la vista y se desmayó.

El coche de Rem cruzó el acceso 3A de Lefórtovo para dirigirse al ala más nueva de la cárcel, que era sin duda donde los «primos» del Federálnaya Sluzhba Bezopásnosti, el Servicio Federal de Seguridad, o FSB, retenían al estadounidense. Su ayudante ya había llegado. Estaba fumando al lado de la puerta, al pie de una farola que proyectaba un círculo de luz fantasmal en el edificio de color ocre.

Rem bajó del coche.

—Ya está aquí Bórtnikov —dijo su ayudante.

—¿Cómo está el americano? —preguntó Rem.

—Entero —contestó su ayudante, pisando la colilla—. Al menos de momento.

Rem esperó a Bórtnikov en una sala de interrogatorios vacía de la primera planta. Los interrogadores se sentaban en la silla más cercana a la puerta, de cara al suplicante, así que Rem ocupó el lugar del interrogador, juntando las manos en la mesa. A medida que pasaban los minutos aumentaba la temperatura. Sudaba intensamente, y las gotas de sudor le resbalaban por la cara. ¿Acaso espiar era cosa de jóvenes? A él no se lo parecía. Consistía más que nada en esperar, y Rem había vuelto a elegir con cuidado sus pastillas de la noche, así que podía esperar el tiempo que hiciera falta.

La puerta se abrió con un chirrido cuando Rem llevaba unos cuarenta y ocho minutos a solas en la sala, viendo parpadear la cámara. Rem no se volvió. Bórtnikov se colocó detrás de él. No quería ocupar la silla de los presos. Se quedaron un momento así, con Bórtnikov mirando el cogote de Rem y éste el asiento vacío.

El primero en hablar fue Rem.

—Es el segundo arresto que hacen en seis meses con información de mi agente, y el segundo que acaba de manera demasiado violenta para que Langley no contemple la posibilidad de que el culpable sea un topo. Están exponiendo al mejor agente que ha tenido nunca Rusia a un peligro brutal.

—Esta conversación ya la hemos tenido muchas veces, Rem Mijáilovich —replicó Bórtnikov—. En su despacho, en el mío, en el del presidente... ¿Por qué volvemos a tenerla aquí?

Rem cambió de postura en la silla de madera. Tenía ganas de levantarse, pero le pareció que sería una especie de concesión a

Bórtnikov, así que hizo el esfuerzo de ignorar la incomodidad.

—Teniendo en cuenta que, con cada detención, aumenta el riesgo para mi agente, es lógico empezar desde cero la conversación. Estoy de acuerdo en que hay que poner a estos traidores fuera de circulación, y quizá hasta detenerlos, pero la puesta en práctica de los arrestos por parte de sus hombres ha sido muy tosca. Esta primavera se suicidó el *rezident* de Atenas. En el caso del estadounidense, ¿debo entender que sus hombres lo asaltaron y embistieron sin que estuvieran ustedes del todo seguros de que había visto al doble de su activo? Ya puestos, podrían haberlo tirado desde una ventana o atropellarlo, como a cualquier traidor normal. Ya tenemos bastantes problemas, Alexander Vasílievich...

—Creemos que Tarrman tuvo tiempo de ver al doble.

—Creen. El único sentido de esa mascarada era estar seguros, saberlo con certeza. Si Tarrman no vio al doble, el estadounidense volverá a su país y les explicará a los de Langley que a su activo, nuestro coronel del FSB, al que conocen como Garra, se lo llevaron antes del encuentro, cuando lo que queríamos era que la CIA creyera que sus hombres siguieron al traidor hasta el punto de encuentro. Lo entiende, ¿no? Queríamos que creyeran que su activo se vio expuesto por falta de oficio, no por culpa de un topo. Si Tarrman no vio al doble, la CIA llegará a la acertada conclusión de que hace semanas que arrestamos a Garra, y de que lo delató alguien desde dentro de Langley.

—La operación la monté yo —dijo Bórtnikov—. Ahórreme el sermón.

Rem tuvo ganas de mirarlo a la cara, pero resistió la tentación de volverse. En el techo empezó a parpadear una luz, emitiendo un

zumbido como el de las alas de una gran abeja. Rem la miró al hablar como miraría a un insecto.

—Es que no tengo tan claro que no necesite usted el sermón, Alexander Vasílievich.

Bórtnikov llegó en dos pasos a la mesa de madera y estampó el puño en ella. Luego acercó tanto un dedo a la cara de Rem que éste, al olerlo, supo que había cenado pescado. Finalmente, Bórtnikov recuperó la compostura, se sonó y escupió.

—Si tan bueno es su agente, ¿por qué sólo ha dado dos nombres? Deme más con lo que trabajar.

—Si le diera más nombres, iría a por ellos y los arrestaría, de modo que la situación de mi agente se volvería todavía más precaria y pronto ya no tendríamos agente. Usted lo soluciona todo a base de martillazos, Alexander. Su brutalidad innata será su perdición.

—Pues está claro que la suya será la arrogancia, Rem. Venga, hombre... ¿me está acusando a mí de brutalidad? ¿Y qué me dice de cómo trató usted hace unos meses a Samuel Joseph? En comparación con lo que le hizo pasar a ese tipo, la tortura habría sido clemente. Esta noche tendré que contenerme mucho más con el tal Tarrman; tiene cobertura diplomática, y mis jefes me han dicho que sólo dispongo de unas horas. Lo asustaremos un poco para que se enteren de cómo están las cosas antes de mandarlo de regreso a Washington.

—Ha llegado a mis oídos que Tarrman tenía gatos —afirmó Rem.

—Sí, tres, bastante grandes, como mapaches. Por lo visto la mujer de Tarrman, Molly, les tenía mucho cariño. Nos las hizo pasar canutas. Se interpuso y no pudimos acabar con ellos limpiamente.

Se arremangó para enseñar los arañazos en su antebrazo derecho.

—¿Son de los gatos?

Bórtnikov hizo una mueca.

—La verdad es que no lo sé.

COMITÉ DE EVALUACIÓN DEL SERVICIODE INTELIGENCIA EXTERIOR:

Expediente 24-6 (Doctor B), evaluación anual, módulo E

(Propósito: objetivos y requisitos de obtención de datos)

INVESTIGADOR ESPECIAL: *Probando, probando. ¿Sí? ¿Todo bien? Vale. Éste es el último módulo de la evaluación anual de 24-6. Vamos a...*

GENERAL REM MIJÁILOVICH ZHOMOV: *Ya basta. Llevamos...* [Mira su reloj] *ochenta y tres minutos. Os he concedido noventa. Me duele la espalda.*

IE: *El director lo ha dejado muy claro, Rem, y...*

RMZ: *Ya lo sé. Si estoy aquí es porque el director me ha presionado a fondo. Acaba de hacer tus preguntas, así los dos podremos seguir trabajando.*

IE: *Ya sabe que el último módulo de la evaluación es el más polémico.*

RMZ: *Como siempre.*

IE: *Y no hace falta que le diga que trata de... cómo decirlo... de la moderación con que ha llevado el caso. En el aparato de seguridad hay quien opina que no se está empujando en la dirección adecuada al Doctor B, y que se están perdiendo oportunidades. Por poner un ejemplo, sólo hemos recibido dos nombres de activos rusos al servicio de la* CIA*. Uno es el* rezident *de Athenas, conocido por la* CIA *como Bucanero, al que hicimos volver de Grecia y que se suicidó en*

ese arresto tan horriblemente ejecutado. El otro es el coronel del FSB *llamado Garra. Hay ciertas... esto... mmm... cómo decirlo...*

RMZ: *Por el amor de Dios... Soy consciente de que no sirve de nada pegarle un tiro al mensajero, pero puede tener su gracia, así que no me tientes y habla claro. Haz tu puñetera pregunta de una vez. Y limítate a leerla. Si entre los primos hay alguna figura anónima... que pueda apellidarse Bórtnikov, por decir algo... con ganas de cuestionar mi punto de vista, ya sabe dónde estoy. También puede presionar al director, que hasta ahora ha considerado conveniente fiarse de mi criterio en este caso.*

IE [ruido de papeles, y de un vaso al chocar contra una mesa]: *Vale, Rem, Vale. No me lo está poniendo nada fácil, ¿eh? Yo me limito a hacer mi...*

RMZ: *Lee la pregunta de una vez.*

IE [toses y murmullos ininteligibles]: *Describa sus objetivos para el caso durante el próximo año, por favor.*

RMZ: *Maravillosa petición. Gracias por hacerla. El Doctor B es la penetración más valiosa que hayamos tenido nunca en cualquier servicio especial occidental. Les da mil vueltas a Ames y a Hanssen. Estamos hablando de un activo que podría llegar a funcionar de forma parecido a Philby, si éste hubiera continuado. Lo prioritario, por lo tanto, es la protección de la fuente: tener controlado al Doctor B y mantenerlo en el juego. El objetivo, en resumidas cuentas, es sobrevivir. Es para lo que está montado todo el caso, ¿no? El plan de comunicaciones, los requisitos de entrega, el mecanismo con el que nos comunicamos con el bueno del doctor, distinto a cualquier otro... todo está pensado para durar. Si este caso siguiera los procedimientos normales, y si lo llevaran los departamentos*

habituales, el Doctor B ya estaría en la cárcel. Pasaría otra vez lo de 1985, el maldito Año del Espía, con una docena de arrestos y de desapariciones, como mínimo. Bórtnikov tendría un nuevo prisionero cada dos semanas, y algunas ocasiones más para aporrear en la cabeza a agentes de la CIA *durante los interrogatorios. Los dermatólogos de la* CIA *notarían a la legua el olor a podrido, y tarde o temprano el Doctor B lo tendría crudo.*

IE: *Entonces, si durante el próximo año la prioridad no es la obtención de datos, sino la protección, ¿cuál es el objetivo a largo plazo, Rem?*

RMZ: *El éxito de la cultura y la civilización de Rusia depende de la debilidad y la división de los estadounidenses. Y éstos se están destruyendo ellos solos, ¿no te parece? La política de Estados Unidos es disfuncional y está polarizada. Su sistema económico es perverso e injusto de raíz. Su cultura está enferma. No hay unidad ni percepción de un objetivo común. Los estadounidenses tienen cada vez menos alma. Son cada vez más decadentes y autorreferenciales. La podredumbre se extiende tanto desde abajo como desde arriba. Su existencia no depende de nosotros, pero podemos contribuir a acelerarla, ¿no? A que la decadencia sea más rápida. Nuestras operaciones de información, por ejemplo, fomentan la podredumbre desde abajo. En la otra, la que se difunde desde arriba, es donde interviene el Doctor B. Se ha puesto de moda predecir la muerte de la inteligencia humana, pero en un mundo donde aún hay seres humanos sigue teniendo su utilidad, ¿no crees? Podemos sembrar el caos digital de mil maneras, pero sólo podemos reventar una institución enemiga desde dentro apoderándonos de algunos de sus seres humanos, y cuanto mejor situados estén, mejor. El Doctor B es*

el caballo de Troya que tenemos para cargarnos a la CIA*. En un futuro no demasiado lejano, el doctor tendrá a su disposición una serie de mecanismos destructivos. Se pueden recortar presupuestos, o redirigirlos de manera frívola; se pueden hacer despidos masivos de funcionarios competentes; se pueden cancelar acuerdos de inteligencia compartida con potencias aliadas; se puede situar a locos, sádicos e incompetentes en puestos claves; con filtraciones selectivas de desaguisados, rumores y crímenes atribuidos a la* CIA*, se puede minar su credibilidad y debilitar sus apoyos políticos; se pueden proponer en secreto reformas contraproducentes para Langley, y también se puede, por supuesto, poner en peligro a decenas y decenas de activos. Nada de ello será posible si se presiona demasiado, o en el sentido incorrecto, o demasiado deprisa, al Doctor B. El bueno del doctor es un ejemplo de algo tan infrecuente en este maldito negocio como que el valor actual de alguien sea inferior a su valor futuro. ¿Qué, ya tienes lo que necesitabas?*

IE: *Lo que necesito es una respuesta de una sola línea, Rem, para el resumen. ¿Qué quiere que ponga?*

RMZ: *Repite la pregunta.*

IE [ruido de sacudir papeles]: *Describa sus objetivos para el caso durante el próximo año, por favor.*

RMZ: *Destruir la* CIA*. Y ahora, se acabó. Se cierra la sesión.*

17

Clarendon, Virginia / Langley

Sam se despertó unas horas antes del amanecer, atenazado por el miedo de tener a su lado, acurrucada contra él, a la mujer sin nombre.

Antes de poder abrir los ojos ya había percibido su olor, de una dulzura inconfundible. El sabor de su pintalabios era tan potente que se sobreponía a la agria sequedad dejada por el sueño, y le pareció sentir en su lengua algunos residuos arenosos depositados en su dentadura inferior. Mareado, con las sábanas enroscadas al cuerpo y empapadas de sudor, se incorporó y miró por todas partes, buscando las estrellitas rojas, pero no había bastante luz para distinguir las paredes. Escuchó con atención, por si la oía respirar. Como siempre, se palpó la piel con frenesí en busca de señales de sus agasajos nocturnos: heridas, arañazos, magulladuras, franjas pegajosas dejadas por su lengua. No le dolía nada. Llevaba puesta la ropa interior con la que se había acostado. Tenía la piel seca y lisa. Su corazón inició el lento descenso desde su garganta.

Sólo tuvo la certeza de que no estaba en la caja cuando sus ojos se acostumbraron al débil resplandor de su dormitorio: en Rusia no había ventanas de ningún tipo, mientras que en su dormitorio de

Clarendon había una. No podía ser Rusia. No podía ser su caja. En otros tiempos se había puesto cortinas que no dejaban pasar la luz. No se las pondría nunca más en la vida. A su lado, Natalie dormía plácidamente. En general no le gustaba compartir su cama con ella, pero en las mañanas en que lo perseguía aquella mujer... entonces sí lo agradecía. A diferencia de lo que solía ocurrir con la mayoría de los fantasmas, el de la mujer era especialmente aterrador en las primeras luces del alba.

Bajó los pies al suelo y se quedó unos segundos con la cabeza entre las manos. Natalie rodó hacia él.

—¿Cómo has dormido, *habibti*? —murmuró.

—De maravilla —dijo él, dándose la vuelta para darle un beso en la frente—. La verdad es que he dormido de maravilla.

En la ducha, Sam recorrió el palacio de la memoria de su cuarto de la infancia, pero esta vez las cajas de Lego contenían números repasados durante la noche anterior con Procter vía Roblox. No le gustaba pensar en lo que pasaría si se le olvidaban o se equivocaba de orden. ¿Y si los ordenaba de forma correcta? Bueno, tampoco le gustaba pensar en eso.

Desayunó con Natalie en el comedor. La había conocido un año antes de lo de Singapur, en una tienda de alimentación de Clarendon a pocas manzanas de su casa. A la segunda o tercera mirada de reojo, ella le había sonreído, y Sam —que siempre probaba suerte cuando se trataba de mujeres de Oriente Medio bien proporcionadas — se acercó directamente a ella en la sección de pan para invitarla a cenar.

—Tengo novio —había dicho ella con cara de pena.

—Lástima —había contestado él—. Pero lo de cenar, ¿qué te parece?

Desde entonces, a veces dormían en la misma cama o, como en ese preciso momento, compartían un cuenco de yogur para desayunar.

—¿Cómo se presenta hoy el trabajo?

—Tranquilo —mintió él—. Un día normal. ¿Y tú?

—Nada, el caos de siempre.

—Esos niños no saben la suerte que tienen.

—¿Quieres que cenemos juntos?

—Sí, claro —volvió a mentir Sam: una noche a solas estrellada en las rocas del amor de Natalie—. Si quieres, compro salmón.

Ella hizo una mueca.

—¿Y si dejamos el salmón para otra vez? Pasaré de camino por la tienda de Kazan. ¿Lo de siempre?

—Perfecto —dijo Sam—. Suena muy bien. Creo que hacia las seis ya estaré de vuelta.

Se llevó su taza y su cuenco a la cocina. Natalie lo siguió.

—¿De verdad has dormido bien? —preguntó—. ¿No has tenido... mmm...?

—No —mintió él mientras abría el lavavajillas.

—Me alegro mucho, Sam —dijo ella—. Parece... un paso adelante.

—Totalmente —dijo él, colocando los cubiertos.

—¿Qué te dijo el doctor Portnoy? Un mes sin pesadillas y el resto será pan comido.

—Algo así.

Cerró el lavavajillas.

—¿Y cuántos días llevas sin tenerlas?

—Siete —contestó.

Esta vez sintió un poco de asco por tener que mentir.

Sentado delante de su mesa del sótano, Sam estuvo una hora fingiendo que leía los cables de la noche. Su agenda, visible para todo Moscú X, tenía bloqueada la franja de una a tres del mediodía. En el recuadro rojo ponía: «cita médica». Era la forma de referirse a sus visitas a la Oficina de Servicios Médicos, la atención psicológica obligatoria. El texto de las sesiones, transcrito por el doctor Portnoy, se incorporaba al expediente personal de Sam, además de enviarse directamente, según le constaba, a sus superiores de la Casa Rusia y a algunos altos cargos del séptimo piso. Aun así, ninguno de ellos le había preguntado nada sobre esas conversaciones, y tampoco le habían hecho ningún comentario sobre si salía pronto o volvía tarde.

La Casa Rusia contaba con muchas salas, una de las cuales recibía el nombre de la Trastienda. Esa sala tenía la puerta verde, sin ningún tipo de placa. Detrás de ella había un panal de cubículos donde trabajaba el reducido equipo de funcionarios que gestionaban los casos más delicados de la CIA sobre Rusia, muchos de los cuales, todavía hoy, se documentaban en papel. A las nueve y media, Sam usó la línea verde de su escritorio para llamar a Lanzasta, uno de los analistas de la Trastienda.

—¿Qué tal, James, cómo te va la vida? —dijo a modo de saludo, y antes de que Lanzasta pudiera confundir el saludo con una pregunta de verdad, continuó—: Genial. Oye, que igual nos llega algo de un financiero ruso afincado en el Golfo, y se me ha ocurrido pasar a

preguntarte un par de cosas sobre Moscú. Es un tío que nunca para quieto, y dice algunas cosas sobre la ciudad que no me acaban de cuadrar. Te lo pago invitándote a comer. Elige tú el veneno.

Como Sam sabía muy bien, era una propuesta condenada al fracaso de antemano, porque Lanzasta siempre se traía la comida de casa. Solía usar una nevera portátil en la que habrían cabido holgadamente cierto número de órganos, y, como muchos analistas, prefería almorzar en la paz y seguridad relativas de su cubículo, perfectamente aislado del resto.

Lanzasta rechazó la invitación, pero no la visita.

—¿A las once y media sería demasiado pronto? —preguntó Sam—. Es que a la una tengo médico en Fairfax.

A la hora de comer, la Trastienda solía estar casi vacía. Casi todos se iban a leer la prensa y a comer en silencio en la cafetería: otro de los horrores de ese sitio, que hacían que Sam se preguntase si él no se estaba convirtiendo por ósmosis en todo lo que siempre había odiado.

Como no tenía el código, llamó al timbre y esperó el clic. Una vez dentro, saludó alegremente a un par de agentes de enlace y luego a Lanzasta, que ocupaba un cubículo del primer bloque, justo al otro lado de la puerta. En la pared del fondo de la Trastienda había varias cajas fuertes, en cada una de las cuales se guardaba el material de un solo activo.

«Es la que lleva el número 132-1», había escrito el avatar de Procter en el foro de Roblox, «a la izquierda».

Desde donde estaba, Sam no distinguía los números. Se dio cuenta de que tenía los pantalones y la camisa mojados de sudor. Dejó la bolsa de deporte sobre una mesa vacía del cubículo contiguo

al de Lanzasta, que se sentó con él a la mesa circular del centro. Habían trabajado juntos en Siria, cuando Procter era jefa de la Estación Damasco, y Sam venía con la idea de entablar con toda naturalidad una conversación, pero notó algo raro en cuanto se sentó.

—¿Qué ocurre, James? —preguntó.

—Esta noche ha pasado algo en Moscú —susurró Lanzasta—. Un activo no se ha presentado a un encuentro. ¿Conoces a Tarrman, uno de nuestros agentes en la zona?

—Sí.

—Pues lo detuvieron y lo llevaron a Lefórtovo. Lo han declarado persona non grata, igual que a su mujer. Mataron a todos sus gatos.

Sam hizo una mueca.

—Pero ¿los Tarrman están bien?

—Físicamente sí. Ya han salido de Rusia y están de camino.

—¿Y qué ha sido del activo?

Sam tuvo ganas de preguntar de cuál se trataba, pero era consciente de que no podía hacerlo. No tenía acceso. De hecho, Lanzasta ya estaba hablando demasiado.

—No lo sabemos.

—Pues vaya mierda.

—En fin, que estamos teniendo un día espantoso —dijo Lanzasta, lanzando su fiambrera a un cubo de basura y fallando estrepitosamente en el intento—. ¿De qué querías hablar?

Sam estaba todavía conmocionado por la noticia, pero volvió a concentrarse en su objetivo y le hizo al analista unas cuantas preguntas sobre la atmósfera en Moscú. Un voluntario de Dubái que presumía de tener acceso a varios magnates rusos del petróleo le

había suministrado a su enlace un montón de información sobre su vida y su etapa en Moscú. Por orden de Raptis, la evaluación se la habían encargado a Sam. Era una simple distracción, una manera de tenerlo ocupado y hacer que se sintiese incluido. También era un microcosmos del círculo vicioso de Langley: como Sam sabía muy bien, al menos otras cuatro personas, pertenecientes a distintos departamentos de la Agencia, estaban evaluando el caso.

Cuando Lanzasta acabó de responder, Sam le dio las gracias y pronunció la primera de sus mentiras esenciales.

—Me queda una media hora. La aprovecharé para entrar en uno de los ordenadores hasta que me vaya.

Técnicamente no estaba permitido, pero en la práctica sucedía con la suficiente frecuencia como para que Lanzasta no se inmutara.

—Tú mismo. Pues nada, encantado de volver a verte —fue lo único que dijo antes de volver a meterse entre las altas mamparas de su cubículo.

Sam inició sesión, abrió la base de datos de los cables y estuvo unos cinco minutos con la vista pegada a la pantalla. Sudaba a chorros a través de la camisa. Oyendo el murmullo de Lanzasta y del resto del equipo, escribió unos cuantos párrafos sin sentido para que lo oyeran teclear, y finalmente miró su reloj.

Se levantó, miró por encima de las mamparas del cubículo —desperezándose, de paso— y, tras volver a secarse las manos en el pantalón, cruzó una mirada amistosa con Lanzasta. Las orejas le ardían como si las tuviera dentro de un horno. Solía tener esa sensación cuando estaba sobre el terreno, en las rondas de vigilancia, y en ese momento eso lo tranquilizó, haciendo que se

sintiera conectado, listo para cruzar la frontera y cumplir con su misión.

«La caja fuerte 132-1», había escrito Procter, «tiene que ser la tercera o la cuarta de la izquierda, contando desde la del medio».

«¿Y a qué altura?», había preguntado Sam.

«Ni idea», había escrito Procter.

En diez pasos se plantó ante la pared de cajas fuertes, como si se tratara de una montaña que tuviera que escalar. Tenía un nudo en la garganta, y las orejas al rojo vivo, pero fue capaz de sobreponerse recordándose a sí mismo que debía ofrecer una imagen de normalidad y relajación. Era la emoción del robo, nada más. Por suerte, aún no estaba inmunizado. Ni lo estaba ni querían que lo estuviese. Un agente inmune a toda emoción podía ser una amenaza.

Fue entonces cuando cometió su primer y único error, que más tarde achacaría a lo oxidado que se queda uno cuando está en el banquillo. En vez de aprovechar la oportunidad que se le abría en una sala donde en ese momento sólo estaban Lanzasta y dos analistas indiferentes, fue a una caja fuerte a la que en otros tiempos había tenido acceso: el expediente de un directivo de la empresa pública rusa exportadora de armamento.

La abrió y sacó un fajo de papeles que se llevó a su mesa. Se quedó mirando los informes con la vista borrosa, contando en silencio hasta ciento ochenta mientras iba pasando las páginas al azar, con tanta fuerza que casi arrancaba las grapas, como si fuera imprescindible que Lanzasta se enterase del ahínco con que trabajaba sobre asuntos de la máxima importancia, con una legitimidad fuera de toda duda. Siguió pasando páginas. Sentía el

cosquilleo del sudor al deslizarse por sus piernas y meterse por sus calcetines. Sus manos, en cambio, no temblaban. Estaban completamente secas.

Repasó mentalmente la combinación que se había aprendido, sacando una por una las cajas de Lego de debajo de la cama para memorizar los números. Quizá acabaría olvidando la combinación, pero ¿acaso había olvidado algún número en su vida? No tendría esa suerte. El corazón le aporreaba las costillas.

Se levantó. Dejó la mitad de los informes en la mesa y devolvió la otra mitad a la caja fuerte. Se quedó allí de pie, con los dedos sobre el dial, observando cómo se evaporaba el sudor de la manija. «Muévete», se dijo.

Tres pasos más a la izquierda, en la misma fila, vio el número de la caja fuerte: 132-1. El tesoro de Rémora. Giró el dial: rrr... clic... rrr... clic... ¡clac! «A la primera», pensó. La puerta se abrió de golpe, como un disparo: ¡pum! Infracción del reglamento de la Agencia en su cláusula 2353-5 («Normas sobre la manipulación de información confidencial en cajas fuertes de la Agencia»); más en concreto, la parte que estipulaba que, en caso de uso indebido de dicho material, el expediente del infractor sería «sometido a la consideración del Comité de Evaluación», y que se estudiaría su «expulsión o encausamiento, en función del resultado de la investigación de seguridad». ¡Pum, pum! Siguiente paso: la parte más sensible del asunto. Como había dicho la jefa, el grosor del material era considerable. No había ningún motivo para sacar un expediente entero de una caja fuerte de la Trastienda, pero como no podía contar con que la cobertura operativa le durase más de un puto minuto, se lo llevó todo a la mesa y le echó un vistazo rápido para

asegurarse de que no faltaba nada. La estructura del contenido de las cajas variaba enormemente en función de los casos. Theo Monk, la persona ante quien respondía Rémora en ese momento, era famoso por su falta de orden. Primera carpeta. Copias del producto acabado. A la bolsa de gimnasia. Siguientes: informe de personalidad, antecedentes, fotos... A la bolsa. Seis carpetas etiquetadas en orden cronológico, con todos los cables y las notas. A la bolsa. Los justificantes de contabilidad para los blanqueadores de Tesorería. A la bolsa. Siguiente: validación y evaluaciones del activo... Maldita sea, una gota de sudor le había resbalado por la nariz y había caído sobre el expediente... A la bolsa. Fajos y fajos de intercambio operativo. Dejó los papeles en la mesa para secarse la cara con la manga. Siguiente: logística. Una carpeta color manila. Quizá fueran las comunicaciones. Seguro que sí. ¿Qué más? Venga, venga.

Con dedos firmes y serenos, volvió a colocar las carpetas y documentos restantes en el orden en que los había encontrado y los guardó de nuevo en la caja fuerte. Giró el disco y miró a su alrededor para ver si había despertado el interés de alguno de los presentes. La cabeza de Lanzasta estaba inclinada hacia una carpeta. Sam pasó la manga seca por la caja fuerte y por el dial —no tenía sentido dejar huellas— y volvió a la mesa para tomarse un respiro.

Se oyó el timbre y el clic de la puerta de la Trastienda. Mirando de reojo, Sam vio que entraban Mac Mason, Gus Raptis, Theo Monk y la mismísima subdirectora de operaciones, Deborah Sweet. Notó que su estómago se catapultaba de golpe a su garganta.

Cogió uno de los informes sobre la empresa exportadora de armamento y se puso a leer. Las palabras eran rayas negras e irregulares.

—Sólo Singapur —decía Deborah, mirando en dirección a Sam—. Maldito comité...

Iban hacia él.

Levantó la vista, recibiendo miradas de curiosidad por parte de los cuatro. Mac saludó con la cabeza al pasar. Theo igual. Gus se limitó a emitir un gruñido. Deborah Sweet estaba en el umbral de un despacho vacío. Cuando su mirada coincidió con la de Sam, esbozó una leve sonrisa. Mac se había puesto delante de la caja fuerte de Rémora. Envuelto en un fogonazo de terror, Sam vio que tenía los dedos en el dial. Mac lo giró, sacando la lengua para concentrarse. La puerta de la caja —¡Oh, Dios, la puerta!— se entreabrió, y justo cuando Mac posaba la mano en la manija, se oyó la voz de Gus.

—Da igual, Mac. Theo ya tiene una copia aquí dentro.

Al oír que la caja volvía a cerrarse, Sam recuperó el aliento. Ruido de pasos. Los cuatro entraron en el despacho vacío y cerraron la puerta tras ellos. Sam se preguntó si debía quedarse allí hasta que se marcharan, para asegurarse, o dejarlo todo otra vez en su sitio y largarse cuanto antes, en cuyo caso perdería su oportunidad. Sacó de la bolsa de gimnasia una carpeta de cuestionarios médicos del doctor Portnoy, así como algunos ejemplares de *Foreign Affairs* y de *The Economist*, y los dejó en la mesa como excusa para volver por la tarde y dejar los documentos en su sitio una vez que Procter hubiera hecho copias. Guardó el resto de material sobre la empresa exportadora de armamento en su correspondiente caja fuerte, cerró sesión y, con voz firme y serena, se despidió de Lanzasta.

—Hasta luego, Sam —dijo su colega sin levantar la vista.

Tras cruzar la puerta con la bolsa de gimnasia rebotando en su cintura, se abrió paso por el laberinto de pasillos de la central, regodeándose en la curiosa idea de que, por primera vez desde Singapur, era él quien llevaba la batuta. Las consecuencias y los riesgos seguían siendo igual de reales, pero le parecían menos relevantes. El reguero de sudor se había reducido a simples restos en la base de su espalda. Disfrutó del peso de los documentos robados en su hombro, de su roce con el interior de la bolsa y de la adrenalina que corría por su cuerpo. Al salir sonrió a varios amigos, conocidos y desconocidos. «Por fin un poco de espionaje como es debido en la central», pensó.

18

Crystal City

Procter estaba en el aparcamiento del Crowne Plaza, mirando fijamente la huella de una mano sucia en la puerta trasera derecha de su RAV4. ¿De quién era? ¿Del conductor de uno de los coches de al lado? Pero ¿había aparcado alguien cerca? Fue mirando las hileras del aparcamiento, prácticamente desiertas. ¿Alguien del hospital? ¿Había pasado Sam por ese lado para procesar los documentos de Rémora en el escáner del maletero? ¿Alguna otra persona había intentado abrir el coche?

No tenía forma de saberlo. Ver fantasmas, lo llamaban: suponer que el enemigo te tiene controlado cuando en realidad no te sigue nadie y gozas de plena libertad. Procter, tan poco propensa a ver fantasmas durante su trayectoria, se sintió patética por estar pensando en ellos, como una fracasada entrada en años con dificultades para adaptarse a su jubilación forzosa; una calumnia más vejatoria si cabe por ser incómodamente cierta.

Una extraña sensación se apoderó de ella. Hizo una ronda de inspección, buscando cualquier señal de entrada en las puertas, los tiradores y el capó: rasguños, más huellas, pintura saltada... Luego usó la linterna que tenía en la guantera para comprobar si le habían

puesto a toda prisa una baliza de seguimiento: la típica cajita enganchada con imanes, por lo general ubicada debajo de los parachoques o dentro de los huecos de las ruedas. No encontró nada. Sin embargo, las balizas disponibles en el mercado se habían vuelto tan pequeñas que no podía estar segura de que no le hubiesen colocado alguna. Tras revisar mentalmente las paradas que había hecho desde su llegada al norte de Virginia, llegó a la conclusión de que, si la vigilaban, habrían puesto la baliza allí mismo, en el aparcamiento del hotel, ya que una instalación más meticulosa requería demasiado tiempo e intimidad para que su presunto perseguidor, por muy diestro que fuera, lo hubiera hecho en otro sitio. Además, a esas alturas, el hotel en que se alojaba era de dominio público, y sabían dónde encontrar su coche.

—Maldita sea —murmuró.

No quería perder tiempo revisando las grabaciones. Ya tenía bastante lectura para esa noche. Encendió un Slim y lanzó una bocanada de humo contra la inquietante huella.

Con el cigarrillo entre los labios, Procter se acercó a la sucia pared de cemento de detrás del RAV4 y se puso de puntillas, acercando la mano a la caja de metal. Había usado un par de imanes para pegar la cámara en el interior de la caja eléctrica de debajo de una de las luces, desde donde se veía su coche sin obstáculos. Desenganchó la caja, se la metió en el bolso, apagó su Slim en el suelo y subió a su habitación. Cuando estuvo frente al escritorio de su habitación de hotel, abrió la caja y sacó la cámara Arlo que había comprado en Best Buy. Se había gastado ochenta dólares más del fondo de

reptiles en un modelo de gama alta con dos meses de autonomía: más que suficiente. Y si no lo era, a esas alturas se estaría enfrentando a problemas mucho más gordos que tener a alguien vigilando su coche.

Al cabo de dos horas extenuantes de visionado de las grabaciones a cámara rápida, se convenció de que en el aparcamiento subterráneo del Crowne Plaza no se había producido ningún tipo de instalación, ni rápida ni a fondo. Dando por hecho que la noche sería larga, metió varios productos de higiene y una muda en su petate. Después de introducir la cámara en la caja y de comprobar que no hubiera obstáculos en la visión del objetivo por el agujero que había perforado, lo recogió todo y volvió al aparcamiento. Montó otra vez la caja eléctrica y sacó del maletero la bolsa de gimnasia con el material de Rémora escaneado. Con la bolsa de los documentos en un hombro y el petate en el otro, emprendió un recorrido a pie cuidadosamente planeado y en zigzag hacia la casa franca de Crystal City.

Una vez dentro de la casa, depositó en el salón sus manoseadas libretas y la caja de documentos impresos de Rémora. Repartió los papeles en varios montones, cada uno en una casilla del ajedrezado del suelo: los datos biográficos, las comunicaciones operativas, los cables de validación y, en la última pila, los informes terminados. Luego se sentó en el suelo, rodeada por los documentos dispuestos en círculo, como si fueran un grupo de amigos alrededor de una hoguera. Historias de terror y de fantasmas seguro que no faltarían.

Para captar a un activo, los agentes necesitan el optimismo delirante de un macho muy por debajo de la media que intenta ligar con la mujer perfecta y que tiene la energía necesaria para no perder el entusiasmo ante un rechazo que se produce en el noventa y nueve por ciento de los casos, todo ello alimentado por una fervorosa confianza en el éxito final. Fue así como empezó con Rémora: Mac y Theo vieron al ruso en París y les pareció que su captación era viable. «Potencial elevado», escribió Theo en uno de los cables, «gracias a su ego y su codicia». Procter vio que el cable era de hacía dos años. Una posibilidad sobre cien... y habían dado en el blanco.

Leyó por encima la biografía de Rémora: infancia en Nizhni, y padre miembro del Primer Alto Directorio del KGB. Actualmente coronel, con estancias en varios países de Europa. La CIA se había fijado en él durante su paso por París.

El baile de Theo y Mac con Rémora en la Ciudad de la Luz estuvo marcado por el interés recíproco. «Intenta captarnos», escribía Mac en un mensaje a Langley, «y no lo disimula». Los encuentros eran públicos, en restaurantes, y a veces en presencia de franceses. Se tenían calados los unos a los otros, y el cortejo se desarrolló a la luz del día.

La camaradería no llegó a mayores. El paso de Rémora por París ya había entrado en su fase final. Theo formuló la propuesta oficial, y Rémora la rechazó educadamente. Dos semanas después, estaba en Rusia. Transcurridos unos meses, la CIA se enteró de una nueva hornada de ascensos. En la lista estaba Rémora: subdirector del Quinto Departamento (Europa).

En el expediente de Rémora había una laguna de un año a partir de su marcha de París, hasta que en otoño del año anterior la CIA se había enterado de que Rémora iba a irse de viaje a Marruecos. La captación final tuvo como escenario Marrakesh, después de otro baile a cargo de Mac y Theo. Los cables de esa semana formaban un grueso fajo autónomo que Procter procedió a hojear. Faltaba poco para el amanecer, pero ni siquiera se dio cuenta.

Cogió un bolígrafo rojo y se centró en el montón de informes de inteligencia terminados que usaban como fuente la información facilitada por Rémora. Por sí solas, las conversaciones en Marruecos ya habían generado nada menos que ocho informes, que también hojeó. Todos habían sido calificados por los analistas como «extraordinarios» o «excelentes», una tendencia que se mantenía durante varios meses.

A mediados de invierno, sin embargo, la información del activo ya no era tan sustanciosa. Procter se irguió con el ceño fruncido. Según una evaluación firmada por Petra Devine, el informe de inteligencia más reciente entregado por Rémora podría haberlo redactado un *think tank* estadounidense. «De hecho, sus principales argumentos y mensajes ya figuran en informes de ese tipo», había escrito Petra. Aun así, el nuevo activo consiguió captar el interés de la Casa Blanca. «Un conocimiento incomparable del ideario estratégico de Moscú», comentaba una de las notas adjuntas al informe.

Procter vio que, tras la llegada al poder del régimen de Gosford, Debs había llevado toneladas de información proporcionada por Rémora al Despacho Oval. De hecho, a alguien que sólo leyera los resúmenes no se le habría podido reprochar que llegara a la

conclusión de que Debs había desempeñado un papel protagonista, y probablemente incluso heroico, en la captación de Rémora.

En su viaje por los informes, Procter hizo escala en Francia, en la reunión de marzo durante la cual Rémora había formulado su vaga advertencia pocos días antes de lo de Singapur. En esa ocasión se había producido el hecho insólito de que Debs viajara junto a Mac y Theo. Procter reflexionó sobre el encuentro en Francia, repasando la cronología de las llegadas y de las intervenciones, y comparando lo que le habían explicado hasta entonces sus amigos con lo que veía en el cable. «Unos cinco minutos a solas con un ruso», pensó: tiempo de sobra para entregar una nota y formular una advertencia. Leyó varias veces los cables operativos y las transcripciones de los encuentros. Estudió el plan de comunicaciones, leyó los informes terminados y los comparó con el relleno anterior.

Poco después encontró un cable enviado a Mac y Theo por Petra Devine: «¿Podríais detallarme la cadena de custodia de la información de Rémora sobre nuestro agente prisionero? Aclarádmelo, por favor.»

Básicamente, Theo la había mandado a la mierda: «Rémora se enteró en las pistas de squash por el jefe del Departamento Americano. La Casa Rusia estará encantada de seguir respondiendo a las acertadas preguntas de sus amigos de Dermatología.»

Petra Devine contestaba por escrito que treinta mil dólares al mes eran una cantidad exorbitante para unos informes de *think tank* con las franjas azules del SVR, pero en verano ya no quedaba nadie receptivo a ese enfoque. Rémora gozaba de la atención de las personas influyentes en el ámbito político, en el buen sentido, para variar. Había aportado información valiosa —«de forma selectiva y

cuidadosa», escribía Petra, «aunque el flujo sigue siendo demasiado limitado para mi gusto»—, y la suma de su acceso y las bendiciones de Mac, Theo, Gus y Debs había consolidado la fe institucional en su información. Petra añadía: «La Casa Rusia aún no me ha dado motivos que expliquen las fluctuaciones de concreción en los informes de Rémora, teniendo en cuenta, sobre todo, que la fuente disfruta de un acceso permanente.»

Procter se había tumbado en el sofá como un leopardo borracho, mientras los listones de las sucias persianas filtraban las primeras y vaporosas franjas de luz matinal. En el anodino lenguaje de sus dermatólogos, Petra estaba acusando a Rémora de mentir vilmente. Al anotar las fechas en su cronología, Procter vio que esa nota había llegado más o menos un mes antes del despido de Petra Devine.

19

Reston, Virginia

Con una polla menos ávida y un hígado menos sediento, Theo Monk habría llegado mucho más alto en la CIA.

Cierto que en el panteón del séptimo piso no se descalificaba a nadie ni por lo uno ni por lo otro —de hecho, semejantes apetitos podían ser vistos como puntos a favor—, pero los excesos comportaban ciertos riesgos, empezando por la posibilidad de una vida doméstica absolutamente desastrosa. Destacar como agente presuponía cierta tolerancia al caos personal, pero todo tenía su límite, y Theo, en su afán de conquistas femeninas y consumo de alcohol, alcanzó ese límite por la misma época en que logró acceder al peldaño 14 del escalafón salarial.

Había ido a la misma clase que Procter en la Granja, donde se contaba entre sus compañeros favoritos. Tal vez no era muy guapo, pero tenía encanto. En la CIA había entrado gracias a su labia durante la visita de un reclutador a la Universidad de Michigan, donde Theo se dedicaba principalmente a beber y, si encontraba algún hueco, a estudiar política internacional y periodismo. Eran los últimos años de Clinton, la época de vacas flacas en la que el final de la Guerra Fría aún daba réditos de paz, antes del 11-S y el

posterior engordamiento burocrático; la Granja trabajaba con grupos de pocos alumnos, y se reclutaba con cuentagotas. Ya el primer día, Procter se dio cuenta de cómo había superado Theo la criba: con su gracia y su encanto sabía fomentar la revelación de secretos.

El niño mimado del profesor era Gus, que trabajaba más que todos los demás juntos. Theo era el típico alumno B, más listo que el A, pero sin su tesón. A diferencia de Mac, forzado por su padre a ingresar en la CIA, y de Gus, condicionado por su afán de mostrarse a la altura del suyo, Theo había firmado los papeles porque no le apetecía nada desperdiciar su vida en el Cinturón del Óxido. Su familia tenía una fábrica de plástico extruido en Grand Rapids. Theo quería a su familia, por supuesto, pero pesaba más su amor por la aventura, y al poco tiempo de entrar en la Granja le dijo a Procter que, si se hubiera quedado en Grand Rapids, se habría muerto alcoholizado por aburrimiento. Al final casi logró la misma gesta dentro de la CIA.

Por otro lado, Theo se perdía por cualquier chocho que se le pusiera por delante. En ese aspecto podía ser tan entrañable como deplorable, aunque si lo que te apetecía era pasar un buen rato siempre podías contar con él. «Es un adicto al sexo», había dicho Gus en algún momento, Procter no recordaba cuándo. De hecho, ella y Theo se habían pegado algún que otro revolcón en los tiempos de la Granja, casi siempre después de que él se presentara en la puerta de su habitación con una botella de alguna porquería, y poco después de que Procter hubiera tenido una de sus batallas telefónicas con el que pronto sería su ex marido, Tom (batallas que Theo oía a través de las paredes).

Antes de su primer destino, Ankara, Theo se casó con una tal Diana. En la boda, Procter apostó cien pavos con Mac a que no llegarían al segundo aniversario. Al final no llegaron ni al primero, y Procter se gastó las ganancias en invitar a Theo a perritos calientes con chile en el Viena Inn, aprovechando uno de sus viajes desde Ankara para acabar de tramitar el divorcio.

La segunda mujer, conquistada al poco tiempo de perder a la primera, era una hippy llamada Fayla. «¿Se llama así de verdad, Theo?», había preguntado Procter, aunque nunca obtuvo una respuesta. Theo había reconocido que la boda se debía a que con ella los polvos eran flipantes, y también (pequeña nota al margen) a que estaba embarazada. Fayla le puso a la niña Milangela, aunque para Theo —que no tenía más hijos— siempre había sido, y seguiría siendo, Millie.

Al final, Fayla se fue a vivir más al oeste llevándose a Millie con ella, no sin antes robarle a Theo casi todos sus muebles, buena parte de su pensión y —en un arrebato que desde entonces había adquirido proporciones míticas para quienes lo conocían en la Casa Rusia— liarse literalmente a martillazos con el que ya entonces era, y seguía siendo, el principal interés de Theo después del alcohol, el sexo y el espionaje: sus peceras y los peces exóticos.

Y en el salón de Theo estaba ahora Procter, a la ondulante luz de las peceras. Acababa de realizar un recorrido exprés en busca de la gorra de trabajo que él le había robado meses atrás, durante su visita a Gatorville. Nada, que no había manera de encontrarla. Tampoco pensaba preguntárselo, porque seguro que él no se acordaba. Theo estaba preparando unos martinis con Seagram’s.

Mientras ella miraba cómo dos peces se escondían tras una gran planta, Theo le puso en la mano un vaso peligrosamente lleno.

—¿Te lo cubrió el seguro? —preguntó Procter—. Lo de cambiar todo el montaje, quiero decir.

—Es un poco difícil asegurar peces exóticos por valor de cincuenta y cuatro mil dólares, Artemis.

—Tampoco lo será tanto si J.Lo se ha asegurado el culo... Pero me refería a los daños de inundación.

—Uy, no, qué va... fue casi igual de caro que sustituir los peces.

—¿Y Millie qué tal, por cierto? Le has dicho que me supo mal no llevarla este verano al zoo, ¿verdad?

—Sí. Sabe que te cae mejor que yo. Y la verdad es que todo le va de fábula. Este otoño empieza quinto. ¿Te lo puedes creer? Ya está mayor. Conoce un montón de palabrotas, y eso hace que me sienta viejo. Me gusta que venga en junio, y que se vaya en julio también.

Mirando a su alrededor, Procter pensó que el salón de Theo cumplía la noble función de evitar una tercera boda. Dos peceras enormes, cada una de las cuales debía de contener al menos diez mil litros, ocupaban toda una pared. En el resto de la casa había varias peceras más pequeñas. Al otro lado de las del salón brillaba una gran barra con decenas de botellas de bebidas alcohólicas que Theo, por lo visto, coleccionaba sin probarlas. Lo único que consumía era el matarratas que se tomaba como si fuera agua. Entre el bar y las peceras había dos sofás, a los que se llevaron las bebidas.

—¿Qué pez es éste?

Procter señaló con su martini un espécimen multicolor recién salido de entre las rocas.

Theo se animó de golpe.

—*Gramma dejongi* —dijo.

—¿Se llama Gramma?

Él se la quedó mirando como si acabara de sufrir una lesión nerviosa.

—Que no, gilipollas; *Gramma dejongi* es el nombre de la especie. También se conoce como pez abuela. Es endémico de las costas cubanas, y por culpa de las malditas sanciones es muy difícil conseguir un ejemplar... —Dio un largo trago, exasperantemente prolongado—. O sea, que se los tienes que comprar a vendedores que hagan negocios con los cubanos. Como puedes ver, tiene una mancha negra en la aleta dorsal, y es dorado, con una tonalidad morada en las aletas. Un pez fascinante. También hay una variedad de color platino que me gustaría comprar.

Una inclinación del vaso hizo desaparecer el resto del martini.

El pez se había vuelto a esconder entre las rocas. Theo se acercó a la barra y se sirvió otra copa.

—¿Cuánto te soplaron por el bicho este? —preguntó Procter levantando la voz.

—Unos seiscientos. Pero bueno, no te creas, en una de las peceras de arriba tengo un pez jabón de rayas doradas que me salió por diez mil. —Theo empezó a preparar otro martini—. ¿Cómo va la copa?

—Si compraras peces más baratos te podrías permitir beber mejores marcas.

—Me refería a si quieres repetir.

Procter negó con la cabeza, diciéndose que, tal como bebía Theo, diez mil dólares tampoco le darían para mucho si se decidía a

comprar alcohol de primera calidad.

Theo llenó su vaso hasta el borde y consiguió no derramarlo cuando se repantingó otra vez en el sofá.

—Si has venido por sexo habría que ir empezando. Dentro de poco mi sangre se convertirá en ginebra.

—Muy amable, Theo, de verdad, pero esta noche paso. Últimamente, en esta casa no es que se respire un rollo muy erótico. Además, he oído rumores sobre tus problemas de salud, y prefiero ahorrarme el sarpullido.

Theo se rió y, después de beberse la mitad del martini, procedió a pescar las aceitunas del fondo con la lengua, como un lagarto.

—Después de Budapest me pillé unas pastillas que me lo arreglaron todo en un pispás —dijo.

Se rieron. La sonrisa de Theo era alegre y traviesa, pero Procter, que no había tenido intención de meterse por esos derroteros, se arrepintió enseguida de su pulla, porque el tema no tenía nada de chistoso. En Budapest, Theo había pillado una enfermedad de transmisión sexual, Procter no sabía cuál ni quería saberlo. Su polla tal vez se hubiera recuperado, pero su carrera no. Las circunstancias del contagio lo habían condenado a quedarse para siempre en la Casa Rusia, sin posibilidades de ascender a los codiciados puestos del séptimo piso.

Dos años antes había viajado a Budapest para tantear a un empresario ruso que estaba de visita en la ciudad, un magnate del níquel, si a Procter no le fallaba la memoria. El ruso no había rechazado la propuesta, pero tampoco se había presentado en el bar elegido por Theo para seguir con el proceso, así que Theo se quedó unos cuantos días más por si surgía otra oportunidad.

Entre copa y copa se cruzó en su camino una tal Katia, con la que estuvo bebiendo y bailando. Al despertarse en una habitación de hotel, se encontró con que tenía el miembro del color de un camión de bomberos y el cuello lleno de marcas de dientes, como si fuera un campo de minas. A la grácil Katia la había sustituido un hombre que se presentó como Daniil. El tal Daniil aseguró disponer de varias fotos comprometedoras de Mr. Theo y las definió como recordatorios de sus pecados.

—A ver, Daniil, en serio... —contestó Theo en un perfecto ruso—. ¿Quién os ha informado sobre mí? ¿A quién se le ha ocurrido que podríais convencerme con ese argumento? De pecador tengo fama de sobra, dentro y fuera de Langley. Es como intentar sobornar al borracho del pueblo para que entre en la taberna. No hay nada que destapar, o sea, que arreando, Danny. ¡Que te largues, joder!

Más allá de sus bravatas —y de que hubiera informado a Langley del incidente, lo cual le honraba—, había caído con todo el equipo (nunca mejor dicho) en una trampa de seducción rusa, y no había manera de que se acordase de datos tan cruciales como en qué momento lo había drogado la deliciosa y también enferma Katia, y qué le había revelado él, si es que le había revelado algo.

Procter y Theo se habían sincerado mutuamente porque, un año más tarde, más o menos, ella había sufrido el mismo tipo de chantaje ruso en Dusambé, y Theo siempre era un buen colega de confesionario si una lo avisaba desde el principio de que la cosa no terminaría en la cama.

Aun así, a la luz de las peceras, Procter lamentó haber despertado ese sector de la memoria de su amigo, porque la estaba llevando a

preguntarse si Theo había cometido otros errores similares sin informar de ellos.

—Mira, Theo —dijo, llenándose de valor con un par de sorbos rápidos—, necesito tu ayuda. Lo de Singapur me ha removido la memoria, y he estado intentando encajar algunas cosas que aún me chirrían.

—Faltaría más —respondió Theo, distraído por un pequeño banco de peces del acuario—. ¿Qué es lo que te quita el sueño?

—Vuestro encuentro con Rémora justo antes de que los rusos cogieran a Sam. —Oyendo el nombre del activo, Theo se volvió para mirarla—. He estado pensando en si, en esos momentos, teníamos bastantes indicios para evitar que eso ocurriera.

—No te sigo —dijo Theo desde la barra, a la que se había acercado en busca de más aceitunas.

—Rémora dijo que los rusos querían secuestrar a un estadounidense en Asia. Había mandado la señal de emergencia, y había organizado un viaje personal para entregaros el mensaje en Francia a Mac y a ti. Me he estado flagelando al respecto. La pregunta que me hago es si no podríamos haber hecho volver a Sam, y si no nos lanzamos ciegamente.

—¿Me estás preguntando si deberíamos haber podido deducir que entre todos los estadounidenses que había en esos momentos en Asia, a lo largo y ancho del puto continente asiático, el objetivo era justo el agente al que estábamos mandando a Singapur?

—Sí.

Theo se rió con la boca llena de aceitunas. Al volver al sofá, aún estaba riéndose.

—Pero qué dices, Artemis.

Durante unos segundos, se quedaron mirando los peces, en un silencio poblado por el ronco zumbido de los filtros.

—Debs estuvo en esa reunión —dijo Procter, consciente de estar deslizando una piedra hacia el borde de la conversación—. Siempre me ha parecido raro.

Theo se pasó la lengua por los labios y luego lamió el canto del vaso, encogiéndose de hombros.

—No le interesaba dirigir la reunión, pero quería una parte del mérito, algo que explicarle a Gosford, y probablemente a la Casa Blanca. Ya sabes cómo va: los lameculos del séptimo piso quieren bajar al terreno y mirar al activo a los ojos. ¿Que al agente responsable le complican las cosas? ¡Qué más da!

—Según tengo entendido, el encuentro lo organizasteis Mac y tú, y Debs no se incorporó hasta más tarde. Primero se plantea como una charla informal con vosotros dos, y luego se abre la jaula para que entre el animal político. ¿Voy bien?

—Bueno, eso... —Un sorbo largo y una mirada compungida hacia la chimenea, casi atravesando a Procter—. Mierda... Espera un momento. Me cago en...

Theo volvió poco después con una red morada en la punta de un palo telescópico y la misma tristeza de antes en el rostro. Abrió un poco una pecera grande, ubicada en el suelo al lado de la chimenea, y sumergió la red para sacar una masa negra posada en las piedras del fondo.

—¿Qué es, caca de pez? —preguntó Procter por encima de su martini, girando el cuello para ver mejor.

—Esto —respondió Theo de manera brusca— es un pez mariposa de hierro forjado. Difunto. Un pez muy poco común. Y comprado

ayer mismo por dos mil pavos. Me gustaría saber si...

Dejó la frase a medias, con toda su atención centrada en el animal muerto. Introdujo el pez en un ataúd de poliestireno —tenía un montón de ellos apilados en una estantería—, luego lo marcó con un rotulador permanente, recogió una muestra de agua y se fue a la cocina.

Procter oyó abrir y cerrar la nevera. Cuando Theo volvió a aparecer lo hizo arrastrando los pies y mascullando algo con tristeza.

—¿Qué pasa, que te los congelas para la cena?

—No, para la autopsia. —Lo dijo completamente en serio—. La que le harán mañana en la tienda para el reembolso. ¿Por dónde íbamos?

—Te estaba preguntando cómo organizasteis Mac, Debs y tú el orden del día del encuentro con Rémora. De la parte informal os encargasteis Mac y tú, ¿verdad? Y luego entró Debs.

—Exacto —dijo Theo antes de pulirse el resto del vaso. Esta vez Procter le tendió el suyo, y Theo lo cogió de camino a la barra—. Mac y yo nos ocupamos de la parte informal.

—¿Y fue cuando Rémora dijo lo de que los rusos tenían pensado cazar estadounidenses en Asia?

—Sí.

—¿Hubo algún matiz que no esté en el cable? No sé, algún detalle.

—Pero qué dices, Artemis... Lo transcribimos todo palabra por palabra. —Ruido de coctelera. Theo le entregó a Procter su martini y empezó a prepararse el tercero de la velada—. ¿Qué andas buscando?

—¿De qué humor estaba?

—¿Quién, Mac?

—Céntrate, Theo. Me refiero a Rémora. Había cambiado su agenda para reunirse con vosotros y pasaros la información. Le parecía algo valioso, ¿no? ¿Estaba entusiasmado? ¿Nervioso? ¿Pendiente de vuestro visto bueno?

—Estaba como siempre, Artemis: tranquilo. Es un profesional. Tenía una tapadera perfecta para el encuentro y para las acciones operativas asociadas. Como la tiene siempre. Era un mercenario, y quería cobrar por algo que le parecía valioso. Así de sencillo.

—¿Se extendió mucho sobre si al SVR le parecía mal que hubiera movido sus vacaciones y hubiera cogido un avión para Europa dos semanas antes?

—No mucho. Algo dijo, pero no demasiado.

—El primero en llegar fue Rémora.

Procter lanzó el anzuelo sin levantar la voz, con naturalidad, evitando cualquier tipo de aspaviento o tono interrogante.

—Exacto —dijo Theo—. El primero fue Rémora. Casi siempre llega antes que nadie. Mac y yo nos reunimos con él y dimos el callo hasta que Debs cogió el testigo para la última vuelta, la de la victoria.

A Procter se le cayó el alma a los pies. ¿Estaba mintiendo Theo o le fallaba la memoria? Ella, en todo caso, recordaba el cable palabra por palabra: «Los agentes Mason y Monk llegaron temprano. Rémora llegó al encuentro con veinte minutos de retraso y de buen humor. Después de la charla informal, se unió a ellos la subdirectora de operaciones Sweet.»

—¿Por qué quisiste que Mac viniera también, si el responsable eras tú?

—Artemis... —Una pausa y el ruido de la coctelera de metal, cada vez más empañada por la condensación—. Te quiero, pero esta conversación empieza a resultar frustrante.

—Es una buena herramienta eso de etiquetar las emociones —dijo ella—. ¿Te está ayudando a hacerlo el psicólogo?

—De mi salud mental se ocupa el doctor Seagram, que suele aconsejarme que me lo guarde todo y, de paso, beba alcohol por diversión.

Theo sonrió mirando el vaso, y para rematar tomó un buen trago. Al volver a la superficie, su sonrisa era como la del gato de Cheshire.

—¿Por qué te acompañó Mac?

La pregunta le borró la sonrisa.

—Muy fácil, Artemis. Aunque creo que ya sabes la respuesta, ¿no? Pues entonces, ¿por qué me lo preguntas? La dinámica entre Rémora y yo iba como la seda, pero no era tan productiva como podía serlo a tres. Además, por si no lo recuerdas, cuando me puse al frente del caso, la bruja de Petra Devine y sus dermatólogos me presionaron para que pisara el acelerador. La calidad de las entregas estaba bajando en picado, y Mac quiso ayudarme. Quería que la recogida estuviera perfectamente ejecutada, para que el ruso siguiera rindiendo. Mac, Rémora y yo: la mejor información sale a flote cuando estamos los tres juntos. Rémora lo ve todo como un pacto económico, una negociación, de modo que lo que buscamos son ventajas. Y tener a alguien a mi lado en mis tratos con él es eso, una ventaja. ¿Te cuadra o no te cuadra?

—Me cuadra.

—¿Quieres explicarme por qué haces tantas preguntas?

—¿Y tú quieres explicarme por qué no estás seguro de quién fue el primero en llegar a la reunión? —preguntó Procter.

Se acababa de lanzar de lleno a la batalla. No estaba segura de entenderlo bien, pero sabía que algo raro pasaba, y acababa de soltarle a Theo un puñetazo en la cara para que reaccionase.

Él apretó la mandíbula y estiró los brazos hasta apoyar la base de las manos en la barra del bar, sin apartar la vista de sus pies ni del suelo. Procter conocía a Theo desde hacía veinticinco años, y sabía detectar cuándo escondía algo.

—Métete en tus putos asuntos, Artemis —dijo él, levantando despacio la cabeza—. ¿Quieres contestar a mi pregunta?

—Por mi conciencia —dijo ella—. Ya te lo he dicho antes.

—Pues corta el rollo, ¿vale? No sirve de nada y está haciendo que me cabree.

Procter sostuvo la mirada de Theo, una mezcla de miedo y frustración.

—Tienes razón, perdona —dijo—. Me he dejado llevar. Tengo que irme. Las entrevistas de mañana empiezan temprano, y tú tienes peces que enterrar. Gracias por la charla relajada, y por la mierda de martinis.

Se abrazaron para despedirse, aunque sin mucho entusiasmo ni efusividad. A Theo aún le brillaban los ojos por el nerviosismo. La puerta se cerró detrás de Procter, que se alejó deprisa mientras oía salir de una ventana abierta el ruido de la coctelera, al frenético compás del pulso en su cabeza.

20

Washington D. C.

A ese bar —un sótano con karaoke al lado de Dupont—había ido dos veces con Debs antes de lo de Afganistán, recordó Procter. Seguía siendo un laberinto poco iluminado de mesas bajas separadas por mamparas de media altura. En las paredes titilaban luces de neón, y en el techo daba vueltas una luz estroboscópica, que atravesaba un aire cargado de peste a calcetines y de los alaridos de un coreano que cantaba un tema de Beyoncé. Detrás del escenario había una máquina de humo que envolvía al cantante. Ella se abrió paso hasta una mesa del fondo, donde Deborah Sweet estaba tomando algo rematado por una sombrilla de papel. Incluso de lejos, y a pesar de la abundancia de humo, se dio cuenta de lo insólito de su indumentaria. A partir de cierto momento después de que ella se fuera de la CIA, Debs había cambiado la monotonía de los trajes chaqueta y los zapatos cómodos por un vestuario que, como un enorme letrero luminoso, hacía converger en ella la atención general. Esa noche su antigua amiga se había puesto un voluminoso chaleco de pieles, unas gafas rosas de montura gruesa, unos descansos blancos y unos pantalones negros muy ceñidos. El chaleco recordaba a una oveja de las Highlands o a una alfombra de

baño. Ella dejó el bolso en el suelo y, al agacharse, vio que los descansos, de color blanco perla, estaban impolutos. Se sentó al lado de Debs, mirando el escenario saturado de humo.

—¿Sigue sin haber camareros? —preguntó.

Debs señaló entre el humo hacia la barra.

—Te siguen obligando a levantarte.

Procter abrió la sombrilla de la bebida de Debs.

—Se les ha acabado la piña —dijo ella mientras se acercaba el vaso.

Procter fue a la barra, se pidió un clipper-tini y se quedó escuchando al coreano mientras el barman preparaba su bebida. Desde donde estaba no veía a Debs y apenas vislumbraba el escenario. El barman le puso una rodaja de piña sobre el cóctel, y luego una sombrilla naranja de papel.

Cuando volvió a la mesa, Debs se la quedó mirando, enfadada.

—A mí me han dicho que no les quedaba piña.

Procter se encogió de hombros y dio un sorbo a su cóctel.

—Me alegro de ver que esto aún funciona.

—¿Ah, sí? —dijo Debs, aprovechando un hueco en el humo para mirar el escenario, que se había quedado vacío.

El bullicio de las conversaciones flotaba a su alrededor. Estaban sentadas muy cerca la una de la otra, y se iban turnando para hablarse al oído.

—Al recibir tu correo electrónico tuve que contenerme para no borrarlo, Artemis. Pero me di cuenta de que tenía más curiosidad que rabia, y ahora mismo la verdad es que no eres muy... temible.

—¿Eso ha sido una ofrenda de paz? Está claro que dar conversación no es tu fuerte, Debs. ¿En el séptimo piso no tienen a

nadie que te eche una mano con esas cosas? Podrías contratar a alguien que te ayude con las habilidades comunicativas.

—A ti tampoco te hubiera ido mal, Artemis. Podría haberte ahorrado algún que otro error garrafal, como llamar gilipollas al nuevo director.

—Por alguna extraña razón, ese día no estaba muy fina —replicó Procter—. Además, sólo dije que «su idea» era un pelín gilipollas, no que él lo fuera.

—Ah, sí, es cierto. Perdona. —Debs bebió un poco y respiró hondo —. Mientras esperabas en la barra, estaba intentando acordarme de la última vez que hablamos de verdad. Ya ves, masoquista que es una. ¿Cuándo fue?

—Recuerdo un desayuno antes de Afganistán, o algo por el estilo. Vagas escenas de beicon y conversación forzada. O sea, que habrán pasado más de diez años.

Tras una pared de humo, el coreano había vuelto a la carga para un bis. Esta vez se atrevió con Sinatra, pero su interpretación era muy floja, incluso para el nivel de exigencia de un jueves por la noche en el Sparkle Karaoke.

—Más de diez años... —repitió Debs—. Bueno, Artemis, explícame a qué viene todo esto. ¿Un ataque de nostalgia mal llevado? ¿Has venido a suplicar que te devuelva el puesto? ¿Tenemos algo que negociar?

—Antes no eras tan cascarrabias, Debs, ni tan lameculos —dijo Procter—. Me caías mejor.

El padre de Debs tenía una tienda de alimentación sin mucha clientela en las afueras de Cleveland, y su madre no vivía en casa. Debs había llegado a la CIA a través de una feria de trabajo, una vía corporativa tan banal que probablemente habría hecho revolverse en su tumba a los primeros próceres de Langley. Sin más bagaje que cuatro años de vóleibol en Primera División y un 3,4 de media en la Universidad Estatal de Ohio, Debs le explicó a un reclutador de la Agencia, empequeñecido por su metro ochenta y cinco de estatura, las ganas que tenía de cambiar el mundo.

En la Granja, Procter y ella fueron las dos únicas mujeres de su promoción, y el duro desafío de ingresar en un club de hombres acabó convirtiéndolas en aliadas. Eso, y la valiente tentativa de Procter de jugar de colocadora en los partidos de vóleibol que Debs organizaba.

Al finalizar su adiestramiento en la Granja, uno de los instructores llamó a Debs a su despacho y se lo dijo sin rodeos: había suspendido. No la sacaron de la CIA —quedaban otros muchos puestos menores por cubrir, aunque no fueran de tanta responsabilidad—, pero su camino hacia la cima se había complicado, y sólo podría unirse a los tíos que regían los destinos de la Agencia si conseguía romper el muro infranqueable que le habían puesto por delante.

¿Qué había fallado? Había rumores, por supuesto. Y todos muy desagradables. Pero el más extendido era que a la esbelta y atractiva Deborah Fraser Sweet la había suspendido el típico carcamal con malas pulgas de la Granja, que seguía considerando que cargar con una vagina era una vía directa a trabajar de

secretaria, o, en función del tamaño del cerebro, a hacer lo que fuera que hicieran los analistas en el edificio nuevo de la central.

Procter, sin embargo, no se dejaba engañar, entre otras cosas porque a ella la habían aprobado sin perder la posesión de su vagina. Después de seis meses viendo planear y dirigir operaciones a Debs, tenía claro que su compañera había cometido dos pecados imperdonables: el primero, sucumbir a la presión durante sus rutas de prácticas sobre el terreno, en las que creía estar libre de vigilancia cuando evidentemente no lo estaba; el segundo, no saber escribir. Y espiar es escribir.

En una ocasión, Procter había entrado en el despacho del instructor principal y se lo había encontrado encorvado sobre el ordenador.

—Estoy espiando —le había dicho él sin levantar la vista y tecleando obsesivamente—. Observa y aprende. Estoy espiando a tope.

Y resultó que a la chica de Grafton, a la hija del tendero, no se le daba muy bien escribir.

El suspenso de Debs abrió una sima entre las dos mujeres, sima que, a partir de entonces, lejos de cerrarse, no hizo más que crecer. Pero ¿qué había sucedido exactamente entre ellas? Afganistán, por supuesto, aunque para entonces ya no estaban bien. La broma de Procter era sólo una manifestación de su desprecio, no el motivo de su distanciamiento. Lo más probable, a su modo de ver, era que Debs la hubiera etiquetado de traidora a la causa, fuera cual fuese la causa en cuestión.

Pero si Procter era una traidora, Debs se había convertido en algo mucho más sencillo: una abusadora. Transcurrido menos de un año

desde su suspenso en la Granja, llegó el 11-S, la Agencia se hinchó como un globo y la CIA creció como la espuma, engordando a base de encontrar y matar a terroristas. Fue en esas aguas donde Debs se hizo toda una maestra en el manejo de la «trampilla» del séptimo piso, el método tradicional según el cual ciertos funcionarios de Langley se entregaban a una pantomima similar a la del Politburó de Stalin en la época del Terror: reuniones, muchas reuniones, y mucho poner la zancadilla a colegas y amigos.

Cuando Gosford se marchó a Nueva York para trabajar de consultor en Bain & Company, se llevó consigo a Debs, y a los dos les salió bien la jugada. Para Procter, con su visión tribal, Debs era de la peor ralea. Una reina del politiqueo, pero carente de talento, que después de no pasar la criba en la Granja había vuelto como vuelve la realeza del exilio (con su extravagante vestuario incluido): a lomos de un ejército extranjero y dispuesta a conquistar y quemar sus tierras ancestrales a cambio de un trono.

—Y tú... —replicó Debs con una sonrisita, mirando al escenario—. En fin, siempre has tenido mala suerte. Hay cosas que no cambian.

Cogió la sombrilla de papel y la metió en el cóctel de Procter, y ella se la puso entre los rizos de su cabello.

—¿Otra copa? —preguntó.

—No. He venido sólo por curiosidad, y porque antes éramos amigas. Faltan unos cinco minutos para que se acabe el depósito.

—Vale. Mira, Debs... —Procter había ensayado el discurso una docena de veces a lo largo de la tarde, pero ahora tuvo que sobreponerse a la oleada de cansancio que la invadía al pensar en

humillarse ante semejante desgraciada—. He venido por unas entrevistas de trabajo y a ver a los amigos. Me han estado contando cosas sueltas de lo que tuvo que aguantar Sam y... Bueno, pues la verdad es que me he estado preguntando si habría debido, o habría podido, hacer algo más para protegerlo. Entonces he pensado en ti, en cuando éramos amigas, y en cuando dejamos de serlo. Y, sinceramente, he pensado que podríamos enterrar el hacha de guerra. Olvidarnos de una vez por todas del muffin y el yogur.

—Suerte que los rusos no estaban al corriente de tu debilidad por los muffins con trocitos de chocolate. ¿Se puede saber por qué te gustan tanto, Artemis?

Debs se rió, abriendo la boca en una sonrisa cruel.

En ese momento, pese al placer de imaginarse que agarraba a Debs por la cabeza y le estampaba la cara en la mesa, a Procter le dio un poco de reparo pasar a la siguiente fase. Sus más arraigados principios —y la desconfianza que le suscitaban las tácticas que aseguraban que uno podía finalizar cualquier conflicto sin derramamiento de sangre— la llevaban a no disculparse nunca, pero en ese caso sus planes lo requerían: con Mac, apelar a su vanidad; con Gus, a su sentido del deber; con Theo, a su espíritu de camaradería. Y con Debs había que humillarse. Realmente no había otra manera.

El karaoke se había terminado, sustituido por música house a un volumen ensordecedor. La máquina de humo funcionaba a tope. Las luces estroboscópicas giraban sin parar, llenando la cara de Debs de puntos azules y verdes. Ambas tenían los brazos cruzados sobre la mesa, con los codos casi en contacto.

—Debs —dijo Procter haciendo un gran esfuerzo—, siento lo de Afganistán. Se me fue un poco la pinza. También siento que a partir de entonces nos enemistáramos. Ojalá no hubiera pasado.

Se abrió un silencio entre ellas. Procter empezó a toquetearse el pelo. Había tenido la duda de si Debs también pediría perdón por haber montado una trastada sádica para expulsar a Procter del servicio, pero lo que hizo fue ponerse las manos delante de la boca y obsequiar a Procter con un numerito nauseabundo: un pequeño sí con la cabeza en señal de aceptación. Eran veinticinco años de historia caótica los que se decantaban súbitamente a favor de Deborah Sweet. Procter había pasado de tocarse los rizos a estirárselos. Intentó sacarse la sombrilla del pelo y se le partió. Se desenredó los trozos y los dejó sobre la mesa.

De todas formas, el objetivo de la humillación, de la puta disculpa del carajo, no era recibir otra de su antigua amiga, sino desestabilizar a Debs. Aprovechó el momento de desequilibrio para asestar el golpe.

—Veras, lo que pasa es que durante los meses en que Sam estuvo desaparecido yo me sentía culpable. Y sigo sintiéndome así. Tú conoces al dedillo todo ese asunto, Debs. Necesito tu punto de vista. La cagué. ¿Dónde estuvo mi error?

Su alarde de humildad tiñó de confusión (¿o quizá de sorpresa?) la reacción de Debs.

—¿Qué... qué quieres decir?

—La advertencia que nos hizo Rémora. Es algo que me corroe.

El pergamino de la frente de Debs, tensado por el bótox, se arrugó de forma casi imperceptible.

—¿Te refieres al encuentro en Francia, antes del secuestro de Sam? ¿El que se produjo cuando no hacía ni una semana que yo había vuelto a la central?

—Exacto —dijo Procter—. Rémora nos transmitió un aviso, y he estado preguntándome si podríamos haber salvado a Sam. He tenido tiempo para pensarlo, y para reflexionar sobre mis errores, pero no encuentro la respuesta. ¿En qué me equivoqué? ¿Podría haber hecho algo con ese aviso?

Debs se echó hacia atrás, pensativa.

—No lo creo —respondió—. Insistimos, y mucho, en que nos diera algún detalle relevante, pero no tenía más información.

—¿Dirías que era sobre Singapur, o ni siquiera eso?

—No te entiendo.

—Bueno... Primero Rémora nos dijo que los rusos querían secuestrar a un estadounidense en Asia. Al cabo de unos meses nos dijo que el rapto de Sam había sido un accidente, una cagada.

Dejó flotar en el aire lo que parecía una contradicción, una tensión sin resolver, esperando que Debs no le preguntara cómo estaba al corriente de la reunión de julio.

—Voy a por la siguiente ronda —dijo Debs, dando una palmada en la mesa, y se perdió entre el humo hacia la barra.

En el escenario había ahora un dúo coreano. Procter vio que discutían acaloradamente sobre la canción que tenían previsto cantar.

Cuando Debs volvió a la mesa —esta vez, la única bebida con piña era la suya—, dieron unos sorbos mientras asistían a la decisión, por parte de los coreanos, de que la brecha creativa era insalvable. La

chica le puso el micrófono en el pecho al chico y bajó del escenario con mala cara, sin haber empezado siquiera la canción.

Debs retomó el hilo.

—A lo de Rémora le he dedicado mucho tiempo —dijo—. En la central tiene muy buena acogida. En general, la información que nos proporciona es bastante buena, aunque a veces son simplemente refritos que nos intenta colar. En este caso creo que oyó rumores sobre que pasaba algo en Asia, con un estadounidense de por medio, y se dejó llevar por la emoción. Yo estaba con Mac y Theo. Rémora en ningún momento dispuso de los datos que habríamos necesitado para cancelar el viaje de Sam. Me encantaría poder echarte la culpa, pero no creo que hubieras podido evitarlo.

El vacío creado sobre el escenario lo llenó un hombre maduro con el traje arrugado, que fue recibido con aplausos, abucheos y gritos de borrachos. Los remolinos de su pelo, la camisa por fuera y su corbata medio desatada, que parecía una manga de viento, daban la impresión de que su viaje hasta el bar había estado sembrado de peligros, rematados tal vez con una pierna atada a lo alto de un tren bala.

—K-pop —murmuró Procter—. Va a ser K-pop. Joder...

No se equivocaba. Debs y ella se pusieron a beber a toda prisa sus clipper-tinis, en parte por la acústica, como de uñas rascando una pizarra, y en parte porque era evidente que el clima entre las dos se estaba volviendo a enfriar.

Fue en ese momento de agresión sonora cuando Procter, intuyendo que el intervalo de gracia, totalmente inusitado en Debs, podía prolongarse todavía un poco más, abandonó la orilla para

zambullirse en las profundidades. Acercó su boca al oído de Debs y susurró:

—Esta primavera hubo un debate sobre Rémora, sobre si nos estaba proporcionando información a la altura de su acceso, y creo recordar que Mac o Theo propusieron tener una charla relajada con él. ¿Fue lo que pasó en el encuentro de marzo?

—Sí, hablaron con él.

—¿Los dos?

—Me parece que sí. Ellos organizaron el encuentro. Como Rémora suele llegar con retraso, lo tuve en cuenta en mi planificación, y no me presenté hasta que Mac y Theo lo tuvieron a punto de caramelo.

Procter tomó nota del orden mientras se acababa el cóctel.

La secuencia era la siguiente: Mac y Theo, Rémora, Debs.

Sus amigos habían embrollado un poco esa misma lista.

Tal vez habían sido errores inocentes. Tal vez, tal vez, tal vez...

Debs miró su reloj y dijo que esta vez sí tenía que irse.

—Ah, oye, otra cosa... —dijo Procter—. Te parecerá un disparate, pero bueno. —Debs estaba buscando algo en el bolso sin mirarla—. Puede que Petra Devine, hasta que la pusieron de patitas en la calle, fuera una vieja loca, pero también era muy competente y, como recordarás, durante mis últimos meses hizo circular una teoría. —El rostro de Debs se contrajo, y sus patas de gallo se habrían hecho visibles de no ser por el relleno—. Yo en su momento no sabía qué pensar, y ahora aún lo sé menos, pero lo sacó a relucir durante nuestra malograda reunión en el séptimo piso, como probablemente recordarás. Para resumir, Petra decía que la explicación más simple de las pérdidas de ese fin de semana era que hubiera un infiltrado en la CIA. —El rostro de Debs traslucía una especie de oscura

sorpresa—. Tengo curiosidad por saber qué te parece la idea: que alguien nos jodiera desde dentro, quemando a Gólikov, a Sam y a Bucanero.

Se abstuvo de mencionar a Garra. Aún no lo había divulgado la prensa.

Debs soltó un gran suspiro, echando un chorro de aire sobre el pelo de Procter, y luego le cogió un mechón y se lo enroscó en los dedos.

—Venden productos reparadores para el cabello que te lo dejarían menos de psicópata, ¿sabes?

Soltó el pelo de Procter y se acabó el clipper-tini en unos cuantos sorbos, mirando al escenario.

—A mí me va el rollo sin domesticar —le contestó Procter mientras se volvía a recoger el pelo.

—Pues así pareces una fregona —dijo Debs—; una pequeña fregona cabreada. —Soltó una risita burlona, miró el reloj y volvió a suspirar—. Este verano pasado, Rémora obtuvo una información muy sólida que explicaba lo ocurrido en Singapur. El secuestro de Sam fue un accidente. Gólikov había ido a vendernos documentos. ¿No te parece más probable?

—¿Y Bucanero?

—Hicieron que volviera de Atenas. Que sepamos, la brecha pudo producirse allí.

—¿Lo estamos investigando?

—De eso no puedo hablar contigo, Artemis —respondió Debs con cara de satisfacción—. Ya lo sabes. Vergüenza debería darte. Bueno, me tengo que ir pitando.

A Procter no le importó la reprimenda. En su repertorio de emociones no figuraba la vergüenza. Volvió a examinar atentamente el cuerpo de Debs en busca de algo que la delatase, pero sólo vio sus mejillas encendidas, la mueca de rabia de sus labios y lo erguida que andaba al alejarse por el laberinto de mesas y humo. La cogió por la muñeca antes de que hubiera llegado hasta la puerta. Debs la miró como si estuviera a punto de darle un puñetazo, pero Procter estaba desesperada.

—¿Por qué han cerrado Dermatología? —preguntó—. ¿Quién mandó excluir a Petra Devine de la evaluación de Rémora?

Debs dio un paso hacia ella y casi le metió la boca en el oído.

—¡Si te parecen malos los muffins con veneno —gritó por encima de la música house—, espera a ver lo que te haré si sigues intentando sacar mierda!

—Por desgracia para ti, Debs —dijo Procter—, me he escapado de tu campo de trabajo de Langley.

—Que hayas vuelto al pantano de donde saliste no te impide cobrar una pensión, y me imagino que será con lo que apuntalas tu problema con el alcohol; o sea, que como me entere de que escarbas donde no hay que escarbar, te echo encima al FBI. Igual hago que los abogados analicen otra vez a fondo la mierda de papeleo que hiciste antes de mandar a Sam a perder la chaveta en una cárcel rusa, junto con unos doscientos cincuenta mil dólares de dinero del contribuyente. Hoy en día el juego es mucho más duro que en la Granja, cuando tú y yo aún llevábamos pañales. Y contra mí no es que tengas las de perder, es que no sabrás ni cómo jugar.

Debs se soltó y se alejó en zigzag a través de la multitud hasta perderse entre el humo, lejos de la puerta. El karaoke se había

reanudado. Varios veinteañeros se desgañitaban cantando más K-pop. Procter volvió a la mesa donde había dejado su bolso y fue a la barra. El barman señaló su vaso vacío.

—¿Otro? —preguntó.

—Ginebra, esta vez —dijo ella—. ¿Eh? ¡No te oigo! ¡Repítemelo! No, gracias, sólo ginebra.

21

Langley / Crystal City

La llamada provenía de Moscú. Sobre eso, al menos, la CIA no tendría dudas. Fue bastante corta, treinta y seis segundos para ser exactos, pero eso entraba en lo previsto. Quien la escuchase —sobre ese particular las posibilidades eran varias— oiría a un hombre de mediana edad que hablaba francés con acento eslavo, y que llamaba a un número de París para hacer una consulta sobre cigarrillos.

Cornelia Huggins llevaba treinta y ocho años en la Casa Rusia. Su despacho era pequeño, del tamaño de dos o tres cuartos de la limpieza unidos, y era comprensible que las visitas pudieran tomarla por una comunista irredenta. El fondo de pantalla de su ordenador era puro realismo socialista de mediados de siglo: tractores muy rojos, fábricas humeantes, rudos granjeros colectivizados aferrados a espigas de trigo en un rapto de éxtasis patriótico... En el escritorio de Cornelia había bustos de Marx y de Lenin, y sobre la puerta, un retrato de Stalin.

Desde los años mozos de Cornelia, allá en el ocaso de la Guerra Fría, su despacho disponía de una veintena de teléfonos que empezaban a sonar cada vez que un agente interno recurría a mensajes verbales de lo más enrevesados para anunciar su marcha

inminente de Rusia y su disponibilidad para hablar con la CIA. A menudo reinaba el silencio. La mayoría de los agentes no podían salir de Rusia más de una vez cada mil años.

Ese día, sin embargo, tras cumplir con su ritual matutino (abrir la puerta, encender la luz, darse un beso en la punta de los dedos para posarlo en la calva de bronce de Lenin), Cornelia se encontró con que uno de los teléfonos parpadeaba.

—Vaya, vaya, vaya —se dijo mientras entraba en la base de datos del buzón de voz.

¿Tendría ganas de hablar alguno de sus chicos? ¿Estaba listo para resurgir del hielo? Sólo de pensarlo, su corazón dio un salto.

El reducido grupo que tenía acceso al tráfico interno de la Casa Rusia y del séptimo piso recibió un cable urgente de Cornelia. El cotejo entre el texto en clave y el laberinto multicapa del plan global de comunicaciones del caso reveló la petición del agente: encontrarse en un plazo de tres días, a las diez de la noche, hora local, en una finca de los alrededores de Lacoste, Francia, una vieja granja en el Luberon alquilada por la CIA para el uso exclusivo de uno de sus agentes rusos más productivos.

Para descartar cualquier tipo de duda, los técnicos realizaron un análisis de la breve llamada telefónica, comparando la voz con las horas de grabaciones obtenidas a través de los micrófonos ocultos de Gus Raptis en sus breves encuentros por las calles de Moscú, y a través de los de Mac y Theo en sus visitas iniciales a París y Marrakesh. Era él.

Rémora.

En el ojo izquierdo de Cornelia asomó una lágrima, y estuvo a punto de llorar de alegría.

Langley era un auténtico enjambre humano, un abrevadero, y ese día todos los animales que trabajaban en las dependencias de Moscú X, en el sótano, levantaron el hocico para olfatear el viento: algo pasaba. Cuando Sam Joseph apareció por allí, la atmósfera era tan densa que parecía rezumar humedad. Por la rendija inferior de la puerta del despacho de Gus se filtraba el rumor de las conversaciones. Sam constató que el jefe, cosa rara, había optado por sentarse allá abajo. ¿Tendría algo que ver con la debacle de Tarrman en Moscú? A los pocos minutos se abrió la puerta y Gus se acercó lentamente a la mesa de Sam.

—Tengo que subir unos minutos. Acompáñame.

Dado que Moscú X seguía relegado al sótano, cerca de la máquina de perritos calientes, el recorrido pasó por varias zonas: los sinuosos pasillos de la planta baja, los muelles de carga, las mesas con vigilantes de chaquetas verdes, y por último los ascensores. Por el camino, Gus insistió en que Sam le diera detalles de un informe intrascendente que le había pedido dos días atrás. Una vez en el piso de arriba, cruzaron la oficina principal de la Casa Rusia y llegaron a la puerta verde de la Trastienda.

—Tú te quedas aquí —dijo Gus (secamente, pensó Sam después) —. Luego tecleó la clave y entró, asegurándose de que cerraba bien la puerta.

Al otro lado de la sala, Sam vio que la puerta del despacho de Mac estaba abierta. Mac estaba consultando el tarjetón de tres por cinco donde llevaba anotada su agenda del día. Theo apareció tambaleándose por detrás y se puso a hablar con su AE, su asistenta ejecutiva, con los brazos cruzados sobre la parte superior de la mampara que lo separaba del escritorio de ella. Sonó un teléfono.

Era el de la AE, que contestó, dijo que sí, que por supuesto (un par de veces) y colgó. Luego miró a Theo, sonriendo.

—La subdirectora de operaciones está bajando —dijo con una alegría que sólo se podía explicar por ignorancia o por malevolencia.

—¿Ahora?

Era Mac quien lo había preguntado, levantando la mirada de su agenda desde el otro lado de la sala, como si no se lo creyera. El impacto inicial se había convertido en frustración.

—Ahora —corroboró la AE, con una amplia sonrisa.

«Malevolencia», pensó Sam: la estimulante perspectiva de ver a Theo recibiendo una mala noticia.

—Va a sacar otra vez la apisonadora —rezongó Theo—. Nos va a machacar.

—Está desquiciada por lo de Tarrman, y por la desaparición de Garra —dijo Mac—. Y quiere respuestas. Lo mejor sería dejar que se ocupase ella de la puta reunión. Y tomarnos el fin de semana libre. O mandar al pobre Gus.

Sam, muy quieto a la entrada de la Trastienda, y sin cobertura operativa para su inmovilidad, empezó a recopilar instintivamente todos los datos sensoriales. Tomó nota del vello facial de Theo, que, escaso y descuidado, se acumulaba de forma desigual por la calcárea palidez de sus mejillas y su cuello. Pensó que por su aspecto podía estar enfermo. Se había quedado inmóvil, aferrado a la mampara, balanceándose como si estuviera mareado, o como si se sintiera tan débil que temiera caer derribado por el aire reciclado que salía a través de las rejillas de ventilación. Lo que parecía, pensó Sam, era un hombre con una resaca de narices.

Si Theo estaba mareado, y molesto por algún misterioso desaire, Mac, muy pensativo, daba la impresión de sopesar algo. Cuando su mirada se cruzó con la de Sam, sus ojos se iluminaron —¿de alborozo, quizá?— al reconocerlo, y sonrió de oreja a oreja.

—Sam, ¿qué te ha traído a la superficie?

—Gus y yo estábamos hablando de algo, y me ha dejado aquí.

Justo entonces Gus abrió la puerta de la Trastienda y, después de lanzar una mirada de curiosidad a Sam —que seguía donde lo había dejado—, les hizo señas a Mac y Theo.

—Ya he sacado lo que nos pedía. Vamos a...

En ese momento irrumpió Deborah Sweet en las oficinas de la Casa Rusia. Mac le dijo que estaban acabando de prepararlo todo, pero ella levantó la mano con una lentitud glacial.

Sweet se había vestido para llamar la atención, como siempre, y esta vez de forma provocativa, con una blusa demasiado ajustada por debajo de la chaqueta tejana. Como no podía ser de otra manera, Sam conocía la historia en común de los cuatro —no siempre agradable, más bien al contrario—, y la vio reflejada en el temblor de la boca de Sweet y en la mirada vidriosa y desafiante que les lanzó a los cuatro, mirada que él interpretó como una respuesta de pura maldad al desprecio de la Bratva.

—Ya os había avisado a los tres —dijo ella—. Os había dejado muy claro que se me tenía que añadir a la lista de distribución de Rémora. ¿Cómo se explica que mi AE me entregue cables dirigidos sólo a vosotros tres? Tengo que estar informada. Soy la subdirectora de operaciones. POTUS se ha interesado personalmente por el caso, y el director me ha pedido que me implique, que me ponga al frente. Os lo dije muy claro: siempre que Rémora envíe un nuevo mensaje,

o alguna señal, se me tiene que comunicar enseguida; y más todavía si lo hace pocos días después de que desaparezca otro activo ruso. Mi oficina se lo ha dejado claro a la responsable de la centralita.

Se subió las gafas de montura roja hasta la coronilla y, dejando atrás a Mac y a Theo, caminó con paso firme hacia la Trastienda, pasando junto a Gus, que estaba furioso. Al seguirla, Mac y Theo pasaron junto a Sam.

Gus lo miró con cara de asco.

—Si en media hora no he vuelto a mi despacho, manda ayuda —dijo en voz baja—. De momento, lárgate.

Cerró la puerta tras él.

22

Alexandria, Virginia

Tal como habían quedado Sam y ella en su intercambio de mensajes por Roblox, Procter dejó el coche en el aparcamiento del Hoffman Town Center, se compró una entrada de cine con su tarjeta de crédito y, después de ver la mitad de una peli de cuyo título ya no se acordaba al final de los tráilers, volvió al coche. En esos tiempos de ubicua vigilancia tecnológica, los cines eran espacios muy útiles para convencer a los vigilantes digitales de que los movimientos que una estaba realizando eran aburridos e indignos de mayor análisis o interés. Su coartada de ese día —una visita a DynCoTel, una siesta en el hotel y una película de encefalograma plano— cuadraba a la perfección con los movimientos de su teléfono y de su coche. La realidad, no obstante, era muy distinta: visionado de imágenes de contravigilancia, comunicaciones clandestinas con Sam y, por último, un encuentro urgente en la entrada del cine. Ahora estaba esperándolo.

A las nueve en punto de la noche se sentó alguien a su lado: Sam. La planta más alta del aparcamiento estaba casi vacía, inmersa en

un silencio sólo interrumpido por el zumbido de las luces del techo.

—Rémora ha pedido una reunión o ha mandado un mensaje —dijo Sam, cerrando la puerta del coche—. Y la semana pasada, en Moscú, los rusos pillaron a un tal Tarrman, un agente que intentaba reunirse con Garra. ¿Te acuerdas de Garra?

—Sí.

—Pues no se sabe dónde está. Otro activo ruso desaparecido.

—Van dos en unos seis meses. Y eso sin contar a Gólikov ni tu secuestro.

—No es lo habitual en el sector —dijo Sam.

—Pues no, la verdad. ¿Cómo te has enterado?

—Gus tenía que subir, y aprovechó el camino para hablar conmigo. Nos separamos en la entrada de la Trastienda, y luego aparecieron Mac y Theo. Oí que despotricaban durante unos segundos contra la subdirectora de operaciones. Después llegó Sweet y empezó a echarles la bronca porque la habían dejado al margen de los mensajes enviados por Rémora, y también se quejó de lo de Tarrman y Garra y de...

—¿Estaba cabreada? —preguntó Procter.

—Hecha una furia. Los de su oficina le habían pasado el cable, y no salía en la lista de distribución.

—¿Y dijo «Rémora»?

—Sí, dijo en voz alta el nombre en clave. Comentó que, al haber desaparecido Garra esa misma semana, era aún más importante que ella estuviera informada. Luego entraron todos juntos en la Trastienda.

—¿Quiénes?

—Gus, Mac, Theo y ella.

—Supongo que no tienes ni idea de cómo fue la reunión.

—Supones bien.

—Joder, Jaggers...

Fugazmente, durante un segundo, a Sam se le apareció sin previo aviso la imagen de la jefa cuando era más joven, imagen que al disiparse le dejó un vacío, una sensación de pérdida. Procter suspiró.

—¿Verdad que cuesta imaginarse a Rémora solicitando una reunión? —dijo—. Después de mis conversaciones de esta semana, es una coincidencia alucinante. Tengo la impresión de que hemos molestado a alguien.

—Tú a los cuatro los conoces desde hace mucho tiempo —dijo Sam.

Nada más decirlo percibió un silencio, una distancia entre los dos. Las palabras se quedaron un momento en el aire. Procter soltó un gruñido.

—Entonces en las clases de la Granja había muy pocos alumnos —dijo—, y conocías a todo el mundo.

—Pero eran amigos tuyos.

—Sí, y casi todos siguen siéndolo. Recuérdame a qué clase fuiste tú, Jaggers.

—A la veintinueve, a finales de 2011.

—Yo a la siete, en el año 2000. Qué pasada de tiempos, joder...

Miraba por el parabrisas como si viera flotar sus pensamientos en la lejanía.

—¿Cómo era entonces la subdirectora? —preguntó Sam—. Se me hace difícil imaginármela como alumna.

—Deborah Sweet... —murmuró Procter con melancolía—. Muchos profesores pensaban que sólo era buena para tirársela, o como

mecanógrafa. Al final resultó que también valía para montar bromas bestias.

—¿Bromas, la subdirectora? —dijo Sam—. ¡Venga ya!

—Te lo juro por Dios. Ella y todos. Piensa que eso era antes de que la CIA se ablandase, y había rienda suelta para las novatadas. Si alguien se iba unos días, al volver se podía encontrar la puerta tapiada. Los más ambiciosos éramos capaces de encerrar a alguien en su habitación de la residencia de la noche a la mañana sin despertarlo. Y la víctima descubría que le habían afeitado las cejas, por supuesto. Algunos instructores se encontraron su barco pintado de morado. Podías ir en coche a Washington sin darte cuenta de que te habían puesto un imán con el dibujo de una polla enorme, y sin entender que en todas partes te tocaran la bocina, pusieran cara de complicidad y te enseñaran los pulgares. —Procter sonrió un momento—. A mí me paró la policía por una broma de ésas.

Sam negó con la cabeza entre risas.

—En mi clase, lo peor que hicimos fue llenarle la ducha de hojas a un instructor.

—Eso es porque tu generación no tiene ni puta idea de lo que es divertirse —contestó Procter.

—Siempre he querido saber de dónde le viene el apodo —dijo Sam—. ¿Se lo pusieron en la Granja o ya lo tenía al entrar en la Agencia?

—Fue un regalo de Theo en la Granja —explicó Procter—. La pequeña Debbie. —Se rió—. Metro ochenta y cinco descalza, y con un cuerpo de zorra colosal, o sea, que de pequeña nada. Yo normalmente la llamo Debs, incluso cuando ella no está delante,

pero bueno, qué te voy a decir... Soy una mujer educada, toda una señora.

—¿Y cuál fue la mejor trastada que hicisteis? —le preguntó Sam.

Procter miró otra vez por el parabrisas. Sam vio un brillo en sus ojos.

—Había un instructor que se llamaba Ganston, un viejo que vivía en una de las casas del río. Una noche, estando Debs y yo en el bar, salió el nombre de Ganston y ella sonrió de golpe. Yo ya le conocía esa sonrisa: acababa de tener una idea, una manera de practicar lo que acababan de enseñarnos sobre el allanamiento. Estaba todo bien pensado. Había algunas partes delicadas, pero nada que no se pudiera resolver. Por otra parte, en las operaciones de allanamiento siempre conviene irse lo antes posible, ¿no?

—Hombre, claro —dijo Sam, sonriendo.

—Pues eso, que solas no podíamos hacerlo, así que conseguí que se apuntaran Mac y Theo. Debs trajo a Gus. El cónclave empezó hacia medianoche. Nos pusimos en corro y empezamos a planificar, a redactar la lista de la compra. Al día siguiente, que era sábado, Debs y yo fuimos a varias tiendas de revistas porno de la ciudad. Gus y Theo se ocuparon de las compras técnicas, y Mac de los preparativos para forzar la cerradura.

—¿Ganston cerraba con llave? —dijo Sam, interrumpiendo a Procter—. En la Granja nadie cierra con llave.

—Sí, Ganston era de ésos —contestó Procter—. Si te has pasado gran parte de los años ochenta en Moscú, nunca desaprovechas la oportunidad de cerrar con llave. En fin, que estuvimos toda la noche del sábado en el cuarto de Mac, recortando fotos. Cada uno tenía

sus tijeras y su colección de revistas. Todo eran chistes, risas y bebida.

La jefa cerró los ojos y respiró profundamente por la nariz.

—Todavía lo recuerdo a la perfección, Jaggers, y mira que hace tiempo: olor de cerveza, todos riéndonos y la emoción de delinquir, como una especie de nudo en la garganta. Vuelvo a aquella habitación y sé que puedo equivocarme todas las veces que quiera, porque no pasa nada: tendré tiempo de arreglarlo todo y tomar otros caminos. El libro aún no está escrito.

Abrió los ojos.

—Pero ahora estoy aquí, contigo, cometiendo delitos graves en un aparcamiento.

—Podría ser mucho peor —dijo Sam—. En el fondo podría ser peor.

Procter se echó a reír.

—Total, que el domingo a la una del mediodía, ni un minuto más ni un minuto menos, nos plantamos en la casa de los Ganston, que habían salido a navegar. Mac forzó la puerta en cosa de dos minutos: un aplauso para los instructores de allanamiento que nos habían hecho la demostración esa misma semana. Entramos. Theo llevaba una caja de herramientas, para que pareciera que íbamos a hacer algún trabajillo en la vivienda. Y alguno hicimos, en el fondo. Nos pusimos manos a la obra.

—¿Dónde escondisteis las fotos? —preguntó Sam.

—Dirás que dónde no las escondimos. Se las dejamos por todas partes: en libros, en tazas, en cajones, enmarcadas, debajo de alfombras, enganchadas con celo en relojes, metidas en frascos de pastillas, dentro de fundas de almohada... ¿Dónde más? Ah, sí, en

cajas de cereales para el desayuno, entre rebanadas de pan de molde, dentro del horno... Aunque ésas las sacamos para no provocar un incendio. Locos no estábamos.

—No, claro —dijo Sam—. Evidentemente. Pero espera, espera... ¿y las fotos? ¿Al final qué elegisteis?

—Ah, bueno, un poco de todo. Digamos que cubrían todo el espectro de la actividad sexual. Era un auténtico *collage* de las experiencias eróticas de la humanidad, al menos en la época del cambio de milenio. Lo que pasa es que hubo un contratiempo.

—¿Ah, sí?

—Ganston llegó antes de la cuenta. Más tarde nos enteramos de que Priscilla se había mareado en el barco. La camioneta entró en el jardín una hora antes de lo previsto. Gus, que estaba en la planta baja, oyó las puertas y llamó a Theo, que estaba en la cocina. Theo corrió hasta la escalera y nos avisó a los demás: venga, es hora de abrirse. Yo estaba metiendo un buen fajo de fotos entre las sábanas de la cama de matrimonio de Ganston, y Debs y Mac se estaban currando el baño. ¿Sabes qué oímos los de arriba? A ver si lo adivinas.

—Ni idea.

—Nada. La respuesta es que no oímos nada, porque Theo no hablaba muy alto. Ninguno de los que estábamos arriba nos enteramos del aviso. Theo y Gus ya habían salido corriendo por la puerta trasera, pensando que los seguiríamos. A los diez segundos, más o menos, oí subir por la escalera a Priscilla Ganston, hablando de pastillas y de echarse una siesta. Sólo había un escondite posible: el armario del dormitorio. Mac, Debs y yo cabíamos allí de milagro, aguantando la respiración. Era uno de esos armarios con puertas

correderas de listones, o sea, que podíamos ver al otro lado. Priscilla entró, abrió un cajón del cuarto de baño y se puso a gritar. Aún oigo los gritos, Jaggers, te lo juro. Casi se me escapó la risa. Mac se tapó la boca con una mano y con la otra tapó la de Debs. En el armario estábamos todos temblando. Para entonces, Ganston ya estaba arriba, preguntando qué coño pasaba. Yo no lo veía todo bien, pero me di cuenta de que Priscilla le estaba mostrando una foto, como si le enseñara la placa. Si no me falla la memoria, del cuarto de baño se había encargado Debs, y no puede decirse que su selección de fotos tuviera una orientación muy heterosexual. Priscilla, como te imaginarás, se puso a hacer preguntas. Yo diría que su tono era de acusación. Total, que empezaron a discutir: una pelea conyugal bastante sórdida que duró unos diez minutos, o un cuarto de hora, sin que se movieran del dormitorio. Mac, Debs y yo, mientras tanto, estábamos apretujados en el armario y muertos de risa por dentro. No es que pudiéramos ver mucho, pero yo les veía los ojos, tanto a Debs como a Mac, y todos sentíamos lo mismo: fue un momento de comunión entre los pantalones y las camisas de Ganston. No son cosas que pasen a menudo, ¿verdad? La vida es una continua batalla, y no hay muchos momentos de alegría pura. Fue una tarde maravillosa.

—¿Cómo salisteis de allí?

—Pues, mira, los Ganston descubrieron más fotos, y si te encuentras unas cuantas mezcladas con las bolsas de té, o incluso dentro de la taza... más o menos te haces a la idea: te han gastado una broma. Al final se fueron a ver la tele en el salón, y nosotros bajamos de puntillas y salimos por la puerta trasera. Esa noche quedamos con Gus y Theo para unas birras, y el resto del tiempo

que pasamos en la Granja revivimos aquel episodio mil veces, como suele pasar en esos casos.

—¿Ganston no llegó a pillaros?

—Oficialmente no, aunque lo sabía. Dedujo que uno de los implicados era Theo, y probablemente Debs, y no le costó mucho incluirnos a Mac, a Gus y a mí. Pero con esas cosas Mac era muy listo. Era un tipo muy creativo, que sabía no llamar la atención y escabullirse cuando las cosas se ponían feas. De todas formas, la única vez que salió el tema de verdad fue con Priscilla. Pasados unos meses, durante una fiesta navideña, yo estaba en la cola de las copas y se me acercó. Estuvimos hablando un poco de todo: del tiempo, de lo que haríamos en vacaciones, de los libros que ella estaba leyendo... Hacia el final me cogió por los hombros, con un brillo raro en los ojos, y se acercó tanto que casi me rozó la oreja con la boca. «La próxima vez», me dijo, «dejad unas cuantas más como las de las sábanas». Y se alejó entre la multitud, haciéndome un guiño. Madre de Dios...

—¿Qué fotos habíais metido entre las sábanas? —preguntó Sam.

—No tengo la menor idea —dijo Procter—. Ni ahora ni entonces. Supongo que debería habérselo preguntado.

Se rió, dando una palmada en el salpicadero.

—Ahora entiendo mejor por qué Debs hizo lo que hizo cuando te echó —dijo Sam.

—Sí, fue su manera de vengarse de lo de Afganistán, cuando le puse veneno en el yogur.

—¿Era yogur?

—Sí, de fresa, si mal no recuerdo —contestó Procter—. A Debs le gustaba mucho una marca, ahora no me acuerdo de cuál. Sitúate:

Afganistán, casi diez años después de la Granja. Debs trabajaba para Gosford, y vinieron de visita a nuestra base. Yo había conocido a un marine de Nuevo México que tenía una salsa de chile superpicante. Se la mandaba su abuela cada mes. Cuando íbamos a la Granja, uno de nuestros restaurantes favoritos era un mexicano, y Debs el picante no quería ni verlo. «Me da ganas de vomitar, Artemis», me había dicho un día. Por desgracia, no llegué a ver las consecuencias. Cuando entré en el comedor para desayunar, había un tío de mantenimiento pasando la fregona por el suelo y otro limpiando con una bayeta la barra y un lado de la nevera. Había otros dos o tres rondando por la zona, como si se hubiera cometido un crimen. «¿Qué ha pasado?», pregunté, y el de la nevera me explicó que la loca esa de la central debía de ser tonta de remate, además de intolerante a la lactosa, porque a la primera cucharada de yogur ya parecía que estuvieran rodando *El exorcista*.

—Pero ella lo supo —dijo Sam—. Que habías sido tú.

—Claro, claro —respondió la jefa—, pero no podía demostrarlo, como Ganston. Al final, los acontecimientos de aquella noche lo eclipsaron todo. No me refiero a la broma, por supuesto, sino a lo que ocurrió después. Normalmente las fases de la vida no las marca una noche, pero la de Afganistán te aseguro que sí: supuso un antes y un después.

Lo de Afganistán, con sus historias de sangre, cicatrices y rumores, era algo que Sam ya había oído contar, aunque no a la jefa. Pero también sabía que los buenos amigos no preguntan sólo por curiosidad, o porque se les presente la ocasión. Vio en el rostro de Procter que su amiga no tenía ganas de seguir recordando, y que la puerta de su memoria empezaba a cerrarse.

La jefa puso el coche en marcha.

—Cuando te presentaste en Gatorville, después del intercambio —dijo—, en parte pensé: mejor no saberlo. Hasta Jesucristo esperó a la Última Cena para enfrentarse a Judas. El Señor era Dios, pero también humano, y sabía lo angustioso que es desenmascarar a un agente doble, el desbarajuste que provoca.

—¿Qué te convenció? —quiso saber Sam—. Para profundizar en el asunto, quiero decir.

—Pues que te jodieron —respondió ella—. Por mi culpa. Eso para empezar.

—Ya. ¿Y qué más?

—Te apuesto lo que quieras a que el traidor tuvo algo que ver con mi expulsión, y uno de los grandes principios de mi vida ha sido negarme a hacer de chivo expiatorio, Jaggers. Yo había previsto suicidarme profesionalmente a mi manera, a lo grande, no que veinticinco años de trabajo se desvanecieran mediante un simple y olvidable asesinato.

Sam se volvió para mirarla, incómodo.

—Hablando de asesinatos, una de tus amistades anda un poco mosca por lo que hemos empezado a levantar, y se me ha ocurrido que igual es mejor que te vayas de Washington una temporada y no llames mucho la atención.

Procter se acarició la nariz.

—Antes debo tener una conversación que he estado posponiendo. Ya te informaré al respecto, supongo que en pocos días.

Sam salió del coche y cerró la puerta.

Procter bajó la ventanilla.

—Ah, oye, Jaggers, otra cosa, ya que esta noche nos hemos puesto en plan chismosos y sentimentales de la hostia. Llámame curiosa si quieres, pero ¿cómo conseguiste aguantar tantos meses sin revelar el secreto?

—Tenía claro que me matarían si confesaba. No podían dejarme volver sabiendo lo del topo. La única manera de que me dejaran salir era cerrando la boca.

—Pues yo había pensado que al cabo de un tiempo la muerte tendría su atractivo...

—Sí, claro, muchos días me planteé si no sería mejor hablar, para que todo aquello se acabara de una vez.

—¿Y?

Sam empezó a mascar chicle como si fuese la única manera de no convertir sus dientes en serrín.

—Las paredes de mi celda estaban forradas de una tela con estrellitas rojas. Tenía que hacer algo, necesitaba un objetivo, y se me ocurrió contarlas. Fue lo que me permitió seguir. Daba igual lo que pasara, o quién estuviera en mi celda. Sólo tenía que contar.

—¿Y no tuviste fantasías de venganza ni nada por el estilo?

—En esa celda la venganza era algo muy abstracto. Las estrellas eran reales. El topo no.

—¿Aún lo ves así?

—Cada día menos.

Procter pisó el freno con el motor en marcha.

—Jaggers —dijo—, ¿cuántas estrellas había?

Él se agachó.

—Más de sesenta mil.

—Venga ya.

Sam soltó un chorro de aire por la nariz.

—Sesenta mil quinientas veintiocho. La verdad es que se tarda bastante en completar el recuento, aunque consigas no saltarte ni una. Al llegar a una cierta cantidad todo se ralentiza. Tardas en decir los números en voz alta.

23

Moscú

En una sala sin letrero ni ventanas de la planta baja de la segunda torre del Bosque, la más nueva, Rem Zhomov miraba en una mesa desconchada la última entrega del Doctor B, recién llegada esa mañana de París. Contenía lo habitual, empezando por un lápiz de memoria que tendría ocupados durante meses a los analistas rusos, y siguiendo por una colección de imágenes de la cámara digital subminiatura que usaba el Doctor B para fotografiar documentos dentro de Langley. «El contenido», había escrito el Doctor B en una nota operativa adjunta, «debería dar respuesta a las preguntas seis a treinta y uno de la lista de peticiones de información» que le había pasado hacía poco el SVR, «a excepción de las preguntas doce, dieciocho y veintisiete». Estos últimos flecos serían atendidos en la siguiente entrega, siempre y cuando la cooperación involuntaria de varios subagentes del Centro de Misiones en China de la CIA tuviera continuidad.

La información del Doctor B solía ser motivo de celebraciones dentro de la Sección Especial de Rem, y esa nueva remesa lo merecía más que nunca, ya que su remitente adjuntaba muchos datos sobre las operaciones de la CIA en China: evaluaciones

políticas, programas técnicos, y los nombres de los agentes que estaban haciendo cursos de mandarín y los de los que estaban siendo preparados para la Estación Pekín o para misiones NOC en China. Tal como le había prometido Rem al director, se estaba cumpliendo una de las promesas a corto plazo de la plataforma del Doctor B: la obtención de datos que Rusia podría intercambiar con Pekín y que le supondrían unas ganancias inesperadas, como precios más altos en sus exportaciones de petróleo, planos y diseños de tecnologías robadas, y ayuda política para los proyectos rusos en el *ruski mir*, el mundo ruso. De momento, sin embargo, no podía celebrarlo; y no sólo eso, sino que la primera de las veintidós páginas del escrito del Doctor B hizo que Rem se preguntara si se estaba tomando la dosis adecuada de su medicamento para la hipertensión.

En los primeros párrafos se detallaban los desplazamientos al norte de Virginia de un personaje de sobra conocido por Rem, Artemis Procter, que por lo visto se había desplazado hasta allí, entre otras cosas, para hablar de la debacle en Singapur y de las circunstancias que habían desencadenado el secuestro y posterior intercambio de Samuel Joseph. Según el Doctor B, todo esto no parecía muy preocupante, ya que Procter, expulsada de la CIA a consecuencia de lo de Singapur, no hacía más que exteriorizar su conmoción por la captura y el interrogatorio de un buen amigo. El Doctor B calificaba su conversación con Procter de «agradable», pero «demasiado específica para mi gusto, sobre todo en lo que respecta a las particularidades de nuestro caso». El Doctor B tenía constancia de que Procter, durante su paso por Virginia, había mantenido una conversación similar con un compañero de la Agencia

como mínimo. Resumen: «Procter insiste en el planteamiento que nos obligó a expulsarla en primavera, su teoría predilecta: a saber, que hay un infiltrado en la CIA (yo).» «Ante las características de sus preguntas», explicaba el Doctor B, «y ante el uso de unos cuantos detalles sobre Singapur y nuestro caso, empecé a preguntarme si Procter tenía acceso a nuestros documentos, y para averiguarlo recurrí a la luz».

La hipertensión, de pronto, parecía lo de menos. Rem sentía que su corazón estaba a punto de salírsele por la boca. «La luz» se refería a una pequeña luz negra escondida dentro de un reloj especialmente fabricado por los técnicos del SVR para el Doctor B. Al principio del caso, el Doctor B había descrito los procedimientos usados por la CIA para proteger los documentos y había propuesto espolvorear los informes con *metka*, polvo espía. Este compuesto, nitrofenil pentadienal, era un agente marcador, un polvo incoloro e inodoro que podía ser aplicado prácticamente en cualquier sitio: en los pomos, en los tiradores de los coches, en los teclados de los ordenadores, en papeles... «La introducción del compuesto en el edificio no está exenta de riesgos», había argumentado en su momento el Doctor B, «pero para llevar el caso de este modo necesitaremos un sistema a prueba de errores, algo que nos permita saber en todo momento quién ha tenido acceso a los documentos».

El Doctor B se había dado cuenta enseguida de que algo andaba mal: había detectado la presencia de *metka* en una mesa de la Trastienda de la Casa Rusia que, según tenía entendido, en las últimas semanas había sido ocupada brevemente por un tal Samuel Joseph. Una visita posterior con la luz a las dependencias de Moscú X ocupadas por Samuel había arrojado de nuevo la presencia de

metka. «Y Samuel Joseph», escribía el Doctor B, «no tiene acceso oficial a nuestros documentos».

—*Bliad* —musitó Rem: «Maldita sea.»

Aunque no se diera cuenta, estaba sentado tan al borde de la silla, tan encorvado hacia el mensaje, sin contacto con el suelo salvo por las puntas de los pies, que parecía una bailarina jorobada. La distancia entre su cara y el documento era de apenas unos centímetros, y no sólo porque viera cada vez peor. Si en ese momento hubiera entrado alguien en la sala de lectura —cosa imposible, puesto que las huellas dactilares para abrir la puerta las tenían sólo tres personas en todo el SVR—, habría confundido a Rem con un lector tranquilo pero absorto. No había ningún indicio de que bajo la superficie se ocultara una ansiedad creciente, una incontenible marea de rabia. Se irguió un momento al caer en la cuenta de que lo había traicionado el sentimentalismo, y tal vez la codicia. Se lo reprochó a sí mismo con dureza.

—Debería haberlo matado... —murmuró mientras se ajustaba en el pulgar el dedal de lectura, hecho de goma, y pasaba a la siguiente página—. Debería haberlo matado.

«Una investigación de Artemis y Sam pondría en riesgo todo el fruto de nuestro trabajo», escribía el Doctor B, «pero estoy convencido de que tenemos opciones». Según él, a Samuel se le podría echar: «Es un agente con daños emocionales, aparcado en un despacho de la central, y nadie lo echará en falta. Pero Procter es otro cantar.» En este punto, gran parte del razonamiento se basaba en que, según la descripción del Doctor B, Procter era «un coñazo de dimensiones históricas, una mujer que no descansará hasta haber conseguido lo que quiere, y que, pese a lo mal que ha sido

tratada, parece mantener una absoluta devoción por la CIA, porque lo único que le queda es el sentido del deber. Durante gran parte de su carrera, esto último fue una ventaja. Ahora es un lastre clamoroso». El Doctor B adjuntaba los números de teléfono de Procter y Samuel, así como las direcciones postales de ambos, que constaban en los departamentos de recursos humanos y de relaciones con antiguos alumnos de la Agencia.

Al leer las últimas líneas, incluso Rem no pudo menos que admirar la frialdad y el grado de entrega a la causa que mostraba el Doctor B: el mejor activo del SVR, la joya de la corona, alegaba convincentemente que la manera más segura de salvaguardar «la seguridad de nuestra colaboración estratégica» era «silenciar por la fuerza» a una vieja amiga y a un compañero recién liberado. «Cada vez que mi misión ha entrado en conflicto con mis amistades», concluía, «he elegido mi misión».

En Estados Unidos le ponían glamour a eso de saltarse la ley. En las películas de espías norteamericanas, compulsivamente consumidas por Rem durante sus estancias en Roma y Londres, aparecían asesinos con esmoquin que se movían por las altas esferas, tecnología de una astucia diabólica («demasiado empalagoso todo», gruñía antes de que Ninel le hiciera callar con un golpe en el hombro) y mujeres despampanantes con vestidos demasiado ceñidos.

Si los estadounidenses veían así el trabajo ilegal, pensó, era porque no se habían visto obligados a matar de un tiro en la nuca a decenas de traidores. Hasta la fecha, sus matones se habían

abstenido de envenenar a rivales o abatir a tiros a los disidentes a plena, o no tan plena, luz del día. En Estados Unidos no era habitual que los políticos se murieran por haberse caído de un balcón. No es que tuvieran las manos limpias, no, ni mucho menos: después del 11-S se habían pasado décadas matando a sus adversarios en el extranjero, pero no a golpe de gatillo, habitualmente, sino activando a comandos a distancia, y a esa distancia uno se podía permitir una visión glamurosa del oficio.

La experiencia de Rem iba por otros derroteros: para él, el trabajo ilegal equivalía a un exconvicto entrado en carnes, de traje mal cortado, que tiraba por la ventana de un tercer piso a un hombre drogado; o a un funcionario mal pagado que le untaba a alguien los calzoncillos de veneno; o a un antiguo gánster de Piter, heroinómano perdido, que entraba en el piso de una periodista y la mataba a puñaladas a cambio de una suma equivalente a unas pocas semanas de sueldo.

Rem no tenía ningún interés en ese tipo de trabajos. A decir verdad, los consideraba por debajo de su nivel. Él era un artista, no un matón. Aun así, como no era un tipo remilgado, entendía que a veces la solución de un problema era la muerte, y en ese caso la creía necesaria debido al riesgo que corría el Doctor B, alguien que para la Federación Rusa valía cientos de miles de millones, o incluso miles de millones, según las estimaciones más elevadas de los analistas.

Suponía que los estadounidenses también creían que del lado ruso la decisión de matar a alguien la tomaba el presidente, en una sala del Kremlin con paredes de madera. Todo muy dramático. Sin embargo, él eso nunca lo había visto. Si por algo se caracterizaba el

proceso era por ser imprevisible, poco claro. Había que discernir lo que ocultaban las conversaciones. Había que desentrañar el sentido que se escondía tras las palabras.

Sentado en la antesala del director del SVR, Rem se frotó los dedos. La artritis llevaba dándole guerra toda la mañana, como si quisiera adelantarse a la crudeza del invierno aún por llegar.

El asistente del director colgó el teléfono.

—Ya puede pasar, Rem Mijáilovich —dijo.

Rem se levantó de la gastada silla azul y entró arrastrando los pies en el despacho del director. Había llegado a preguntarse si algún día podría ser el suyo, pero ya hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que el sillón del director exigía que su ocupante renunciara al auténtico trabajo por el juego de la política, y él no se sentía capaz de ese sacrificio. «Si lo hubieras intentado no te habría salido bien», le decía siempre Ninel. Y tenía razón, por supuesto.

El despacho del director estaba situado en una esquina de la segunda planta del Bosque, la de dirección. Los ventanales de los muros exteriores ofrecían amplias vistas de las grandes masas forestales que rodeaban el complejo. Los abedules se habían encendido de naranja, y a las puertas del invierno —el sexagésimo cuarto de la vida de Rem— ya había muchos totalmente desnudos. Tomó asiento. Por alguna razón, los cojines del despacho del director eran finos como papel de lija, y casi rascaban igual, los muy condenados. El director se acomodó en su silla y se puso a dar golpes con sus gruesos dedos en la madera bruñida.

—Rem... —Carraspeó, señal de que iba a echarle un sermón—. La Sección Especial la diseñamos, o mejor dicho, tú la diseñaste, justo para evitar situaciones como ésta. Nuestro principal activo está en peligro por culpa de las filtraciones. Primero Singapur, y ahora esto.

Rem vio que tenía una nota en la mano, y que la iba deslizando por la mesa.

Intentó acomodarse en su asiento. Había empezado a preguntarse si al director —o al presidente, incluso— se le había escapado sin querer la identidad del Doctor B en presencia de Gólikov antes de lo de Singapur, pero claro, no era algo que pudiera ser dicho en voz alta, y mucho menos investigado. Las palabras iniciales del director no le permitían saber por dónde habían ido los tiros de su reunión de esa mañana con el presidente. ¿Buscaban un chivo expiatorio? ¿O querían resolver de verdad el problema?

—Estoy de acuerdo —dijo—, y si pudiera retroceder en el tiempo le pegaría un tiro a Samuel Joseph, pero el caso es que ya no hay vuelta atrás, y por eso he propuesto pegárselo ahora, a él y a su amiga.

—Pero aconsejas empezar por la amiga, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es la única capaz de encajar todas las piezas.

Los ojos del director brillaron de alborozo. Deslizó una vez más el papel por la mesa antes de empujarlo hacia Rem, que se puso las gafas de lectura. Los márgenes estaban en blanco. No había firma. Para su exasperación, los pocos párrafos que el director y él mismo habían redactado juntos no estaban corregidos.

Al levantar la vista se encontró con que el director tenía cruzadas las manos sobre el pecho.

—El presidente no ha querido corregirlo, y menos aún firmarlo. Hemos hablado muy en general de cómo están ahora mismo las reglas del juego con nuestros amigos estadounidenses, y del vuelco agresivo que supondría esto para nuestra posición dentro de sus fronteras. El presidente está decidido a hacer lo que haga falta por el Doctor B, y comprende el grave riesgo que corre nuestro principal activo en Estados Unidos; lo ha dicho con esas palabras, Rem, y ya sabes que se lee hasta la última letra de la información de inteligencia que nos suministra el bueno del doctor, pero cuando le he puesto el informe en las manos se ha limitado a cogerlo, leerlo y devolvérmelo. No ha querido dar el sí. Ni siquiera ha asentido.

Rem gruñó, se alisó la corbata contra la camisa y cruzó también los brazos sobre el pecho, como el director.

—Pero ¿ha dicho que no?

24

Moscú

Rem dejó caer un Alka Seltzer en su vaso de agua y observó a Guennadi, que iba de un lado a otro revisando las estanterías de la biblioteca. Su antiguo protegido, también general a esas alturas, presidía el Directorio S, el de infiltrados, porque Rem había llegado a esa edad en la que tus viejos amigos y enemigos están al frente de todo.

A diferencia de Rem, Guennadi había ido perdiendo cada vez más pelo con la edad. Siempre llevaba la camisa por fuera y el pelo despeinado. Antes de llegar al Bosque se había planteado hacer carrera en la docencia, y su indumentaria seguía reflejando gustos de universitario. Sorbió con prudencia el té mientras deambulaba frente a los estantes, sonriendo un poco al ver los títulos.

—Tu sección de poesía está adelgazando, Rem —dijo, cogiendo una historia de Estados Unidos—. Tu biblioteca se está volviendo demasiado... práctica.

—Y yo me estoy haciendo viejo, Guennadi. Hay una correlación.

—Viejos nos hacemos todos.

El despacho de Rem era amplio pero espartano. Su escritorio lo había usado Lenin durante la guerra civil, pero por lo demás el

mobiliario carecía de alma: una mesa redonda, varias sillas y un sofá gastado bajo la ventana, que usaba principalmente para almacenar libros. Los estantes, que ocupaban todo el espacio disponible en la pared, crujían bajo el peso de tomos y más tomos. Ya hacía tiempo que habían llegado al tope de su capacidad.

—¿Qué estás leyendo ahora mismo? —preguntó Guennadi mientras abría un libro de memorias de George Tenet, antiguo director de la CIA.

Rem cambió de postura en la silla. Su artritis había empeorado con el lento paso de las horas. Al ponerse el traje se había sentido tieso y achacoso. En ese momento le crujían los huesos por el mero hecho de estar sentado.

—Tus informes —contestó.

—Ya —dijo Guennadi, volviendo a poner el libro en su sitio. Se sentó al otro lado del escritorio de Rem y carraspeó—. ¿Hay algún problema?

—No, no, qué va, es que tengo que encargar algo ilegal, y busco un perfil muy concreto.

—Y no quieres recurrir al Vympel.

—Bueno, ya te lo puedes imaginar —rezongó Rem, agitando una mano en el aire—. Sería una repetición de los preparativos para Singapur. Varias reuniones sólo para decidir quién lo hará, nosotros, los primos o, Dios no lo quiera, los murciélagos del acuario del GRU. Esta vez perderemos semanas reuniéndonos absurdamente. ¡Imagínate lo que tardaríamos en infiltrar en Estados Unidos a un equipo que nos ahorrase trabajar con mafias y cárteles! No tenemos tanto tiempo. Además, pase lo que pase nos arriesgamos a una payasada como las que vimos en Salisbury, en Bulgaria y en la

desastrosa operación con Navalni. Soy consciente de que a veces lo importante es eso, la advertencia, el teatro, pero en este caso no. No necesito que le pongan a nadie veneno en los calzoncillos. Necesito resolver un problema.

—¿Te ha parecido interesante alguno de mis casos? —preguntó Guennadi.

—Mickey y Minnie —dijo Rem—, tus voluntarios estadounidenses, los patriotas que descubrimos por internet antes de trabajárnoslos en carne y hueso.

—Nunca han hecho nada ilegal —dijo Guennadi inexpresivamente.

—No es lo que pone en el informe.

—Iban por libre —afirmó Guennadi—. Al menos ella. Nosotros no le pedimos que hiciera eso.

—Bueno, en todo caso parecen de esos que podrían decir que sí, ¿no crees?

Guennadi miraba fijamente las estanterías que Rem tenía a sus espaldas.

—Y seguro que habrás visto en las notas que el caso no ha avanzado mucho, porque, si quieres que te diga la verdad, no sabemos qué hacer con ellos. Su acceso es... periférico.

—Y la mujer es... —dijo Rem.

Guennadi levantó la vista, como si la esquiva descripción estuviera acechando en el techo. Al encontrar las palabras, sus labios esbozaron una sonrisa.

—Una patriota en ciernes.

Rem se rió.

—De vez en cuando, y permíteme que cite a Jefferson, hay que regar el árbol de la libertad con sangre de patriotas. Lo que nos

hace falta es eso, nacionalismo fervoroso.

—Y con sangre de tiranos —añadió Guennadi—. A Jefferson le parecía que su sangre también era necesaria.

—Basándome en tus informes, yo apostaría a que Mickey y Minnie van sobrados de patriotismo. No creo que haga falta llegar tan lejos. Con sangre de patriotas debería bastar.

—¿Has llegado a mirar las grabaciones de seguridad del informe, Rem? —preguntó Guennadi con una leve sonrisa, bajando la vista del techo.

Rem pensó que, a veces, la sensibilidad académica de Guennadi le hacía parecer aprensivo, vacilante y pasivo.

—No, amigo mío, sólo he leído el resumen —dijo—. Soy viejo, y ya me cuesta bastante conciliar el sueño.

Rem llevaba como mínimo una década sin pasar toda una noche en vela planeando una operación. Cuando volvía a su casa desde Lefórtovo, se quedó dormido en el asiento trasero del coche y no se despertó hasta que el chófer dio un frenazo delante de su apartamento de Jamóvniki. Ninel estaba en bata, sentada en la cocina, con su melena gris mojada y envuelta en una toalla, leyendo una revista entre sorbos de té. La cocina olía a tostada quemada y a champú.

Se levantó para besar a Rem en la frente y calentar agua para el té. Él arrojó la chaqueta del traje a un sofá del salón y se quedó mirando la obscena cantidad de llamadas perdidas de su teléfono. Lo desconectó. Necesitaba unas horas de descanso. Tenía que darse un

tiempo para pensar. Era su única ventaja. Luego se sentó a la mesa con Ninel, que le estaba preparando un té.

—Cariño, ¿te apetece una tostada? —dijo ella—. ¿O *seliodka*? Deja que te prepare algo.

—No, gracias, amor mío —contestó él—, sólo té. Estoy demasiado cansado para comer.

Permanecieron un buen rato en un confortable silencio.

—Estoy orgullosa de ti, Rem —dijo ella—. ¿Y tú, estás orgulloso?

—Yo lo que estoy es agotado.

—No te pongas sarcástico. Ya no eres guapo, o sea, que sarcástico ya no te puedes poner. Ahora para resultar atractivo tienes que ser tierno, amable y atento.

A Rem se le fue ensanchando la sonrisa entre sorbos de té.

—Pues a mí me han dicho que aún soy bastante guapo.

Ninel arqueó una de sus cejas pintadas y soltó un resoplido, sonriendo con la boca torcida. Luego, con la taza entre las manos, clavó una mirada severa en su marido.

—La arrogancia nunca te ha sentado bien, Rem.

Él bostezó.

—El único capricho que me permito es complacerme en mi físico, Ninel —dijo con ironía—. Sígueme la corriente.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bueno, lo haría sin problemas, pero este traje tan arrugado desentona bastante con lo que dices. ¿Qué has estado haciendo toda la noche? ¿Debería estar celosa, visto lo guapo que se supone que eres?

Rem, que había recuperado el apetito, se acercó a la encimera y puso una rebanada de pan en la tostadora.

—Todas las chicas que me han ayudado a planear la operación eran feas, y encima medio tontas.

Ninel, sonriente, tuvo la generosidad de no recordarle que a lo largo de los años sus respectivas infidelidades habían coincidido en una sola cosa: en que sus amantes eran siempre de su misma edad, tanto a los veinte años como a los cincuenta. No necesariamente había que tener más miedo de los jóvenes que de los viejos, al menos en lo que se refería al lecho conyugal de los Zhomov. Abrió su revista sin dejar de sonreír y pasó de página lánguidamente, dejando que la conversación se apagara por sí sola.

Rem empezó a comerse la tostada y se tomó otra taza de té. Ninel hojeaba su revista con desinterés. En la displicencia con la que giraba cada página, Rem notaba que tenía cosas que decir, pero se las callaba.

—Venga, amor, suéltalo ya —le pidió—. Dímelo.

La revista hizo ruido al cerrarse. Ninel se quedó mirando pensativa a Rem durante unos segundos, breves pero elocuentes.

—En Italia lo pasamos genial. ¿Y sabes por qué?

—Porque la pasta estaba muy rica.

—Porque aún estaba todo por venir.

—Es lo que tiene ser joven.

—Cuando ya no te convoquen por teléfono de madrugada, te aburrirás —dijo Ninel—. Y es un aburrimiento que en tu caso me da miedo. Hará que te vuelvas aún más insufrible. Acabarás siendo un viejo gruñón que se enfada por nada, y que se queda al lado del teléfono esperando a que llamen los jóvenes para pedirle consejo.

—Podría ser peor —dijo él—. Imagínate que no quiere llamarme nadie.

—Ojalá llegue ese día —contestó ella.

—El día que me echen me buscaré alguna afición.

Ninel se rió.

—¿Como cuál?

—Beber.

—No has bebido ni una gota desde que nació Piotr. El alcohol no es lo tuyo.

—Pues entonces la carpintería. Te haré una mecedora.

—Tú con una sierra te quedarías sin dedos, Rem, y entonces tendría que cambiarte los pañales. No, no, de eso nada. Creo que ya es un poco tarde para aficiones.

Ninel siguió leyendo su revista. Rem se acabó la tostada, puso el plato en el lavavajillas y, al recoger la chaqueta del sofá, sintió la presencia de su mujer detrás de él y se volvió. Ella le dio un beso en la frente y le quitó la chaqueta de las manos. Él se acostó en el sofá para echar una cabezadita, con la alarma programada tres horas después, para poder estar de vuelta en el Bosque a la hora del almuerzo. Se quedó dormido viendo cómo Ninel le planchaba la chaqueta. No reconoció la canción que silbaba.

25

Gettysburg, Pensilvania

La casa de Petra Devine estaba en las afueras de Gettysburg, en medio de un denso pinar. A través de los árboles se filtraban hasta el suelo unos rayos de sol delgados como juncos. El jardín era una alfombra de pinaza, y las piñas convertían el camino de entrada en un campo de minas. La casa, de una sola planta y vigas de madera, tenía un mástil en el techo con una bandera americana. Procter llamó tres veces y dio un paso atrás. Durante un rato oyó ladridos. La puerta se abrió ligeramente, con la cadena de seguridad todavía puesta. Procter presentía que su visita no iba a ser bien recibida, de ahí que la hubiera pospuesto durante tanto tiempo. Confirmando sus expectativas, Petra correspondió a su media sonrisa con una mirada severa y ceñuda, que acabó transformándose en una expresión de profundo disgusto.

—¿Ta han dicho que vengas a verme? ¿Para qué?

—Para matarte.

Los perros se pusieron otra vez a ladrar, aunque sólo uno de ellos tuvo el valor suficiente de asomar el hocico por la puerta, un perrito salchicha peludo de voz aguda e irritante, como la de su dueña.

—*Blijf!* —dijo Petra en holandés para hacerlos callar—. *Blijf!*

La puerta seguía apenas entreabierta, aunque de poco habría servido la cadena si Procter hubiera arremetido contra la plancha de madera. Petra esperó a que los perros se callaran antes de volver a levantar la vista hacia su visita.

—El último día les dije a esos payasos que, si querían matarme, contratasen a un gigoló guapo. Así por lo menos me iría al otro mundo satisfecha y con estilo. Y van y te envían a ti. Habrase visto...

—Puedo estar a la altura, corazón —dijo Procter—. No me tientes. —Acercó su mano al perro que asomaba la cabeza por la rendija de la puerta; él la olió y se metió otra vez en la casa—. Ah, y yo no diría que estoy aquí por encargo de nadie. No es una visita precisamente oficial. Igual hay varios peces gordos que ni siquiera saben que estoy aquí.

—Me dijeron que te habías ido de la ciudad —dijo Petra, con ironía.

—He trasladado mis talentos a Florida. Ahora soy la jefa de operaciones de un sitio que se llama Gatorville, el tercer parque temático de caimanes más grande del centro de Florida, por increíble que parezca.

—¿Y no te envía nadie? ¿Gus? ¿Theo? ¿Mac? ¿Tampoco Deborah Sweet, *dat pokkenwijf*? ¿Me lo juras?

—Joder, Petra, ¿tú crees que, si me hubieran enviado, me presentaría aquí sin avisar con shorts de ciclista y gorra de béisbol?

—Siempre has sido un mal bicho —dijo Petra con una carcajada, abriendo del todo la puerta.

Los perros estuvieron al menos diez minutos molestándolas. Petra les iba lanzando gritos en holandés, y Procter se los quitaba de encima a empujones, pero sólo les dieron un respiro cuando en los troncos de los pinos que daban al salón aparecieron varias ardillas, y los perros centraron sus energías en el ventanal. Petra hizo limonada y sirvió unas pastas de té en la mesa de centro, que los perros salchicha se zamparon a medias antes de ser ahuyentados a base de manotazos e insultos en holandés, a los que sin duda estaban acostumbrados, cuando no insensibilizados.

Las mesas y las paredes estaban repletas de fotos del difunto esposo de Petra y de sus aventuras con ella por el mundo: Helsinki, Amán, Beirut, París, Londres... Al casarse con Chester, Petra había adquirido la nacionalidad estadounidense. En una ocasión, Theo había dicho que los holandeses eran expertos en hacer cosas bonitas, pero ni todas las exportaciones de flores, queso y zuecos de madera podían contrarrestar a la psicópata cazadora de topos que era Petra.

Llevaba un chaleco negro por encima de un vestido de punto que le llegaba hasta los tobillos. Cuando los perros pararon de ladrar, se dejó caer en un sillón con las manos en la barriga. Procter dejó su limonada encima de un posavasos y se pasó la lengua por los dientes para disolver los granos de azúcar. «Vamos a tomarnos algo bien fresquito», le había dicho Petra, pero al escatimar en agua había convertido la boca de Procter en una auténtica playa de arena. Detrás de las puertas correderas reaparecieron las ardillas. Las dos mujeres estuvieron bebiendo unos minutos en silencio, mientras los perros ladraban cada vez más enloquecidos. Cuando por fin se calmaron, Petra miró a Procter.

—Bueno, ¿qué pasa? —dijo, triturando el azúcar con los dientes.

—Necesito que me ayudes —contestó ella—. He estado pensando en lo de Singapur, y sigo sin tenerlas todas conmigo, como comprenderás.

Petra se masajeaba los dedos regordetes.

—Ya —dijo—. Buscando en el baúl de los malos recuerdos, ¿no?

—Más o menos. ¿Te importa que busquemos juntas?

—Nunca me han gustado los finales felices, así que adelante.

Al sol le faltaba más o menos una hora para ponerse. La casa se había llenado de sombras, y Procter encendió la lámpara de al lado del sofá.

—Los rusos tuvieron que echarle cojones para entrar en la habitación de hotel de Sam; no es algo propio de ellos, y no digamos lo que vino después: el secuestro, la exfiltración, el interrogatorio prolongado. Sé que recibimos informes según los cuales todo había sido un error, pero ¿qué sentido tiene que se tomaran tantas molestias y corrieran tantos riesgos? ¿Tú cómo lo interpretas? Y no quiero que me engañes. Júramelo por Dios.

—Dios no existe, Artemis; sólo hay un gran vacío, frío y negro.

—Pues por el gran vacío frío y negro.

—Lo interpreto como que Gólikov iba a decirnos que teníamos un problema muy gordo, un infiltrado, un topo dentro de la CIA; pero bueno, no es más que una simple teoría.

Tras decir esto, Petra se puso tensa, y pasó de no mirar a ningún sitio en especial a fijar la vista en los ojos de Procter durante unos elocuentes segundos, antes de desviarla hacia la limonada. Ya había dicho lo mismo unos meses antes durante la reunión con Gosford, el

día después de lo de Singapur, pero sin entrar en detalles. Entonces sólo se había referido vagamente a un problema de los gordos.

—¿Así que es sólo una teoría?

—Te lo acabo de decir, Artemis.

—Después de que me echaran, ¿descubristeis algo nuevo en Dermatología?

—Lo único que puedo decirte es que con Gosford no hubo más reuniones, ni tampoco con Deborah Sweet, *dat pokkenwijf*. Ellos no querían oír hablar de topos. No estaban dispuestos ni a planteárselo. A esos *kankerhoeren* sólo les importaba su carrera. La matriz la teníamos, ¿eh? Analizamos los informes letra por letra y no detectamos ninguna anomalía, pero bueno, ya sabes que es un material muy poco manejable, y nada concluyente. Siempre acabas con varias teorías que encajan con los hechos. En fin, que yo no tenía los datos adecuados, o me faltaban demasiados.

—¿En alguna de esas teorías encajaba yo?

Petro soltó una carcajada.

—Bueno, eras el número uno de la lista. Aunque yo diría que desde que te cagaste encima delante del director mientras él te despedía has bajado algunos puestos, y seguramente alguno que otro más al venir aquí esta noche preguntando por los topos.

—¿Y quién te dice que no he venido para averiguar qué sabes antes de mandarte al otro barrio? Te he dicho que he venido a matarte, ¿no?

Petra se rió.

—No, no, lo siento, pero está muy claro que a eso no has venido. Cuando estábamos dentro me tenías tirria, y no estarías alargando aquel mal rollo tomando limonada y dándome palique. Al abrir yo la

puerta me habrías metido en la boca el cañón de tu querida escopeta y me habrías dejado estampada contra la pared. Un trabajito limpio y rápido.

—Tal vez habría usado el bate —dijo Procter—. En cuanto me hubieras dejado entrar.

—Entonces mis perros te habrían matado —contestó entre risas Petra.

Las luces infundían una dorada calidez a sus fofas facciones. De tanto tocarse el pelo, que parecía esculpido con laca, se le había torcido el peinado. Procter pensó que tal vez fuera una peluca.

—Petra, ¿quiénes estaban en tu lista de finalistas?

Petra le dirigió una gélida mirada. No era algo poco habitual en ella, pero esta vez parecía diferente: su rostro mostraba una seriedad y una frialdad escalofriantes. Parecía estar diciéndole: «Esto es una línea roja.» Se hizo un breve y tenso silencio entre ellas.

—Si tuvieran a alguien infiltrado —dijo, mordiéndose el labio inferior y cerrando los ojos para reorientar la conversación—, lo gestionarían desde la Sección Especial del SVR, el chiringuito de Rem Zhomov. Qué nombre... —Se rió por lo bajo—. Rem. Erre y eme. Nada menos que un acrónimo de la expresión rusa *revolutski mir*, «revolución mundial». Su sección es un reducto de fanáticos. Más vieja escuela imposible. Aunque me gustaría saber cómo les está sentando a los fanáticos hacerse viejos. Igual ya no están tan exaltados. Puede que su extremismo se haya visto eclipsado por algunos jovenzuelos radicales y haya quedado como algo pintoresco, que da hasta un poco de pena. Claro que Zhomov sólo es un susurro, una sombra. La verdad es que sabemos muy poco de él.

—Si mal no recuerdo —dijo Procter—, su mujer también tenía un nombre estrambótico.

—Ninel —contestó Petra con otra carcajada—. Lenin al revés.

—Recuérdame cuándo oímos hablar por primera vez de Zhomov y su grupo.

Los ojos de Petra se abrieron de golpe.

—Bueno... eso viene de la época de Imperial.

Procter soltó un bufido.

—No me lo puedo creer... ¿El puto degenerado ese?

—Sí, es un vividor insoportable, y un pesado de dos pares de narices, pero antes de desertar tenía acceso a todas partes, y durante una época fue nuestra fuente principal en las entrañas del Kremlin.

—Por cierto, ¿dónde lo recolocaron?

—En la ciudad más americana del mundo, Las Vegas. Al retirarse tanto de Rusia como del espionaje, tuvo la sensatez de elegir un sitio donde pudiera jugar, beber y follar hasta reventar.

Petra se levantó, murmurando algo sobre darles la cena a los perros. Cuando volvió al salón, Procter estaba acariciando la cabeza de uno. El perro se acercó gruñendo al regazo de Petra.

—Zhomov, Zhomov, Zhomov... —dijo Procter—. Creo recordar que tenías un expediente sobre la oposición, sobre los rusos que intentaban jodernos, reclutar a los nuestros e infiltrarse en Langley. Has estado tanto tiempo en el Juego, tan metida en la batalla, que me preguntaba si habrías optado por quedarte con aquel expediente cuando te jubilaste. En plan recuerdo, como si dijéramos...

—Tener en casa material de ese tipo sería ilegal, ¿no?

—Sí, claro, pero no parezco la mejor candidata para tenderte una trampa y conseguir una confesión, ¿no? ¿Tú crees que habrían enviado a Artemis a arruinarte la vida por una caja de recuerdos?

—Para eso habrían enviado al gigoló —dijo Petra con voz firme.

—Lo has pillado.

Petra se sacó al perro del regazo y se levantó trabajosamente del sofá haciendo una mueca.

—Ve al garaje y trae una pala —dijo—. Coge también el repelente de insectos que hay en la estantería, junto a la puerta. Lo vas a necesitar.

El espray no sirvió de nada, porque Procter ya tenía las piernas devoradas por los mosquitos cuando llegaron al bosquecillo de detrás de la casa. Petra iba delante con la linterna, seguida por tres perros salchicha. Procter, que cerraba la comitiva con su pala, iba silbando una melodía de algún musical.

—Deja de silbar eso, es insoportable —le susurró Petra, apartando una rama.

Pronto llegaron a un claro con un banco medio hundido y una lápida. Procter entrecerró los ojos para leer el nombre a la tenue luz de la luna.

—¿Chester está enterrado aquí? Madre de Dios...

—Cállate. ¿Qué querías que hiciera, dejarlo en algún cementerio del extrarradio, con horas de visita dictadas por algún segurata medio tonto? ¿Pagar por el entierro, cuando tenemos tierras? Él estaba de acuerdo. Quería estar cerca de mí y de la casa. Yo no soy

de las que miran para el otro lado. La muerte nos rodea por todas partes, Artemis, así que no tiene ningún sentido ignorarla.

Procter, que por una vez se había quedado sin palabras, miró un momento la lápida, y después la pala.

—No estarán...

—Artemis, por favor, no digas tonterías. Los enterré aquí.

Petra estaba moviendo el pie por el sotobosque. Luego se sentó en el banco, que crujió con fuerza bajo su peso, y posó la linterna en un ladrillo.

—¿No piensas ayudarme? —preguntó Procter.

—Pero si sólo has traído una pala, joder.

A los pocos minutos, Procter chocó con algo sólido. Poco después, mientras Petra la miraba como si estuviera pasándolo en grande, Procter sacó un maletín Pelican envuelto en una bolsa. Petra lo desempaquetó, lo abrió con un clic y empezó a rebuscar en su interior. Procter vio felicitaciones secretas de antiguos directores, fotos de vigilancia con mucho grano y unos cuantos documentos SIGINT.

—Mis recuerdos —masculló Petra sin que Procter se lo hubiera preguntado—. Éste es uno de mis favoritos.

Puso el informe SIGINT en las manos de Procter, y le explicó que Putin la había mencionado por su nombre en una llamada telefónica interceptada por la CIA. Procter leyó la transcripción. La alusión a Petra era breve e informal, y de una obscenidad tremenda. Petra se rió a carcajadas mientras volvía a guardar el informe dentro del maletín.

—Qué bestias son los rusos —dijo—. Igual de brutales que de perversos. Ah, aquí está...

Sacó una carpeta repleta de documentos, de la que asomaban unas cuantas fotos. En el exterior de la carpeta había unas letras escritas a pluma: «SVR S.S.»

Petra se aferró a la muñeca de Procter para levantarse, pero una vez en pie no la soltó.

—Te dejo que leas todo esto con tres condiciones —dijo—. La primera es que me des tu móvil. Nada de fotos ni de apuntes. La segunda es que te encerraré en el estudio de Chester y no te dejaré salir hasta por la mañana. Y la tercera, que como le digas algo a alguien de este alijo haré que te maten. En las afueras de Gettysburg hay un montón de chavales aficionados a la metanfetamina, y para eso necesitan mucho dinero. Seguro que por la cantidad adecuada estarían dispuestos a aguantar lo malhablada que eres.

Procter se soltó, sonriendo a medias, y deslizó su móvil en el bolsillo del chaleco de Petra antes de darle una palmadita.

—Nada de yonquis —dijo—. Si tienen que matarme, quiero al gigoló sexy, el mismo que pedías tú.

El estudio de Chester estaba lleno de montañas de libros: historia militar, novelas de espionaje, revistas especializadas, novela negra clásica... También había un estante con los textos eróticos autoeditados de Chester, de los que Procter había oído hablar, pero que nunca había visto. Al leer los títulos, pensó que le habría gustado conocerlo antes de que muriera: *Los servicios de Don Trabuco*, *Doña Linda P. Chuga*...

Empezó a hojear *Don Trabuco* en busca de pistas sobre el tipo de armamento al que se refería tan curioso nombre —aunque algo intuía—, pero empezaba a ser tarde, así que desplegó el expediente de Petra bajo el resplandor verdoso de la lámpara del escritorio y empezó por una carpeta que llevaba el título de «La oposición».

Llevada por el respeto involuntario —mezclado con ciertas dosis de odio— que le merecían los rusos emperrados en desmantelar la CIA, Petra había sacado del edificio varios *souvenirs* de sus torturadores. Había un perfil de Zhomov redactado por ella, con fuentes que se remontaban hasta los años ochenta, cuando él había ingresado en el KGB. También había biografías incompletas de los principales lugartenientes de Zhomov, un carrete de fotos medio borrosas de los colaboradores que se le conocían y una transcripción de las conversaciones entre Petra e Imperial, con las partes sobre la Sección Especial subrayadas. Procter leyó una lista esbozada por Petra de los probables integrantes de la Sección Especial. Las entrevistas con Imperial se interrumpían más o menos coincidiendo con su traslado a Las Vegas, dos años atrás.

Después de unas horas de lectura, con pausas programadas para levantarse, desentumecerse y deambular por la sala, Procter ya estaba casi segura de que en el estudio no había cámaras. Pocas horas antes del amanecer, empezó a hacer fotos de todos los documentos con su móvil de prepago, el que no le había dado a Petra.

26

Gettysburg

La despertó uno de los perros lamiéndole las picaduras. Procter se había quedado dormida en la mesa. Desde la puerta, Petra estaba increpando al perro con el mismo insulto en holandés que había usado el día anterior para referirse a Debs. Al incorporarse y frotarse los ojos, Procter comprobó que los informes ya no estaban en la mesa; habían sido sustituidos por el móvil que le había entregado la noche anterior.

—¡Arriba, dormilona! —dijo Petra.

Para desayunar había cereales. Su anfitriona se sentó frente a ella y se puso a mirar un crucigrama con los ojos entornados, mientras daba golpes en la mesa con el lápiz. Su taza de café conservaba algunos restos descoloridos del sello de la embajada de Estados Unidos en Amán, donde Chester había estado destinado hacía muchísimo tiempo. Tras diez minutos de silencio, sin otra interrupción que alguna que otra retahíla de palabrotas en holandés y la fricción excesiva de una goma de borrar, Procter ya no pudo más.

—¿Qué te parece la información de Imperial sobre la Sección Especial?

—Exacta pero incompleta. Es un degenerado, pero a veces dice la verdad, y estuvo reunido con el propio Zhomov cuando montaban la Sección Especial. —Sus ojos entornados se enfocaron en Procter antes de volver al crucigrama—. Palabra de siete letras que significa «ley».

—¿Por qué letra empieza?

—Por D o por M.

Procter se tomó una cucharada de cereales.

—Ni puta idea.

Petra apartó el crucigrama.

—Imperial estaba mal de la cabeza. Aparte de eso, como consiguió sacar bastante pasta, era rico, y por lo tanto no nos necesitaba, o por lo menos eso creía él. Costaba bastante mantener su atención. Era un animal salvaje. Bueno, sigue siéndolo, puro apetito en forma humana. Pero tampoco teníamos a nadie más que hubiera visto ciertas cosas en persona, por decirlo de algún modo. Había hablado de tú a tú con los responsables de los topos rusos.

—¿Crees que cualquier posible infiltración habría corrido a cargo de Zhomov?

Petra seguía con el crucigrama.

—D-E-C-R-E-T-O. Encaja. ¡Perfecto! Sobre tu pregunta, la respuesta es sí: se habría encargado él, con un equipo para gestionar los detalles. Se podría decir que habría dejado su huella.

—¿Crees que podrías ayudarme a concertar un encuentro con Imperial? Algo discreto, extraoficial; no hace falta que intervenga la Estación Las Vegas, y Langley aún menos. Una simple charla entre amigos.

Petra suspiró.

—Un hombre como Imperial no sigue las pautas habituales —dijo, dejando caer el lápiz en la mesa—. La última vez que quedé con él, en su casa de Las Vegas, se fue a echar unas partidas y no acudió al encuentro.

Sonrió de oreja a oreja mientras Procter la apuntaba con su cuchara, de la que caían gotas de leche.

—¿Cómo conseguiste apartar a un jugador empedernido de una partida de cartas? —preguntó Procter.

—«Autoestima», tres letras.

Procter hizo crujir los cereales con los dientes.

—«Ego» —respondió.

Petra cerró un ojo para escribir. Luego se levantó, cogió un sacapuntas de un cajón y tiró las virutas a la papelera.

—Tuvimos que recurrir a una chica para apartarlo de las mesas —explicó—. Él ya se las puede buscar por su cuenta, claro, pero yo pensé: «¿Qué puede separar del juego a un ruso demente y cachondo? Pues un culo nuevo.» Moraleja: dos días en Las Vegas y unos veinte minutos de conversación convincente, todo ello el día después.

—¿Y qué os dio?

—A ver... Cuando salió el tema de Zhomov y de la Sección Especial, Frankie, que es su nuevo nombre, como puedes suponer, dijo que Zhomov no era normal. No es uno de los chequistas de Putin, esos lameculos que chupan del Estado, llevan trajes caros y viven en pisos con todas las comodidades. Frankie aseguró que Zhomov era un monje espartano que vivía sin lujos, una abeja obrera que seguía refiriéndose al SVR como Primer Alto Directorio. La religión de Zhomov se basaba en la idea de que Rusia estaba

inmersa en una guerra a muerte con Estados Unidos. Su misión no era robarnos secretos, sino destrozarnos. Estaba decidido a machacar a Estados Unidos y a la CIA; a hacer que se desmoronasen, dijo Frankie, de la misma manera que una generación antes se habían desmoronado la Unión Soviética y el KGB.

—Suena a cuento de hadas —dijo Procter—. ¿Tú te lo crees?

A Petra se le escapó una risa amarga.

—Ya te dije anoche que yo creo en el gran vacío frío y negro. Bueno, Artemis, acábate los cereales, que ya es hora de que te largues.

—Espera —dijo Procter—. Una ojeada final a la oscuridad de Singapur. La vaga advertencia que recibimos antes de que se fuera Sam, la de Rémora... El activo de Mac y Theo... Las valoraciones las escribiste tú, y...

Petra la cortó.

—Vas a preguntarme lo que pienso de él, ¿verdad?

Procter volvió a llenarse el cuenco de cereales.

—Si no te molesta... Daba la impresión de que creías que algo iba mal.

Petra había cerrado los ojos, y le temblaban los párpados como si dentro de su cráneo palpitara el cerebro. Le dio un acceso de hipo.

—Rémora nos pasó algunas golosinas, está claro, pero a mí me parecía que la calidad era muy irregular, y no pude evitar preguntarme por qué. Ya sabes cómo somos los de Dermatología, Artemis: siempre estamos buscando anomalías. Me limité a dejar constancia por escrito de que habría esperado más regularidad en el material. Por decirlo sin rodeos, nos pasaba algunas cosas muy descafeinadas y otras muy específicas. La valoración la redacté unas

semanas antes de que me echasen. Les dije... ya sabes, siempre con las reservas propias de los analistas... En fin, les dije: a ver, podría no ser nada; igual es que le están entrando dudas sobre lo de hacer de espía y nos oculta cosas. ¿Puede ser? Puede ser, pero no deja de ser una anomalía.

Lo dijo lentamente, como si Procter pudiera no entenderlo.

«Ésa es la razón», pensó Procter, «por la que los agentes despreciamos a los dermatólogos». Los de Derm cerraban casos, o los paralizaban, y nadie conseguía un ascenso, ni ese cosquilleo que te recorría el cuerpo, por rechazar determinados casos, por no reclutar activos; todo eso se conseguía cazando, y obteniendo resultados, y si los agentes eran cazadores, lo que hacían los dermatólogos era olisquear la carne que traían los cazadores y buscar excusas para no consumirla.

—¿Y al final quién te quitó de en medio? —preguntó Procter haciendo crujir los cereales mientras masticaba.

—¿Cómo se llamaba el maldito régimen político que estableció Gosford? —dijo Petra con tanto ímpetu que algunos de los perros levantaron la cabeza de golpe.

—Restitución.

—Restitución. —Se echó a reír—. Menuda panda de inútiles... En el paraíso de Gosford, «restitución» quería decir que *dat pokkenwijf*, Deborah Sweet, metía las narices en todo. Gosford quería que la zorra esa, con su cuello de pavo, lo dirigiera todo como James Jesus Angleton en sus buenos tiempos. Un día, poco después de que te despidieran, Sweet vino a mi despacho y preguntó por mi informe sobre Rémora. Estaban usando la información proporcionada por él para un montón de informes, y *dat nare pokkenwijf* asistía junto a

Gosford a las reuniones convocadas a raíz de esos informes. Para esa zorra, Rémora era una vía de acceso al Despacho Oval. Total, que me dijo que tanto el séptimo piso como la Casa Rusia estaban descontentos con mi evaluación, y que no era el momento de cuestionar a un activo que «se arriesgaba tanto». Lo más alucinante fue que se extrañó de que me quejara por los gastos de la casa franca. Yo había mandado algunos mensajes sobre el tema; todo por correo electrónico, no por cable, ¿eh?, y...

Procter la interrumpió.

—¿Los gastos de la casa franca?

—Nada, Artemis, una parida. Resulta que en la Provenza hay una granja, en un sitio muy bonito cerca de Lacoste, que alquilaron porque a Rémora le quedaba de camino cuando iba a Barcelona, donde vive la familia de su mujer, que es medio catalana. Esa granja, como te podrás imaginar, era carísima. Los de Tesorería estaban de los nervios. ¿Por qué no se recortaban gastos y se alquilaba algo por Airbnb o cualquier mierda de ésas? ¿Por qué no nos quitábamos de encima el sitio ese? La respuesta siempre era la misma: que Rémora es uno de nuestros activos más rentables, que necesitamos un sitio cómodo y fijo, un sitio que esté siempre disponible para cuando Rémora pueda viajar y necesite hablar con nosotros... ¿Tú has visto alguna vez que nos quedemos una casa así a perpetuidad, sólo para un activo?

—No —dijo Procter—, la verdad es que no. Y tú a Debs y a los muchachos, ¿qué les habías dicho sobre las anomalías, si no es indiscreción?

—Cosas muy simples. ¿Rémora es subdirector del Quinto? Pues que nos dé una lista de todas las operaciones que Moscú tiene en

marcha ahora mismo en Europa. Que nos dé los nombres de todos los agentes del SVR que trabajan en Europa con objetivos estadounidenses. Todo lo que pueda encontrar. Entonces *dat pokkenwijf* me dijo que estaba levantando mierda. Deborah Sweet era una agente fracasada, con un currículum de lo más gris, pero gracias a Gosford regresó a la CIA para llevar el directorio de operaciones. Es la repera, Artemis. Entró en Langley por segunda vez sin tener ni pajolera idea de lo que estábamos haciendo. Necesitaba demostrar de alguna manera su valor, y en ese sentido la información que nos proporcionaba Rémora era un tesoro. Era un activo que había superado todas las pruebas, y que cumplía. ¿A santo de qué venía yo a levantar mierda? Fue lo que me dijeron, Artemis, que me callara; y yo, como soy buena chica, a partir de ahí no abrí la boca.

—¿«Te dijeron»? ¿Quiénes?

—Vete tú a saber. Seguramente todos. Tenían sus motivos. Lo mío era un jarro de agua fría. A Theo le complicaba la vida, y a Mac le amenazaba la gallina de los huevos de oro. Gus tenía la impresión de que, siendo él jefe en Moscú, yo le había enfriado algunos casos con malas valoraciones, y ya sabes el humor de perros que se trajo al volver en primavera. Había mal rollo en todas partes. Los dermatólogos no le gustan a nadie.

Procter levantó su taza con una sonrisa que quería parecer una mueca de asco.

—En todo caso —prosiguió Petra— se cumplió el deseo que tenían en común tu Bratva y *dat pokkenwijf*, aunque en los motivos dudo que coincidieran: me quitaron de la valoración y se la dieron a un

chaval más flexible, uno con cara de bebé y sin pelo en los huevos. No recuerdo cómo se llamaba.

—¿Y al final fue Debs quien te echó?

—¿Quién iba a ser, si no? Pues la jirafa esa, que no me dejó ni marcharme tranquila. Tal como me despidieron no puedo ni trabajar por mi cuenta. —Sus ojos brillaban de rabia—. Venga, Artemis, que has dejado los cereales hechos papilla, y como sigamos hablando de este tema igual me enfado tanto que te mato sólo para tranquilizarme. Ya es hora de que te vayas.

Petra la acompañó hasta el coche. Cuando Procter estaba a punto de abrir la puerta de su RAV4, Petra le puso una mano en el hombro. Tenía los ojos un poco desquiciados. Los perros captaron su estado de ánimo y volvieron a ladrar, esta vez sin ardillas a la vista.

—Si tienen una penetración a alto nivel —dijo sin apartar la mirada del suelo—, y de momento no hemos perdido muchas fuentes, habrá que preguntarse a qué juegan, ¿no? Igual es que Zhomov ha cambiado totalmente de juego.

Subrayó la frase aplastando una piña con el pie.

—Yo esperaba jubilarme con un homenaje —continuó Petra—, y supongo que tú también. Lo hemos dado todo, ¿no? Pero al final nos echan por la puerta trasera, sin darnos ni las gracias. A mí me dijeron que me mandarían por correo la bolsa azul, con la bandera, el medallón y el certificado de los cojones, pero aquí de momento no ha llegado nada. Seguro que lo han perdido los de correos. A ver, tampoco es que me esperase un desfile, pero bueno, un mínimo de gratitud sí... Una compensación por el esfuerzo. No parecía

demasiado pedir. Al final, cuando *dat pokkenwijf* y yo ya nos lo habíamos dicho todo y pusieron mi cabeza en la guillotina, me di cuenta de que estaba harta de ofrecerles mi ayuda. Me dije: «Mira, Petra, si aquí hay un topo cavando bajo tierra, que lo encuentren estos ingratos, que tú has cumplido de sobra. Aquí sólo quedan gestores pichaflojas y niñatos woke. ¿Hay alguien que espíe de verdad?» Eso fue lo que estuve pensando las últimas semanas, mientras daba vueltas por la cafetería. Ya no iba ni a la oficina. Total, allí no me quería nadie, ni el séptimo piso ni tu Bratva. Me dedicaba a observar a los chavales, a los externos y a los directivos. Langley se había convertido en una masa humana sin valor. A mi ceremonia de jubilación mandaron a un lacayo del séptimo piso, un atontado de recursos humanos, y se equivocó de nombre. Ese niñato me llamó Patty. ¿Sabes qué les dije, Artemis? *Opkankeren.* Los mandé a la mierda. Tú también deberías hacerlo, con todo lo que has currado... Sea como sea, si optas por no mandarlos a la mierda, ve con cuidado, Artemis, con muchísimo cuidado. Como metas la mano en la topera te llevarás un mordisco. Algún bicho te clavará los dientes hasta el fondo. Sé precavida. Te lo dice Petra.

Aflojó la presión de los dedos en el hombro de Procter y empezó a volver hacia la casa por la alfombra de pinaza, seguida afanosamente por sus perros.

TERCERA PARTE

Radicales libres

27

Dallas / Puerto Vallarta, México

En el barrio, cuando lo sacaban a dar largos paseos o jugaban con él en el jardín, al bulldog francés de Peter e Irene Venable lo conocían como *Joseph*. Sólo en casa lo llamaban por su verdadero nombre, *Stalin*. La vivienda era un edificio de adobe de una sola planta, con cubierta de tejas y unas palmeras enormes en la entrada, cercano a las ondulaciones del frondoso flanco este de Dallas, que marca la frontera con las sofocantes planicies del norte de Texas. La habían comprado hacía unos años, al llegar desde Austin, recién graduados por la Universidad de Texas. En plena llamada por Zoom, medio adormilado, Peter miró los árboles por la ventana. Ese año el calor había arrastrado sus uñas por la pizarra del otoño: mediados de octubre y la máxima del día se aproximaría a los treinta y dos grados. Mientras sorbía el café que se preparaba en su despacho de la casa, Peter fantaseó con la nieve.

Cerró Zoom sin haber hecho una sola intervención, contestó tres correos de sus compañeros de Southwest Airlines, donde trabajaba en el departamento de planificación y análisis financiero, y abrió su bandeja personal. Lo de siempre: noticias, un mensaje de un vecino que estaba organizando una velada de póker y un recordatorio para

vacunar al perro de la Bordetella. La primera vez que Irene había llevado a *Stalin* al veterinario se había producido lo que los amigos menos convencionales de los Venable llamarían una falta de oficio: Irene había dado el auténtico nombre del animal, aunque, según su testimonio, entre el personal de la clínica no había habido miradas raras ni arqueamientos de cejas, señal sin duda de que todos sus miembros compartían la lamentable falta de conocimientos básicos acerca del mundo de la que adolecían sin excepción los compatriotas de Peter e Irene, más aún en lo referente a la historia rusa. El recordatorio, que hizo sonreír a Peter, anunciaba que *Joseph Stalin* tenía cita para el martes siguiente, y añadía que tendrían que llevarlo con correa, porque últimamente se habían producido varias mordeduras.

Su sonrisa se borró de inmediato al ver el asunto de un mensaje que entró justo cuando cerraba el del veterinario.

«Saludos del tío Stephen»

—Mierda —dijo en voz baja—. Mierda.

Se le habían quedado los dedos pegados al teclado.

Nada más abrir el mensaje sintió que su cuerpo se subía con una cabriola a lo más alto de la estantería, desde donde se vio a sí mismo sentado ante la mesa.

Hola, Peter:

Siento no haberte escrito en tanto tiempo. Me apetecía contarte lo que tu tía y yo hemos estado haciendo este último verano en el jardín. ¡Madre mía, pero qué flores! ¡Cuántas hierbas y hortalizas, y qué máximo verdor! Es increíble. Estamos tan contentos...

Te adjunto una foto que ha hecho tu tía. Tal vez tú y la encantadora Irene podáis decirle qué os parece. Estaría muy bien que vinierais pronto a visitarnos para ver el bienestar de las flores antes de que llegue el otoño.

Con mucho cariño, tu tío favorito,
Stephen

«Pero, por Dios, ¿quién iba a escribir semejante basura?», pensó, recordando las claves, muy sencillas: una antes de «verdor» y otra antes de «flores». «Máximo bienestar.»

—¡Irene, ven a ver esto! —dijo levantando la voz.

Irene estaba en el comedor, cuya mesa solía usar como escritorio de trabajo. Gestionaba las redes sociales de una *start-up* de coches compartidos, y llevaba toda la mañana subiendo fotos de dueños de restaurantes de la zona yendo y viniendo por Dallas.

—Un segundo, cariño, que estoy acabando un post.

—Pues cuando acabes trae el ordenador.

—¿Qué dices, Peter? Cállate.

El portátil era un Asus entregado por «el español» dos meses después de lo de Oklahoma. A Peter aún le temblaban las piernas cuando recordaba todo aquello.

Irene entró en su cuenta de Instagram y buscó @maximobienestar. Salían fotos de joyas, vídeos de modelos promocionando ropa, imágenes de destinos turísticos exóticos y platos apetitosos. Lo que colgaría cualquier influencer del montón, vaya. Seguro que era un popurrí de otras cuentas. Aun así, observó

que tenía veintiún mil seguidores, y los posts parecían generar un grado razonable de implicación. Irene había insistido mucho en ese sentido al hablar con el español. Bolsos rojos: el español sabía que buscaban bolsos rojos. Después de moverse con creciente frustración por los posts de las últimas semanas, volvió al más reciente. En efecto: la cuarta imagen contenía un bolso rojo de Hermès colgado del hombro de una rubia esquelética. Se descargó la foto en el portátil y la arrastró a una carpeta titulada flowerhappy.exe. A continuación, tecleó una extraña clave de veintisiete caracteres, anotada por partes en diversas páginas de una libreta. La foto, introducida en el programa flowerhappy.exe del ordenador principal, fue enviada a otro programa oculto en el disco duro. Irene clicó. Diez por ciento. Veinte. Cincuenta. Ochenta... Al ver aparecer el reloj de arena del ordenador, se preguntó si algo había salido mal.

—Peter, ¿has tocado algo?

—¿Yo? No, claro que no.

Irene pulsó el panel táctil. Su mirada, fija y amenazadora, parecía sugerir que iba a aporrearlo hasta que saliera despedido por detrás de la pantalla.

De repente, cien por cien. El reloj de arena se vio reemplazado por un texto: la estenografía de la era digital, el arte de esconder un mensaje en una imagen.

Una ubicación, una fecha, el lenguaje corporal... Una nota, procedente al parecer de «los más altos niveles», en la que se les informaba de que sus amigos contaban con ellos.

—Peter... Dios mío... —dijo Irene.

Peter se imaginó el invierno cubriéndolo todo, y las murallas rodeadas de nieve; volvió a ver mentalmente un paisaje infinito de colinas de un marrón verdoso, y se llevó la fértil tierra negra a la nariz. Acababa de abrirse una válvula de comunicación con su alma.

Dos días más tarde, dejaron a *Stalin* en la residencia canina; habían pedido a la oficina de correos que les guardaran la correspondencia, y a los vecinos que les recogieran las entregas de Amazon. Una escapada de fin de semana a Puerto Vallarta para que Irene se desestresase, explicó Peter a sus compañeros. Ambos tenían vacaciones acumuladas. De hecho, ninguna de las dos empresas tenía una política oficial en ese sentido. «¡Podéis trabajar en cualquier sitio!» Como Peter trabajaba para una línea aérea, Irene y él podían apuntarse gratis a la lista de espera de cualquier vuelo. Estuvieron cuatro horas en la sala de espera del aeropuerto Love Field de Dallas hasta que quedaron plazas libres. Luego tres horas volando, y un par más en coche. A última hora de la tarde ya estaban pidiendo las segundas margaritas de su terapia antiestrés en el bar de la playa del resort, donde no había nadie, y donde les estaba costando mantener algo vagamente parecido a una conversación. Irene llevaba un bikini negro y una gorra de los Texas Rangers; Peter, bañador azul y gorra de los Rangers a juego, como indicaba, una vez descifrado, el mensaje.

Ni el bautizo de su habitación con un arrebato de sexo gimnástico ni el gota a gota de alcohol que llevaban arrastrando todo el día —dedo al botón nada más alcanzada la altitud de crucero, y dos destornilladores, por favor, sí, doble va bien— habían logrado aliviar

la tensión. Peter no sabía exactamente qué iban a pedirles, pero desde lo de Oklahoma estaba preocupado. Fuera como fuese, tenía la certeza de que ver al español subiría de golpe el volumen de ese recuerdo, del que a partir de entonces ya no podría desconectar.

Fue la voz lo primero que llegó hasta sus oídos por las curvas del camino que bajaba a la playa desde la piscina. Contuvo el impulso de girar la cabeza. Frases firmes y aterciopeladas en un español que Peter comprendía a medias. El interlocutor, estadounidense, hacía un esfuerzo meritorio, aunque infructuoso, por dar conversación en un idioma que hablaba fatal. Peter intuyó que el español estaba fijándose en todo. Al cabo de un momento, éste puso fin a la conversación con el estadounidense sin cara y, poco después, Peter oyó su silbido campechano y el ruido de sus chanclas sobre los tablones de madera.

El español se sentó al lado de Irene. La misma pinta de siempre: sonrisa afable, pantalones de vestir y camisa blanca. A esas alturas, Peter ya se había dado cuenta de que el español tenía el don de decir las frases justas y en el orden justo para llegar, gracias a una especie de magia conversacional, justo a donde quería. Y era un guía amable, dispuesto a seguir los derroteros de cualquier conversación aunque no fuese un tema elegido por él, ya fuera el béisbol, el tiempo, el tequila o los vaivenes del mercado inmobiliario en Dallas.

Como a la mayoría de los hombres, le gustaba ver a Irene en bikini, pero, a diferencia de los otros huéspedes del resort, no hacía el menor esfuerzo por disimular su interés, y la contemplaba sin pudor. Por algún motivo, Peter no lo sentía como una amenaza; acaso porque el español le parecía lo bastante profesional como para

saber valorar un cuerpo de veintiocho años atlético y semidesnudo sin transmitir la tentación de follárselo. Además, había otros detalles tranquilizadores, como que el español les llevara como mínimo dos décadas, que le estuviera saliendo una doble papada, y que Irene lo hubiera calificado en cierta ocasión de «repugnante». Así que, por él, podía mirar todo lo que quisiera.

Estuvieron bebiendo y conversando durante una hora. Era, intuía Peter, la manera que tenía el español de aclimatarlos. Luego, considerando que su invitación ya no parecería demasiado directa o demasiado brusca, el tipo propuso que los tres fueran a tomar una copa en su villa. Dijo que tenía un tequila difícil de encontrar y un porche a pie de playa. Recorrieron casi un kilómetro de arena trasladada con camiones, junto a un agua turquesa, y por último un serpenteante camino de madera que llevaba hasta la villa.

Se sentaron a la mesa del comedor. Hubo un momento incómodo, el primero desde su encuentro en el bar, en que el español se los quedó mirando. Se atusaba todo el rato el bigote con el pulgar y el índice, mientras daba golpecitos en la madera oscura o deslizaba los dedos por los grabados acuáticos del borde de la mesa.

—Vamos a proponerles un trabajo muy importante —dijo finalmente.

Le pasó a Peter un lápiz de memoria negro y un papel doblado.

—Este mensaje viene de Moscú —explicó el español mientras Peter abría el papel—. Se lo digo para que entiendan la importancia del encargo y la responsabilidad que ponemos encima de sus hombros.

Reparó en que Irene le había cogido la rodilla a Peter y se la apretaba como si quisiera exprimírsela.

—¿Qué quiere que hagamos?

El español se echó a reír, le quitó a Peter el papel de las manos y se lo comió.

Entrada ya la noche, Peter e Irene se dieron un baño muy caliente en su habitación, bajo pétalos de rosa que flotaban perezosamente por la superficie como barcos rosados de vapor. Llevaban así, en silencio, desde que se habían ido de la villa del español. Cada vez que Peter cerraba los ojos y se hundía más en la bañera, unos nuevos recuerdos se sumaban a los anteriores: ese verano ya tan remoto, con el intenso aroma a manzanas de la dacha de sus tíos Lidia y Alexéi, en las afueras de Nizhni; los huertos, las colinas verdes y el zumbar de los insectos... Y a continuación, otros recuerdos más intensos, más hirientes: la espectral Masha, la hija de los vecinos, una chica de diecisiete años y ojos de visionaria que estuvo todo el verano pegada a su cadera, y con quien acumuló una década de experiencia sexual en sólo tres meses. Finalmente, recordó su encuentro con Irene en un hospital ruso de campaña, cerca de Rostov del Don. El sello más reciente de sus pasaportes era de Finlandia. Estaban hablando con un soldado que había perdido las dos piernas y gran parte de un brazo en un bombardeo de la artillería ucraniana. «En el lápiz de memoria hay una carta de ese joven», había dicho el español. «Léanla al llegar a casa.» Los recuerdos extraían de las simas de su alma un revoltijo de emociones aún más vertiginoso: alienación, rabia, envidia, impotencia... Aun así, gracias al agua caliente, el bloqueo emocional

que sentía en su cerebro no impidió que el recuerdo de Masha se la pusiera durísima.

Peter abrió los ojos.

—Podemos decir que no —dijo de sopetón, lanzando una mirada al maletín que había dejado el español—. Esto lo tiramos al mar, con el lápiz de memoria, o lo enterramos en la selva, o se lo dejamos aquí a los de la limpieza.

Irene se rió.

—Ya hemos visto los nombres, cielo. No podemos. Además, ¿seguro que quieres hacer eso?

—No —se apresuró a contestar él para no entrar en discusiones.

Pero ¿estaba seguro? No.

Irene se deslizó por la bañera, se montó encima de él y empezó a besarlo en la boca y el cuello. Sabía a sal y a alcohol. Los dedos de Peter recorrieron el surco de su espalda. Por un momento, sintió la lengua de Irene en su oreja. Luego ella se retiró un poco, no mucho, para susurrar unas palabras.

—Es nuestra oportunidad. Nos han dado una oportunidad, Peter, y creo que deberíamos aprovecharla.

—¿Por qué nosotros? —preguntó él, quizá no tanto a Irene como a sí mismo—. ¡Como si no tuvieran profesionales, por Dios!

Cuando el avión ya se disponía a aterrizar en Dallas-Fort Worth, Peter empezó a pensar en el formulario de aduanas. ¿Llevaba encima más de diez mil dólares en efectivo? El sobrecargo dijo que en los vuelos entre Estados Unidos y México ya no había formularios en papel, cosa que a Peter, sin saber por qué, lo tranquilizó, como si

sus infracciones aún pudieran negarse: pecados futuros, previstos pero aún no cometidos.

En la interminable y sudorosa cola de turistas chamuscados y niños gritones, tuvo miedo de que le explotara el corazón. Irene no paraba de ponerse protector de labios. Peter veía desaparecer y reaparecer constantemente el tubo en su bolsillo. Irene lo apretaba con ferocidad, como si pudiera salvarla o servirle para apuñalar a un agente de aduanas demasiado inquisitivo.

Al final les llegó el turno. Tras hacerlos avanzar, el agente de aduanas escaneó sus pasaportes sin decir nada.

Peter e Irene recogieron su equipaje de la cinta y dejaron atrás a los funcionarios de Protección de Fronteras agolpados en las puertas. Cruzaron sin prisa el acceso reservado a los ciudadanos estadounidenses que volvían al país sin nada que declarar. El aire era metálico, aceitoso. Peter se preguntó si sentirse vivo era eso.

Por la noche, los dos se pusieron a examinar el contenido del maletín del español, desplegado en el suelo de su vestidor. Irene ya había logrado abrir el compartimento secreto mediante la combinación de puntos de presión y giros que les había enseñado el español poco después de tragarse el papel.

Sacó un fajo de billetes de una bolsa y se lo dio a Peter para que lo contase.

—Veinticinco mil —murmuró él.

Irene inhaló con fuerza.

—¿Cómo?

—He dicho veinticinco mil. Es lo que ganamos tú y yo en un mes. Una... una miseria es lo que es. Nos merecemos que nos traten con más respeto. ¿De qué van?

Lo que no dijeron ni él ni Irene, aunque Peter lo sentía dando vueltas en su corazón, fue que no era cuestión de dinero, o que el dinero era lo de menos.

—Lo haremos —dijo Irene—. Así verán de qué somos capaces, y luego les pediremos más.

Al anochecer, sentados en las sillas Adirondack verdes del porche, Peter e Irene compartieron un porro y bebieron kombucha con alcohol. *Stalin* estaba acurrucado en el regazo de Irene, mientras su dueña, con el móvil en la mano, admiraba algunos de los posts de Instagram de la *start-up* de coches compartidos.

—El doble de *likes* que la semana pasada —dijo—. Y más del doble de comentarios.

Dejó el móvil para dar una calada. Luego le pasó el porro a Peter, que estaba contemplando absorto cómo la luna subía por el cielo.

—¿Es una misión kamikaze? —preguntó ella, sacando humo por la boca y masajeando las caderas del perro.

Stalin gruñó de satisfacción.

Sobre la valla del fondo apareció una cabeza, y luego una mano saludando.

—Hola, Venable —dijo una voz—. ¿Qué tal por México?

—Genial —contestó Peter—. ¿Vosotros bien, Doug?

—El negocio funciona —añadió Doug—, o sea, que no puedo quejarme. —A Peter le daba mucha rabia oírle decir que le iba bien

el negocio, porque era cirujano cardiovascular—. De todas formas, la semana que viene me voy otra vez a Breckenridge, a descansar. Total, ¿quién me lo impide?

Olfateó con la cabeza en alto, y luego miró a Irene con sorna. Le gustaba mirarla.

—Vaya, vaya, Irene... Y tú, jovencito. —«Vete a la mierda, Doug», pensó Peter—. ¿Estáis fumando maría?

—¡Pues claro! —contestó ella antes de coger el porro de manos de Peter y lanzar una nube por la boca—. Esta hierba es la hostia. ¿Quieres probar?

Doug se rió.

—Gracias, pero voy a pasar. Oye, ¿os importaría recogerme el correo? Vuelvo el jueves.

—Tranquilo —dijo Irene, acompañando el gesto del pulgar en alto con una sonrisa de fumeta.

—Vale, pues gracias. La próxima vez os cuidaremos nosotros a *Joseph*, y así os ahorráis todo el rollo de la residencia canina.

—Hecho —dijo Peter.

—Gracias, Venable. Venga, a disfrutar —dijo Doug antes de irse.

Peter cogió el porro.

—¿Tú quieres que sea una misión suicida?

Irene se apoyó en el respaldo con los ojos cerrados, frotando las caderas de *Stalin*.

—Ya veremos, ¿vale? Ya lo averiguaremos juntos.

28

Langley / Clarendon

Desde que Procter se había ido, las cosas no fluían como era de esperar: Sam se pasaba el día proporcionando información sin recibir ninguna a cambio, una situación sumamente incómoda para cualquier agente de la CIA. Para empezar, le habían dicho que la reevaluación psicológica y médica era pura rutina, un simple control después del trauma de Moscú. Gus le había adelantado que habría unas cuantas «conversaciones más» con los de Seguridad y los de contrainteligencia. «Unas dos o tres», había añadido, resumiendo todo el proceso con una displicencia que a Sam le había resultado tranquilizadora. Le parecía un reinicio extraño, inoportuno, pero ¿qué podía hacer él?

Lo más raro de todo habían sido las reuniones con Seguridad, distribuidas a lo largo de dos semanas. En vez de mostrarse fríos como de costumbre, al borde de la hostilidad, los entrevistadores habían actuado con desgana, como si no tuvieran ningún interés en hablar con él.

Al principio Sam se había alegrado, interpretándolo como una señal de que la revisión era efectivamente un formalismo, una

comprobación de rutina para descartar cualquier preocupación por su encierro y pasar página.

En la invitación del calendario ponía «Reevaluación / Decisión e informe final». Se la había enviado Gus la noche anterior, poniendo en copia al representante de recursos humanos de Moscú X. O sea, que Sam tenía razón a medias. El proceso, en efecto, había sido un formalismo. Pero ¿y las consecuencias? Al entrar en el despacho de Gus, y ver el gesto seco de saludo del representante de recursos humanos, comprendió que se había equivocado de cabo a rabo al pensar que todo iría bien.

Una década antes. Primera comparecencia de Sam Joseph ante un comité de evaluación de la CIA.

Fue justo después de haberse enamorado de su activo sirio, uno de esos errores placenteros que el tiempo va adornando con múltiples capas de felicidad, contrición, voluptuosidad nostálgica y autodesprecio.

Por decirlo de otro modo, el tipo de pecado que con mucho gusto volvería a cometer. Deberían haberlo echado. Incluso ahora, pese a conocer toda la historia, seguía extrañándose de que no lo hubieran despedido.

Se había ido enterando por partes, poco a poco. Quien no había soltado prenda, por descontado, era la jefa, pese al protagonismo que acabaría teniendo en todo el proceso. De hecho, a su regreso de Siria, Sam había tardado mucho en volver a verla, sin que ella hiciera grandes esfuerzos por remediarlo. Sam se había planteado si debía tomárselo como algo personal, pero al final había comprendido

los patrones climáticos de Procter y había llegado a la conclusión de que no era por mala voluntad. Sencillamente se había olvidado de él, como todos.

En los primeros y lúgubres meses de su ingreso en Langley, sin embargo, durante una *happy hour* por lo demás inocua, frescas aún en su mente y su cuerpo las cicatrices de Siria, un colega borracho —que casualmente también había sido su compañero de clase en la Granja— se lo llevó aparte para explicarle con voz pastosa que su antigua jefa, Artemis Procter, había ido a hablar con él durante el proceso del comité de evaluación. Y no sólo eso, sino que lo había invitado a comer.

—El caso es que yo no la conocía de nada. Nunca le había dirigido la palabra, pero un día, de repente, me encuentro una nota de ella invitándome a comer.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Sam, alzando la voz para hacerse oír en medio del barullo de la fiesta.

—Tenía una excusa, aunque ya no me acuerdo ni de cuál era, porque a los cinco minutos sólo quería hablar de ti. Qué asco, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—¿Cómo?

El volumen de la música acababa de subir.

—¿Qué te preguntó?

—Ah... nada, chorradas: cómo eras en la Granja, mi impresión general sobre tu personalidad, tu sentido del honor, tu criterio... tonterías así. Yo le dije todo lo que quería oír. Mentí por tu bien.

Miró a Sam con una sonrisa de oreja a oreja e hizo el gesto de un brindis, derramando la bebida sin querer.

—¿Y por qué hizo eso Procter?

En vez de responder, el colega dijo que sabía de otro compañero de la Granja que había recibido una invitación similar. A la jefa, como era previsible, la habían entrevistado durante el proceso del comité de evaluación. Al parecer, había hecho una especie de declaración jurada sobre los catastróficos sucesos que habían marcado los últimos días de Sam en Siria, donde tanto éste como su activo (y amante) habían terminado en la misma sala de interrogatorios y habían estado a punto de morir. Sam no había vuelto a Langley ni como un héroe ni como un chivo expiatorio, sino como algo mucho más ambiguo, y por consiguiente peligroso: un agente muy capaz, y muy trastornado, que aparte de exhibir una conducta heroica había infringido gravemente el código moral de la tribu. Su antiguo mentor, Ed Bradley, responsable por aquel entonces de la División de Oriente Medio, lo formuló con sencillez: «El comité sopesará por un lado el heroísmo y por el otro la evidente cagada, y dictaminará en consecuencia.» Al preguntarle Sam por sus posibilidades, Ed le dijo que mejores que en Las Vegas: cara o cruz.

A los dos meses de que el comité de evaluación echase la moneda al aire y decidiera que podía quedarse, y a la semana de enterarse de los misteriosos almuerzos de Procter, Sam fue en coche al rancho de Bradley, a tomarse unas cervezas y a hacerle unas preguntas sobre las intervenciones de la jefa.

—¿Dónde está Procter? —preguntó—. Ha desaparecido. Al menos yo no la tengo localizada.

—En Florida, más o menos para un mes —dijo Ed—. Asuntos familiares.

—¿La jefa tiene familia?

—Por lo que me han contado —respondió Ed con cautela—, tiene parientes en Florida, un primo, o algo así. La verdad, no tengo ni puta idea de lo que está haciendo allí.

Sam abrió otra cerveza.

—Me han dicho que estuvo preguntando por mí a unos cuantos compañeros míos de la Granja.

—Es normal que el comité, para su veredicto, tenga en cuenta la personalidad del agente. Tu historial de honor e integridad.

—¿Y es normal que quien se encargue de ello sea el ex jefe del investigado?

Bradley lo miró a los ojos.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué está tramando Procter? Ni siquiera me devuelve las llamadas.

—No es una persona normal, Sam, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé.

—No le des más vueltas. Lo hecho, hecho está.

—¿Adónde la mandarán después de esto?

—Bueno, con las críticas que recibió del comité, no sabría decirte. Todavía no la han relegado a un despacho, pero es posible que la dejen una temporada en espera.

Era la primera vez que Sam se enteraba de que a la jefa le había caído un puro a causa de sus decisiones en Siria.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que le echaron bastante mierda encima, Sam; o, para ser exactos, se la echó ella misma.

—Venga, Ed, tío, cuéntamelo.

Bradley no tenía ganas de hablar —Sam se preguntó si su colega también había recibido alguna bronca por parte del comité por todo aquello—, pero sí le reveló unos cuantos datos esclarecedores. El primero era que Artemis Procter había asumido a todos los efectos la plena responsabilidad por todas las decisiones operativas de esos últimos días en Siria; el segundo, que la jefa respondía por completo y sin matices del carácter de Sam (según Bradley, había recopilado como veinte testimonios de colegas del investigado para despejar cualquier duda), y el tercero, que Procter había asegurado ante el comité que Sam había confesado su relación con la siria por iniciativa propia. Según ella, Sam había dicho la verdad, principio ético esencial en un mundo donde, fuera de los muros de Langley, se les pagaba por mentir y robar.

—¿Y por qué hizo todo eso? —preguntó Sam.

—Ya te he dicho que no es una persona normal.

Tres cervezas más tarde, Bradley admitió que Procter había perdido su siguiente oportunidad como jefa. En esos momentos se estaba lamiendo las heridas en Florida, seguramente en medio de una farra descomunal.

Sam no lo entendió del todo hasta más tarde, y de forma gradual: durante el viaje de vuelta de la granja; en su piso, acostado pero en vela; con el subidón de endorfinas tras haber salido a correr por la noche; a la mañana siguiente, mirando el tráfico de cables sin verlo... La jefa podría haberse desentendido del asunto, o no haberse mojado, o haber dejado que él cargara con todas las culpas, lavándose ella las manos. Pero no, había subido al ring con los puños en alto.

Dos días más tarde, Sam estaba en un avión con rumbo a Orlando, siguiendo la pista del motel y el número de habitación que Bradley le había dado a regañadientes. En esos tiempos, Procter aún no tenía su caravana y se había alojado en un hotel barato de las afueras de Kissimmee. No servía de nada llamarla por el móvil, porque lo tenía apagado. Al parecer, había llegado al extremo de llamar a la compañía para que le suspendieran el servicio hasta final de mes. Sam vio su RAV4 en el aparcamiento. Subió a la habitación 202 y llamó a la puerta.

—No es buen momento, Magda —oyó que gruñía la jefa al otro lado de la puerta, mientras se descorría el cerrojo—. Me he olvidado de poner el cartel de NO MOLESTEN. —Se abrió la puerta—. De todas formas, cuando... ¡Joder! ¿Qué haces tú aquí?

—Hola, jefa.

—Te he confundido con el servicio de habitaciones.

—Sí, ya lo he pillado.

—Bueno, si querías ir a Disney te has equivocado de salida.

Sam miró la habitación con disimulo: del extremo de la cama colgaban cuatro pies. También había una bolsa de Fritos tirada por el suelo. El olor que se filtraba por la puerta era de ropa húmeda y cerveza pasada. Al fijarse en sus ojos, la jefa se volvió hacia el dormitorio para averiguar qué le llamaba tanto la atención. Sam creyó entrever cierta confusión en su mirada, como si ella misma se sorprendiera del espectáculo.

—¿Qué hora es? —preguntó desde la cama una voz masculina con tono lastimero.

—Mmm... cállate —dijo otra voz, esta vez de chica.

Sam asomó la cabeza.

—Parece que esto es mucho más divertido que Disney.

—Mala suerte. La habitación está ocupada —dijo Procter—. Conduces y pagas tú —añadió, poniéndose unas sandalias—. Y también tendrás que llevar el peso de la conversación, Jaggers. Llévame a Harmon's.

Ser agente de la CIA en el extranjero tiene su glamour, pero el regreso a casa puede ser como las campanadas de medianoche para la Cenicienta: uno se ve convertido en una aburrida calabaza de clase media. Pero no era el caso de Artemis Aphrodite Procter, que podía ser cualquier cosa menos mediocre. Así que, en lugar de hundirse a secas, había optado por bajar unos peldaños más, hasta una desatada sordidez tropical.

Si en Damasco ya había llamado la atención por su indumentaria —tejidos sin ninguna relación con el clima, colores totalmente fuera de lugar—, en Florida había ido aún más lejos: shorts de ciclista, camiseta blanca de tirantes (sin sujetador), sandalias Birkenstock y una gorra de los Cleveland Indians llena de lamparones. En el coche, de camino a Harmon's, no le preguntó a Sam para qué había venido. Parecía dar por sentado que sobraban los preámbulos y los «¿y qué, cómo te va la vida?». Fiel a su estilo de siempre, estuvo charlando con él como si llevaran varias semanas juntos en Florida, dedicando quejas y elogios a las empleadas del motel y toda una sarta de insultos a su primo, dueño de un parque de caimanes o algo así (no entró en detalles, ni sobre el primo ni sobre sus motivos para estar molesta con él).

Harmon's era un bar que también ofrecía un bufé de desayuno, lleno de clientes lanzados de cabeza a la diabetes. Todo el personal se deshacía en sonrisas con Procter, llamándola por su nombre. La

jefa se acercó al bufé con la seguridad de quien entra en su propia cocina. Tras llenarse el plato hasta el límite de su capacidad —eligiendo en un segundo los distintos ingredientes—, se unió a Sam en un reservado tranquilo, donde él se estaba tomando un café solo y un desayuno mucho más sensato: huevos revueltos, salchichas y dos tostadas.

Procter extendió cuatro tiras de beicon sobre un gofre. Luego coronó el gofre con dos *fingers* de pollo, bien bañados con sirope y una salsa cremosa que husmeó pensativa antes de darle el visto bueno. Remató su obra maestra con otras cuatro tiras de beicon y un segundo gofre. Tras beber un poco de café, se puso a buscar algo en el plato, alrededor de la mesa y debajo del banco.

—Se habrá caído rodando, la muy jodida —murmuró—. Un segundo.

Fue al bufé en busca de una fresa, que puso sobre el gofre. Luego cogió los cubiertos, soltó un suspiro y, con la vista todavía fija en el plato, preguntó:

—No habrás renunciado a tu puesto, ¿verdad?

—No.

—Joder, qué alivio. —Mientras cortaba su primer trozo de gofre, comentó que últimamente tenía más hambre que nunca porque se pasaba muchas horas en el gimnasio, y siempre le faltaban calorías —. Bueno, me alegro de que no hayas renunciado. Me habría cabreado de la hostia. ¿Qué te trae por Florida? ¿Es una visita social?

—Te he llamado varias veces, pero no me cogías el teléfono.

—A veces no respondo las llamadas.

—¿Por qué?

—He cambiado de zona, Jaggers, y la multitarea no es lo mío. Pero ahora estamos hablando, ¿no? ¿Qué pasa?

—Hablé con Bradley y unos cuantos compañeros de clase de la Granja y me enteré de que me defendiste en el proceso de evaluación. No lo sabía. Quería agradecértelo.

—Ah, pues de nada —dijo Procter, centrada como un láser en cortar un trozo de pollo—. Aunque podrías haberme dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Este tipo de cosas deben decirse a la cara, ¿no crees?

Procter recogió la fresa que se había caído al suelo y se la metió en la boca mientras se encogía de hombros, como diciendo: «Lo que tú digas, colega.»

—He oído que perdiste la oportunidad de ocupar un puesto como jefa.

—No, por Dios, ahora esta mierda no —dijo—. Hablemos de otro tema.

—No, yo quiero hablar de esto. He oído que te perdiste la vacante en Amán por mi culpa, y me...

—De eso nada —contestó Procter, haciendo una especie de gárgara y levantando impetuosamente los cubiertos—. ¡Falso! Fal...

—Pero ¿te puedes callar un segundo, joder? —le dijo Sam—. Quería decirte que lo siento, y quería que lo oyeras de mi boca.

Procter se estaba dedicando a ensartar trozos de pollo y gofre con una energía frenética.

—Que sí, coño, que sí, Jaggers. Ya que has venido expresamente en avión para la fiesta, y visto lo contemplativo que te estás poniendo en tu vejez, te daré lo que buscas... —Una cantidad monstruosa de pollo y gofre ensartada en el tenedor, y varios

segundos masticando—. Mi destino lo aplazaron... —Palabra que usaría con una coherencia irreprochable durante los siguientes días —. Y lo aplazaron por mi culpa, no por la tuya. Fue culpa mía. Tú no eres siempre el centro de todo, Jaggers. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Fue por mi culpa. Y la verdad es que es sencillo de cojones. Por lo visto, últimamente a la central le ha dado por disfrazar las cosas simples y convertirlas en un juego de ajedrez tridimensional, o en un cubo de Rubik lubricado, o qué sé yo, pero a veces las cosas simples no son más que eso: cosas simples. Tú eres un buen agente que la cagó, y en la central las cagadas las perdonan, siempre que sólo sea una y que la reconozcas. Como la reconociste tú conmigo... —Una tira entera de beicon doblada sobre sí misma e insertada en la boca, como si fuera un chicle de carne, y una larga pausa hasta haberla deglutido—. Lo cual no quita que a veces nuestros amigos del servicio de espionaje, y sus blandengues amos, prefieran echar toda la culpa de un desastre a una sola alma intrépida y luego darle puerta, cargando con todos los putos pecados del pueblo... —Un ataque de tos, que sólo cesó tras la llegada de una camarera con el vaso de zumo de naranja más grande que Sam había visto en su vida—. Gracias, Sandra, Dios te lo pague. Esa chica es un encanto, Jaggers. De las buenas. ¿Qué estaba diciendo...? Ah, sí, los pecados del pueblo. A veces Langley juzga conveniente cargar a un solo chivo con todos los pecados, y luego cortarle la garganta. He visto esa película un montón de veces. Y sí, es verdad que me habría resultado muy fácil sumarme a las críticas y dejar que se ensañasen contigo. Al fin y al cabo fuiste tú quien la cagó, y además a lo grande, pero ¿sabes qué? Que en esa misión la jefa era yo... —Había cerrado un ojo para volver a

centrarse en el cuchillo—. Y la responsabilidad era mía. Tanto de tu miserable vida como de tus penosas decisiones. Por otra parte, sé por experiencia lo que son los enamoramientos sin futuro. Están condenados al fracaso, pero a la vez son hermosos. El honor no es ninguna patraña, ni entre ladrones ni entre amigos.

Finalizado el discurso, y arrasado el plato, dijo que tenía que ir al baño y desapareció durante unos diez minutos.

—¿De quién te enamoraste tú? —le preguntó Sam cuando la tuvo de nuevo enfrente.

La jefa levantó la mano con un gesto brusco.

—Sandra —dijo en voz alta—, tráele la cuenta a este muchacho. Y tú, Jaggers, vete a la mierda. Nos esperan unos cuantos días de copas, y si juegas bien tus cartas, puede que hasta una excursión a Disney. Ya habrá tiempo de volver sobre el tema.

No volvieron a hablar sobre el tema, porque a Sam no le pareció prudente sacarlo otra vez, a pesar de que al final se convenció de que su jefa había tenido un rollo con algún viejo amigo. Y ahora, una década después, quien estaba sentado al lado del representante de recursos humanos, y quien iba a darle solemnemente la noticia, era uno de los miembros de la Bratva de Procter: Gus Raptis, el jefe de Sam.

—Después de valorarlo todo, creemos que lo mejor es que lo dejes, Sam. Tu historial es muy bueno. Varios éxitos como captador, heroísmo más que probado y una trayectoria ilustre.

—Entonces, ¿por qué tengo que dejarlo?

—Los médicos no creen que...

—¿Qué médicos?

Gus ignoró la pregunta.

—Déjame acabar. Tu equipo de psicología y salud mental no cree que seas capaz de volver a dirigir operaciones sobre el terreno, y por mi parte, después de un estudio detenido de todos los informes sobre tu actividad, he llegado a la conclusión de que no te apetece demasiado encadenar trabajos sin sentido aquí en la central. ¿Me equivoco?

—No comprendo de dónde sale todo esto, Gus. ¿Qué han dicho exactamente los médicos?

—Si quieres, podrás seguir visitando a los psicólogos y a los asesores —contestó Gus—. Y no somos unos brutos. Te pagaremos los próximos seis meses, para que puedas quedarte tranquilamente en casa hasta encontrar otro trabajo. Ahora bien, el acceso te lo cortamos. Y no es por lo que piensas, que te lo veo en la cara; no es por lo que piensas. Tan sólo tengo claro que, si dejo que te quedes aquí, manteniendo tu acceso, tú seguirás dale que te pego, con la esperanza de que, como la otra vez, acabes siendo rehabilitado y te destinen de nuevo a alguna estación.

Hasta entonces los sentidos de Sam habían estado adormecidos, como si todo fuera puramente teórico, como si estuvieran hablando sobre otro agente víctima de un trato abusivo. De pronto se sintió invadido por la rabia. Se estaba hundiendo en el inútil pero profundo abismo del «¿así me tratan, después de haberlo dado todo?». Tenía los puños crispados. Recordó su cautiverio ruso y sintió una punzada en el corazón, sobre todo porque con su expulsión se le hacía muy difícil —mucho más que de costumbre— verle algún puto sentido.

—¿Hay margen para algún otro tipo de aviso? —Casi no le salían las palabras—. ¿Para una apelación?

—Lo siento, Sam, pero no —dijo Gus con frialdad—. La subdirectora de operaciones ya ha firmado los papeles. Es definitivo.

Cuando Sam abrió la puerta de su casa, oyó a Natalie cantando en la cocina, y salieron a su encuentro olores de cordero, *za'atar* y perejil. ¿De qué canción se trataba? En cualquier caso, Natalie estaba contenta. Sam dejó caer su bolsa en el recibidor y salió otra vez en busca del correo. La alienante sensación de haberse quedado sin trabajo —cuando lo que se terminaba, en realidad, era una vida— chocaba de lleno con una experiencia tan carnal como que Natalie hubiera preparado la cena un martes cualquiera.

Ella dijo algo desde la cocina, en árabe, el idioma que usaban en su claustro doméstico.

—¿Hola? *Habibi?*

No podía evitar ponerse a la defensiva cuando Natalie lo llamaba así, *habibi* («querido», «amor mío»). Últimamente, Sam tenía que esforzarse para no pensar en los motivos por los que odiaba esa palabra: estaba claro que los sentimientos de ella habían superado con creces los de él. Hasta entonces, la intención de Sam había sido mantener la relación en el terreno de la informalidad, dejando que se apagara por sí sola cuando lo mandaran al extranjero, cosa que ocurriría tarde o temprano. Y de pronto... de pronto le habían arrebatado la tapadera operativa para eludir el amor de Natalie.

—*Habibi?* —dijo ella por segunda vez.

La mandíbula de Sam se tensó involuntariamente.

Era muy consciente de que estaba jugando con sentimientos muy profundos. Si alguien entendía la larga sombra del deseo era él. En Siria, a esa sombra se le había sumado el amor. La relación con Natalie había empezado por aburrimiento, y después de lo de Rusia la había alimentado la vergüenza. El amor aún no había hecho acto de presencia, al menos por parte de él. Natalie era tan perfecta... ponía tanto cariño en volver a acogerlo en el seno de la humanidad... Sam se odiaba por no querer seguir con ella. ¿Quién era él para rechazar a una libanesa americana fiel a ultranza, bien adaptada, maestra de primaria, y con una sonrisa luminosa? O, dicho de otro modo, ¿qué narices le pasaba? ¿Cuál era su problema?

—Hola, *habibti* —contestó, procurando que no se le trabara la lengua. Cruzó el recibidor y dejó el correo en una mesa del pasillo—. Huele de maravilla.

Entró en la cocina, besó a Natalie, se remangó la camisa y se dispuso a sacar el cordero del horno para ponerlo en la bandeja. Para entonces ya se había convencido de que la noticia del despido podía esperar. Disfrutaría de la cena y luego se retirarían los dos al dormitorio, el único sitio donde él sentía que su relación con Natalie iba por buen camino.

Cuando se sentaron a la mesa, el impacto inicial del despido se había reducido a una ira latente cuyos rescoldos consumieron cualquier vestigio de hambre. Detrás del despido estaba el topo. Era la única manera de encontrar algún sentido a las chorradas que había dicho Gus. No quería hablar del tema con Natalie. Ya había pasado por eso al regresar de Rusia: ella le haría un montón de preguntas, y eso sólo serviría para hacer evidente que estaba enamorada de él. Esa noche ya estaba consumido por demasiadas

emociones negativas como para añadir un sentimiento de vergüenza a la hoguera.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó Natalie con su luminosa y preciosa sonrisa.

—Muy bien —dijo él mientras cogía un pincho de cordero—. Aburrido.

Después de cenar salieron a dar un paseo, compraron cupcakes por puro capricho y, como Sam carecía de cualquier autocontrol —siendo como era, en palabras de una ex, un priápico descerebrado—, hicieron el amor, pasando como en una rayuela del sofá a la encimera, y de la encimera a la cama, antes de ponerse a ver la tele para desconectar, mientras Sam pensaba en posibles tácticas para inducir a Natalie a cortar la relación y atribuirse la idea a sí misma. A ese respecto no era muy optimista. Preparó unos martinis y se los tomaron en el sofá, en medio de un lánguido despliegue de glotonería: Netflix a todo trapo, cócteles en mano y, en la mesa de centro, junto al envoltorio del preservativo, la caja de cupcakes, llena de manchas aceitosas. Natalie llevaba una bata con un estampado de tigres que se abrió al acurrucarse contra Sam, dejando a la vista una franja de pelo oscuro que lo distrajo momentáneamente de su rabia, convertida por maduración, durante la velada, en circunspecta cólera.

Oyó el timbre de su móvil dentro de la bolsa, en el recibidor. Debía de ser la jefa. Su vaso estaba vacío. Las manos de Natalie habían empezado a explorar la posibilidad de un segundo revolcón. Fue de

esa situación tan improbable de donde Sam sacó el temple moral para trazar, mal que bien, un impreciso y vacilante límite.

—Tengo que cogerlo —dijo, levantándose.

—Petra nos ha organizado un encuentro con Frankie —dijo Procter cuando él contestó.

—¿Dónde será?

—En Las Vegas. Por lo visto, Frankie se niega a viajar. Cree que quieren matarlo, y no estoy segura de que se equivoque. ¿Te va bien a ti Las Vegas?

—Perfecto. Las Vegas siempre me va bien.

—Petra me ha advertido que no será una conversación lineal. Tendremos que ser pacientes.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Dónde quedamos con él?

—Dile que nos veremos en el Bellagio.

—¿Cuándo llegarás?

Sam se lo pensó. Aún tenía que recoger sus cosas del despacho y firmar los papeles de salida.

—El jueves por la noche.

—¿El jueves? ¿Qué pensará Gus?

—No habrá ningún problema.

—Vale, pues aviso a Frankie. Yo llegaré al Bellagio a la hora de la cena. Nos vemos allí.

Procter colgó.

Sam encontró a Natalie en la cocina, bebiéndose un vaso de agua del grifo.

—¿El Bellagio? ¿Vas a Las Vegas?

—Sí.

—¿Otra vez?
—Esta vez es por trabajo.
—¿Y qué tipo de espionaje se practica en Las Vegas?
—El divertido.

29

Dallas

En el suelo del salón de los Venable, las persianas dividían el crepúsculo en franjas de color ámbar. Irene se había comido una gominola de cannabis y estaba leyendo una novela. Peter escuchaba el chisporroteo de la salsa en el fogón, con burbujas que al romperse desprendían aromas de ajo y aceite.

—Me apetece un polvo antes de cenar —dijo ella, sonriendo cariñosamente mientras colocaba en su sitio el punto de lectura.

Peter la miró y echó otro vistazo a la salsa, que empezaba a espesarse.

—Bueno, aún le faltan unos cuantos minutos.

Irene remató la faena antes de que saltase el temporizador: respiración agitada, piernas temblorosas, un reguero de sudor en la espalda de Peter, y marcas en los cojines del sofá donde ella había clavado los dedos. Irene se estaba riendo. Se reía a menudo después de hacer el amor. Era una risa sonora y alegre, como si se sorprendiera de su propia buena suerte.

Cenaron en ropa interior, sin hablar. Se bebieron media botella de vino blanco y luego Irene se fue a ver su Instagram en el patio, con *Stalin* en su regazo. Peter se tomó un Adderall para que lo ayudara a

lidiar con unos datos de planificación que llevaba semanas posponiendo. Un buen rato después, cuando se diluyó el efecto del medicamento, se apretó el puente de la nariz y levantó la vista del portátil. Irene estaba a su lado, en el sofá, con la tele encendida, y *Stalin* dormido a sus pies. Era medianoche.

—Podría ser un buen momento para ensayar —dijo ella sin apartar la vista del televisor—. El riesgo es bajo. Así nos ponemos otra vez a punto la musculatura.

Un recuerdo fugaz de Oklahoma revolvió el estómago de Peter. Irene cogió un frasco de esmalte de la mesita de café y empezó a aplicárselo en las uñas de los pies. A Peter siempre le había gustado mirarla cuando se las pintaba, cautivado por la precisión y el color, pero sobre todo por cómo apoyaba el mentón en la rodilla mientras trabajaba. Se concentró en esa imagen hasta que la niebla de Oklahoma se disipó y sus náuseas disminuyeron. Irene había elegido un azul aguamarina, un color que Peter no había visto antes. No le gustaba mucho, la verdad.

Peter e Irene compraron pasamontañas y guantes de esquí, gafas de sol cuadradas, botas, jerséis holgados y pantalones militares, y remataron la excursión comiéndose unas ensaladas en la animada zona de restauración del centro comercial NorthPark.

—Somos la hostia, cielo —estaba diciendo Irene mientras clavaba el tenedor en un tomate—. Somos la hostia: inteligentes, capaces y, lo que es más importante, motivados.

Al día siguiente, lunes, Peter estaba en su cubículo, en medio de las oficinas centrales de la aerolínea, cerca de Love Field. Estaba

acabando un informe sobre el tiempo de respuesta de las distintas aeronaves, pero tenía los ojos vidriosos. Seguía oyendo las palabras de Irene. Se dio cuenta de que le costaba cuadrar al Peter Venable de su cabeza con el hombre que estaba corrigiendo un error de fórmula que afectaba a la celda AB112 del Excel.

Bajo un paso elevado de la interestatal, a menos de diez minutos de la casa de los Venable, dormía un mendigo, pero era como si estuviese en otro planeta. Las viviendas de la zona se caían a trozos, y había montañas de basura por las calles. El aire estaba saturado de orines y del diésel y el humo del incesante tráfico que pasaba por encima. Peter e Irene dedicaron dos noches a vigilar el lugar, y en ambos casos detectaron el mismo patrón: a medianoche, el mendigo se arrebujaba allí en un saco de dormir viejo y raído. Y siempre estaba solo.

El jueves por la noche, después de trabajar, comieron pizza junto a la isla de cocina, sin hablar ni sentarse. Irene le dio a *Stalin* un trozo de corteza mientras Peter pensaba en la moralidad, un tema sobre el que nunca había reflexionado a fondo. Él era de números. En eso estaba, repasando y juntando números, creando orden a partir del caos y, de paso, sofocando los ataques de ansiedad que no habían dejado de asaltar su conciencia durante todo el día. ¿Cuántas de esas personas morirían igualmente por sobredosis o violencia aleatoria? ¿Cuántas tenían familiares que llorarían su pérdida? Más aún: ¿cuántos rusos habían muerto en la guerra? En cualquier caso, el mundo era puro azar y carecía de sentido, y en honor a la verdad, lo que ellos planeaban hacer era *peccata minuta*. No tenía

importancia. Era un insecto aplastado en una remota selva. Hay fetos que mueren sin salir del útero, bebés que no sobreviven al parto, niños que se ahogan en piscinas, adolescentes atropellados por conductores ebrios, hombres muertos de un ataque al corazón, o en su propia cama, a los noventa, o apuñalados mientras duermen... Todo daba lo mismo. Dejó en el suelo una porción entera de pizza para *Stalin*, e Irene se lo recriminó chasqueando la lengua.

Se pusieron los pantalones militares y los jerséis holgados en el vestidor. Los guantes y los pasamontañas se los guardaron en los bolsillos.

—Lo haré yo —dijo Irene mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero, dándose un último repaso.

—¿Por qué? —contestó él—. También puedo hacerlo yo.

Se oyó el zumbido de apertura de la caja fuerte del vestidor. Irene sacó un cuchillo y se lo deslizó en el bolsillo de los pantalones.

—Porque quiero —dijo.

Quien se puso al volante fue Peter. Aunque había meado dos veces antes de salir de casa, le dolía la vejiga, y en los pantalones tenía una mancha porque se le habían escapado unas gotas de pis.

—Me está costando respirar —dijo Irene.

Peter la miró de reojo a la luz de un semáforo. Sabía que bajo el tenso pecho de Irene palpitaba la emoción de encontrarse en lo más alto de una montaña rusa, a punto de caer casi en picado. Intentó darle ánimos, pero no le salían las palabras. Se le estaba agarrotando la garganta de puro terror.

Al llegar al paso elevado, se lo encontraron vacío. No vieron el carrito de la compra, ni tampoco el saco de dormir.

—Me cago en la leche... —dijo Irene, cruzándose de brazos.

Peter se fue por la ruta que tenían planeada, atento a no exceder el límite de velocidad. Miró con cara de pena a su mujer, y fue como si Irene le leyera el pensamiento.

—No pasa nada —aseguró ella, mirando por la ventana—. Podemos saltarnos el ensayo.

—¿Estás segura?

Peter notó que sus pulmones se ensanchaban. Tenía un hambre canina, y ganas de sonreír.

—Sí —dijo ella con un mohín—. No pasa nada. Todo saldrá bien.

Peter aprovechó un semáforo para volver a mirarla de reojo. Tenía las mejillas arreboladas, y empezaba a mostrar una expresión alicaída.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Nada.

—¿Estás segura?

—No me pasa nada. Sigue conduciendo.

El viernes, Peter despachó unos últimos mensajes por correo electrónico. También llegó a su fin la jornada de Irene, un día de Zoom agotador. Jugaron unos dobles de tenis con los vecinos, Doug y su mujer, Lisbeth, recién llegados de Breckenridge. Después de que el cirujano y su esposa se deshicieran en cuatro raquetazos de los pobres Venable, los cuatro fueron a comerse unos tacos rellenos de carne y a tomarse unos Mambo Taxis. Durante la cena, Lisbeth se

pasó un buen rato hablándoles con voz pastosa de los problemas que estaban teniendo para construirse su segunda residencia en Breckenridge: precios de los materiales disparados, constructores lentos, operarios que nunca aparecían a las horas acordadas... «Los problemas nunca se acaban, chicos.» Sólo interrumpió su diatriba para ventilarse el Mambo. Peter era muy consciente de que sus vecinos eran muy superiores a ellos en la escala social. Doug, titulado por la escuela de medicina de Stanford, tenía dos Porsches, tres consultas y cuatro generaciones de sangre de Dallas en las venas. Lisbeth, que había sido enfermera, pero que no trabajaba desde que Doug había acabado la residencia, tenía una fe ciega en las clases de *spin-bike* a última hora de la mañana. El año anterior había pasado por el quirófano para hacerse un aumento de pecho. Peter suponía que eso no le habría dado tantos sinsabores como la segunda residencia en Breckenridge.

Peter le siguió la corriente por educación, fingiéndose escandalizado ante su descripción de las dificultades de encontrar un constructor decente que supiera poner bien el estuco veneciano. Miró a Doug y lo sorprendió sonriendo con la vista fija en el teléfono, como si se hubiera tirado secretamente un pedo por debajo de la mesa. Quizá fuera el alcohol, pero en ese momento Peter se dio cuenta de que, por primera vez, se sentía superior a su vecino. Sabía un gran secreto que Doug ignoraba. Había encontrado un agujero de gusano en la atmósfera social, un agujero que Irene y él podían atravesar para salir catapultados por encima de esos dos estadounidenses tan ridículos, que no se enteraban de nada.

Para traicionar hay que pertenecer a algo.

«Yo sé quién soy», pensó, «y no soy de los suyos».

Esa noche, en cumplimiento de lo que ya era un ritual, los Venable vieron la televisión estatal rusa por streaming, usando una VPN en el portátil de Peter.

Presenciaron un animado debate sobre hasta qué punto controlaban los estadounidenses, y la OTAN, al gobierno ucraniano. Las respuestas oscilaban entre mucho y del todo. Más adelante, un hombre mofletudo con corbata de un azul irisado explicó que Estados Unidos (país en el que era experto) ya estaba en plena guerra civil, que las líneas del frente las llevaban grabadas todos los estadounidenses en lo más hondo de su corazón, y que la pureza rusa, y tal vez su propia tierra, asegurarían la ventaja estratégica de Moscú en la competición generacional y espiritual con Washington.

Dirigidos hacia un nuevo *blogger* ruso por uno de los comentaristas de la tele, Peter e Irene estuvieron impregnándose durante una hora de vídeos sobre atrocidades cometidas por el régimen criminal/nazi, y bebiendo margaritas preparados con una coctelera comprada esa misma semana en Williams Sonoma. Había decenas de vídeos que mostraban los huesos de víctimas rusas: cráneos, fémures y cajas torácicas cubiertos de tierra.

Durante la segunda ronda de margaritas, Irene se embarcó en un sermón sobre su bisabuelo, que había combatido y matado a los nazis en Rusia, Ucrania, Polonia y Alemania, y que de camino a Berlín había visto algunos campos de exterminio.

—El expansionismo nazi —dijo, lamiendo la sal del borde del vaso — está determinado histórica y geográficamente. Lo digo como rusa y judía.

Cruzó las piernas en el suelo, y la mirada de Peter se demoró en la piel pálida del nacimiento de sus muslos.

—¿Qué les diremos a nuestros hijos cuando nos lo pregunten? —continuó Irene—. ¿Que estábamos tranquilamente en Texas, jugando al tenis con Doug y Lisbeth, y no movimos ni un dedo mientras los nazis mataban a los rusos (¡otra vez!) en las fronteras de la madre patria? ¿Que no hicimos nada mientras desmembraban y nazificaban el mundo ruso, y mataban a nuestros muchachos en los patios traseros de sus propias casas?

Hizo un gesto amenazador con el dedo antes de proseguir con su discurso.

—Tu padre es conserje, Peter, y el mío es un monstruo disfrazado de ingeniero mecánico. —Peter se irguió en el sofá, porque a Irene no le gustaba hablar de su padre, a quien no había visto en una década desde su huida de Sheepshead Bay—. Pero ¿sabes qué tienen en común? Que son unos cobardes. Cuando la cosa se puso cruda, huyeron de Rusia para hacerse los estadounidenses. Y... ¡tachán! Salario mínimo, desprecio máximo. Aun así, tu padre... —pronunció esa palabra con el desdén que sentía hacia el padre de Peter—. Tu padre sigue con sus absurdas banderitas norteamericanas en su camioneta y sus lecciones de civismo. ¡Con todas sus chorradas sobre el país de la libertad y las tartas de manzana! Y a pesar de todo eso, ¿sabes qué? Que a Doug y a Lisbeth les bastaría con oírlo hablar en su penosa imitación del acento estadounidense, y con ver su nariz roja de alcohólico o notar su olor de agua de fregar con lejía, para etiquetarlo como un simple comunista borracho y con ingresos bajos. Nosotros podemos llegar mucho más lejos. Ellos vinieron en busca de mejores condiciones de vida, y de más dinero, pero la verdad es que no tienen nada. Al final es lo único que han conseguido. Nosotros podemos hacer lo que no

quisieron hacer ellos. Podemos luchar. —Se levantó para ocuparse de la coctelera—. Voy a tomarme otro.

El móvil del trabajo de Peter recibió una andanada de mensajes de texto, urgentes sólo en apariencia, sobre un documento para una sesión de evaluación semanal en Southport. Mientras Irene seguía pegada al ordenador, Peter abrió su portátil del trabajo para editar un PowerPoint. Al acabar salió a correr un buen rato, para sudar el tequila, y mientras corría saludó a un desconocido con un perro, escuchó el ronroneo del barrio y percibió en su interior una ira cada vez más grande por la indiferencia de ese mundo hacia el suyo. Corrió más deprisa, bordeando el lago marrón por las curvas de un camino asfaltado cubierto de robles nudosos. En el tramo final hasta su casa, unos cuatrocientos metros, esprintó con todas sus fuerzas.

Atravesó el dormitorio hacia el baño, viendo la luz del monitor pálidamente reflejada en la cara de Irene, que había subido el volumen de otro vídeo de guerra: gruñidos, gritos, palabras de agobio y de cansancio en ruso... En la mesita de noche había otro margarita, con el vaso cubierto de condensación. La mandíbula de Irene estaba tensa, y un músculo de su cuello palpitaba como una cuerda. No levantó la vista. Al salir de una larga ducha, Peter se la encontró en la misma postura, con el margarita intacto, mientras se filtraban desde el vídeo disparos, explosiones y alaridos. Se sentó a su lado y miró un momento las imágenes.

—Será muy importante cómo lo hagamos —murmuró ella—. Por sí mismo ya será un mensaje.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Stalin, acurrucado hasta entonces a los pies de Irene, saltó de la cama y se puso a gimotear delante de la puerta del patio. Peter lo

dejó salir.

—No estará de más un poco de teatro —dijo ella—. Vaya, que debería ser impactante y ayudar a que nos consideren auténticos soldados. Lo digo en serio, Peter. Podemos causar sensación.

30

Las Vegas

Las tardes en Las Vegas son como los amaneceres en los bares: ya han quedado muy atrás los oropeles de la fiesta, sustituidos por olores penetrantes y suelos pegajosos. Alrededor del taxi todo eran monumentos vivos a malas decisiones: una alfombra de arrugados folletos con fotos de chicas desnudas en la acera, un hombre con traje y andares vacilantes tropezando con el banco de una parada de autobús, un grupo de cuatro durmiendo con la cabeza apoyada en su mesa de Denny's... Al ponerse el semáforo en verde, el taxi reanudó su camino metiéndose en la avenida que todos conocían como el Strip, y Sam tuvo la sensación de que estaba llegando a su casa. Durante una temporada, antes de su ingreso en la CIA, se había instalado en Las Vegas para jugar profesionalmente al póker. De hecho, era en Las Vegas donde había llamado la atención de un cazatalentos de la CIA, y donde se encontraba más en su salsa fuera de la Agencia. Justo entonces, en un glorioso destello de certeza, supo que cuando acabara su trabajo para Procter rompería con Natalie y, tras pasar un tiempo en Minnesota, junto a su familia, se establecería de nuevo en Las Vegas para ver cómo le iba en su segunda oportunidad. Ya había gastado todas sus vidas en la CIA. Era

el momento de volver a barajar. El taxi frenó a poca distancia de las fuentes del Bellagio, que lamían el cielo bajo el intenso sol del desierto.

Dejó su maleta en la habitación. No veía el momento de apoyar sus manos en el fieltro de la sala de póker del Bellagio.

Estuvo jugando varias horas, en comunión con las cartas y la mesa, disfrutando del ballet que se desarrollaba en su interior y del enorme placer de aislarse del ruido y de las distracciones no sólo del casino, sino del resto de su vida: la llamada telefónica de Natalie recibió por respuesta un mensaje de texto, «Perdona, ahora no puedo hablar, estoy trabajando». (Un minuto después, pensando que había sido un poco seco, le mandó un emoji de un corazón, y luego apagó el móvil.) Ya estaba otra vez en el túnel, del que sólo salió brevemente cuando la mesa le recordó la imagen de él y Gólikov sentados codo con codo en Singapur. Se levantó para estirar los brazos y las piernas y salió a fumar. El nefasto recuerdo se desvaneció enseguida, reemplazado por más cartas. Al final de la velada había ganado diecisiete mil dólares, acompañados por la grata sensación de que no podía perder. El dinero sólo era una manera de llevar la cuenta, pero no el objetivo; la idea era ganar, y en ello estaba. A lo largo de unas veinte manos estuvo muy tentado de desaparecer unas semanas en Las Vegas, después de comprobar cómo le sentaba dejar la justicia y el deber a un lado y limitarse a vivir, si es que tal cosa era posible.

Hacia la hora de cenar, llamó la jefa.

—Malditas aerolíneas... Bueno, ya estoy aquí, y tengo un hambre de narices —dijo—. ¿Aún se llevan los bufés a tutiplén en esta mierda de ciudad?

Sam se estaba dando cuenta de que la jefa era devota de los bufés. El del Wynn se servía en una sala *art déco* de techos altos, llena de puestos de comida cubiertos con toldos de un rojo chillón, suelos de mármol verde y sillas tapizadas con una especie de felpa dorada y sedosa. La primera en llegar fue la jefa, que se instaló en una mesa detrás de una pareja tristemente ocupada en discutir sobre sus pérdidas en la mesa de juego y de un grupo de mujeres preocupadas por si no aparecía la protagonista de su despedida de soltera.

—No te ofendas, Jaggers. Ya sé que a ti te gusta, pero esta ciudad es rara de cojones.

—Un poco duro el comentario, viniendo de una mujer cuya dirección postal está literalmente en Gatorville...

Procter le hizo a Sam un guiño raro.

—Venga, a ver qué da de sí este bufé.

A decir verdad, Sam no tenía mucha hambre. Aun así, juntó en su plato una magra selección de pescado, arroz y verduras, junto con una sola tira de costillar al horno. Hizo chirriar el banco de cuero al deslizarse nuevamente en él. Procter regresó con una auténtica montaña que parecía en guerra consigo misma, un batiburrillo multiétnico formado por una *cheeseburger* con patatas norteamericana, unos rollitos de primavera chinos, unos cuantos

baklavas y, en un lado del plato, algunas vieiras, todo ello unificado por churretes de kétchup esparcidos por el plato como sangre.

Sam comió un poco de pescado y sonrió a una de las mujeres del grupo, una pelirroja que, al hacer lo propio, mostró una hilera de dientes muy blancos, pero más torcidos de lo que parecía humanamente posible.

—Guau —dijo Procter, mirando otra vez a Sam—. Hay cosas que no tienen remedio. ¡Y qué tejanos lleva la chica! —Silbó por lo bajo —. Nunca los había visto de cintura tan baja. ¿Qué pasa, que ahora también podemos operarnos para que nos bajen la vagina? Madre de Dios... Por cierto, ¿Natalie qué tal?

—Como siempre. Bien.

—Son dos cosas distintas —replicó ella, comiéndose un trozo de vieira.

—Pues entonces como siempre.

—Me sabe mal. Soy consciente de que me repito, pero te lo diré otra vez porque soy tan tonta como para que me importe. Mira, Jaggers, una cosa es que la pobre haya tenido tan pocas luces como para enamorarse de ti, y otra que tengas derecho a torturarla por diversión o porque quieras aplacar tu sentimiento de culpabilidad propio de un tipo del Medio Oeste. Y no es que no lo entienda, ¿eh? No puedes evitarlo. Tus decisiones son muy erráticas, y las centras a tope en tu polla, pero, por favor, deja a la chica en paz.

—No sé por qué te hablé de Natalie —dijo Sam.

—Yo tampoco.

La pelirroja dentuda pasó contoneándose junto a la mesa y dejó caer sobre ella un papel con un teléfono. Sam lo cogió sonriendo. Procter puso los ojos en blanco.

—Madre de Dios —dijo.

Estaba troceando un rollito con un cuchillo cuando Sam le dio la noticia.

—Me han echado.

Tras un temblor de rabia, la cara de Procter perdió toda expresión. Bajó la vista a su regazo y tardó bastante en levantarla de nuevo hacia Sam.

—¿Cuándo?

—El martes.

—¿Quién ha sido?

—Quien me dio la noticia fue Gus, y tampoco puedo descartar que haya sido cosa suya.

—Pero no sabes seguro quién ha sido.

—No. Los papeles los firmó Sweet, y la noticia me la dio Gus. Más huellas dactilares no tengo.

—¿Y la razón?

Procter tenía los ojos muy abiertos, enfocados otra vez en su regazo.

—Chorradas sobre que las evaluaciones psicológicas han desaconsejado que vuelva a trabajar sobre el terreno, y sobre que saben que, si no es sobre el terreno, nunca podré ser feliz.

Procter volvió a coger su cuchillo y su tenedor e intentó seguir cortando el rollito.

—No entiendo cómo pueden habernos descubierto... Lo hemos hecho todo fuera de la central.

—Probablemente fue cuando saqué los documentos de Rémora —dijo Sam—. Aunque si alguien que no sea el topo supiese que me los

llevé, no se habrían limitado a echarme. Y si es el topo el que sabe que nos llevamos justo esos documentos...

Procter apuntó hacia Sam el tenedor, con un trozo de rollito ensartado en el extremo.

—Es una buena noticia. Es una prueba de que vamos por buen camino.

—Me alegro de que te parezca una buena noticia que hayan puesto fin a mi carrera con tan pocas ceremonias, jefa. No me lo había planteado así.

—Bueno —dijo Procter, levantándose con el plato—, eso es porque eres el que ha sido despedido.

Ya no había tanta gente en el bufé. Las mesas más cercanas se habían vaciado. Al fondo de la sala quedaban dos hombres mayores y un ruidoso grupo de universitarios, todos enganchados a sus móviles. Sam se sirvió más café. Cuando volvió a la mesa ya se habían marchado los universitarios, dejando un silencio sereno que no pegaba nada con una ciudad tan psicótica y tan bella.

—¿Y ni siquiera me preguntas cómo estoy? —dijo Sam para provocar—. Pues qué insensible, jefa. Yo que creía que te preocupabas por el prójimo...

—Yo al prójimo lo odio —contestó Procter—. Además, a ver si maduramos, chaval. ¿Se supone que debo preguntarte lo que sientes? Sería como si subieras a un tío a tu barco después de que un tiburón le hubiera arrancado una pierna y le preguntaras: «¿Qué, cómo te encuentras?» ¿Sabes cómo se encuentra? Pues con una pierna menos. A mí no me van esas tonterías, Jaggers. Nunca hago preguntas que tienen demasiadas respuestas, o que no tienen ninguna, que es peor.

Sam miró su plato y esbozó una sonrisa amarga.

—Pero bueno, tampoco soy una desalmada —preguntó ella—. Si quieres un trabajo en Gatorville, sólo tienes que decirlo.

—Peor que estar en un despacho de Langley seguro que no será.

—Lo vas pillando. Oye... —Se quedó un momento con la mirada perdida antes de bajar mucho la voz—. Hablando de despachos, ¿quién estaba en la Trastienda cuando te llevaste los archivos de Rémora?

—Los cuatro, iban a reunirse. Me vieron todos en una de las mesas.

—¿Y alguno se fijó especialmente?

—No me lo pareció.

—Pero ¿te vieron los cuatro? ¿Gus, Mac, Theo y Debs? ¿Todos? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Se quedaron en silencio durante un buen rato, observando el ir y venir de los comensales y oyendo el rumor de las máquinas tragaperras. La jefa hizo otra incursión de castigo en el bufé, del que volvió con un solo muffin de chocolate. Había una pregunta que llevaba unas semanas carcomiendo a Sam. La soltó sin rodeos.

—Esa noche, en Afganistán, estabais todos juntos, ¿no?

Procter, que se había llevado el muffin a la boca, lo dejó en el plato sin haberlo probado.

—Sí.

—¿Podrías contarme qué pasó exactamente?

En vez de contestar, ella cogió otra vez el muffin y le dio un mordisco, mirando el puesto de costillas.

—A veces —dijo— crees que conoces a alguien, pero en realidad no lo conoces. En el interior de tu amigo hay algo o alguien más, y esa otra entidad lleva años observándote sin que tú te hayas enterado siquiera de su existencia.

—¿Crees que el topo podría ser alguno de ellos? ¿De verdad?

—No, en el fondo no. Ni siquiera ahora.

Sam miró su café con el ceño fruncido.

—Pues entonces, ¿por qué estás haciendo esto?

—Porque casi seguro que es alguno de ellos.

31

Las Vegas

Procter se quedó pensativa mientras seguía comiéndose el muffin. Sam habría querido preguntarle quién creía que podía ser el topo, pero intuía que la jefa se resistiría a airear sus conjeturas. No iba a compartir con él la identidad del finalista (porque seguro que tenía uno). Al menos, no todavía.

Procter, finalmente, se puso a hablar de Afganistán y de sus amigos.

—En esa época no era cuestión de si te destinarían a una zona en guerra, sino de cuándo. Gus era el jefe de la base de Shkin, y presionó para que nos enviaran allí con él. Yo estaba divorciada. Theo ya iba por su segunda ex. A Loulou le había dado uno de sus ataques y le iba bien tener a Mac fuera del país, para poder vivir su vida; por lo visto, es algo que a Loulou le pasa más o menos una vez cada diez años.

—Pero ¿Sweet y Gosford no estaban destinados en la base?

—No, sólo vinieron para una visita corta.

—¿Por qué?

—Tenían que encontrarse con un activo. Había pasado una década desde la Granja. Debs ya era la ayudante de Gosford, que para

entonces dirigía el Centro de Contraterrorismo. Gosford quería darle un apretón de manos al mejor activo de la base de Shkin, un tío que informaba de los planes y las intenciones de los talibanes. Gosford ya había desempeñado el mismo papel unos dos años antes, al captarlo cuando estaba en Kabul, aunque sobre eso se me escapan un poco los detalles. Total, que se plantaron, un poco por capricho, la verdad, en nuestra birria de base, cerca de la frontera con Pakistán, una especie de fuerte asomado a territorio indio y rodeado de elementos hostiles. Gosford quería encontrarse otra vez con el tío que te he dicho, y también tenía ganas de ver personalmente Shkin. Pero estaba claro que esa reunión no era la más indicada para una visita.

—¿Por qué? —preguntó Sam.

—El primer punto del orden del día era indemnizar a una familia por un burro. ¿Nunca te lo había contado?

—No.

Procter apartó su plato y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa.

—Unas dos semanas antes de que Gosford y Debs se presentaran en la base, le organizamos una fiesta de compromiso a uno de nuestros agentes, una chica cuyo futuro primer marido se le había declarado al volver ella a casa para sus tres semanas de descanso. El activo del que te hablaba antes nos prestó un camello y un burro para la fiesta. No tenía ni idea de por qué se lo pedíamos, pero dijo que sí. Total, que la fiesta acabó como tenía que acabar, con todos mucho más borrachos de la cuenta. En la base había un bar que era mítico, con luces de Navidad todo el año y una pared con las gorras de todos los agentes anteriores. Yo les dejé una de las mías, las de

los Cleveland Indians... En fin, la cuestión es que estuvimos de copas en el bar y luego salimos a los patios a montar en camello y en burro. Si mal no recuerdo, el camello mordió a Theo, escupió a Gus y se sacó de encima a Mac.

»El burro, en cambio, era mucho más sufrido. También debía de tener sus años, porque, después de que lo montáramos todos, la novia dio un último paseo en burro por la base, saludándonos en plan domingo de Ramos, aunque en versión para borrachos, con todos mamados, incluida ella, que tenía el traje de novia hecho polvo, y la primera vez que levantó la mano para saludar a sus admiradores perdió el equilibrio y se cayó al suelo. El siguiente en desplomarse fue el burro, pero en este caso no porque estuviera borracho, sino porque estaba muerto. Cayó fulminado. Lo había matado la novia. En plena fiesta. Y en la base de la CIA, en Shkin.

—¿Muerto, pero muerto? —preguntó Sam.

—Más tieso que la mojama. Lógicamente, el activo se cabreó. Para él, el burro era una fuente de ingresos, y nosotros no podíamos demostrar que se hubiera muerto de viejo. Algo tuvo que ver, seguro, pero había que añadirle otros factores, como varias horas de trabajo agotador y que la novia... en fin, tampoco es que estuviera muy delgada, ¿me explico? Conclusión, que estábamos en deuda con el activo. La reunión con él estaba programada para la noche del día en que inyecté salsa picante en el yogur de Debs. Para entonces ella ya había vomitado y había vuelto a las oficinas con Gosford. Se montó un consejo de guerra para llegar al fondo del asunto. Gus dijo: «A ver, tíos, yo de lo del yogur no tengo ni puta idea...», bueno, él dijo «pajolera», que por algo era Gus, «pero aquí nos dedicamos al espionaje, y esta noche hay una reunión importante...»

—¿El camello estaba bien? —la interrumpió Sam.

—¿El camello? Tan campante —dijo ella—. Y eso que a todos nos habría gustado que se hubiera muerto él, con tanto escupir, morder y quitarse de encima a los que lo montaban, y no el pobre burro, que estuvo dando el callo sin quejarse durante toda la fiesta... pero bueno, no hay justicia en este mundo cruel. No la hay para nosotros y no la hay para las bestias de tiro afganas. ¿Por dónde iba?

—Por la logística del encuentro con el activo.

—Ah, sí. Gosford insistió en que fuéramos todos, por alguna tontería de que el activo se sentiría más arropado, y honrado, y no sé qué más. Es verdad que la relación con el activo era bastante informal. Piensa que el camello y el burro nos los prestó él. Vivía arriba, en las montañas. Total, que ya nos ves a todos los antiguos colegas de la Granja pegando saltos en dos camionetas Hilux para ir a pagarle un burro a un afgano. Íbamos muy serios, sin hablar. Entonces aquella zona era el salvaje Oeste, y estábamos siempre preparados para liarnos a tiros con el enemigo: cascos, chalecos antibalas, M4, Glocks... Y un equipo de seguridad de siete afganos. Detrás de la furgoneta llevábamos toda una armería: lanzagranadas de un solo disparo, escopetas, pistolas, munición... Debs y yo íbamos en el asiento trasero. Al cabo de una hora se inclinó hacia mí y me dijo que sabía que la había intoxicado yo, que no podía demostrarlo, pero que lo tenía claro. «Mira, maja», le dije, «si hubiera sido yo no estarías ni de pie». Se echó a reír, con una risa cruel. El resto del viaje lo hicimos en silencio, con muy mal rollo entre las dos. Había una verja grande de metal. La casa, que tenía dos plantas, estaba hecha con bloques rotos de hormigón recubiertos de barro. En el patio había unos granados muy bonitos.

Los de Seguridad se desplegaron. Ya habían estado como cincuenta veces, y tenían su rutina. Seguro que el activo se pondría muy contento de que vinieran dos personas de Washington. Muy importante tenía que ser ese individuo para que se deshicieran en tantas atenciones por su pobre burro muerto... Entramos y nos sentamos en el suelo alrededor de una mesa, sobre unos cojines viejos de seda, mientras se servía el té. Gosford se puso a hablar con el activo como si tuviera delante al máximo impulsor de la incipiente democracia afgana, el heredero de Jefferson. Estábamos charlando todos tan tranquilos, pero yo notaba algo raro en el ambiente. Le di al activo el paquete con la indemnización por el burro, y él se llevó una mano al corazón. Y justo en ese momento... ¡bum! Una explosión fuera, en el patio. Primero te invade los oídos. Yo la noté en los dientes. Un atentado suicida, uno de los guardaespaldas del activo se hizo saltar por los aires junto con cuatro de los nuestros de Seguridad, cerca de una de las camionetas. Luego, mucho más tarde, nos enteramos de que el plan era hacernos prisioneros, o al menos a todos los que pudieran. Total, que de repente era el caos, ¿vale? De hecho, sigo teniendo muchas lagunas de memoria, huecos que nunca llenaré, porque la verdad es que no es un tema del que pueda hablar con nadie, ni siquiera con Mac y Theo. Me imagino que correrán por ahí unos cuantos psicólogos y tíos de seguridad capaces de reconstruirlo de principio a fin, pero los que lo vivimos no, ninguno de nosotros. De algunas de las principales escenas de esa noche, por ejemplo, me acuerdo como si fuera ayer, pero se me acumulan detallitos inútiles en el cerebro. Debs con un hiyab azul pastel parpadeando sin parar durante los primeros segundos después de la explosión... Theo toqueteando la

radio... Gus y Gosford ahí sentados, perplejos y con cara de impotencia...

La jefa se calló un momento, recogiendo con el dedo las pocas migas que quedaban en su plato antes de chupárselo.

—¿Y Mac? —preguntó Sam.

Procter negó con la cabeza.

—Ahí lo perdimos un momento. Theo estaba pegando berridos por la radio para que enviaran helicópteros de Shkin. Tiempo estimado de respuesta, veinte minutos. Una eternidad. Gus ya se había recuperado, y yo también. Nos asomamos a la puerta de la cocina. Las dos furgonetas estaban destrozadas, y la verja metálica medio arrancada. Las paredes y los granados estaban llenos de sangre y carne humana chamuscada. Gus salió, y al primer paso... chof. Es como si aún lo oyera, y mira que ha pasado tiempo. Chof. Como si hubiera pisado una naranja demasiado madura. Chof. Era una mano, una mano humana. No estoy segura de que Gus llegara a verla, porque la primera camioneta de los malos ya había cruzado el boquete de la verja. Una bala dio justo al lado de Gus, en la pared, rociándole la cara con trozos de cemento. Dimos media vuelta y subimos al piso de arriba para hacernos una idea de la situación.

»Era un caos. Estábamos allí Mac, Theo, Gosford y yo, y se nos unieron los tres miembros del equipo de Seguridad que habían sobrevivido. Entonces llegó Gus... Al principio no teníamos claro que con los ojos llenos de cemento viera algo, y detrás de él apareció Debs. Todos juntos en esa habitación, y abajo, en el patio, tres camionetas de los malos, algunas con Dushkas. Les habría encantado coger a alguno de los que aún respirábamos, porque un agente de la CIA vivo y prisionero de los talibanes tiene su valor, pero

sabían que ya estaban de camino los refuerzos aéreos. A esos tíos les gusta combatir, y en el combate no son nada tontos. Sacaron un megáfono, y un tío empezó a soltarnos un mensaje en un inglés macarrónico, que se podría resumir así: «Si os rendís será todo más fácil. Bajad, por favor.» Nosotros comprobamos nuestro armamento y luego llamamos por radio al equipo de respuesta para actualizar la hora prevista de llegada. Al final nos quedamos todos sentados, como en una comunión silenciosa, haciendo las paces con nuestros dioses, pensando en nuestros seres queridos o lo que sea que hace uno cuando ya se huele que le ha llegado la hora. Y...

—¿Tú en qué estabas pensando, jefa?

El interés de Sam era sincero.

—Pensé que no era una mala manera de morir. Seis estrellas en la pared. Rumbo a la gloria...

Procter parpadeó.

Sam también, esperando a que ella añadiera algo más, pero Procter se limitó a mirarlo un momento antes de reanudar su historia.

—Total, que después de tres minutos que se hicieron eternos oímos de nuevo el pitido del megáfono, y el talibán dijo que se había acabado el tiempo. Era nuestra última oportunidad. Uno de los nuestros de Seguridad dio la respuesta por la ventana machacándoles una camioneta con un lanzagranadas, y ahí se desató el infierno. Las Dushkas no paraban de girar. Todo estaba lleno de cristales, y casi no se veía nada por culpa del polvo de cemento. Las piernas del de Seguridad retorcidas en el suelo, y el resto de su cuerpo esparcido por todas partes. Entró el primer enemigo. Gosford apuntó con su Glock, disparó y... se pegó un tiro

en el pie. Es como si lo viera. ¡El futuro director de la CIA se pega un tiro en el puto pie! Mac lo vio. Fue el único. Se pegó un tiro en el pie por la puta Estrella de Inteligencia.

—Gosford... —la interrumpió Sam pronunciando el nombre con cuidado para no desconcentrarla, pero sin poder resistirse a la curiosidad—. Sólo quiero cerciorarme de que lo he entendido bien. ¿Gosford no sólo se pegó un tiro en el pie, sino que dijo que había sido un disparo de los talibanes? ¿Mintió sobre eso?

—Son dos cosas distintas. Vaya, que más tarde sí que dijo que le habían disparado los talibanes, pero no creo que mintiera. En todo caso no estoy segura. ¿Tú te fías del recuerdo que tengo de esa noche, Jaggers? ¿Te crees lo que te estoy contando?

—En general sí.

—Pues por lo que he ido viendo, nadie tiene casi nunca toda la verdad en exclusiva.

—A ti también te dieron una, ¿no?

—¿Una qué?

—Una estrella.

—Sí, a todos. Total, que Gosford cayó por su propia mano. Gus mató al primer talibán con su M14, y luego al segundo. Debs estaba chillando en un rincón. Las Dushkas volvieron a girar, y esta vez le dieron a Theo. Yo estaba a su lado, tirada por el suelo, y se puso a gritar. Había sangre. A la siguiente descarga se me clavó una esquirla en el hombro, yo diría que un trozo del techo. A partir de ahí sólo me acuerdo de cosas sueltas, como de tener a Theo encima, intentando protegerme la cabeza. Era como yo, al menos en esa época: no tenía otra vida que la Agencia y sus peces del carajo. Estaba dispuesto a sacrificarse para que pudieran quedar más

supervivientes. A mí no me salvó la vida, pero lo intentó, y por eso lo quiero tanto. Entonces llegaron los helicópteros. Oí su zumbido y la primera explosión. Su primer objetivo fueron las camionetas. Me quedé inconsciente uno o dos minutos, o puede que cinco segundos, no sé.

Hizo una pausa para atarse el pelo.

—Lo siguiente que recuerdo es estar de rodillas, buscando un arma, y quedarme mirando los elegantes zapatos de Debs. Estaba con las rodillas contra el pecho, completamente en shock. Ni la odié entonces por eso ni la odio ahora. En un momento así es comprensible perder la cabeza, ¿no crees? Lo que ocurre es que luego lo llevas siempre dentro, para tu eterna vergüenza, aunque nadie te lo reproche. Lo arrastras de por vida. Ella a mí me odiaba. Por la salsa picante, por supuesto. Y por haberme ido con Mac, Gus y Theo, dejándola al margen. Y esa noche todavía me odió más por haber sido testigo de su cobardía. Por saber, como lo sabía ella, que era una cobarde. La verdad es que yo lo habría sabido de todas formas, aunque no la hubiera visto así. Fue la única que salió ilesa. Es como después de un partido de béisbol. Miras al equipo y dices: «A ver, hay ocho manchados de tierra, hierba y sangre, y uno limpio. Pero ¿tú has llegado a jugar? ¿O te has quedado todo el rato en el banquillo?»

»Gus, mientras tanto, estaba hablando a gritos por la radio, diciéndoles a los de la fuerza de reacción que estábamos en la casa principal y pidiéndoles que no nos disparasen. Justo entonces oímos a una patrulla de talibanes en el piso de abajo, y fuera, en el pasillo, hubo una explosión. De granada. Esta vez, Theo me arrastró por el suelo hacia la ventana trasera. Entonces yo no lo sabía, pero se me

había clavado un trozo de metal en la pierna. Ah, sí, ahora lo veo: Gus y Mac disparan por la puerta. Gosford coge a Debs y se mueven los dos hacia la ventana. Despacio, ¿eh? Por lo de él en el pie. Durante un minuto no oigo nada. Sólo veo brillar la luna por los boquetes del techo y unas cuantas estrellas asomando. Luego distingo balidos de oveja. Theo y yo nos alejamos de la puerta siguiendo a Debs y a Gosford.

Procter miró su reloj.

—Mierda, ya me estoy yendo por las ramas... —masculló.

Se limpió las manos mecánicamente en los tejanos, como si a falta de un cigarrillo, o de algo que beber, no pudiera hacer nada mejor con ellas. Sam la miró elocuentemente sin saber muy bien qué decir, ni cómo decirlo. Como no se le ocurría nada, se limitó a preguntarle cómo había logrado salir.

—Theo me subió al tejado —dijo Procter—. Gus y Mac iban detrás, y Gosford y Debs delante. Al final, todos saltamos. Mac y yo nos cogimos de la mano y saltamos juntos. Al chocar con el suelo se me salió la tibia por la pierna, aunque creo que no lo vi; sólo me acuerdo de la radiografía que me hicieron en el hospital, en Alemania, después de la operación. Como yo gritaba de dolor, Mac me llevó a rastras a uno de los cobertizos, uno pequeño de piedra. Sólo estábamos los dos. Era una locura. Después de que saltáramos, la fuerza de reacción bombardeó la casa. Oí un zumbido y de repente tuve mucho calor. Me vibraba todo el cuerpo. Mis costillas temblaban como los barrotes de la cárcel cuando alguien los sacude. La tibia me atravesaba la piel... Parecía un palo suelto de una tienda de campaña. En la pierna había trozos de metal como para hacer una canica de tamaño respetable. El patio era un infierno.

»Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Mac, que estaba gritando por la radio. Apareció en la puerta un talibán, cogido al marco para no caerse. Tenía la mitad de la cara negra, chamuscada, como de goma. Le salía una barra de acero por el pecho. Venía huyendo de la casa y, al igual que yo, había decidido que no le importaba morir si se llevaba por delante al enemigo, así que me apuntó con su pistola, una de nuestras Glock, recogida en la casa, supongo. Un detalle pequeño, pero esencial, y el origen del odio entre Mac y Gosford. Por esos caprichos del destino, a Mac le pegaron un tiro con una de nuestras armas, no con algún trasto soviético del año de la castaña ni con ningún otro de los seiscientos tipos de armas que andaban sueltos en esa época por Afganistán. Un talibán le disparó a Mac con una Glock americana. Así Gosford podía justificar lo suyo del pie. Tal para cual. Los dos con un tiro de un arma americana. Los dos somos héroes, Macintosh. Y una mierda.

»Total, que el talibán me apuntó a mí, y Mac se puso delante para protegerme y recibió tres balas. Su cabeza impactó con mi hombro y nos caímos al suelo, enredados. Noté que su cuerpo estaba flácido, inerte. El talibán se había quedado medio tirado en la puerta. Con más de un palmo de barra de acero en el pecho, es difícil mantenerse en pie. Yo me quedé abrazada a Mac, esperando la muerte con los ojos cerrados. Al abrirlos y ver que no estábamos muertos, vi al jodido talibán arrastrándose hacia nosotros. Quería matar a alguien más, para tener algo que contar esa noche a su horda de vírgenes en el paraíso. Salí de debajo de Mac, desenfundé su Glock y apunté. Las primeras dos balas me salieron demasiado altas, porque me temblaba la mano como un diapasón. La tercera lo

rozó, y la cuarta se le metió en la coronilla. Vacié el resto del cargador para evitar reclamaciones del seguro. Lo dejé todo perdido.

La jefa ya no miraba a Sam, sino su plato vacío. En la mente de Sam se abrió paso una idea extraña: era el momento de levantarse y abrazarla, o como mínimo de decir algo amable. Sin embargo, en su amistad no había precedentes de una intimidad por el estilo, así que se quedó en el banco, luchando contra su propio sentido de la moral.

—Entonces... —siguió Procter, con la vista clavada en el plato— me arrastré; me arrastré al lado de Mac, con la pierna como una manga de viento ensangrentada, lo abracé y le dije que lo sentía, sin saber ni siquiera el qué. Le dije que era gilipollas por no seguir pintando. Le dije que eran gilipollas los dos, Theo y él, por haberme salvado y morirse primero; que los amigos se merecen algo mejor, joder, tío, no me dejes aquí, quédate, que voy a seguir hablando hasta que nos encuentren, o nos maten, o nos rescate alguien... Aguanta, ¿me oyes? Maldita sea... Tío, que tus piernas y tu espalda no están... saldrá todo bien. Estoy segura. Todo bien. Pero eres un cabrón, un egoísta, ¿te enteras? ¿A quién se le ocurre ponerse delante de mí, como un ángel medio imbécil...? Te noto el pulso, tío, ¿me oyes? Voy a seguir hablando. Sólo estoy hablando. Tengo mi frente apoyada en la tuya y hablo. Piensa en Loulou, piensa en mí, piensa en esa noche en París... Tío, ¿sabes que normalmente odio París? Es una cloaca, pero esa noche... mira, sólo por eso volvería. Igual vamos pronto. Podrás pintar una de esas chorradas que tanto te gustan. ¿Un desnudo de Loulou, por ejemplo? A todos nos encantaría. Ya son dos votos, el tuyo y el mío. ¿A quién le importa lo que diga Loulou? Mac, ¿estás aquí? Tío, por favor, no te... no te

vayas. No me dejes aquí, tío. Quédate con mi voz, que soy yo, tío, Artemis. Si ves luz no vayas hacia allá. No te metas en ella. Date la vuelta otra vez hacia la oscuridad, que es donde estoy yo.

32

Las Vegas

Más que acabarse, el relato de la jefa perdió gas hasta que se apagó. Procter no habló del vuelo de regreso a la base, ni entró en detalles sobre lo que Sam sabía que había sido una rehabilitación larga y agónica en Alemania. Tampoco dio más pistas sobre el qué ni el cuándo de lo sucedido en París. Sí miró elocuentemente a Sam, como diciendo: «Ya está, Jaggers, no hay más, perdóname mis pecados, y bla, bla, bla», y él murmuró algo tonto y sin sentido, dándole las gracias por habérselo contado, lo mismo que había dicho el doctor Portnoy la primera vez que Sam se había sincerado sobre lo de Rusia.

De todas formas le afectó, porque nunca había visto a la jefa así de triste. Parecía que su cara supurase dolor. A Sam le habría gustado preguntarle por qué se había decidido a contarle todo aquello, pero conocía lo suficiente a la jefa para saber que la pregunta habría quedado sin respuesta. Procter había terminado. Su rostro había iniciado el proceso de recomponerse en su yo original, el mismo que dejaba claro que, si Sam preguntaba algo más, se toparía con una barrera de burla, sarcasmo, ruidos extraños y amables invitaciones a irse a la puta mierda.

Procter se levantó, desperezándose, y miró con ansia la zona de juegos del casino.

—Bueno, estamos en Las Vegas. Vamos a ver las mesas, ¿no? Encima tengo sed, y seguro que en los vasos de las camareras que van paseándose por todas partes hay un poco de ginebra. Vamos a echar un vistazo, aprovechando que la noche es joven.

Al día siguiente se reunieron de nuevo a la hora de comer en el Starbucks del Bellagio para preparar el encuentro con Frankie. Primero llegó Procter. A los pocos minutos apareció Sam, sujetando con cuidado un Gatorade.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó ella—. Esta mañana, en el bufé del desayuno, te he echado de menos.

Lo único que pudo hacer el pobre Sam fue estremecerse y negar con la cabeza.

—Venga, pues al grano —dijo Procter—. Si notas que vas a potar, o a desmayarte, me avisas.

Sam bebió un poco de Gatorade y asintió despacio.

—La mayoría de los desertores son unos fracasados de tres al cuarto, unos pirados con síndrome de inutilidad que beben solos en un Red Lobster de las afueras de Des Moines y trabajan de oficinistas en la trastienda de una correduría de seguros, o algo igual de aburrido. El panorama no acostumbra a ser muy atractivo. Frankie Potnick, nacido como Fiódor Fiodoróvich Trenin, y conocido dentro de la Casa Rusia como Imperial, está como un cencerro, pero al desertar logró sacar de Rusia buena parte de la pasta de su familia, y desde entonces la ha aprovechado a fondo aquí en Las

Vegas. Hoy el problema será de concentración, de linealidad. Las conversaciones con Frankie tienden a ser erráticas y a estar llenas de digresiones. Nuestra misión será impedirlo. ¿Estás bien?

—Perfecto —dijo Sam—. Sigue. Refréscame la memoria sobre el caso, que cuando Frankie desertó, yo no estaba trabajando en la Casa Rusia.

—Si mal no recuerdo, a Frankie lo captaron en Londres, y poco después lo llamaron de vuelta a Moscú para trabajar en el Kremlin como «tecnólogo político», según sus palabras. Vete a saber qué coño significa eso. A nosotros nos interesaba el nuevo acceso: había pasado de simple currante de nivel medio en el Ministerio de Asuntos Exteriores a funcionario del Kremlin con acceso continuado a la parte alta del escalafón. Le atraía el riesgo, y era un yonqui de la adrenalina. Se dejó captar porque le gustaba el dramatismo de jugar a hacer de espía, y porque se le había averiado sin remedio la brújula moral, si es que la había tenido alguna vez. Durante una temporada dispusimos de un ruso desquiciado que nos proporcionaba documentos en papel y anécdotas sobre su relación con los jefes del Kremlin. Frankie-barra-Imperial sabía quién subía y quién bajaba. Nos pasó varios informes muy valiosos sobre la fobia de Putin al COVID, y sobre su estado de salud, porque tenía acceso de primera mano a gente que hablaba con el presidente durante esos años locos. ¿Te acuerdas del cabrón que habló contigo durante tu interrogatorio, Zhomov? Pues Frankie coincidió con él hace muchos años, y quiero preguntarle un par de cosas al respecto.

Sam miró su reloj y se levantó.

—¿A qué hora pasará a recogernos?

—A las ocho. ¿Adónde vas?

—A dormir un poco.

Las ocho de la tarde. El Strip era una franja alargada de luz en el desierto. El Rolls que se acercaba al MGM era de color gris plomo. Tenía el suelo tan mullido que los zapatos planos de Procter se hundían en él, y en el techo se veían un montón de lucecitas, como un firmamento estrellado. Frankie iba delante, junto al chófer, manipulando una *playlist* de EDM tan rara que ni Procter reconocía los temas. Al recoger a Sam y a Procter en el Bellagio, ya había oscilado sin ton ni son entre la locuacidad más vacua y el silencio. Incluso las preguntas más básicas («¿qué tal, Frankie?») podían quedar sin respuesta, o bien dar pie a divagaciones sin sentido.

El coche giró en el Strip a la altura de un Denny's, metiéndose detrás del MGM por una vía de servicio sin luz ni letreros, sólo contenedores de basura y las tuberías y cajas oxidadas de las monstruosas unidades de aire acondicionado necesarias para mantener unos confortables veintiún grados en medio del desierto.

—Esta noche me gustaría jugar. Hasta hartarme, Charles —había dicho Frankie, dirigiéndose a Sam con el nombre de usar y tirar ideado por Procter.

Su línea de crédito en el MGM le daba derecho a una habitación gratuita en The Mansion, el exclusivo hotel donde el MGM alojaba discretamente a las «ballenas», como eran conocidos los grandes jugadores, y a sus amigos «pescadores», que eran quienes los atraían a Las Vegas.

La verja corredera se abrió y dio paso a un vasto patio con una gran fuente en el centro. Los esperaban nada menos que ocho

empleados: un portero, un mayordomo, varios botones y el anfitrión de Frankie en el casino, un hombre sonriente con un traje de raya diplomática impecable. Frankie bajó del Rolls, estrechó la mano de su anfitrión y se lo presentó a Procter como Larry. Una vez dentro, cruzaron varias salas decoradas con lujosos muebles y maderas oscuras hasta llegar a un patio acristalado, muy alto, que olía a pomelo y naranja amarga. Todo estaba lleno de surtidores de agua y salpicado de cítricos, cipreses y arbustos. El ambiente, sereno, hacía olvidar el caos de Las Vegas. Incluso Jaggers parecía impresionado por aquel oasis, y eso que conocía muy bien la ciudad.

Frankie confirmó con Larry su línea de tres millones, y luego le pidió que se marchara.

—Mala suerte —les dijo—. Larry no es una buena compañía para mis partidas. Es un gafe, joder. La villa ocho. —Señaló con el dedo mientras se acercaban a su habitación por el patio—. Las fiestas sexuales de Tiger Woods. Qué tiempos...

Procter confiaba en poder disponer de unos minutos para hablar dentro de la habitación, lejos del casino y de sus cámaras, pero cuando se abrió la puerta fueron recibidos por una mujer: rubia, más de un metro ochenta, tacones, uniforme de criada francesa y una botella de champán en las manos.

—Caramba —dijo Procter—. Llevas las tetas fuera.

La mujer, cuyos ojos iban saltando de Procter a Sam, acabó por fijar una mirada compungida en Frankie mientras se abrochaba el top.

—Esto... —dijo Sam, mirándola—. Frankie, que yo...

—Frankie —intervino Procter—, todo esto es muy agradable, pero ¿podrías decirle a esta chica que se largue un rato? Ya te dije que

necesitamos una media hora. No es mucho.

—Sophie es un talismán, y tiene que quedarse —señaló Frankie como si ella no estuviera delante.

Fueron hasta el fondo de la sala, esquivando a Sophie. La suite era más grande que cualquier casa que Procter hubiera tenido o fuera a tener jamás. Sam se puso a su lado.

—Ya he visto otras versiones de esta historia de Las Vegas —susurró—, y nunca se acaban con una breve conversación.

Sophie sirvió champán y le dio una pastilla a Frankie, que se la tomó de inmediato.

—Madre de Dios —murmuró Procter.

Se pasearon entre sorbos de champán por un larga galería iluminada con faroles marroquíes y adornada con macetas de orquídeas y lirios frescos. En el salón, enorme, Procter vio que la suite tenía su propia piscina, y que dentro había otras tres chicas, riéndose y bebiendo champán cada una de su botella. Invitaron a Sam a reunirse con ellas. Jaggers se hizo el sueco, y Procter y él se quedaron en el salón como dos idiotas mientras Frankie se cambiaba.

Poco después, reapareció con un traje gris de raya diplomática. A la luz de las lámparas de la piscina, Procter vio que las rayas del traje estaban compuestas por pequeñas letras que repetían las palabras «que te jodan» a lo largo y ancho de la tela.

—Vamos a jugar un poco —dijo Frankie, mirando por encima de Procter a una morena con unos pechos preciosos que estaba saliendo del agua—. Y luego hablamos.

El recuerdo que le quedó a Procter de esa noche era un conjunto de retazos: ella sentada junto a Frankie mientras el ruso se jugaba cientos de miles de dólares al bacarrá en su propia sala del casino privado; Frankie levantándose la camisa para enseñarle la barriga al crupier, antes de estrujar a Procter en un abrazo de oso cada vez que ganaba; Procter preguntándose qué pastilla le había dado Sophie (¿Adderall? ¿éxtasis?); Frankie pidiendo treinta mil en efectivo, y luego dando brincos por delante de ella, saliendo por el patio cubierto de The Mansion, pasando por debajo de la cristalera *art déco*, cruzando la pared de cítricos, dejando atrás a cuatro empleados, en cuyas palmas aplastaba fajos de billetes de cien dólares, y subiendo a otro Rolls que lo esperaba...

Otra escena destacada: ellos tres en un club nocturno. XS, se llamaba, y el nombre le hacía justicia. Frankie estrujando billetes en la mano de un portero al que llamaba Baby Jesus, y haciendo luego lo mismo en la descomunal palma del gorila samoano que vigilaba el acceso a su mesa, con vistas a la pista de baile. Incluso para los oídos de Procter, maltratados por el EDM, el ruido de dentro era tan avasallador que acababa resolviéndose en un zumbido silencioso, como si hubiera recibido la onda expansiva de una explosión. Poco después ya no quedaba nada del oído, del tacto, del olfato, del gusto o de cualquier tentativa de pensar; nada de ningún otro sentido y experiencia, del menor atisbo de que Procter hubiera tenido una historia antes de desmoronarse en un sofá del club. El mundo era la gente que llenaba el local, y esa gente era la apoteosis del desfase. Vio bailar a Frankie en el saliente de al lado de su mesa. Vio bailar a Sam con una chica de pelo caoba. Vio que unos cuantos se tiraban del saliente a las mesas de debajo, donde había un chalado

haciendo ondear una bandera americana gigante. Al final, le quedó el recuerdo de las luces en el firmamento mientras volvían a The Mansion, con los oídos zumbando y las chicas gritando.

Caminaban por un suelo de terracota, con música de piano al fondo. Cruzaban el gigantesco vestíbulo perfumado de cítricos. Sólo los pitidos en los oídos desvirtuaban la serenidad del mundo. Iban hacia la suite de Frankie, que tropezó con un muro bajo y se cayó de cabeza, como un árbol talado, en un estanque koi. Procter se acordaba de que uno de los porteros había dicho que eran peces muy sensibles, y bastante viejos, por cierto, y de que al oírlo había tenido ganas de tener a Theo a su lado. Frankie, mientras tanto, se debatía en el agua pegando alaridos. A través de la bruma se oía un chapoteo de aletas. El ruso, de pie en el estanque, con el traje totalmente empapado, miraba la bóveda de cristal del patio y lanzaba un chorro de vómito hacia el cielo nocturno, cerrando los ojos como si rezara.

33

Las Vegas

Cerca ya de mediodía, cuando Procter pasó tambaleándose por allí, el estanque estaba vacío. Había unos tíos con botas de agua y unos uniformes en los que ponía EQUIPO DE MANTENIMIENTO - PROTECCIÓN QUÍMICA. Una vez en el restaurante, se sentó a una mesa junto al patio cubierto. Pidió café. Llevaba en el bolsillo las fotos de los informes de Rémora y del alijo extraoficial de Petra Devine, la única documentación que tenía para el encuentro. Una hora después apareció Frankie, seguido pocos minutos más tarde por Sam, cuyo aspecto quizá fuera peor que al ser rescatado por la CIA en Viena. Lo había afectado más una noche con Frankie que un interrogatorio ruso hostil. Dedicaron un buen rato al típico desayuno de Las Vegas: mediodía, interior, gafas de sol y silencio.

—¿Cómo llevas el balance anual de juego, después de lo de anoche? —preguntó Procter, que ya iba por su tercer café.

—Más o menos a cero, diría —contestó Frankie—. ¡Y yo qué coño sé!

Hizo una mueca al probar su café y lo cambió por un martini de lichi. Cuando el camarero se lo sirvió, Procter entrechocó su taza con el cóctel.

—Si quieres podemos hablar en ruso —dijo en este idioma—, pero hablar tenemos que hablar, Frankie. Si no, te mato.

Frankie no contestó, ni siquiera con un movimiento de la cabeza. Llamó al camarero y pidió un bistec con huevos fritos.

—Quiero hablar sobre la Sección Especial del SVR —expuso Procter sin cambiar de idioma—. Sólo unas preguntas básicas. Si me chupé toda la función de anoche fue por eso.

Frankie, que se estaba tomando otro sorbo de martini, palideció y apoyó las dos palmas en la mesa. Procter tuvo miedo de que se cayera de la silla.

—Es una conversación entre amigos, extraoficial —dijo Procter—. No hay ningún tipo de grabadora ni cables en ninguna parte. Papeles tampoco.

Frankie bebió un poco más. Luego sus manos flotaron lentamente hacia la mesa, mientras su vista se elevaba hacia la bóveda de cristal del patio cubierto.

—¿Charles habla ruso? —quiso saber, moviendo el pulgar hacia Sam.

—Regular —contestó ella.

—En inglés está bien —dijo Frankie en este idioma—. A ver... sobre la Sección Especial ya se lo conté todo a los tuyos cuando deserté. Han pasado tres años, Artemis. La información... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—. Caduca. Y yo bebo. Bebo mucho. Eso borra el cerebro.

—Ya, ya —replicó Procter—, soy muy consciente de ello, Frankie, pero bueno, vamos a hacer una prueba, ¿vale? ¿Removemos un poco el estofado que tienes en el cráneo y me lo das a probar?

Frankie se pasó la lengua por los labios para quitarse los restos de espuma de su bebida.

—Vale, está bien, está bien. ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio —dijo Procter—. Empieza por el principio.

—De acuerdo —respondió Frankie con fastidio antes de una larga pausa, como si a duras penas pudiera acordarse de cuál era el principio—. Yo diría que, hace cuatro años, el SVR se reorganiza. Han perdido fuentes euro de primera, y se... cómo se dice... se va de cazamusarañas.

—¿Qué dices que hacían con las musarañas? —le preguntó Procter.

—De cazamusarañas —contestó Frankie—. Una caza de musarañas.

—¿Qué es una caza de musarañas? —preguntó Sam.

—Encontrar espías —respondió Frankie.

—Ah, te refieres a una caza de topos —dijo Procter.

—Eso. Ahí, ahí. Caza de topos. Caza de topos. Caza de topos... —Las oes le ensanchaban la boca como si quisiera tragárselas—. Y no encuentran nada, pero fusilan a pocos desgraciados. Para dejar cosa clara. Pero alto mando dice que esto tiene que arreglar, tiene que parar las filtraciones en departamentos. ¿Y cómo vamos a hacer? En América, cuando hay problema, ¿qué haces? Más comités. Rusia igual. O sea, que sacan fuentes clave de Línea KR. Y de Departamento Americano. Y de Quinto Departamento. Y más, y más. Para dar todos a cabronazo de Rem Zhomov. Un tipo listo, el carcamal. Gran cerebro. Vieja escuela. Es general, pero operativo. Cosa rara, muy rara. Pero el director de SVR le hace caso. Zhomov trabaja porque le gusta, ¿eh? Le gusta trabajo. Y propone teoría

nueva, idea nueva. Dice: a ver, queremos dos cosas principales. Queremos saber qué traman americanos. Inteligencia básica. Planes, intenciones... lo que sea. Dos: queremos destruir América. Con medidas activas, ¿sabes? Sí, veo en ojos tuyos que sabes. ¿Por qué vienes a Las Vegas para esto, si sabes?

Frankie miró a un jardinero que estaba podando un árbol en el patio cubierto. Por las baldosas rodaba una lima recién caída de una de las ramas.

—Estamos aquí por eso, Frankie. Continúa —le dijo Sam—. Nosotros ayer ya cumplimos, o sea, que no pares.

—Vale, vale, Charlie, tranqui. —El tono había sido amenazador—. Bueno, pues Zhomov, que es un hijoputa de carajo, siempre va buscando joderla. Se dice así, ¿no? Coge los agentes buenos de los departamentos y las líneas y los centraliza en Sección Especial. Pilla mejores captadores para llevárselos a Sección Especial. Presupuesto de pez grande. Y también tiene cuidado. Con red propia dentro de SVR, ¿vale? No mezcla. Sección Especial no aparece en documentos. Por eso me acusan de mentiroso cuando desierto, ¿entiendes? La Sección es como fantasma. Rumores.

Se puso un dedo en los labios y sopló.

Le sirvieron la comida. Procter era incapaz de mirar los huevos fritos, y Sam por lo visto también. Frankie deslizó el martini por la mesa e hizo tintinear sus pulseras y su reloj al extraer los cubiertos de la servilleta.

—En servicios especiales rusos hay guerra interna, como en todas partes —dijo—. Así me enteré de rumores y conocí a Zhomov y a algunos hombres suyos. SVR estaba cabreado con el FSB. Nada nuevo,

pero SVR no pinta puta mierda, y primos de FSB están dentro de Kremlin. Siempre salen perdiendo. Tienen tirrias. Se dice así, ¿no?

—Sí —contestó Procter—, lo has dicho perfectamente: tirrias. Sigue.

Frankie se detuvo para masticar su bistec durante unos segundos.

—SVR quiere puesto en la mesa —dijo—. FSB, gorila grande. SVR quiere pegar tiro a gorila y a lo mejor poner cabeza en pared, usar patas como cubo basura y piel como alfombra, todo eso.

Procter recordaba por los cables que, en su vida anterior, Frankie había sido aficionado a los safaris ilegales en África. Sam se llevó el café a los labios, pero se lo pensó mejor y lo dejó en la mesa sin haberlo tocado y sin apartar la vista de Frankie, que seguía hablando.

—Sección Especial fue a Kremlin para negociar, y Zhomov nos dijo: «Eh, tíos, que lo que tenemos en América no vale un carajo.» La CIA a veces pesca pez grande ruso. Nosotros sólo pececitos comemierda. Militares que dan a cocaína. Inútiles de *think tank*. Empleado de Congreso que no sale de armario. Entonces Zhomov dice que no pasa nada, que no hace falta rechazar a éstos. Todo bienvenido. Pero necesitamos grupo de francotiradores. Tirar de lejos con poca probabilidad, pero si acierta, el impacto hace explotar cabeza. Cabezas importantes. Es metáfora, ¿eh? Trabajo sucio nada. La Sección Especial no son asesinos. La Sección Especial busca piezas importantes en América para captar usando a los mejores funcionarios. Y paciencia.

Procter se fijó en que el tono de Frankie se había vuelto respetuoso, como si muy a su pesar admirase a Zhomov.

—Mira, señora Artemis, en Kremlin todo el mundo sabe que mitad de informes de SVR son una porquería. No, perdón, sobre ochenta por ciento. Casi todo mentira. ¿En CIA también? Sí, claro. Organizaciones grandes, con muchas personas. Donde hay personas hay problemas. Está crudo. De los servicios especiales se espera informes, inteligencia. —Dibujó unas comillas en el aire—. Por eso los funcionarios de SVR dan lo que les piden. Informes, papel. Calidad es de menos. Prioridad es cantidad. A Zhomov le fastidia. En su discurso dijo: «Miren, tenemos dos o tres fuentes con acceso de verdad, y hay movimiento, pero hace falta paciencia. Francotirador, no escopeta normal», dice el muy listo de carajo.

Apretó el gatillo de un fusil imaginario, apuntando al limero de detrás de Procter.

Luego apartó el plato, dejándolo a medias, y chasqueó los dedos para pedir otro martini de lichi. Se había quedado callado, mirando a una mujer que caminaba por el patio. Se hizo otra pausa en la conversación.

—Has dicho que parte del trabajo de la sección consistía en medidas activas —dijo Sam—. ¿En qué se diferencia eso de cualquier otra sección del SVR? En el Bosque no hay nadie que no enfoque así el espionaje.

Frankie se bebió la mitad del martini en cuanto se lo sirvieron, y mientras se limpiaba la boca hizo «no, no» con el dedo.

—No, así no, diferente. Diferentes métodos. Paciencia. Zhomov dice: «A ver, chicos, ¿qué delata a Ames y Hanssen?» Trabajaban para nosotros, eran los mejores, y ahora en cárcel, o muertos. Cuando pillamos a alguien con fuerza, dejamos migas de pan para CIA y FBI. Los estadounidenses están en decadencia, pero no son

tontos. Si matas espías, la CIA sospecha una penetración de Moscú. Buscan basándose en acceso. Cuesta de encontrar, la musara... el topo, quiero decir, pero no es imposible, y si arrestas a veinte a la vez, quizá no tan difícil. Pero nos quedamos sin fuente. No, Zhomov aboga por paciencia. Dice que captemos. No ser burros. Ir despacio. Proteger grandes fuentes. «El objetivo final», dice, «es destruir la CIA. Tiene que serlo», dijo Zhomov, y aquí todos en reunión asienten y sonríen. ¿Destruir la CIA? Pues ahora le comen a Zhomov de la mano.

—¿Zhomov dijo cómo seleccionarían a sus objetivos en Estados Unidos? —preguntó Procter—. ¿O cómo los gestionarían?

Los dedos de Frankie rodeaban su cabeza como una jaula, en cuyo interior el ruso se debatía sobre si acabar o no su desayuno. Tras aventurarse a coger un poco de huevo viscoso con el tenedor, dijo que Zhomov había dado muy pocos detalles, pero que había hecho énfasis en la dificultad de tener como fuentes a colegas del mundo de la inteligencia.

—Zhomov propugna que los de inteligencia son otro cantar —continuó Frankie—. Al funcionario del Congreso chantajeado le dan web para escribir paridas. El de inteligencia no dirá que sí, porque es más listo. Sabe las cagadas del SVR. Dirá que a la mierda por las comunicaciones. Esto dice Zhomov porque intenta robar funcionarios y presupuesto a otros departamentos, y los jefes le dan mucha caña. Zhomov dice: «A ver, chicos, estamos consiguiendo algunas cosas, y la captación será diferente. Hará falta más gente. Hará falta más pasos. Será más lento. Que no me metáis prisa, coño.» Viene a ser que dice Zhomov, no mucho más educado. Dice: «Si queréis

resultados, los pagáis. Y yo os daré resultados. Que no me metáis prisa, coño.»

En ese momento, Procter se sintió obligada a hacer una pregunta cuya respuesta conocía de antemano.

—¿Zhomov tenía activos dentro de la CIA?

Frankie se acabó el martini y chasqueó los dedos para pedir otro.

—Señora Artemis, estuve tres meses en una casa cerca de Washington. Hablé como con cien de los suyos: de trabajo, de amigos, de familia, de enemigos, de rumores, de distribución del Kremlin, de plantas del despacho de Putin... ¿Qué te crees, que si Zhomov dice que tiene a alguien se me olvida? Pues no. ¿Crees que escondo? No, hace cuatro años Zhomov no tiene a nadie. Entonces empezaba la Sección Especial. Vino por dinero y nos enseñó la caña que mete. Entonces no había topos. Era el principio.

—¿Y de los hombres de Zhomov te acuerdas? —preguntó Sam.

Frankie hizo un ruido gutural mientras paseaba el tenedor por el plato.

—Misma respuesta, Charles. Los nombres que sabía ya dije a vuestra gente. Todo está en informes. Me enseñaban montones de fotos, y yo me esfuerza.

—Voy a hacer otro intento —dijo Procter—. ¿Cómo sabes si alguien es de la Sección Especial? Organigrama no hay, ¿verdad? No hay ningún rastro de papeles que relacione a nadie con ella.

—Bingo —dijo el ruso—. Zhomov hace que trabajen para él funcionarios de líneas y departamentos. Usa a tíos de todos los departamentos, pero sobre papel no son de Sección Especial, sólo en realidad.

—He traído fotos de unos cuantos tíos —indicó Procter, sacando cinco de su bolso y repartiéndolas por la mesa—. ¿Te importa seguirme la corriente, Frankie? Ya sé que tienes el cerebro hecho papilla por el alcohol, pero me gustaría que me dijeras si alguno de estos señores tan guapos son compañeros de viaje de Rem Zhomov.

Les llevaron el martini. Frankie lo levantó hacia el techo de cristal antes de vaciarlo de un único trago. Después miró las fotos y fue como si se le oscureciera la cara. Quizá se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de pasar de un refrito de material antiguo a proporcionar algo mucho más directo y peligroso; algo que podía ponerlo en el punto de mira si en Moscú llegaban a enterarse. Apoyó la cabeza en la mesa, fingiendo que roncaba.

—A no ser que quieras —dijo Procter, cambiando de postura para hablarle al oído— que le pida a tu supervisor convertido en canguro que haga unas llamadas por la ciudad y ponga un palo en las ruedas de tus hábitos de juego. Que investigue si estás pagando los impuestos de todo lo que ganas. También podría acercarme a esa villa de mala muerte que tienes, despertar a una de esas chicas tan majas y ver si alguna quiere dos mil dólares a cambio de contarles a varios responsables de casinos que eres un sobón y te dedicas a ir tocando chichis. ¡A ver si es que tienes un problema, Frankie! ¡A ver si es que eres un tocachichis en serie, y de repente empiezan a salir testimonios de señoras sobre los toqueteos de este tío que va apostando fortunas! ¿Y sabes lo peor? Que el tío en cuestión dice que se llama Frankie, pero tiene acento de ruso. Y suda como un ruso. Apesta a cebolla, remolacha y vodka. Imagínate qué historias tan desgarradoras de explotación, silencios comprados, imperialismo ruso y el puto patriarcado. Mal rollo para Frankie Potnick, tu *alter*

ego estadounidense, y mal rollo también para el Fiódor que llevas dentro. Son ese tipo de incidentes que hacen salir tu foto en los periódicos y que igual llegan hasta el Kremlin. Imagínate que Putin lo ve por casualidad y dice: «La serpiente esa está en Las Vegas.» Y que manda a alguien a embadurnarte los calzoncillos con agente nervioso, o, si se ponen en plan clásico, a tirarte de una de las Sky Suites del Aria. Y que acabas como una pizza de las que tiran por el Strip durante las juergas.

Frankie levantó la cabeza con una vaga sonrisa en el rostro. Pidió otro martini. El camarero pestañeó, primero de susto y luego de pena, antes de irse cabizbajo hacia el bar.

—Se equivocó de sitio al nacer, señora Artemis. Debería haber sido rusa.

—*Roditeli e Rodinu ne viberaut* —dijo Procter encogiéndose de hombros: «Los padres no se eligen, la patria tampoco.»

Frankie se armó de valor y fijó la vista en las fotos. Conforme examinaba las caras, la piel de alrededor de sus ojos se iba poniendo tensa y palpitante. Procter no habría sabido decir si alguna le había llamado la atención, pero no estaba seguro, si eran todas las que le hacían revivir la pesadilla de su deserción o si había reconocido a alguien desde el principio, pero no se resolvía a decir la verdad. Los dedos de Frankie se agitaron en el aire hasta formar un puño con el que frotó la superficie bruñida de la mesa como si estuviera quitando una mancha. Se debatió un buen rato en silencio.

—Éste —dijo finalmente, dando golpecitos con un dedo en una de las fotos.

—¿Sabes qué hacía para Zhomov?

—Un veterano del Quinto, creo. Chico para todo. Íntimo de Zhomov. Juntos de niños en San Petersburgo.

—¿Hasta qué punto estás seguro?

—Casi del todo.

—Perdona que te lo diga, Frankie, pero has estado mucho rato mirando para estar tan seguro. Lo has alargado al máximo.

—Estaba pensando en mentira.

—¿Y no se te ha ocurrido ninguna?

—Mi cerebro es hecho papilla, ya lo he dicho. *Arrivederci*, señora Artemis y señor Charles. Adiós.

Frankie le dio un número de villa equivocado al camarero y se escabulló hacia la piscina.

En la habitación de Procter, la foto elegida por Frankie estaba sobre el escritorio junto a un montón de gomas para el pelo extraídas del fondo de su maleta. Al pie de la foto, de hombros para arriba, había un breve texto escrito por la propia Procter: «Rodión Visariónovich Pletkov, coronel, SVR, Quinto Departamento (Europa).»

Rémora. Un antiguo discípulo de Zhomov.

«Un enredo dentro de otro», pensó, preguntándose si alguna vez había estado tan cansada como ahora.

Sentados en la habitación de Procter, Sam y ella estuvieron repasándolo todo punto por punto durante tres horas. Sabían que Theo, por ejemplo, había mentido sobre el orden de las intervenciones en la reunión de marzo con Rémora, en Francia, y

temían que fuera muy difícil hallar una explicación inocente para esa mentira. Sabían también que Theo, Mac y Gus habían dado versiones distintas sobre el orden de llegada, y que todas ellas también discrepaban de lo reflejado en los cables. Sabían que Rémora era uno de los hombres de Zhomov. Sabían que Debs había echado a Petra Devine de la CIA por cuestionar la productividad de Rémora y remover mierda sobre un posible topo. Sabían que Mac no había mencionado su paso por la Estación Nueva York, ni tampoco su reunión informativa con Gus y Debs. Sabían que Gus se había ganado una General por lo de Moscú, y que quizá siguiera vigente. Sabían que Debs había hecho que la Casa Blanca se volviera adicta a la información de inteligencia, y que había aprovechado esa adicción para conseguir méritos. Por último, sabían que el topo seguía en activo. Era la única interpretación posible de la detención de Tarrman y la desaparición de Garra.

Lo que no tenían eran pruebas, eso estaba claro. O nada, en todo caso, que pudieran presentar dos agentes caídos en desgracia con la esperanza de que los tomaran en serio.

—Y para serte sincera, Jaggers —dijo la jefa—, dudo que las consigamos. Creo que lo de las charlas ya no da más de sí.

Así las cosas, la propuesta de Procter —con la que Sam estuvo de acuerdo— fue que separaran sus caminos, refugiándose ella en Florida y él en el norte de Virginia. Harían una especie de paréntesis ritual que les serviría para decidir si había algún camino alternativo, e infinitamente más peligroso, que tomar. Ambos sabían que dicho camino marcaría un cambio de rumbo en su investigación, convirtiendo lo que hasta entonces parecían simples e inocentes charlas —siempre con cierta tapadera operativa— en una intromisión

muy real en las operaciones de la CIA, y que el tiro, si les salía por la culata, lo recibirían ellos mismos en la cara.

Otra cosa que intuía Sam, aunque no lo dijo, era que Procter aún tenía que acabar de asimilar el hecho de haber sido traicionada —y haberlo sido todos— por un buen amigo. ¿Podía ser que la visión de la jefa, famosa por su escaso sentimentalismo, se hubiera visto empañada por una lista de sospechosos cuyos integrantes eran viejos amigos suyos? Quizá hiciera falta un poco de distancia para que la cruda realidad salvase el abismo entre la cabeza de Procter y su corazón. Lo demostraba, por ejemplo, más allá de cualquier duda, que, a lo largo de su reunión, como había observado Sam, la jefa se hubiera abstenido de amalgamar las conclusiones de sus charlas en Virginia con el inapreciable dato obtenido de Frankie: si Rémora formaba parte de los hombres de Zhomov, lo más probable era que el topo siguiera sus instrucciones. El captador era el captado, y viceversa.

Sam sabía que Procter lo sabía; de hecho, sospechaba que ya lo había visto claro antes de llegar a Las Vegas, pero el desánimo palpable de la jefa parecía indicar que había recibido justo lo contrario de lo que deseaba: una confirmación.

—Voy a analizarlo todo a fondo —dijo Procter—. Primero meditaré, y luego me limpiaré toda la mugre de este infierno de ciudad para que no me echen del avión por culpa de la peste. Tú pórtate bien y rompe con Natalie, pero hazme el favor de romper suavemente, como si te despidieras de un magnífico agente que nos ha ido de perlas. Ya te sabes el guión. Además, se merece a alguien mejor. Eso ni lo dudes. Venga, arreando. Ya te llamaré.

34

Dallas / Fort Worth / El Paso / Big Bend

—La historia —estaba diciendo Irene— nos enseña que a menudo los soldados de Rusia deben combatir sin contar con alimentos, armas ni instrucción. Somos unos afortunados por tener dinero —añadió—, por no hablar de lo bien que comemos y el confort con que vivimos, lujos imposibles para el soldado ruso.

¿La inexperiencia de los Venable? Ya la superarían. El asesinato era un oficio, un arte que ellos dos acabarían dominando.

—Y suerte tenemos, Peter, de que nuestra lucha no coincida con lo más crudo del invierno —concluyó mientras se agachaba para sacar la coctelera de un armario de la cocina.

Hacia el final de la segunda ronda de margaritas, se decidieron por una bomba, el arma preferida del revolucionario, a la vez espectacular y práctica para marcar distancias con el suceso en sí y «poder vivir para seguir con nuestra lucha», en palabras de Irene. A Peter le habían parecido emocionantes sus debates achispados acerca de una bomba, pero la idea de un combate sin fin se sobrepuso a la excitación nerviosa del tequila, dejándolo nervioso a secas.

Los inicios fueron lentos. La decisión de usar una bomba no estaba exenta de complicaciones, pero, como Irene se había aficionado a decir, habían sido elegidos para la misión por su capacidad para resolver problemas y sortear obstáculos.

—Confían en nosotros porque... pues porque algo se nos ocurrirá, cielo.

Se descargaron un manual confeccionado por la rama yemení de Al Qaeda (traducido ya al inglés), y en la internet oscura consultaron páginas que ofrecían varios PDF de alto secreto sobre tecnología de explosivos estadounidense «aprendida» de Irak y Afganistán. También miraron juntos decenas de horas de vídeos en YouTube sobre circuitos eléctricos, y entraron en eternos debates sobre los parámetros: soporte y tipo del explosivo, detonadores, circuitos...

En el trabajo, Peter pulía presentaciones de PowerPoint, afinaba modelos de Excel y soportaba horas de reuniones sin sentido. Estaba aburrido, pero el proyecto se había disparado en poco tiempo hasta cotas de complejidad endemoniada, y él era el primer sorprendido por vivirlo como un reto tan emocionante. ¿Acaso no era el mayor desafío de sus vidas?

En Texas, el único recurso más abundante que la tierra son las armas.

Un viernes por la tarde, a la hora de cenar y después de que Peter dejara atrás su cubículo de la aerolínea, se fue a pasear con Irene por los mil doscientos puestos de la feria de armamento de Fort Worth. En el de A-Jack Knives compraron dos cuchillos Amtac Northman. En el de Texas Shoots, dos pistolas SIG Sauer P320, un

fusil 30-06 Springfield y varias cajas de munición. Pagaron en efectivo, acreditándose como residentes en Texas con sus permisos de conducir, pero dado que muchos de los vendedores constaban legalmente como aficionados sin licencia, ni el nombre ni la dirección de los Venable quedarían vinculados con las armas en ninguna base de datos oficial. Peter también compró una caja de cincuenta cartuchos vacíos de 30/06 y más de un kilo de pólvora, porque a veces (le explicó al vendedor, en un discurso ensayado con Irene) prefería confeccionarse su propia munición. Grandes sonrisas. Todo lo adquirido, legal sin excepción, lo cargaron en un remolque enganchado a su Mercedes cuatro por cuatro. Pasaron la noche en el Sheraton de Fort Worth, brindando por sus compras con una última copa en el bar Reata.

Por la mañana, más compras en Fort Worth. REI. Home Depot. Varias ferreterías de barrio. AutoZone. Dos droguerías. Target, donde dieron bajo mano una generosa propina al segundo encargado, y a cambio se llevaron un maniquí vestido con unos tejanos de talle alto y una camiseta de estampado floral donde ponía SUEÑA TU VIDA. Lo iban pagando todo en efectivo. Se habían puesto unas grandes mascarillas N95 y unas gorras de visera y, para rematar, hacían un uso pródigo y teatral del gel desinfectante. En algunos establecimientos entraba Peter, en otros lo hacía Irene. Llevaban la matrícula llena de barro, como casi todo el coche.

A finales de la tarde estaban yendo hacia el oeste. El sol, rojo sangre, estaba a punto de esconderse tras el horizonte plano. Ninguno de los dos había viajado por el oeste de Texas, más allá del río Brazos.

Ya en las grandes praderas, bajo un cielo tan ilimitado como el horizonte, Peter se animó. La hierba agostada de los pastos estaba salpicada de molinos y ganado. A cada kilómetro había menos árboles, y el paisaje, majestuosamente yermo y desolado, lo sobrecogía. La madre patria le provocaba sentimientos similares, pensó, acordándose de un viaje en coche con su tío desde Nizhni. Era verano, y cruzaban un paisaje abierto y sin cultivos. Habían conducido durante horas, pero a su alrededor estaba siempre Rusia, absorbiendo a Peter y acunándolo en su seno materno.

La feria de armamento de El Paso ocupa durante dos días el recinto El Maida Shriners, y es una gran celebración de las armas de fuego, la munición y los explosivos.

Los Venable acudían en busca de Tannerite, un explosivo binario al que Peter había dedicado decenas de horas de investigación por internet. Muy empleado en las prácticas de tiro, usa polvo de aluminio y titanio como combustibles, y nitrato y perclorato de amonio como agentes oxidantes. Peter ya lo sabía casi todo sobre ese explosivo, desde su composición química hasta su aplicación práctica. Al recibir el impacto de una bala a gran velocidad, la mezcla de combustible en polvo y bolitas de amonio explota con una gran detonación, desprendiendo una nube de humo. Haciéndose pasar por un loco del tiro deportivo, Peter había llamado a una docena de vendedores de la feria para confirmar que se podía comprar Tannerite ahí mismo.

Después de pasearse entre los puestos —suscitando entre la concurrencia una mezcla de irritación, burla y regocijo por sus

mascarillas N95 y sus pantallas faciales—, Peter e Irene llegaron a uno en el que se vendían explosivos: granadas, pólvora y también (les dijo el dueño) Tannerite, guardado en uno de los camiones de detrás del puesto.

—Me gustaría llevarme una buena cantidad —dijo Peter—. Dentro de unas semanas vienen unos veinte muchachos al rancho a disparar. ¿Cuál es el límite?

—No hay límite—le contestó el dueño con cara de pocos amigos—. Pero ¿a qué viene la pantalla facial?

—Es que mi mujer está haciendo quimio, y nos lo ha mandado el médico. Ya sé que parecemos un poco frikis.

El vendedor se había quedado consternado.

—Jo, tío, perdona.

A partir de ahí ya no hubo más preguntas.

Por la noche, en un Super 8 de El Paso, cerca del aeropuerto, Irene se quedó dormida en cuestión de minutos, pero Peter empezó a dar vueltas en la cama, preocupado por lo que llevaban en el remolque. Por la mañana, después de tomarse cada uno dos tazones de un café malísimo, salieron hacia el sur, en dirección a un rancho que habían alquilado por la zona del Big Bend.

La casa principal, de dos plantas, estaba hecha de adobe y pintada de blanco, con el tejado rojo. Rodeada de pinos piñoneros y enebros, ocupaba una parcela en el extremo norte del Big Bend. Desde el porche, que la rodeaba por entero, la vista se perdía por los pastos hasta toparse con la elevación rocosa que cerraba el valle. Peter e Irene estaban contemplando el amanecer, cada uno con un

café en la mano. Trabajarían en la parte trasera. Entre los árboles había una superficie grande de cemento para limpiar las aves de caza, protegida por un tejado alto. La intimidad que brindaba el follaje era reconfortante, aunque no hubiera ninguna otra finca en varios kilómetros a la redonda. Peter subió el coche a la plataforma de cemento, abrió el maletero y montó la mesa plegable que pensaba usar como banco de trabajo.

Irene le dio un beso y salió a explorar la propiedad en busca de un lugar adecuado para los ensayos. Peter decidió empezar por el iniciador. Consultando de vez en cuando los manuales clasificados y los vídeos de YouTube, practicó dos pequeños orificios en el fondo de un cartucho vacío del 30-06 y, tras comprobar que estuviera limpio y seco al cien por cien, lo llenó de pólvora prensada. Luego cerró la apertura a presión y la selló con epoxi, antes de dejarlo al sol para que se asentase.

Por un instante, pensó en cómo estarían pasando el fin de semana sus colegas del Suroeste: deportes infantiles, almuerzos en Uptown y Lower Greenville y, como cada domingo a las doce, el partido de vóleibol del Departamento de Planificación y Análisis Financiero en las instalaciones de la compañía, a la sombra de los aviones que iban despegando y aterrizando. Miró el cargamento de materiales y el iniciador y se rió. Menudo rebaño de descerebrados. Eligió una *playlist* de rock y subió al máximo el volumen de su móvil.

Montó una de las cajas grandes de cartón y evaluó las dimensiones.

Siguiente paso: los circuitos. Cogió la bolsa comprada en una ferretería de Fort Worth y extrajo de ella pegamento Gorilla, un reloj, un pin en forma de cuchillo de cinco centímetros, una sierra para

metales y una lima. Recortó y rebajó el pin. Cuando dieran las doce, el minutero tocaría el metal del pin. Lo pegó a la esfera del reloj.

Se insultó a sí mismo en voz baja al caer en la cuenta de que debería haber probado el iniciador sin pólvora. Hizo dos agujeros en el fondo de otro cartucho 30-60 y pasó dos alambres, dejándolos sobresalir del latón como los dientes de un tenedor. Los conectó a la batería. Dentro del cartucho se produjo un pequeño destello. ¡Claro que sí!

—¿Qué, va bien?

Era Irene, que se acercaba sonriendo.

—Hay chispa —dijo él, levantando la vista de la mesa.

Ella aplaudió y le dio un beso.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Peter señaló un montón de cajas. Irene empezó a desempaquetar las barras de magnesio de los kits de encendido, las bolas de acero y las bobinas de clavos. El magnesio era pirofórico. Dentro del radio de la explosión se incendiaría todo lo inflamable. Se habían decidido a usarlo como una especie de seguro, para incrementar las posibilidades de éxito.

Mientras Irene colocaba el magnesio y la metralla dentro de la caja, dejando sitio en el centro para el cubo de Tannerite, Peter centró todos sus esfuerzos en el vibrador eléctrico. Después de una cuenta atrás de diez o veinte minutos —el tiempo suficiente para que pudieran alejarse—, el minutero entraría en contacto con el pin, cerrando el primer circuito. Cuando el objetivo moviera la caja, el vibrador eléctrico cerraría el segundo circuito y entonces... ¡bum!

Sacó una jeringuilla de una bolsa de la droguería y le quitó la aguja para que sólo quedara el tubo de plástico. Hizo con cuidado

dos pequeños agujeros en la parte superior, como antes con el cartucho, pasó dos alambres y los fijó con pegamento. Luego introdujo una bola de acero en la jeringa y recortó una pequeña cuña de plástico para tapar la parte abierta. Acto seguido, cogió dos finas tiras de madera y las pegó a la jeringuilla para mantenerla en su sitio, como un barco dentro de una botella. Al final, montó una de las cajas pequeñas de cartón y fijó la jeringuilla con cinta adhesiva en el fondo. Practicó: levantar la caja, moverla y dejarla en el suelo. El cojinete respondió a la perfección. Lo enganchó con cinta en el fondo de la caja grande.

Siguiente paso: el circuito. Volvió a mirar uno de los vídeos de YouTube más útiles. Luego se puso manos a la obra y empezó a distribuirlo por el suelo como un diagrama de espaguetis, mientras Irene leía en voz alta un manual clasificado en el iPad.

—Lo último podemos hacerlo *in situ* —dijo Peter cuando estuvo seguro de haber montado bien las conexiones.

Cargaron en el coche los materiales de la bomba, treinta metros de cuerda y el maniquí, y salieron hacia el lugar que había elegido Irene para el ensayo. Peter quedó consternado al ver que lo bordeaba una pantalla de árboles.

—Irene, aquí podríamos provocar un incendio forestal —murmuró —. El magnesio.

Ella se quitó las gafas de sol y miró a su alrededor, mordiéndose el labio.

—Mierda —dijo.

Se les fue toda una hora en patearse la finca en busca de un lugar adecuado, hasta que se decidieron por una zona sin árboles del valle, al pie de una cresta, entre rocas dispersas. Peter llenó el cubo

con veintidós kilos de Tannerite, cerró la tapa e introdujo el cartucho lleno de pólvora por un agujero que había hecho previamente, comprobando que tocara el explosivo y que sobresaliera bastante alambre por detrás para cerrar el circuito. Metió la batería en la caja, junto al cubo de Tannerite. Después pasó la cuerda alrededor de la caja e hizo a toda prisa varios nudos, mientras Irene colocaba el maniquí junto a la caja.

Peter realizó las conexiones con manos temblorosas. La primera vez que miró a Irene, vio que tenía la cara sonrosada. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, vio que tenía las mejillas arreboladas. Y poco antes de acabar, ya estaban casi rojas.

—Concéntrate, cielo —susurró ella—. Ya te falta muy poco. Lo estás bordando.

Al terminar, Peter giró las manecillas del reloj con los dedos para dejar veinte minutos de margen. Luego metió el reloj en la caja y se quedó quieto durante unos segundos, escuchando el silencio, el graznido de un cuervo en la distancia y el susurro de las hierbas altas aplastadas por el viento. Irene puso un temporizador en su teléfono. Recogieron la cuerda y subieron a un pequeño promontorio hasta que les quedó bien tensa.

Estaban a veinte o veinticinco metros de la bomba. ¿Era suficiente? Pero ¿a quién se le ocurría comprar tan poca cuerda?

Faltaban diez minutos.

Hacía buen tiempo y mucho sol, aunque estuvieran a principios de noviembre. Estaban en ascuas por el nerviosismo, y empapados de sudor.

El móvil de Peter se iluminó. No había tenido cobertura en casi toda la mañana, pero a esa altura sí. Leyó por encima y sin

prestarles mucha atención varios mensajes del trabajo. Su jefe le pedía que verificase los cálculos de un modelo financiero que había preparado. Torció el gesto y miró a Irene, que tenía manchas de sudor en la camisa.

—¿Pasa algo, cielo? —preguntó ella.

—No.

Peter vio que se le había olvidado activar el mensaje de que no estaba en la oficina. Se metió el teléfono en el bolsillo.

Dos minutos. Volvió a tener la sensación de que quizá estaban demasiado cerca. ¿Debía decírselo a Irene? Le bastó con mirarla para saber que la respuesta era un silencio férreo y determinado. «No estamos haciendo nada ilegal», se dijo para tranquilizarse. «Has salido a divertirte con tu mujer.»

Sonó el temporizador del móvil. Tensando fuerte la mandíbula, Irene miró fijamente hacia el suelo, donde estaba apoyada la cuerda.

—Vamos a hacerlo juntos —dijo.

Acercaron a la cuerda sus dedos enlazados. Peter se pegó a Irene para darle un beso. «Te quiero», pronunciaron sus labios. «Yo a ti también», respondió ella en silencio. Luego Peter enroscó su mano y la de Irene en la cuerda y, después de prepararse como para un tira y afloja, tiraron los dos a la vez.

La sobrepresión invadió los oídos de Peter, que se agachó y se cayó al suelo, sin oír nada más que un zumbido metálico. Le llovieron escombros en la espalda. Levantó la mirada.

En el punto del ensayo había brotado una nube de polvo que impedía ver la cresta. Irene se tapaba la boca con la mano, y le salía un hilillo de sangre por una fosa nasal.

Aun así, Peter vio que sonreía.

Media hora después, durante el recorrido para valorar los destrozos, Peter, que llevaba una botella de tequila en la mano para celebrarlo, se paró a beber a morro entre las hierbas altas y bajó la vista al suelo al oír un crujido. Acababa de pisar una bola de plástico quemado. Se agachó a mirar. Era la parte superior de la cabeza del maniquí.

35

Kissimmee

En la luz tenue de la caravana, las ventanas abiertas para que saliera el humo dejaban entrar el aire cenagoso del pantano. Sentada en su banqueta, Artemis tenía ante sus ojos un montón de libretas amarillas y un cenicero de latón en forma de hocico de caimán cargado hasta los bordes. Encima del lavavajillas, sobre la encimera, había una vieja caja de zapatos, y al lado varias fotos arrugadas y descoloridas, apiladas sin orden ni concierto. Sólo le había interesado una fotografía, una imagen del fatídico día en Afganistán en la que salían todos delante del muro antiexplosiones de la base. Que ella supiera, no quedaba ninguna otra foto de los cinco juntos. Y sus tijeras la estaban recortando.

Había buscado las fotos porque, en esa fase de la operación, necesitaba ver los rostros para que todo aquello pareciera real. En el alféizar, bajo la cortina de cuentas, se extendía una hilera de botellas de alcohol recién compradas. Procter tenía el vago recuerdo de que, en las antiguas historias de espías, se usaban piezas de ajedrez para representar las situaciones, pero en esos momentos el alcohol y sus distintos envases sintonizaban mejor con su estado de ánimo. Además, el alcohol podía bebérselo, mientras que el ajedrez le

parecía un tostón de cojones. De vez en cuando se oía un aleteo junto a la ventana abierta. Estaba tan absorta en lo que hacía que no oyó el impacto de un murciélago contra la piel metálica de la caravana, ni los exasperados maullidos de una pareja de felinos enzarzados en el coito.

En el negro y palpitante corazón de cualquier trama de agentes dobles yace una mentira elemental y cegadora que te obliga a lidiar con su versión de la verdad, te impone un conjunto de hechos ajustados a teorías que son de lo más inocentes y te deja completamente descolocado. Un enredo dentro de otro. Aquella tarde, a solas con sus pensamientos, Procter había conseguido por fin dar una estructura a la oscura realidad que se le echaba encima.

En el vuelo desde Viena usado por la CIA para repatriar a Sam habían estado todos. Y fieles a la tradición de los intercambios de espías, todos ellos habían llevado algo de beber para los brindis. Los detalles se los había suministrado Jaggers durante la larga reunión nocturna que había seguido a su primera aparición en Florida, en la puerta de la jefa.

Según Sam, Mac había llevado una botella de Blue Label para el vuelo desde Viena. Como su fondo de reptiles estaba ya en fase menguante, Procter había tenido que conformarse, para lo que tenía entre manos, con una de Black Label, que había retocado con un rotulador azul. Enganchó con celo la cara de Mac, recortada de la foto, en el cuello de la botella. El siguiente era Gus. En el vuelo de vuelta, como buen abstemio, se había tomado un agua con gas, una Perrier. La foto de Gus quedó fijada a la botella. Llegó el turno de Theo, cuyo alcoholismo se caracterizaba por ser funcional, y hasta económicamente razonable. «Prefiero que mis malas costumbres no

me salgan por un ojo de la cara, Artemis», le había dicho una vez. Ella había reprimido un comentario sobre la calidad de las mujeres que compraba. La aportación de Theo había consistido en una botella de litro y medio de Canadian Club. La correspondiente botella del alféizar recibió su foto. Procter había recortado todo el cuerpo, porque Theo salía haciendo una peineta. Por último, Debs. La muy borde había llevado vodka. Mac había comentado que sólo a una sociópata se le ocurriría regalarle una botella de vodka ruso a un tío recién salido de una cárcel rusa. Podría haber tenido un poco de sentido común y haber comprado una de Grey Goose. Procter se acordaba de que Debs había llevado una botella muy bonita de una marca que empezaba por K, pero no había podido encontrar una igual en Kissimmee, así que había tenido que conformarse con una de Stolichnaya. El careto de Debs quedó pegado al cuello. Procter miró las cuatro caras y, por primera vez, se obligó a decirlo en voz alta, a convertirlo en algo real mediante las palabras.

Puso un dedo en la foto de Mac pegada a la botella de Black Label retocada.

—Hombre rico —susurró.

De niña, cuando paseaba entre los pinos, a veces recogía piedras mientras canturreaba aquella rima infantil («Hombre rico, hombre pobre, / mendigo, ladrón, médico, abogado, / comerciante, patrón»). Entonces no sabía nada de versiones ni de interpretaciones ajenas. Ahora, sin embargo, le pareció oportuno aplicarla a la persecución de un topo real.

Le tocaba a Gus. Una sonrisa irónica y fugaz apareció en su boca cuando se acordó de su camioneta y de su precaria economía familiar: hombre pobre.

Theo, y su Canadian Club de tres al cuarto: mendigo. Lo dijo más segura, pillándole cada vez más el truco.

El vodka ruso de Debs, absurdamente caro: ladrón.

Imposible. Y, sin embargo, tenía que ser así, porque no podía ser de otra manera. Se juntaban demasiados hechos.

Saltándose al médico, al abogado y al comerciante, puso su propia foto en una botella de Sapphire, desde donde dominaba a los demás.

Patrón.

Tras lanzar una última bocanada de humo al exterior, cerró la ventana y apagó la luz. La colilla del Slim fue a parar al montón del cenicero. Se quedó un buen rato delante de las fotos, como si estuviera en un cónclave o en una asamblea india operativa, compartiendo pan, planificando, debatiendo y bebiendo. Qué tupidas eran las zarzas de sus emociones... Insoportablemente tupidas. Pensó en Sam, y en cuánto había sufrido, y al meterse en la cama se dio cuenta de que eso la hacía odiarse a sí misma. Fue una sensación inoportuna y extraña que frenó en seco cualquier otro pensamiento, como si le hubieran clavado un palo en las ruedas del cerebro. Se quedó dormida.

36

I-10 Este / I-75 Sur / Kissimmee

Peter e Irene habían hecho su último viaje largo en coche durante su primer año de casados. Por entonces ella reprimía algunos aspectos de su carácter, pero uno de ellos, de naturaleza particularmente oscura, acabó revelándose por casualidad en los primeros meses de su vida conyugal. La fecha seguía en los archivos mentales de Peter, como un matasellos: la noche del 18 de marzo de ese año. Él había salido a correr, pero no los quince kilómetros de costumbre, sino sólo la mitad, de modo que volvió a casa casi una hora antes de lo previsto. Al girar por el callejón de detrás de la vivienda vio a Irene.

Ella acababa de sacar los cubos de basura para la recogida de la mañana siguiente, y estaba mirando algo en el suelo, sin advertir siquiera la presencia de Peter en la esquina. En su rostro y su cuello había un rubor visible. «Cuando estás cachonda te pones más roja que un camión de bomberos, nena», le decía él, a lo que ella respondía con voz insinuante: «Pues ven a apagar el incendio.» Ese día, sin embargo, la excitación que solía provocar en Peter el rostro sonrosado de su esposa dejó paso al horror. Oyó una especie de chillido, y vio que debajo de las zapatillas deportivas Golden Goose de Irene —las blancas con estrellas rojas que él acabaría tirando de

forma clandestina— había un petirrojo atrapado por las patas. Algo se tensó en el interior de Peter que lo hizo detenerse bruscamente. La zapatilla de Irene pisoteaba y retorcía las patas del pájaro sin matarlo. Mientras Peter se escabullía del callejón para que ella no pudiera verlo, oyó un pisotón, y se acabaron los chillidos. Dio media vuelta y se alejó corriendo.

Una hora después, cuando volvió, Irene tenía preparada la cena (hamburguesas demasiado hechas, patatas fritas de bolsa y una ensalada en un mar de vinagreta: aún se acordaba del menú, que se obligó a comer). Vieron la tele un par de horas antes de ponerse a leer juntos en la cama.

—Esta noche estás muy callado, cielo. ¿Te pasa algo? —preguntó ella sin apartar la vista de su libro.

Él adujo algo sobre estrés en el trabajo, y ella le ofreció sexo para que pudiera relajarse, o quizá, visto en retrospectiva, para que se callase.

—Te quiero, nena —le dijo él—, pero ¿podemos dejarlo para otro día?

Remató sus palabras con un remilgado beso en la frente, e Irene se limitó a poner los ojos en blanco. Peter pasó esa noche en vela, torturado por la imborrable sensación que acompaña al descubrimiento de una infidelidad o de una traición abyecta. ¿El salvajismo de la escena de los cubos de basura había sido tan sólo un momento de enajenación, o había sacado a relucir algo muy real y muy profundo? ¿Qué había estado haciendo exactamente Irene? Y otra pregunta, la peor de todas: ¿quién era ella en realidad?

Peter había pensado que un largo viaje en coche podía crear un espacio en el que dar respuesta a esas preguntas. Se imaginaba

que, con tantos días juntos en el coche, lograría sonsacarle a su mujer la respuesta al misterio, y que ella se lo explicaría todo, compungida, apesadumbrada, arrepentida... lo que fuera. Así, al final del viaje, al aparcar de nuevo ante su casa, estarían aún más enamorados. El primer viaje largo en coche: Dallas, Nashville, Atlanta, Savannah, Charleston, los Outer Banks, Washington, Chicago y a casita. Y todo sin que Peter hubiera reunido el valor suficiente para hacerle a Irene una sola pregunta sobre el incidente con el petirrojo. Habían dejado atrás, en su recorrido por el este de Estados Unidos, una larga estela de salidas nocturnas, borracheras, frenéticas visitas turísticas, charlas interminables y polvos sensacionales, y pese a todo, para cuando volvieron a casa, Peter ya había decidido que lo que había presenciado, fuera lo que fuese, era una cosa menor que no valía la pena remover, una especie de tumor benigno incrustado entre los órganos vitales de su relación: intuía que extirparlo acabaría con su matrimonio.

En este nuevo viaje, como en el primero, había fantaseado con plantearle a su mujer todo tipo de preguntas y de reflexiones. Concretamente, «¿cuándo podremos parar?». Alimentó su fantasía durante un corto tramo por el norte de Texas, de camino a un proveedor de Amazon que se estaba deshaciendo (bajo mano, por supuesto) de unos stocks sobrantes adquiridos en la internet oscura, y que había quedado en venderles una furgoneta Transit sin matrícula. Con la furgoneta ya cargada, Peter se convenció a sí mismo de que cuando pusieran rumbo al este se lo preguntaría todo sin rodeos a su mujer. Quizá hasta sacaría el incidente del petirrojo. O lo de Oklahoma, Dios mediante. Por fin obtendría las respuestas que tanto había buscado.

Pero no, lo único que hizo fue escuchar los desvaríos de Irene, que recorrió casi toda Louisiana hablando obsesivamente de Rusia y de cuando iba allí de pequeña con sus padres. Contaba todas estas historias por iniciativa propia, y Peter se alegraba de escucharla porque él se estaba quedando sin nada que decir. El trayecto en coche acabó convirtiéndose en una especie de confesionario. Irene pasaba de escarbar con ahínco en lo que llamaba las manías de su padre a extasiarse con el recuerdo de los blinis y el kugel de canela de su madre, o con el viaje a Disney World que había hecho a los diez años desde Nueva York. Luego, de repente, se quedaba mucho tiempo callada, saltando sin cesar de una *playlist* a otra, de canción en canción, y dando caóticos bandazos entre el pop estadounidense más edulcorado y los clásicos rusos: Prokófiev, Rajmáninov, Chaikovski... Dedicaba mucho tiempo a seguir a influencers por Instagram. La primera noche la pasaron en Nueva Orleans, desde donde salieron por la mañana hacia Disney World.

Era el día después de la excursión a Disney World, y aún no habían salido de la cama, pese a que faltaba poco para el mediodía. El primero en despertarse fue Peter, con la boca seca, como de algodón, y la cara contra el hombro de Irene, pegada al dibujo de Minnie Mouse de la parte trasera de su camiseta. Se incorporó, frotándose los ojos. Al principio no sabía dónde estaba. Mientras se arrastraba hacia el baño tropezó con una bolsa llena de *souvenirs* del viaje; notó que su pie impactaba con una de las tazas, que se rompió, y con el cubo de palomitas del Señor Sapo. Perdió el equilibrio y volcó sin querer la bolsa: la espada de luz que había

dentro se encendió, los llaveros tintinearon y el resto de las tazas salieron rodando, mientras el contenido del monedero de Irene, estampado con dibujos de Minnie, se desperdigaba por el suelo. Peter se apoyó en el taburete para no caerse, e Irene expresó su sorpresa con murmullos inconexos desde la cama.

—Mierda, mierda —dijo él.

Le dolía el pie. Se agachó para palpárselo y, en la oscuridad absoluta de la habitación, tocó un hilo de sangre caliente. Se incorporó en el taburete. Irene encendió la luz.

—¿Estás bien, cielo?

—He tropezado con una de las putas tazas.

Con la luz vio que se le había quedado clavada en el pie una esquirla de oreja de Mickey Mouse. Se la quitó con una mueca de dolor.

Sacaron las gominolas de cannabis y estuvieron descansando hasta la hora de comer, entretenidos con sus respectivos teléfonos móviles, hasta que ambos se dijeron que, si no se movían, sucumbirían a la tentación de la siesta. Mientras empaquetaban sus cosas, Peter sintió lo que ya había previsto: los primeros amagos de náusea en la garganta. Irene se estaba comiendo con fruición un burrito calentado en el microondas. El de Peter, en cambio, estaba en la mesita, intacto.

—¿Qué te pasa, cielo? —preguntó ella sin dejar de masticar.

Estaba metiendo con mucho cuidado las tazas de Disney en su maleta, envolviéndolas con prendas de ropa para que no se rompieran.

—Ojalá supiéramos si habrá un perro.

Irene lo miró compasivamente, haciendo que Peter se odiara a sí mismo. Luego ella le acarició la mejilla, le mordió el labio inferior y le pasó la lengua por detrás de los dientes superiores.

—Mira, cielo, voy a enseñarte algo que te dará valor.

Abrió uno de sus canales habituales de Telegram en el portátil y vieron un vídeo de unos soldados rusos que corrían como locos para asaltar una casa en algún lugar de Ucrania. La cámara, montada en el casco de uno de ellos, temblaba espasmódicamente entre disparos, humo y gritos. Al final no quedaba con vida un solo ruso, sólo el chisporroteo de la cámara. Irene cerró el portátil.

—Entraron como hombres, sin ningún plano de la casa, y cumplieron con su deber —dijo—. Salieron de la tierra negra de Rusia para defenderla y morir con gloria y honor, dejando a sus mujeres y novias en Moscú, o en Píter, o en Nóvgorod, o donde fuera.

Le dio otro beso a Peter mientras una sombra feroz invadía sus facciones. Acto seguido, recogieron las maletas.

La dirección correspondía a un pantano. En las tomas aéreas de Google Street View no se veía ningún edificio. El español les había dicho que en esos momentos había una caravana, aunque no sabía dónde estaba aparcada. Peter frenó al lado de la carretera. Miraron entre los árboles movidos por la brisa: nada. Irene se encogió de hombros.

A unos cuatrocientos metros encontraron un camino de tierra que se adentraba en la ciénaga. Peter bajó de la furgoneta para

escudriñar entre la densa maraña de palmeras y pinos. Sólo se oía el zumbido persistente de los insectos y los ladridos lejanos de un perro, aunque por suerte no provenían de la propiedad de la mujer de la CIA.

—Habría que entrar y echar un vistazo —susurró Irene.

—No sabemos si está en casa —contestó Peter con el ceño fruncido.

—Diremos que nos hemos perdido. ¿No éramos de Amazon? Pues nos hemos equivocado de camino. Tenemos que ver a qué nos enfrentamos, Peter.

Circularon despacio por el camino de tierra. En algo menos de dos kilómetros, los árboles y los matojos empezaron a espaciarse. Distinguieron una caravana en una explanada de arena con vistas al pantano.

—Una ex de la CIA —masculló Peter—. Y vive aquí.

Frenó a cierta distancia, dejando el motor en punto muerto, y buscó cámaras sin verlas, aunque en alguna parte tenían que estar, ¿no? Del posible perro, ni rastro. Quizá estuviera dentro. Oyó ruido de papel de aluminio. Era Irene, desenvolviendo unos chicles de menta. Se puso a mascarlos ruidosamente, con la boca abierta, cosa que él detestaba y que ella solía hacer cuando estaba absorta en sus pensamientos. Con la de veces que se lo había dicho... Irene seguía dale que te pego con el chicle, toqueteándose una uña mellada.

—Volveremos por la noche —indicó él, poniendo la marcha atrás.

Por la tarde se registraron en el hotel y fueron con la furgoneta a Gatorville, que quedaba a un cuarto de hora. Protegidos con sus N95,

cruzaron las fauces de caimán de cartón piedra por las que se accedía al parque. Peter le dio una palmada a uno de los dientes y miró el entorno con una mezcla de sorpresa y asco. Tras decirles que sí, que por supuesto, que cómo no iban a poder pagar en efectivo, que no estaban en Disney World, joder, la señora que vendía las entradas les preguntó si eran de San Francisco o de Nueva York. Como llevaban esas mascarillas tan absurdas... ¿O de Portland, quizá? Peter le largó la historia de la quimio («órdenes del médico»). La señora sonrió, se agachó a rebuscar en un armario y al cabo de un momento sacó dos mascarillas con un dibujo como de boca de caimán muy abierta, con los dientes a la vista.

—De éstas nos sobran un montón. Que os divirtáis.

Encontraron a su objetivo: era la protagonista de un espectáculo de lucha. El español les había dado varias decenas de fotos, «del archivo», según él. En realidad, la mata de pelo era inconfundible, aunque la llevara recogida debajo de una vieja gorra de los Cleveland Indians. Cuando ocuparon sus asientos, ella estaba acercándose a un caimán por detrás, pidiendo silencio al público con un dedo en los labios. Al principio Peter pensó que hacía teatro, pero al fijarse mejor lo atribuyó a un nerviosismo extremo. Ella se detuvo un instante y, cuando estuvo preparada, saltó sobre el lomo del caimán y, con el mismo movimiento, sujetó su mandíbula con las dos manos. Peter estaba lo bastante cerca como para darse cuenta de que no habría tenido inconveniente en matar al animal. El caimán se retorcía, dando coletazos, pero no lograba quitarse de encima a la mujer, que iba describiendo la experiencia a través de un micro de diadema. Si bien los pormenores eran casi imposibles de entender, se resumían en algo muy sencillo: estaba furibunda.

Irene había levantado la vista de su Instagram y se había bajado las gafas de sol para ver mejor el espectáculo. Sus ojos traslucían lo que tanto ella como Peter estaban pensando: «¿Cómo es posible que a Moscú le preocupe esta mujer? ¿De verdad nos han enviado aquí para matar a esta tipeja?»

37

Kissimmee

Después de aparcar su RAV4 al lado de la caravana, Procter se quedó sentada unos minutos, dejándose llevar por el reconfortante bullicio del pantano. Al final la sacó de sus cavilaciones un bicho que entró por la ventana. Ya dentro de la caravana, decidió pasar de la ducha —como llevaba haciendo desde su regreso de Las Vegas—, se quitó la camisa, la tiró en la cama, sacó el cenicero y se puso a fumar en la banqueta. Después se embadurnó la base de la espalda, los hombros y los brazos con Bengay, procurando no mirar las botellas del alféizar. A menudo evitaba el contacto visual con las fotos de sus viejos amigos, pero solía ser por rabia o incredulidad, no, como en ese momento, por la tentación de pillar una trompa de esas que como mejor se pillan es a solas, sin que te vea nadie.

Sabía que no le convenía, aunque en el fondo tampoco se le ocurría ninguna razón de peso para no hacerlo, así que se puso dos dedos del Black Label pintado con rotulador (Mac: hombre rico) mientras se disponía a resolver un crucigrama. Una hora después, ya había probado también el Canadian Club (Theo: mendigo) y el Stolichnaya (Debs: ladrón), y estaba a punto de rendirse con el crucigrama, que en su estado de embriaguez empezaba a crisparle

los nervios. Tras apagar su último Slim de la noche, quitó la foto de la botella de Perrier (Gus: hombre pobre) y se llevó el agua a su dormitorio, donde no tardó en quedarse dormida.

Otra noche soñando el mismo sueño, tan furtivo, indeseado e indeseable como de costumbre, pero no infrecuente desde que Sam había dado la noticia de que había un topo.

Soñaba que estaba con sus viejos amigos en Afganistán, y que todos estaban a punto de morir, viviendo con agitación la silenciosa cuenta atrás posterior a la explosión suicida y esperando a que todo saltara por los aires cuando los talibanes entraran. Estaban todos juntos en el piso de arriba de la casa, rindiendo cuentas a sus dioses o a sí mismos. El hecho de que un grupo de antiguos amigos se reencontraran en la otra punta del mundo, después de tantos años sin verse, parecía cosa del destino, como si algo así no pudiera producirse sin violencia o sin tragedia. Procter podía oír los pensamientos de sus amigos, sentir lo que ellos sentían; y veía su paleta de emociones en colores intensos y puros. Gus estaba con ella, reflexionando sobre su amor hacia Connie y sus hijos, sobre el sentimiento de culpa por dejarlos solos mientras él moría y sobre su estoica certeza de que las cosas no podrían haber ido de otro modo; también la acompañaba Theo, deseoso de vivir aunque su vida estuviera llena de penurias; Theo, que en esos momentos ni se acordaba (Procter lo sabía) de su hija Millie; y estaba con ella Mac, pensando en ella y en Loulou, y sorprendido por la posibilidad de que su muerte fuera una demostración de heroísmo para su padre (todavía vivo, por esas fechas, y cuya reacción al regreso de su hijo, convertido en leyenda de la CIA, acabaría siendo un encogimiento de hombros de una indiferencia cósmica); y estaba Debs, que en su

fuero interno temía que todo hubiera sido en balde y que no hubiera nada después; y estaba Gosford, que no se cansaba de verificar el buen estado de su Glock, y Procter lo veía convencido de que saldría de esa noche convertido en un héroe (una convicción tan absurda entonces como después, pero que de alguna manera se había visto confirmada). Ella hablaba con Mac, que ahora se desangraba en el suelo del cobertizo. ¿En qué pensaba Mac en ese momento? ¿Dónde estaban los amigos de Procter?

Se despertó bañada en un sudor frío. La noche seguía su curso, un manto negro, oprimente y silencioso. Se oían truenos lejanos. Se quitó la sábana de encima y se tomó unos tragos de Perrier, sentada en la cama. Su dormitorio se inclinaba sobre su eje, giraba y daba vueltas. Cerró los ojos con la esperanza de no tener que volver a visitar en sueños a sus amigos.

Peter e Irene se habían puesto sus chalecos Flex en la parte trasera de la furgoneta Transit. También habían comprobado que no faltara nada en los petates: los cuchillos Northman, las pistolas y la munición. Si todo salía bien no necesitarían armas, ni de fuego ni blancas.

Era una noche sin luna. Cuando se pusieron en camino empezaron a caer gruesas gotas de lluvia, que el viento lanzaba contra el parabrisas y que no tardaron en formar auténticas cortinas. BOGGY CREEK, ponía en un indicador que horas antes, durante la prospección, se les había pasado por alto. Salieron de la carretera del condado por el camino de tierra, que los llevó hasta la caravana. Los relámpagos iluminaron el cielo con su resplandor. Vieron el

coche de su objetivo. Irene comparó la matrícula con los números de los archivos que les había pasado el español en México. En la caravana no había luz.

Peter se metió a cuatro patas en la parte trasera de la furgoneta, seguido por Irene. Había llegado su momento, el momento de los dos. La espera le había dejado a Peter un peso horrible en la barriga, pero de repente esa piedra ya no estaba; la había hecho pedazos el alucinante chute de adrenalina de darse cuenta de algo muy sencillo: que se lo jugaba todo. Su matrimonio, su autoestima, su honor... La siguiente media hora en el campo de batalla dirimiría de qué pasta estaba hecho. No dijo nada, sabiendo que habría tartamudeado.

Comprobó que el cojinete de dentro de la jeringa no tocara los polos eléctricos.

Hizo retroceder el minutero del reloj: cinco minutos. No necesitaban más.

Conectó los polos a la batería.

Y finalmente, cerró la caja y selló la tapa con una tira de cinta adhesiva de Amazon.

Abrió de par en par las puertas traseras de la furgoneta, justo cuando bramaba un trueno. Bajó de un salto y cargó con la caja bajo la lluvia hasta la plataforma de delante de la caravana. Irene le sujetaba el paraguas, en un vano esfuerzo por proteger la caja de la lluvia. Peter la dejó sobre la losa de asfalto. Encima había un toldo, pero no podía proteger un lado de la caja del viento racheado.

Peter llamó al timbre, y luego volvieron corriendo a la furgoneta.

El zumbido se sobrepuso a las explosiones, interrumpiendo el discurso soñado de Mac. Procter se despertó al oír el timbre de la puerta. La cabeza le daba vueltas. Se incorporó un momento, pero enseguida se dejó caer otra vez en la cama. Finalmente se levantó, se recogió el pelo y cruzó la cocina. Parecía una pelota de ping pong, porque chocaba con todo: el lavavajillas, la banqueta, las paredes... La lluvia repiqueteaba en el techo. Al abrir la puerta de la caravana se aferró al marco para no caerse.

Tenía delante una gran caja que se inclinaba, se deslizaba y giraba sin quedarse quieta ni un momento. El mundo era un giroscopio alimentado con alcohol. Una caja. Vaya. Un relámpago iluminó de repente la cinta de Amazon que recorría el paquete. Se oyó un trueno. Ella no había pedido nada. ¿Un regalo? Se rió en voz alta sólo de pensarlo.

Sobre la caja caían gotas gruesas y espaciadas. Al mirar hacia arriba, escrutando la inestable oscuridad, una de ellas le cayó en un ojo. De repente la lluvia se volvió torrencial, como si el cielo se hubiera decidido a dar rienda suelta al diluvio.

Peter e Irene observaban desde el otro lado del pantano, entre unos árboles, con los prismáticos cada vez más mojados.

—La está examinando —dijo Irene—. Se lo está pensando.

—Se tambalea —dijo Peter.

—Está borracha —susurró ella—. Mejor.

Un relámpago, seguido por el redoble de otro trueno lejano. La lluvia torrencial caía sobre la caravana.

El objetivo tocó la caja.

Irene apoyó las dos manos en el brazo de Peter.

—Va a meterla dentro —dijo—. No quiere que se moje.

—Puto Amazon —murmuró Procter deslizando la mano por encima de la caja.

Trató de moverla, pero pesaba mucho. Trajo una silla de la cocina y la encajó en la puerta. La lluvia caía cada vez con más fuerza, convirtiendo el camino de tierra en un lodazal. Por sus venas corría tanta sangre como alcohol. Se agachó hacia la caja.

Peter e Irene se tiraron al suelo, cerraron los ojos y se prepararon para la explosión.

Se oyó un trueno.

Él levantó la vista, estremecido.

Otro trueno. Miró por los prismáticos: el objetivo estaba en cuclillas, tocando la caja.

—¿Qué ha pasado? —dijo Irene con voz sibilante.

—La bola del vibrador no debe de haber tocado los polos —contestó él—. Tendrá que levantarla del todo.

Procter levantó la caja.

Otro relámpago, seguido por un nuevo trueno que fue apagándose como un redoble.

Peter vio cómo el objetivo levantaba la bomba y la metía en la caravana. La puerta se cerró.

—¿Qué narices puede haber salido mal, Peter? —preguntó Irene.

A él, el fracaso le estaba dando náuseas.

—Soy analista financiero, Irene, no experto en explosivos... —¿Había conectado mal el circuito? ¿Estaba mojada la pólvora? A saber—. Deberíamos haber usado las pistolas desde el principio.

Irene le dio una fuerte palmada en la coronilla.

—Compórtate como lo que eres, un soldado —dijo.

—Está borracha —dijo él mientras se levantaba secándose la frente—. Le pegamos un tiro y ya está.

A Irene se le humedecieron los ojos, ya fuera porque estaba orgullosa de él o sólo a causa de la lluvia. Un instante después, estaban dentro de la furgoneta, con los faros apagados, saliendo al camino de tierra marcha atrás. Irene estaba metiendo los cargadores en las pistolas y comprobando que los cuchillos estuvieran bien puestos en las fundas.

Procter se había sentado en la banqueta, fumando y escuchando la tormenta. Sólo tenía un ojo abierto, con el que miraba fijamente la caja mojada. A ver qué había dentro...

Se apoyó en los armarios y la encimera para cruzar la cocina. La caravana estaba siendo acribillada por la lluvia. Cortó la cinta con un cuchillo de cocina y abrió la caja.

—Madre de Dios bendito —exclamó.

La lluvia había convertido el camino de tierra en una sopa. Peter conducía despacio y a velocidad constante, derrapando en el barro. Estaba muy inclinado hacia el volante, para ver lo máximo posible a través del parabrisas. No podían arriesgarse a encender los faros.

Frenó a unos doscientos metros de la caravana, justo antes de que se espaciaran los árboles y el camino desembocara en el claro, completamente encharcado.

—Si podemos, mejor con los cuchillos —dijo.

Bajaron de la camioneta y se acercaron de árbol en árbol a la caravana, con los cuchillos en la mano y las pistolas enfundadas. Peter vio que a su mujer le rebotaba la funda en la cadera a cada paso.

Procter apagó la luz y apartó una ristra de cuentas para asomarse a una de las ventanas de delante. Acompasando la respiración, se mantuvo a la espera mientras su cerebro se esforzaba por superar los efectos del alcohol.

Un relámpago lo pintó todo de blanco. Vio un brillo de metal entre los árboles. Movimiento. Una forma, o dos, o más. Difícil saberlo, con lo borracha que estaba...

Pensó un segundo. Luego dos, tres, cuatro... Una respiración profunda. Sacudió la cabeza como si eso pudiera ahuyentar parcialmente el alcohol.

De pronto, estaba tumbada en el suelo del dormitorio y metiendo los brazos debajo de la cama, donde guardaba su arsenal. La escopeta Mossberg del doce. Buena amiga, pero poco útil para un

momento así. El bate de béisbol. Lo mismo. La M4... Sí, eso le iría de perlas.

Su Mk 48 Mod 1, bien metida en un estuche Pelican con pasadores gruesos que no se lo pusieron fácil a sus manos borrachas. Dentro había una ametralladora de cinta y un bípode. También tenía varios cargadores llenos de munición, cada uno con cien balas. Cogió uno, se colgó la M4 del hombro y entró en el aseo. En el suelo había una trampilla para acceder a la parte inferior de la caravana. La desatrancó y bajó de un salto. Abajo todo era barro. Su presencia debió de molestar a lo que hubiera hecho su puta morada en esa zona, porque de repente todo eran cosas deslizándose y correteando hacia las esquinas. Levantó los brazos para volver a cerrar la trampilla. Luego respiró profundamente y se deslizó hacia una abertura protegida por una rejilla de madera.

Al poner la mano en el pomo de la puerta, Peter vio que no estaba cerrada con llave. Esperó a que un trueno retumbara para abrirla un poco y se asomó. No le habría extrañado que le pegaran un tiro, pero dentro todo estaba oscuro y en silencio. ¿Dónde se había quedado traspuesto su objetivo? Entró con la pistola en alto, sintiendo latir su corazón hasta en los dientes. Le temblaban los dedos al mover la pistola. Pasó por encima de unas cuantas cajas y revisó la cocina. No había nadie.

—Tú mira en el dormitorio —dijo Irene en voz alta por encima del fragor de la tormenta—. Yo me encargo de la parte trasera.

Peter asintió y pasó de la cocina al dormitorio, rodeando la bomba con cuidado.

Se oyó un crujido de madera fuera de la caravana, o tal vez debajo. Algún animal que pasaba corriendo. Luego un trueno muy fuerte.

Peter oyó la voz de Irene, pero no entendió lo que decía. Apuntó con la pistola al interior del dormitorio y apretó el gatillo. Llevaba puesto el puto seguro. Lo quitó y empezó a disparar a la vez que entraba corriendo. Una vez dentro se lió a tiros con el ropero, la cama y los armarios. Parecía que tuviese el corazón a punto de explotar.

Procter se arrastró por el barro sin ver nada por culpa de la lluvia, mientras los disparos se fundían con los truenos. Se levantó para correr hasta un grupo de árboles, donde recuperó el aliento. Dentro de la caravana se oyeron más disparos. Le pareció que era una pistola en manos de un inútil. Esperó el siguiente trueno para lanzarse a correr por el barro y esconderse detrás de unas palmeras bajas. Por la puerta de la caravana, que se abría y cerraba con el viento, se filtraba algo de luz. Otro disparo. Pero ¿a qué coño disparaba, el muy imbécil?

El cielo estaba veteado de relámpagos.

Detrás de la caravana, apareció una silueta que volvió a fundirse con la noche.

Procter se lanzó en el barro y apuntó su Mk 48 hacia el punto de la cocina donde había dejado la caja. Sacó el bípode para estabilizarla. Cargó la munición, quitó el seguro, respiró hondo y apretó el gatillo.

Peter lo había reventado todo a balazos, pero seguía sin encontrar a la mujer de la CIA. Llamó a Irene, que respondió a gritos desde fuera.

—¡Que se va corriendo! ¡Hay huellas! ¡Vamos, cielo!

Justo cuando Peter entraba en la cocina empezaron a oírse los disparos.

Procter no recordaba que el arma se moviera tanto; claro que nunca la había manejado estando tan borracha. Se le fue hacia la izquierda, y estuvo acribillando el dormitorio unos segundos hasta que intentó corregirla con un empujón a la derecha: un foco asesino del que salían doce balas por segundo, y que estaba convirtiendo la chapa de la caravana en un rallador de queso. La centró en la cocina, buscando la caja. Al encontrarla, sujetó con fuerza la ametralladora y siguió sometiendo su hogar a una auténtica lluvia de plomo, hasta que la bomba detonó en una explosión de ruido y luz, de fuego y de fragmentos. Justo cuando había cerrado los ojos por instinto, en respuesta al brusco incremento de la luz, sintió el impacto de la onda expansiva, que la dejó sin saber si tenía los ojos abiertos, cerrados o fuera del cráneo, calcinados.

El mundo pasó del negro al blanco, antes de volver al negro. No había luz. Y qué zumbido, por Dios, qué zumbido...

CUARTA PARTE

Papilla de bario

38

Kissimmee / Orlando, Florida

Cuando Procter volvió a parpadear, tenía la boca llena de barro y un persistente olor de pelo quemado en la nariz. Descubrió que podía incorporarse y que, aunque siguiera teniendo la impresión de estar rodeada de campanas, podía ver. Sólo parecía tener algunos rasguños en los brazos, de los que brotaba sangre, pero seguía de una sola pieza. Su pelo estaba un tanto chamuscado, pero no ardía, a diferencia de la mayoría de los arbustos y árboles y de los restos dispersos de su caravana, que estaban en llamas a pesar de la lluvia. Recogió la M4 y estuvo unos minutos deambulando entre los restos de su vida, que acababa de saltar por los aires: la mitad de la puerta de la nevera, una pesa de veinte kilos deformada, un trozo retorcido de somier y varias cintas de VHS derritiéndose entre burbujas junto a un roble nudoso.

Cerca del pantano, en medio de la arena, encontró una mano humana carbonizada con algunos dedos de menos, y un poco más allá un pedazo de cráneo al lado de un grupo de palmeras requemadas.

Habría jurado que eran dos. Miró otra vez la mano y la cabeza. ¿Se correspondían? No podía saberlo. Todo era carne chamuscada.

Se quedó mirando el metal retorcido y la docena de fogatas dispersas por su propiedad. ¿Había sobrevivido alguien? Se oyó un lamento lejano de sirenas. Los primeros en llegar serían los de la poli local, seguidos tal vez por algunos agentes de la policía del Estado. El FBI tampoco tardaría mucho.

Fantaseó fugazmente con huir. Qué tontería. Estaba claro que los rusos la seguían. ¿De qué serviría añadir el FBI a la lista? El camino de acceso se empezó a teñir de luces rojas y azules, mientras el ruido de sirenas adquiría mayor intensidad. Dejó su M4 en el suelo y levantó las manos hacia el cielo.

Damasco, Siria.

Moscú, Rusia.

A esa lista, la de sus centros de detención, Procter acababa de añadir Orange County, Florida.

Los delitos eran distintos, pero los lugares se parecían bastante. Tíos duros que te hacían preguntas y te hacían sentir culpable sin que tuviera ninguna importancia que lo fueras o no; tíos que te metían en una celda de cemento que apestaba a moho y orina y, si querían echarle más salsa, te mandaban a un compañero de celda medio chiflado que te incitaba a confesar o te metía mano mientras dormías. El cautiverio en Orange County tampoco se diferenciaba tanto del de Damasco o Moscú, salvo en que, esta vez, Procter no era culpable de nada.

Nerviosa, y con una resaca tremenda, usó su única llamada para decirle a Cummings que al día siguiente no iría a trabajar, y para

preguntarle si podía recurrir a los abogados de Gatorville, Cragg y Peters, del bufete Carlsberg de Kissimmee.

La primera noche consistió en un minucioso interrogatorio a cargo de dos agentes de la sucursal de Orlando del FBI, en presencia de la tímida abogada de Procter.

Al día siguiente, llegaron de la central del FBI unos cuantos agentes de contrainteligencia, que mantuvieron una tensa conversación con Procter.

Su compañera de celda, Barbara, era una adicta a la metanfetamina a la que habían detenido por exhibicionismo cerca del lago Eola, pero Procter durmió a las mil maravillas: mientras ella tuviera los ojos cerrados, que Barbara le enseñase lo que quisiera.

Al final del segundo día, el rollo cambió por completo. Cuando la llevaron por segunda vez a la sala blanca para hablar con los del FBI, los hombros caídos y la torpe postura del pobre investigador hablaban por sí solos: se había quedado sin sospechoso por culpa de los hechos. Procter supuso que los polis habían hallado más huellas dactilares, o pisadas, o ADN, o habían descubierto pruebas incriminatorias en alguna otra parte: residuos de explosivos en el lugar de fabricación, comunicaciones con Moscú, una nota... Decirlo no se lo dijeron, por supuesto.

Fuera como fuese, a la mañana siguiente las paredes de la nueva sala eran de ladrillo. Procter estaba sentada en un sofá verde, y ya no había nadie gritándole. Por norma general le interesaban más las conversaciones con gritos de por medio, pero esta vez lo agradeció, porque estaba en alguna lista rusa, y habían decidido recurrir a gente en Estados Unidos, y tanta reclusión empezaba a ponerla de los nervios. Además, le parecía bastante probable que Barbara

estuviera dispuesta a matarla a puñaladas a cambio de unos cuantos kopeks. Una vez resuelto el papeleo, le devolvieron sus efectos personales. No había muchos: la gorra de los Indians, unos tejanos manchados de barro y un móvil con decenas de correos y mensajes de voz de Mac, Theo y Gus. El de prepago que usaba para comunicarse con Sam no había sobrevivido al bombardeo. El tío que le tramitó la salida incluso la miró con un poco de lástima.

Había salido a hacer las primeras llamadas, y de pronto vio a Debs. Se había estado preguntando quién vendría, y pensando en si eso le diría algo y le proporcionaría alguna pista, algún indicio. La subdirectora de operaciones llevaba un top blanco de tirantes finos, zapatos también blancos de tacón y una falda ajustada con el estampado de una rosa amarilla del tamaño de una pelota de béisbol. Su expresión era severa, al borde del enfado, pero sus ojos sonreían.

—Perdón por seguir viva —masculló Procter.

—Nadie es perfecto.

—¿Vienes a echar una mano o a regodearte en mi miseria?

—Todos tus amigos querían venir. En cuanto se ha sabido la noticia, Mac, Gus y Theo se han puesto a buscar billetes de avión para venir hasta aquí, pero les he dicho que no. Quería hablar contigo antes que nadie.

Se sentaron en los bancos de un patio interior, rodeadas por palmeras que se inclinaban como suplicantes hacia la piedra sucia del edificio.

—El FBI me ha dado información sobre el ataque —dijo Debs, alisándose la falda—. ¿Qué coño ha pasado?

—¿Tienen alguna pista? —preguntó Procter.

—Según ellos, los restos de tu caravana son de una sola persona, un hombre, pero aún no han conseguido identificarlo. No hay coincidencias de ADN con ninguna de sus bases de datos de delincuentes, ni con las del ejército que pueden consultar libremente. La cabeza del hombre estaba demasiado destrozada para un reconocimiento facial o dental. Han descubierto pisadas de otra persona y una furgoneta de Amazon abandonada, pero pistas no tienen. ¿Tú tienes alguna teoría sobre quién ha intentado matarte?

—Es difícil responder a eso —contestó Procter—. Hay mucha gente que podría tener motivos.

Debs cruzó las piernas, se alisó la falsa y arrancó un hilo suelto cerca del estampado de la rosa, mirándolo con cara de asco.

—Yo tengo tres datos contrastados —dijo—. El primero es que sé que la semana pasada fuiste a Las Vegas para ver a Imperial con un amigo anónimo. No sé por qué, ni cómo lo localizaste, pero Imperial se quejó de la visita a su responsable de allí, que preguntó por cable si la central se lo había saltado por algo. Eso es lo primero: fuiste a Las Vegas para hablar con un ruso trastornado. Lo segundo es que, menos de una semana después, han intentado asesinarte, y lo tercero que hace un mes, en un extraño arrebato de nostalgia, me llamaste y, en la humareda de un karaoke cutre a más no poder, me hiciste una serie de preguntas de lo más raras y provocadoras.

—¿Necesito un abogado? —preguntó Procter—. Ahí dentro tenía uno. Puedo pedirle que vuelva. A ver... me has preguntado quién

creo que ha intentado matarme, y mi respuesta es que los rusos. No sé por qué, ni a quién enviaron, pero sus razones tendrían. Yo encabezaría la lista con las operaciones encubiertas del año pasado, los disturbios en Moscú y la menguante cuenta bancaria de Putin. Hay muchas más, pero con ésas podemos ir tirando.

—Estoy de acuerdo —dijo Debs—, pero lo que no cuadra es el momento.

—Los rusos —soltó Procter de malas maneras— no se vengan cuando a vosotros os va bien. Los mecanismos internos de su sadismo son misteriosos e insondables.

—Ahórrate el sermón —replicó Debs entre dientes—. Han intentado matarte justo después del encuentro con Imperial. ¿Y qué es lo que pretendías sonsacarme durante nuestra charla en el karaoke? Que no, que no me huele bien. —Había descruzado las piernas, y ahora se volvió hacia Procter para mirarla a los ojos—. Algo tramas, Artemis, y quiero saber de qué se trata. O sea, que te explico lo que va a pasar: de momento te daré la posibilidad de que esto quede entre nosotras. Tengo base suficiente para que extiendan ahora mismo una orden FISA contra ti, y eso no te conviene en absoluto; ni a ti ni al FBI. Demasiados quebraderos de cabeza. Algún pobre agente de la división de contrainteligencia del FBI tendría que ir a la operadora, enseñar las órdenes y rastrear tus llamadas. Tendrían que leer tu correo electrónico y seguir tu rastro por internet para averiguar en qué oscuros rincones metes las narices y otras partes del cuerpo. Tampoco es cuestión de que te pongan micrófonos en el próximo tugurio donde te instales, ahora que se ha esfumado tu caravana... Tantas grabaciones... sería una molestia del

copón, ¿no crees? Por no hablar de las horas de trabajo que habría que echarle.

—Dudo que tengas bastante para una orden FISA —dijo Procter—. ¿Con qué base?

—La que me dé a mí la gana. ¿Quieres ponerme a prueba? Gosford y el fiscal general fueron hermanos de fraternidad. ¿Crees que no te puedo joder la vida con una sola llamada telefónica? Eres una mosca cojonera, pero tonta del todo no eres.

—¿Qué coño quieres, Debs?

Procter notó que le temblaban los labios. Su cabeza había vuelto a llenarse de ruido de sirenas. Tenía un barullo insufrible en la sesera. Necesitaba hablar con Sam.

—Hoy te vienes conmigo. Vamos a la Granja, y cuando lleguemos tendrás que explicarme con exactitud qué está pasando.

39

Kissimmee

A los catorce años, Irene Venable había hecho un trabajo sobre la pena de muerte para la asignatura de Civismo. Había un caso en concreto que la tenía fascinada, el de un tal Mir Aimal Kansi, de nacionalidad paquistaní, que en 1993 se plantó ante la central de la CIA y disparó desde su coche a dos agentes que esperaban para entrar en el recinto. Luego huyó a Pakistán. Cuatro años después fue capturado, devuelto a Estados Unidos, juzgado y condenado a pena de muerte. Lo ejecutaron con una inyección letal.

Lo fascinante para la Irene de entonces, que ya había envenenado a algunos gatos callejeros, y lo interesante de narices para la Irene prófuga de años después, no era el atentado ni la ejecución en sí, sino que al principio Mir Aimal Kansi consiguiera huir. Después de matar a los agentes fue en su coche a un parque y esperó más de una hora antes de volver a su piso para esconder la escopeta. Luego fue a comer a un McDonald's —un menú Big Mac, escribió Irene en el trabajo sin tener ni idea de si era verdad, inventándoselo por la cara—, pasó la noche en un hotel y salió por la mañana rumbo a Pakistán. Impune.

Desde la caravana, Irene había corrido por los bordes del pantano hasta la furgoneta, con la que se había metido en el aparcamiento de una ferretería que quedaba a diez minutos a pie del hotel. Un vistazo a la parte trasera: pistolas, cuchillos, petates, disfraces y mudas de ropa para después del ataque. Ninguna pista que llevara hasta Irene Venable, de Dallas, Texas. Se puso unas Reebok nuevas, unos pantalones deportivos y una sudadera, y luego volvió al hotel y se sentó en la cama con la pistola al lado.

Estuvo dos horas en estado de shock, esperando a la policía. Se oían sirenas a lo lejos. En la cama bregó con su marido muerto: una potente mezcla de dolor por no tenerlo y rabia por que la hubiera dejado sola. Lloró. Despotricó contra él por haberla cagado con la bomba, y vertió tristes lágrimas en la rasposa colcha de un Super 8 de mala muerte en Kissimmee, Florida.

Oyó rotores de helicóptero en el cielo, y más sirenas. Apuntó con la pistola hacia la puerta, resuelta a apretar el gatillo sólo con que llamasen, pero no acudió nadie.

Sus pensamientos iban a mil por hora. Tarde o temprano se presentaría en el hotel el FBI o la policía, haciendo preguntas. Y el recepcionista había visto a Peter.

«¿Dónde está su marido?», le preguntarían.

Irene siempre había sabido que a Peter y a ella los perseguirían, que habría un corte radical con el pasado de ambos, y que a partir de cierto momento ya no podrían volver nunca a Texas. A casa: ahí sí volverían. Peter y ella habían investigado qué tipo de algoritmos usarían la policía y el FBI para reconocerlos por sus caras y sus andares, y cómo analizaría la policía científica el lugar del ataque. Los coches dejan huellas de neumáticos. Harían fotos de las

matrículas. Habría restos de sangre, o pelo, o huellas dactilares, o saliva. ¿Estaban Peter y ella en alguna base de datos de fácil acceso para la policía o el FBI? Ellos creían que no. El hecho de que a ella aún no la hubieran capturado significaba que todavía le quedaba tiempo, aunque no mucho.

Se duchó, hizo el equipaje, dejó la habitación y caminó dos manzanas hasta el McDonald's.

Se pidió el Mir Aimal Kansi. Iba por la mitad del Big Mac cuando se dio cuenta de la precariedad de su situación. Su marido estaba muerto, y ella no tenía coche. En algún momento los investigadores relacionarían los restos de su marido con Peter Venable, y entonces la cara de Irene saldría en todas las noticias. ¿O aún quedaba alguna posibilidad de salirse con la suya?

Se planteó brevemente huir. ¿Y si cogía un vuelo a Ciudad de México y se refugiaba en la embajada rusa? Dejó la hamburguesa para consultar los vuelos, hasta que la asaltó una idea nauseabunda: Peter y ella habían fracasado. Fracasado. «No, has fracasado tú, Irene, estúpida de mierda, que no tienes cerebro.» De pronto estaba en el coche de su tía, conduciendo hacia el sur, adonde fuera, para huir de su padre y de Sheepshead Bay; y durante un momento atroz volvió a ser joven, y a sentir miedo y vergüenza. «Si las cosas van mal, casi seguro que la culpa es tuya.» Los otros clientes del McDonald's seguramente la veían como una mujer tranquila —aunque un poco fuera de lugar— que estaba comiéndose a gusto su hamburguesa, pero por dentro Irene Venable era una olla a presión de voces, sentimientos y recuerdos encontrados; una olla cuya temperatura no dejaba de aumentar, hasta que experimentó un solo sentimiento, una sola palabra que la apuñalaba: «No.»

«No», pensó. «No, no, no, no, no...»

Quien había fracasado era él, Peter. «Y va y lo matan. Y me deja aquí sola, ¡a su mujer!, para seguir a trancas y barrancas a pesar del desastre. Son errores suyos, no míos.» Se comió el último trozo de Big Mac.

Necesitaba un vehículo, pero ¿cómo conseguirlo?

A pie no podía ir. Demasiado lejos. Llamaría la atención.

¿Pedir un Uber?

¿Alquilar un coche pagando en efectivo? No, en el mostrador le pedirían algún documento e introducirían sus datos en algún sistema informático. Eso no le hacía gracia.

De repente vio con el rabillo del ojo que alguien la estaba mirando. Se ruborizó. Levantó la vista justo cuando un hombre joven bajaba la suya, avergonzado, y seguía deslizando el dedo por su móvil. El sistema operativo reptiliano de Irene Venable hizo un cálculo rápido: veintipocos, mirada débil, delgado y guapo, pero no fuerte, limpio —no trabaja con las manos—, le gustan las mujeres, llaves del coche encima de la mesa...

Se puso una patata frita encima de la lengua, y se le hizo una bola de saliva y sal que se le atragantó. Podía flotar justo debajo del agua. Ya lo había hecho al huir de Sheepshead Bay, y tenía la astucia y las agallas necesarias para hacerlo de nuevo. Tenía la capacidad de cazar y ser cazada.

Sonrió y le hizo al chico un gesto con la mano, entre tímido y seductor.

—Me llamo Steph —dijo en voz alta, dando una palmada en el asiento de al lado—. Aquí en mi mesa hay sitio de sobra.

40

La Granja

A la Granja se llegaba por una empalizada de árboles, una valla reforzada con alambre de púas y una garita bañada en luz de sodio. Procter lo contemplaba todo desde el cuatro por cuatro con la mirada lúgubre de un preso devuelto a la cárcel después de una fuga frustrada; y no sólo porque fuera lícito atribuir a la Granja cierto ambiente carcelario, sino porque ella tenía razones muy distintas para odiar aquel lugar. Le recordaba que en otros tiempos había tenido la vida a sus pies, y que ahora gran parte de esa misma vida (probablemente la mejor, qué coño) ya había quedado atrás.

Los vigilantes les indicaron por señas que pasaran. Procter iba en el primer cuatro por cuatro, junto a dos funcionarios de seguridad que reforzaban el rollo presidiario. En el segundo iba Debs. Entraron con un ¡clac! en el recinto, hacia un camino de grava que llevaba a algunas casas usadas por la CIA para huéspedes especiales.

En realidad, lo que la exasperaba de la Granja era el olor, que la embistió con la brutalidad habitual al abrirse la puerta del coche de alquiler: los aromas del primer curso. El complejo apestaba a agua de río, los edificios olían a comida de colegio y desinfectante, y los inquilinos a sudor y sexo. De una punta a la otra de la base se

bamboleaba nada menos que un autobús escolar que iba parando en residencias, gimnasios, jardines interiores, una cantina y un bar —el SRB— con dardos y ping-pong. Todo estaba lleno de garrapatas, ciervos y tíos salidos, que en muchos casos también eran instructores.

El alojamiento de Procter —o celda, según se mirase— era una de las muchas casas repartidas por las grandes extensiones de la Base. Quedaba junto al río, y en el camino de entrada, con el motor en marcha, estaba el coche de Debs. La subdirectora de operaciones debía de estar hablando por teléfono. Los de Seguridad acompañaron a Procter al interior de la casa, donde fue informada por un agente de apoyo de que ésa en concreto solía usarse para vips: altos cargos del séptimo piso, miembros del Congreso de visita, peces gordos de servicios de inteligencia extranjeros...

—Ha tenido suerte de que estuviera disponible, señora Procter —dijo.

Hale House: dos plantas, estilo colonial y porche corrido con columnas blancas desconchadas. La decoración de las habitaciones era como de plantación de Virginia: madera en las paredes y cuadros dieciochescos y descoloridos de aristócratas cazando zorros, colgados sin orden ni concierto. Era una casa medio perdida en el bosque, alejada de los barrios más poblados de la Base. Supuso que así era más fácil tenerla controlada.

—Un dato curioso —dijo el de apoyo mientras le abría la puerta del dormitorio—: entre junio del 66 y agosto del 67, vivió aquí Nosenko.

Procter asintió con un gruñido. El viejo desertor era una figura mítica en la Casa Rusia. El pobre había tenido que sufrir los delirios

de la Guerra Fría: durante tres años, la CIA no había estado segura de si era Nosenko de verdad o un doble del KGB, así que Angleton lo había encerrado en la Granja y le había apretado las tuercas para averiguarlo. Procter tenía la firme convicción de que en aquellos tiempos el espionaje era más aventurero, más piratesco. No los ataban tan en corto, eso seguro, aunque, en el caso de Nosenko, la correa sobrante sólo había servido para que la CIA maltratase (la palabra «tortura» que se usaba a veces al contarlo le parecía a Procter un poco exagerada) a un auténtico desertor que había tenido la ocurrencia de decir la verdad.

—No sabía que hubieran mantenido la habitación como entonces. ¿Por orden de la asociación de defensa del patrimonio o por simple incompetencia? —preguntó mientras encendía las luces de una sala sin muebles, muy gastada—. ¿Aquí es donde lo pusieron hasta las cejas de LSD?

El de apoyo se encogió de hombros y le dijo que llamara por teléfono si necesitaba algo, aunque debía de ser un puro trámite, porque no le dio ningún número. De todas formas, Procter no llevaba móvil. Se lo había confiscado uno de los de Seguridad. Tampoco tenía coche. La habían trasladado desde Orlando en uno de los bombarderos de la división aérea que Gosford había prestado a su subdirectora de operaciones para viajes dentro del país. El todoterreno de Debs seguía fuera, parado y con el motor en marcha.

Se dejó caer en la cama, abandonándose al limbo de las sombras. Una parte de sí misma contemplaba la posibilidad de esperar a ver de qué la acusaban, y durante cuánto tiempo; pero la otra parte recordaba los graves delitos que había cometido en los últimos días, y más en concreto su participación en el robo de documentos de

máximo secreto en cajas fuertes y bases de datos de la central. Se había topado con una trama perversa, orquestada por un servicio de inteligencia completamente corrompido. Por lo tanto, ella no habría podido llevar a cabo la investigación sin infringir la ley. Pero ahora esa ley podía ser usada en su contra por el topo, justamente quien más interés tenía en su destrucción. Un enredo dentro de otro. De repente la invadió un gran cansancio.

Oyó el gemido de la puerta principal.

—Venga, Artemis, baja —dijo Debs al pie de la escalera.

Procter se la encontró en uno de los desvaídos sofás verdes del salón. Debs le indicó por señas que se sentara.

—Nuestra peor pesadilla está a punto de hacerse realidad —dijo—. Tú y yo vamos a tener que hablar largo y tendido.

Procter se sentó frente a su antigua amiga. Los tapetes de la mesa de centro le hicieron pensar en Petra Devine, un recuerdo que, para su alarma, le produjo una extraña sensación de bienestar. «Es lo mejor que tengo», pensó, y eligió uno de los tapetes como objeto en el que centrarse. Lo necesitaría para las partes de la conversación en que se viera seriamente tentada de romper cosas o agredir a su antigua amiga.

—Empecemos por Las Vegas —dijo Debs sin mucho entusiasmo—, cuando fuiste a ver a Imperial, más conocido allí como Frankie. Explícame a qué fuiste. ¿Quién te acompañaba? ¿Era Sam? ¿De qué hablasteis, exactamente?

—Sólo estuvimos compartiendo recuerdos. Fue un encuentro casual.

—Ya, claro, coincidiste con él en las mesas de las apuestas más altas, que supongo que es adonde suelen ir los trabajadores de

Gatortown.

—Gatorville —murmuró Procter—. Gatortown es la competencia.

Debs sonrió, cerró los ojos y respiró profundamente, pensativa.

—Frankie —dijo abriéndolos de nuevo— le explicó a su niñera que fuiste a verlo con un amigo, un tal Charles. ¿Quién es? ¿No será Sam?

—Charles es Charles.

—Artemis, ¿Charles es Sam Joseph?

—¿Cómo quieres que Charles sea Sam? Charles es Charles.

—Vete a la mierda, Artemis. Si os encontrasteis por casualidad, ¿por qué le dijo Frankie a su supervisor que lo habías llamado antes de llegar? ¿Y por qué se quejó?

—Esa noche ganó un montón de pasta —dijo Procter—, y estoy casi segura de que se tiró como mínimo a tres mujeres, a cuál más guapa. No entiendo a qué venían sus quejas.

—Pero a ver, ¿tú qué pretendes? —insistió Debs, que hablaba todo el rato en voz baja, como si no respondiera de sí misma en caso de levantarla. Cruzó sus largas piernas y, al cabo de unos pocos segundos de miradas silenciosas, siguió hablando—: Te voy a poner en situación, Artemis. En la Casa Rusia, y en la CIA en general, hay un malestar generalizado desde que llegó Finn Gosford. Dicen que es un ex agente que se vendió, un tío poco convencional, que va por libre, un...

—«Un tío poco convencional y que va por libre» —dijo Procter—. Bonita manera de describirlo como director. Bravo. Cuando te vayas de la CIA tendrás futuro como relaciones públicas.

—Cállate, ya sabes a qué me refiero —musitó Debs—. Se topó con el rechazo de la CIA. Y luego la idea esa de la Restitución. Nadie

quería que fuéramos metiendo las narices, cuestionándolo todo... entrometiéndonos. Nada más aterrizar, a Finn y a mí nos hicieron el vacío, y yo, justamente por exigir que se me mantuviera al corriente de todo, sacaba aún más de quicio a mis antiguos amigos de la Bratva de la Casa Rusia. ¿Hay alguien que odie más la transparencia que los de la CIA que tratan con Rusia?

—Probablemente sólo los auténticos rusos —dijo Procter.

—Muy ingeniosa. Las órdenes de Finn se reducen a una sola: que no salga la CIA en las noticias. Ni una cagada. Fue literalmente lo que le dijo POTUS en la jura del cargo. Palabra por palabra, en el Despacho Oval. Y de repente, la primera semana, pasa lo de Singapur. Idea tuya, y un desastre. Luego vas y en plena reunión tratas de gilipollas al director. Necesitábamos un chivo expiatorio, claro, y tú, por tu doble condición de responsable del desastre e insubordinada, dabas el tipo a la perfección, así que acabaste de patitas en la calle.

—Te recuerdo que lo que taché de gilipollas ese día fue su idea —aclaró Procter—, no a él.

—Mira que eres burra, Artemis. Eres como tener un grano en el culo. O en cualquier otra parte del cuerpo. El caso es que Langley estaba a punto de caramelo para rebelarse. ¿Y sabes qué creo? Que estás buscando material para usarlo contra Finn y contra mí. Algo te ronda la cabeza, aunque no sé qué es. Y creo que ese algo se te ha vuelto en contra.

—De eso ya hemos hablado —respondió Procter—. Los rusos hace tiempo que tienen razones para ir a por mí.

—Es verdad —dijo Debs—, pero este último ataque ha pasado justo después de que te vieras con un desertor ruso. Y de que hayas

estado hurgando con tus colegas en todo lo que oliera a ruso en vuestro pasado. Da que pensar, ¿no crees, Artemis? En plan... ¿qué coño pasa aquí?

—Oye, Debs, que mi caravana me la han reventado los rusos —dijo Procter, perforando el tapete con la vista—. ¿Qué carajo insinúas? ¿Vas echarle toda la caballería judicial a una ex agente que casi la palma por una bomba rusa? Eso es mucho tergiversar, hasta para el Departamento de Propaganda del régimen Gosford. Además, ¿sabes qué? Que te puedes ir a la mierda. Me echaste de la CIA, me intoxicaste, desmontaste mi equipo, me bajaste al sótano, escondiste fotos guarras por todo mi despacho, me pusiste en el blanco de la IOL, me...

—Un momento, un momento. Es verdad que te negué el ascenso, y que me cargué Moscú X, pero en tu despacho te aseguro que no he puesto fotos guarras. ¿Para qué? Tampoco les dije nada a los de Igualdad de Oportunidades Laborales. ¿Por qué iba a hacerlo, siendo la subdirectora de operaciones? Yo a un agente, por mucha antigüedad que tenga, lo jubilo con cualquier excusa. No me hacen falta motivos.

A la discusión se le había acabado la gasolina, y las dos se quedaron calladas.

—Durante esos meses —masculló Procter— hubo varias denuncias por motivos éticos.

—Me lo puedo imaginar. Conociendo tu moral, y tu estilo de gestión... Pero bueno, Artemis, a ver si lo entiendo: ¿qué pasa, que piensas escaquearte de todo? ¿No vas a contestar a mis preguntas?

—Pues... depende de lo que me preguntes.

—Vale, venga, pues vamos a probar. ¿Por qué quisiste que nos viéramos hace un mes?

—Ya te lo he dicho: para compartir recuerdos.

—Claro, claro. Hay que ver cuántos recuerdos comparte Artemis Procter. Conmigo, con tus colegas de toda la vida, con Frankie...

—¿Qué quieres que te diga? Es la crisis de la mediana edad, que me ha puesto nostálgica.

—Es curioso, Artemis, pero el mes pasado, después de esa conversación tan rara que tuvimos, se me ocurrió sondear a varios amigos metidos hasta las cejas en el mundo de las contratas públicas, y a otros tantos amigos en DynCoTel. Según los de DynCoTel, ni te presentaste a una oferta de trabajo ni fuiste a ninguna entrevista.

—Ya... —dijo Procter—. Bueno, es que es una empresa muy grande, con problemas de comunicación iguales o peores que los de la CIA. Según la división donde trabajen tus fuentes, es normal que no hayan visto mi nombre ni en pintura.

—¿Tú crees?

—Ni lo dudes.

—¿Para qué cargo decías que era la entrevista?

—Enemigo interno —dijo Procter, enfocando la vista en el tapete de la mesa.

—¡Anda, no me digas! ¡Pero si es justamente la sección donde trabajan las fuentes de mi amigo! Y tampoco les suenas de nada.

—Es una empresa muy grande —repitió Procter, contemplando el vacío a través del tapete.

Debs miró hacia el mismo sitio con una amplia y malévola sonrisa.

—Mañana a primera hora vendrá un equipo de evaluadores con polígrafos de seguridad. Que tengas suerte.

Esa tarde, Procter trató de echarse una siesta en Hale House, pero sólo consiguió dar vueltas en la cama, debajo de las sábanas rasposas. Al cabo de un rato bajó descalza a ver la tele, y en ese estado de sopor, de no pensar en nada, se le despertó un recuerdo de hacía veinticinco años, de ella en coche, saliendo de la Granja.

Como el curso se interrumpía en Navidad, la idea era pasar las fiestas con su futuro ex marido, Tom, y la familia de él. Aparte de Tom, nadie sabía muy bien a qué se dedicaba, y a esas alturas ella ya tenía muy claro que le encantaba su trabajo, hasta el punto de que ansiaba con casi todo su ser volver cuanto antes a la Granja una vez cubierto el expediente familiar. A la parte restante de su ser, la que le inspiraba cada vez más odio, aún le quedaban por delante algunos días de sufrimiento: jersey navideño de cuello alto, invierno gélido en el sur de Ohio, alianza de oro bien enroscada en el dedo, álbum navideño de los Carpenters a máximo volumen, todos en la cocina como en un puto cuadro de Norman Rockwell, Tom hablando sin parar de qué doctorado elegiría... pero eso sí, sin moverse de Estados Unidos. En resumidas cuentas, que no quería que Artemis se fuera al extranjero. Y venga a dar la lata con que igual sus padres les hacían un préstamo —ellos encantados, seguro; con tal de ayudarlos, lo que fuera— para que ella pudiera irse de la CIA, y con que así podrían vivir de alquiler en Boston o Palo Alto, en función del doctorado que eligiera Tom... Ah, por cierto (añadía quejumbroso), sería genial que Artemis pudiera hacer el esfuerzo de aprovechar las

fiestas para ir algún día a Crate & Barrel, en plan salida de mujeres, con la madre de él y su hermana mayor, la de la casa en Houston, los cuatro hijos, la sonrisa pizpireta y el marido que hacía no sé qué relacionado con las hipotecas.

Total, que Artemis Procter —o mejor dicho Artemis Jackson, porque a esas alturas ya había cedido a la presión de cambiar de apellido— estaba en la cocina diciendo que quería ayudar y preguntando qué podía hacer, y su suegra la puso a trinchar uno de los pavos. Ese día eran más de veinte en la casa, toda la extensa familia Jackson bien juntita —¡que sí, coño, que feliz Navidad!—, incluidas cuatro sobrinas y tres sobrinos de menos de seis años. De ahí los nervios con que Artemis iba trinchando el pajarraco. Un pelín distraída, dijo después. En ese momento, sin desmerecer la nube negra que ponía en su horizonte la idea de ir a Crate & Barrel, había algo que la inquietaba aún más: la creciente sensación de que se encaminaba a un choque inevitable, de que los diversos trenes en los que viajaba la vida de Artemis Aphrodite Procter sufrirían una colisión múltiple, y de que eso no iba a molar lo más mínimo.

Lo primero fue ver que la pechuga del pavo se ponía roja, y lo segundo, un dolor atroz en el dedo. A partir de ahí ya se desmelenó, tratando al pavo de puto soplapollas de mierda y añadiendo una docena de palabrotas por el estilo. Los mayores tapaban las orejas de los niños con las manos. A los espectadores, de repente, les interesaban mucho sus propios zapatos. Muchas cabezas moviéndose apenadas.

—Artemis, los niños, por favor... —dijo su suegra.

—Perdona, perdona —contestó ella—. Es que duele de la hostia. ¿Alguien me puede dar una toalla, joder? ¿Qué pasa?

Más tarde, Tom y ella se metieron en la cama y se quedaron mirando el techo, sin plantearse siquiera pegar un polvo. Artemis llevaba el dedo vendado con gasa y cinta adhesiva, pues no había querido estropear aún más la cena familiar pidiéndole a Tom que la llevara a urgencias, aunque probablemente habría necesitado unos puntos. Al cabo de un rato, él salió de su silencio.

—¿Qué ha pasado?

Artemis tuvo ganas de preguntar a qué se refería, pero lo sabía de sobra.

—Oye, que lo siento, ¿vale? —dijo—. Dolía un montón, joder. Ya te digo que lo siento.

Se hizo una de esas largas pausas de tensión insoportable, pero en las que también puede quedarse uno dormido. Habría sido mejor, o al menos eso era lo que seguía pensando después de tantos años, visto lo que dijo finalmente Tom.

—No me gusta cómo te está sentando tu trabajo. Te está crispando. Te está convirtiendo en otra persona. A veces no reconozco a la mujer con la que me casé.

Artemis se dijo que hasta esa noche Tom no había visto cómo era ella en realidad. Acababa de ver una pequeña parte, y no le había gustado nada.

—Mira, Tom —le dijo—, a mí mi trabajo me encanta. No sabría hacer otra cosa.

Hubo otra larga pausa, y luego Tom se dio la vuelta para tirar de la cadenita de la lámpara y se puso a dormir.

Procter apagó la tele. A esas alturas, Tom ya tenía tres hijos. Lo sabía porque lo había buscado en Google hacía un par de años. A juzgar por las fotos no había engordado, lo cual era una lástima. Corría maratones con su mujer, que aparentaba unos diez años menos y estaba buenísima. Tom tenía página propia en la Wikipedia, como autor de seis libros y profesor titular. Entre su trabajo y su marido, Procter había elegido lo primero para salvarse, pero quizá también lo había salvado a él.

Estuvo un buen rato retorciendo y doblando el tapete sin darse ni cuenta, mientras en su cabeza chocaban pensamientos inútiles como si estuvieran en el interior de una lata. Al final se levantó para ir al baño, a la tenue luz del atardecer, y se levantó la camisa para mirar la hilera de nueve estrellas tatuadas en sus músculos dorsales, debajo de una leyenda: COMO HOMENAJE. Una por cada agente muerto al que había vengado. Un muro de la memoria personal en su piel. Fijó bien la vista en el espejo, mirando las estrellas. En otro mundo cortaría por lo sano con todo aquello. A fin de cuentas, la CIA la había expulsado. «El edificio nunca corresponde a tu cariño.» ¿Qué deuda podía tener ella con un sitio que la había eximido de cumplir con su juramento? Y sin embargo...

Fue al dormitorio y rebuscó en su bolso, pero al no encontrar lo que buscaba bajó descalza y retiró los cojines del sofá. Un caramelo Lifesaver. Una moneda de dos centavos. Unas cuantas migas. Otra moneda, de veinticinco. Ésta le serviría.

Se sentó en el sofá con la moneda en alto, a contraluz, y se explicó a sí misma lo que pasaría en cada caso en función de cómo cayera la moneda. Su destino estaba en manos de los dioses de la inteligencia.

Lanzó la moneda, la recogió en la palma de una mano y se la puso en el dorso de la otra. Miró.

George Washington.

—Mierda —dijo, tirándola hacia la otra punta de la sala.

Se preparó la bolsa y se dirigió caminando hasta la entrada principal con la idea de pedir un taxi. En la Granja lo difícil era entrar, no salir. Al verla, el vigilante dijo que tenía que hacer una llamada.

—No —dijo ella—. Abre la puerta.

—Tengo instrucciones, señora Procter.

—¿A quién vas a llamar?

—A la oficina de la subdirectora de operaciones.

—Venga, tío, que es un poco tarde y Debs se acaba de marchar de aquí. Si me voy es porque me ha dicho que podía irme. Abre la puerta.

El vigilante tenía la mano en la carabina.

—¿Por qué no espera hasta mañana para irse?

—Porque me quiero ir ahora.

Procter señaló la barrera, que cerraba el paso. El vigilante bajó la vista y, con una sonrisa fatigada, dio una palmada en su arma, con un gesto que a Procter le pareció más mecánico que amenazante.

—Tendrá que ser después de que yo haya hablado con la subdirectora.

Procter se quedó donde estaba, sin apartar la vista de la barrera. Pero acabó resignándose y le dijo al vigilante que lo dejara para el día siguiente. Justo cuando se iba a marchar, hecha una furia, se paró.

—¿El SRB aún está abierto?

El vigilante asintió con una sonrisa casi imperceptible.

El SRB (siglas de Student Recreation Building, «Edificio de Recreo para los Estudiantes») es la cantina principal de la Granja. Ocupa un edificio de lo más anodino, rodeado de residencias, y es el auténtico corazón de la Base. Procter se acordaba de compañeros suyos de la Granja que, a base de esfuerzo y constancia, habían acabado encontrando allí a parejas y ex parejas, rollos de una noche y relaciones amorosas, dominio del oficio y clamidia, cuando no todo a la vez.

Aunque en general era muy aficionada a los bares, Artemis no le tenía ningún cariño al SRB. Le traía malos recuerdos. Había pasado demasiado tiempo paseándose arriba y abajo por la acera de enfrente, manteniendo tensas conversaciones telefónicas con Tom mientras el resto de sus compañeros de clase bebían, jugaban a los dardos y se pavoneaban en busca de un buen polvo.

Entró. Vio a un montón de alumnos de rostro juvenil jugando al billar, lanzando dardos, bebiendo, riéndose y contándose mentiras. Reconoció a una camarera de su época de estudiante, una mujer de ojos legañosos y con un temblor en las manos que la hacía derramar las copas. También trabajaba en la cantina a la hora del almuerzo. Si entonces ya era vieja, el tiempo la había convertido en una pasa. Después de pedir una cerveza, Procter se fijó en una manada de barrigones entrados en años: los instructores.

Para las clases hacían falta instructores que se pasaran casi cada noche por el SRB a tomarse un par de cervezas y a adoctrinar a los

alumnos sobre la hermandad de inteligencia (porque era una hermandad). El consumo de alcohol en grupo y las noches de juerga eran actividades fomentadas por los propios instructores, los cuales, además de inculcar el oficio a sus pupilos, estaban atentos a cómo les sentaba la bebida: ¿la soportaban bien? ¿Se les soltaba la lengua cuando estaban bajo los efectos del alcohol? Ahora, cerveza en mano, despatarrados en unas desgastadas butacas verdes, los veteranos centraban su atención en los cimbreantes glúteos de una alumna que estaba jugando al billar.

Procter se acercó a ellos y les comentó que hacía siglos que no entraba en la Granja. ¿A los instructores con destino permanente aún les asignaban las casas que quedaban más cerca del río? Lo preguntaba sólo por curiosidad. Le había parecido una oportunidad de oro, y se estaba planteando presentarse a un puesto docente. Uno de los veteranos sonrió.

—Pues claro. A mí, que llevo quince meses, me ha tocado uno de los chalés blancos de al lado del muelle A.

Procter soltó un silbido y se sentó en un apoyabrazos. Dos instructores torcieron la cabeza para mirar detrás de ella. Al volverse, Procter entrevió el escote de la alumna, inclinada sobre el fieltro para otra tacada difícil. Volvió a mirar al veterano del chalé blanco.

—A ver si lo adivino —dijo—: con las horas extras y el sobresueldo de peligrosidad de un par de misiones en zona de guerra, te compraste un barco chulo.

El instructor sonrió. Uno de sus compañeros negó con la cabeza con cara de agobio, como diciendo: «No, por favor, otra vez el puto barco no...»

—Un Albemarle de veintisiete pies.

El propietario del barco sonreía de oreja a oreja.

—¿De veintisiete? ¿En serio? —dijo Procter—. Pues te saldría carito...

—Según como lo mires. Digamos que no es tan caro como volver a casarse, y sí mucho más divertido. De hecho, el alquiler sale más barato que pasarle una pensión a tu ex.

La Granja está rodeada de medidas de seguridad: vallas de cinco metros, alambradas, vigilantes, postes con cámaras, más cámaras de infrarrojos y sensores escondidos... Dentro de la Base, en cambio, casi nadie cierra con llave, ni la casa ni el coche. Las llaves se dejan en las cerraduras, y las bicis en cualquier sitio.

Procter pasó junto a la larga hilera de casas de lujo con vistas al río. Era de noche. Desde la carretera, medio escondida entre los árboles, no veía bien el color ni el diseño de las casas, ni si había un remolque en la entrada. Hizo cuatro incursiones frustradas en otros tantos jardines: ni remolque, ni chalé blanco.

A la quinta, lo encontró.

—¡Hostia puta! —dijo en voz baja.

Se quedó mirando un momento la casa, con la mente a mil por hora mientras la asaltaban los recuerdos. El veterano ocupaba la antigua vivienda de Ganston. Procter se imaginó con sus amigos en el piso de arriba, viéndose a sí misma con veinte años más: un largo cable tendido a través del tiempo. Empezó a soplar un viento frío. En lo más profundo de su cráneo se activó la sirena que anunciaba sus victorias o fracasos: Damasco, Dusambé, una granja negra en las

afueras de San Petersburgo, Afganistán... En ese momento se sintió sacudida por una horrible verdad: uno de sus amigos le había dado la vuelta como un calcetín a toda la organización. A Langley le habían sacado el culo por la boca, como si fuera la lengua, y la lengua por el agujero del culo, como si fuera la cola. A menos que ella hiciera lo que le correspondía hacer, todo lo que pendía de ese cable entre el pasado y el presente habría sido en vano.

El remolque del barco estaba enganchado a una camioneta cuatro por cuatro negra King Ranch. Tenía las puertas abiertas, pero Artemis no encontró las llaves dentro. Se asomó a la casa, en la que no había ninguna luz encendida, y llamó al timbre. Silencio. La puerta estaba abierta, al igual que todo lo demás. En el recibidor había una mesa con un cuenco de madera: papeles, bolígrafos, cigarrillos, un mechero... y las llaves de un Ford. Apretó el botón de abrir. En el camino de entrada se encendieron unos focos. Rebuscando entre los papeles encontró otro llavero con una cadena de plástico donde ponía *Dove Marina and Watersports*.

A medio camino de la puerta, siguiendo un impulso, se detuvo y cambió de dirección para subir al dormitorio principal. Abrió el armario del lavabo y palpó por debajo del grifo hasta que sus dedos tocaron cinta adhesiva, y luego papel. Quitó la cinta y se puso de rodillas para arrancar el pegote de pegamento que ella misma había puesto en la foto un noviembre ya muy lejano. Por lo visto no había aparecido un fontanero en veinticinco años. Sacó la foto, sopló para quitar el polvo y la miró un momento. Estaba amarillenta, con los bordes rotos y descolorida. En su día le había parecido escandalosa. Aún se acordaba de sus risas y codazos a Debs mientras la recortaba... Veinticinco años después, lo que se veía en la foto lo

había hecho ella misma. Y no una sola vez. Se la guardó en el bolsillo y se apresuró a bajar.

Metió su petate en la camioneta y arrancó. Al llegar al muelle A, dio marcha atrás para acercar el remolque a la rampa de botadura. Había dos alumnos, pero estaban demasiado ocupados en meterse mano para preguntarle qué hacía bajando ella sola un barco al agua a esas horas de la noche. Escribió una nota dentro de la camioneta: «Dejaré el barco cerca de la Punta. Perdón por las molestias.» Puso la nota en el salpicadero, y las llaves en la guantera.

Tiró el petate al barco, arrancó el motor y se alejó por las aguas cristalinas del río, iluminadas por la luna.

41

I-95 Norte / Crystal City

Después de dejar el barco amarrado en la Punta, Procter entró en un bar y usó el teléfono para llamar a Sam al móvil de prepago cuyo número se había aprendido de memoria. Luego pidió un taxi para ir a la estación de autobuses, donde compró en efectivo un billete en el último Greyhound rumbo al norte. La circulación por la I-95, inexplicablemente densa a esas horas de la noche, era lentísima. De todas formas, no se dio ni cuenta de los ratos en que se quedaban prácticamente parados. Estaba demasiado concentrada pensando en lo que podía poner en marcha y recuperando de su memoria hasta el último detalle de todo lo ocurrido en el pasado con el caso Rémora, antes de que ese sórdido asunto se convirtiera en un sangriento viaje al fondo de su propia alma. Delante de ellos se encendieron unas luces naranjas de freno. El autobús volvió a detenerse, mientras se oía otro gemido colectivo. Procter apoyó la cabeza en la ventanilla. Hasta entonces no se había imaginado que pudiera acabar expiando sus delitos en la celda de una cárcel, pero desde que había lanzado la moneda al aire ya no estaba tan segura.

Cuando Procter abrió de golpe la puerta de la casa franca de Crystal City y le indicó a Sam que entrara, el ex de la CIA se encontró con una ráfaga de aire viciado. En el interior todo estaba hecho un desastre, y Sam no supo si era porque la casa no se usaba desde hacía un tiempo o por las pocas horas que la jefa había pasado allí a solas. Una hilera de hormigas se había subido a la encimera para llegar hasta una lima con un color como de papel de estraza. Procter había preparado café. A juzgar por el olor, también se había ventilado como medio paquete de cigarrillos mientras esperaba la llegada de Sam, dejándolo todo bien perfumado. Sam entró en la cocina con la bolsa de la compra, y Procter cerró la puerta.

—Ni se te ocurra compadecerte de mí por la bomba —le dijo a Sam—. No soporto que te pongas empalagoso. Venga, vamos a comer. Sí, deja la compra ahí mismo.

Sam pasó los chuletones por la sartén y puso la mesa: pan de masa madre, una cuña de queso azul y dos vasos, en cada uno de los cuales sirvió un solo dedo de whisky, por prudencia.

—¿Sweet sabe que estuve contigo en Las Vegas? —preguntó cuando le quedaban unos ciento setenta gramos de chuletón.

—Sabe que fui con alguien, pero no necesariamente contigo, aunque tiene sus sospechas. Por lo visto Frankie no fue capaz de dar una descripción muy detallada.

Sam untó un poco de queso en un trozo de pan.

—Los otros tres seguramente lo adivinaron. El topo seguro que sí.

—No, si lo tuyo el topo ya lo sabe —dijo Procter.

—Pues entonces, ¿por qué intentaron matarte?

—El próximo podrías ser tú. A saber... ¿Ya has roto con Natalie? Ahora tienes un motivo aún mejor para hacerlo: su seguridad.

—Todavía no —murmuró Sam—. Estos días han pasado demasiadas cosas.

—Más tonto y no naces. Por cierto, ¿te importa que fume?

—Creo que te lo has ganado.

—Dios te bendiga.

Procter se apartó de la mesa para sacar el mechero del bolsillo. Mientras hurgaba en sus tejanos se le dibujó una sonrisa cómplice en los labios. Depositó en la mesa todo el contenido del bolsillo, y luego apartó el mechero y desdobló una foto. Al principio sonrió, como si le hiciera gracia, hasta el punto de que a Sam le extrañó verla casi contenta. Sin embargo, cuanto más miraba, más seria se ponía. La sonrisa se transformó en una leve mueca compungida que tardó muy poco en desvanecerse por completo, sustituida por una expresión de pura tristeza. La jefa dobló la foto y, con un gesto de enfado, intentó encender el cigarrillo, aunque el mechero barato no se lo puso fácil.

Sam tendió la mano señalando la foto.

—¿Puedo verla?

Procter se la estampó en la palma con una sonrisa socarrona. Sam la desdobló y, después de mirarla fijamente, parpadeó.

—Caramba... —dijo—. ¿Esto es de verdad? Parece imposible.

—Qué va —contestó ella lanzando una nube de humo por encima del hombro—. De imposible nada, te lo aseguro.

—¿La llevas siempre encima, como las mantitas de los bebés, pero en plan pervertido?

—La encontré en la Granja. Es un recuerdo.

—¿Es...?

—Sí, una de las originales. Resulta que el tipo al que le robé el barco vive donde vivía Ganston, y entré a mirar.

Se rió y dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Ésta quién la escondió?

—¿Tú qué crees? Ninguno de los otros payasos habría encontrado un escondite tan seguro como para que no se moviera de su sitio en veinticinco años. Es posible que yo no fuera la que más mandaba, pero sí la más peleona, te lo aseguro. —Esta vez su risa fue más melancólica—. En la Granja, en Afganistán, y ahora...

No acabó la frase. Se produjo un momento de confortable silencio mientras Sam seguía con su chuletón y ella con su cigarrillo.

—Tengo una teoría que me gustaría poner a prueba contigo —dijo Procter al cabo de unos minutos—. No me extrañaría que a estas alturas ya pensáramos prácticamente igual, pero bueno, creo que ha llegado el momento de decirlo en voz alta y pensar qué hacemos a partir de ahora.

Se apoyó en el respaldo y siguió hablando mientras daba lentas caladas a un Slim.

—Los rusos han captado a un alto cargo de la CIA, pero en vez de reventarnos de golpe todo nuestro chiringuito de Rusia, deteniendo a veinte fuentes de la noche a la mañana, Zhomov ha optado por una estrategia más lenta y creativa, seguramente porque se da cuenta del tipo de barro que tiene entre las manos. Le ha tirado la caña a un pez de los gordos, un tío, o tía, que entiende que lo que les pasó a Ames y Hanssen se debió, en parte, a que los informes que redactaron provocaron el encarcelamiento o el asesinato de varios activos, y cuando los dermatólogos ataron cabos empezó la cacería. A este topo Zhomov lo ve como una posible influencia,

alguien que podría llegar a subdirector, o incluso a director; alguien que podría poner a la CIA en manos rusas a todos los efectos. El topo está bien metido en la topera, y Zhomov se lo toma con paciencia. Un plan de comunicaciones de lo más rupestre, reuniones infrecuentes, tal vez una al año, o dos, si encuentran una tapadera... El topo lo hace por dinero, eso seguro, pero también por algún fanatismo secreto que aún no he llegado a comprender del todo. Mi teoría es que la primera vez que sacó la cabeza fue para dar el soplo sobre la oferta de Gólikov y vuestro encuentro en Singapur. Gólikov sorprendió al topo. ¡Joder, si ese ruso te dijo la verdad, en la Sección Especial hubo una filtración, y toda la gracia del montaje de Zhomov es que no haya ni una! También apostaría a que el hecho de que hicieran regresar de Grecia al pobre Bucanero, y quizá también el arresto de Garra, fueron excesos, errores o consecuencias de tejemanejes o disfunciones burocráticas en Moscú. El SVR no siempre trata con delicadeza a sus primos del FSB, y viceversa. Me imagino muy bien a los del FSB con mono de arrestar a alguien.

Hasta entonces, Sam había estado mirando la pared de la sala de estar. A lo sumo doblaba la servilleta o tamborileaba en la mesa para desahogarse.

—¿Y cómo podía saber el topo qué información pensaba darme Gólikov?

—Yo diría que lo dedujo. El mensaje de Gólikov no era concreto, pero sí muy urgente, muy serio. Y venía de alguien con acceso privilegiado al Kremlin. Mi teoría, Jaggers, y una vez más es sólo una teoría, es que el topo, basándose en el cargo de Gólikov, llegó a la conclusión de que igual quería vendernos la identidad del topo, en cuyo caso había que hacer algo. Era preciso tomar medidas.

—Las fechas cuadran —dijo Sam—, incluso partiendo de la base de que el plan de comunicaciones es rudimentario.

—Por los pelos, pero cuadran —reconoció Procter—. Según esta teoría, el principal engaño de Zhomov es el activo conocido como Rémora, un coronel del SVR que en estos momentos puede ser considerado como la joya de la corona de la Casa Rusia, y cuya información... —Observó atentamente a Sam, pendiente de su reacción—. Cuya información ha sido decisiva en tres de los grandes acontecimientos del año pasado. Primero: pidió una reunión urgente justo cuando tú y yo hacíamos planes para Singapur, y al encontrarse con Mac, Theo y Debs les contó que los rusos estaban buscando objetivos estadounidenses en Asia. Segundo: aportó una explicación inocente para tu encarcelamiento, y luego, en un giro radical, ayudó a la CIA a pillar al agente del SVR que acabó siendo intercambiado por ti. Y tercero: fue Rémora, una vez más, quien mandó señales justo cuando tú y yo metíamos una marcha más en esta investigación, antes de que unos frikis, sin duda a sueldo del Kremlin, pusieran una bomba en mi caravana. Tres señales de emergencia justo antes de unas reuniones en Francia importantes para Rémora, de tu encarcelamiento y del atentado contra mi vida. Son hechos comprobables. Mira, Jaggers... Rémora nos ha estado pasando material del bueno. Es un activo de primera, con un rendimiento que ha impulsado más de una carrera meteórica dentro de la Casa Rusia. Es el tipo de activo que da caché a los agentes de campo. Desde ese punto de vista la cosa no da más de sí.

—¿Y desde el otro? —preguntó Sam.

—Es una trampa pensada para jodernos, influir en nosotros y proporcionarle al topo una tapadera operativa para reunirse con los

rusos y venderles nuestros secretos. Los hechos cuadran con la teoría de que lo que hemos visto obedece a una pauta por parte de los rusos, una serie de intentonas, fijo que maquinadas por Rem Zhomov, para proteger a su topo, mantener el acceso y justificar la inversión.

—Y no hay pruebas —dijo Sam—. Con la de cosas que han pasado y sigue sin haber ni una sola prueba.

—Exacto. La verdad es que así no vamos a ninguna parte —contestó Procter—. La información de inteligencia que se acaba recibiendo sigue siempre unas constantes: un poco de grano para mantener nuestro interés y un poco de paja para que no se les vea el peluquín. Tenemos el despido de Petra Devine justo cuando empezaba a meter las narices en el asunto. Luego tenemos el recuerdo de Frankie de que Rémora es un hombre de Zhomov. Entre nuestro pequeño bestiario de sospechosos, móviles no faltan, desde luego. Mentiras y engaños los que quieras, y de lo más ramplones, sobre todo en referencia a quién fue a la reunión con Rémora justo antes de Singapur, en qué orden y cuándo. Pero lo que yo no creo, Jaggers, es que con un simple ejercicio teórico realizado desde un despacho se pueda desenredar este embrollo. Para atrapar a un topo hace falta otro topo. La respuesta no nos la dará ninguna matriz de Dermatología, aunque eso haya servido para descartar opciones y...

—Siempre que, en efecto, eso haya servido para descartar opciones —la interrumpió Sam adoptando un tono más resuelto y repiqueteando en la mesa con el dedo—, y si aceptamos la premisa de que la información de Rémora funciona al revés. Es decir, si nos creemos lo que dijo Frankie sobre Rémora y Zhomov, y

presuponemos que siguen conchabados, y que Rémora trabaja con Zhomov, o para él.

—De acuerdo, joder —dijo ella—, totalmente de acuerdo. Si aceptas todo eso, yo tengo algunos sospechosos, y una idea que podría sacar de bajo tierra a nuestro topo.

—¿Qué idea, si se puede saber?

—¿Sabes lo que es una papilla de bario, Jaggers?

—¿Algo en la jerga de los tiempos de gloria de la Guerra Fría?

—Es meter algo en el sistema y ver por dónde sale. O de quién sale.

Sam hizo una mueca.

—Lo cual pasa necesariamente por verlo entrar y salir.

—No, no es que pase por eso, es que consiste en eso: en meter la papilla en unas cuantas bocas y ponernos donde se vean bien los culos. —Procter hizo una pausa—. Mira tío, sin ti será difícil, pero es que ni yo misma estoy segura. Me he decidido, pero segura no estoy.

—¿Y por qué te has decidido? —preguntó Sam.

—Estaba tan igualado que en la Granja tiré una moneda. Que decidieran los dioses de la inteligencia: cara, sigo; cruz, desaparezco. Salió cara, así que me fui de la Granja y te llamé.

42

Fairfax, Virginia / Crystal City

Paul Portnoy, psicólogo y colaborador de la CIA, era un ex agente del montón que había dejado el servicio hacía treinta años con la idea de intentar curar enfermedades mentales, en vez de incentivarlas convirtiendo en traidores a ciudadanos de otros países. Al principio no quería ver a la CIA ni en pintura, pero a mediados de la década de 2000 su consulta privada renqueaba demasiado como para seguir ignorando lo bien que podía pagarle la Agencia. Por aquel entonces la guerra contra el terror estaba en su apogeo, y no paraban de volver agentes de las zonas de guerra con problemas que solucionar. Dentro de su cartera de pacientes, nunca eran menos de la mitad los que le enviaba la CIA, que no sólo pagaba puntualmente las facturas, sino que le había montado una consulta y un despacho con categoría de SCIF (siglas de «unidad de información sensible compartimentada»). Una de las cláusulas de su contrato con la agencia estipulaba el envío de un cable después de cada sesión. Había muchos agentes con problemas —estrés postraumático, desgaste y esas cosas—, y sus clientes de Langley querían saber si aún era seguro asignarles alguna misión sobre el terreno. El visto bueno de Portnoy era básico para restablecer la confianza.

Hablando de pacientes, ahí estaba uno: Sam Joseph, un agente del que la CIA acababa de prescindir. Portnoy lo vio cuando se dirigía a su despacho desde el ascensor. Estaba sentado en el suelo, delante de la puerta, saludándolo con la mano. Tenía el pelo revuelto y un aura de energía fuera de control. Hasta entonces, dentro de lo que cabía, Joseph había respondido bastante bien, pero cuando Portnoy se acercó a él, tuvo la clara impresión de que iba muy colocado de algo.

—¡Doctor! ¡Doctor Portnoy! —exclamó Sam mientras se levantaba —. Tenemos que hablar. Será sólo un momento.

—Te recuerdo, Sam, que no tienes cita hasta la semana que viene —dijo Portnoy.

—Es que tiene que ser hoy —contestó Sam con voz pastosa.

«Va drogado, está clarísimo», pensó Portnoy, preparándose para empezar la mañana con mal pie.

Sam le tendió la mano, y al estrechársela Portnoy recibió una ráfaga de olor a whisky. Miró de arriba abajo a su paciente.

—¿Vas drogado, Sam?

—No, doctor.

—¿Seguro?

—Bueno, un poco achispadillo sí que estoy, pero no es nada ilegal.

Lo que le faltaba. Portnoy no tenía la primera cita hasta una hora y media después, a las diez, pero se reservaba ese margen para los historiales y la contabilidad. A partir de ahí el alud de pacientes no le dejaría ni un respiro.

—¿Has tenido ideas suicidas? —preguntó con el ceño fruncido—. Si te estás planteando autolesionarte, te acompaño a urgencias.

—No, tiene que ser en su sala SCIF —dijo Sam como si no le escuchara—. Y ahora mismo. Le estoy dando vueltas a algo.

Portnoy suspiró. Aparte de a alcohol, Joseph olía a mañana perdida: una hora dilapidada en hacerle de niñera a un chalado; una sesión que, aunque pudiera cobrársela a la CIA, iba a salirle muy cara por la cantidad de frustrantes cables que se vería obligado a redactar después. Siempre tenía la opción de llamar a la policía, pero entonces sí que se le iría la mañana al traste.

—¿Hasta qué punto estás borracho?

Lo dijo con muy mala cara.

—No demasiado. Mire.

Sam se levantó y puso un pie detrás del otro, dibujando una línea pasablemente recta.

—Z, Y, X, W... —dijo después.

—¡Basta! —gritó Portnoy—. Acabemos de una vez.

Portnoy abrió la puerta acorazada, se sentó al otro lado de su mesa, encendió los micrófonos y cogió una libreta y un bolígrafo. Se oía el zumbido de los fluorescentes del techo y el tictac de un reloj de pared. Sam se dejó caer en una de las butacas, verdes y gastadas.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que corre tanta prisa? —preguntó Portnoy sin preámbulos.

—He estado pensando más a fondo en lo que ocurrió justo antes de que ellos me pillaran, en los pocos minutos que pasé hablando con él.

—¿Que te pillaran? ¿Quiénes son «ellos»? ¿Y «él» quién es? —dijo Portnoy, exasperado.

—Ellos son los rusos —contestó Sam—, y él es Gólikov. Al volver de Rusia estuve unas semanas en Langley repasando lo que les había dicho a los rusos en Moscú, y lo que había oído decir a Gólikov antes de su desaparición. La cuestión, doctor, es que estoy embotado. Los recuerdos me vuelven de manera irregular, en oleadas. Esta mañana he estado hablando con Natalie... —«Natalie Karam, la pareja del paciente», escribiría Portnoy en el cable—. Le he dicho que últimamente juego bastante al póker, puede que demasiado. Lo cual no deja de ser un problema, porque a uno le resulta difícil controlar los impulsos después de algo tan desagradable... —Portnoy miró con disimulo la cara de Sam, acordándose de lo que le habían hecho en Rusia y del aspecto que tenía cuando le había contado toda esa historia en la consulta—. Le he comentado que hace unas semanas fui a Las Vegas, a jugar un poco, y que me puse a hablar con un crupier en una mesa, y de repente... no sé, fue como si me trasladase a Singapur, y empecé a recordar una cosa que me dijo Gólikov antes de subir. Si mi recuerdo es correcto, lo que me dijo es la hostia de importante.

«En plena crisis de trastorno de estrés postraumático», garabateó Portnoy ilegiblemente en su libreta. Sam levantaba y bajaba la voz sin ton ni son, y hacía rebotar los pies con tanta fuerza que seguro que en el techo del piso de abajo se estaba desprendiendo la masilla. Seguro que les estaba cayendo encima como lluvia a los amables propietarios de Labcorp.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó.

—En Singapur —contestó Sam—, Gólikov dijo que el SVR tenía a alguien dentro de la CIA.

Al oírlo, Portnoy levantó la vista para mirarlo a los ojos, mientras su piel, de natural sudorosa, se enfriaba y se secaba de golpe.

—Eh, eh —dijo—. Relájate, Sam. ¿Qué has dicho?

—Gólikov afirmó que el SVR tenía a alguien dentro de la CIA, alguien dirigido por la Sección Especial. Hay otras pistas que ahora mismo no recuerdo, pero ya me acordaré. Al menos eso espero.

—A ver, Sam... —insistió Portnoy—. No voy a andarme con rodeos, estás borracho. ¿Y si lo dejamos aquí y no escribo lo que has dicho? Tal vez sería mejor que vuelvas mañana, a ver qué tal.

—Doctor Portnoy —replicó Sam, clavando en él una mirada teñida de amenaza—, ahora mismo lo recuerdo con total claridad. Es importante.

—Vale. ¿Qué fue exactamente lo que dijo el tal Gólikov? —preguntó Portnoy, empezando a escribir—. Dame la cadena de información, si la recuerdas.

—Gólikov me dijo que lo sabía por alguien del... Consejo de Seguridad de Rusia. Del nombre no me acuerdo, pero ya me acordaré, porque lo dijo. Lo que dijo, exactamente, fue: «El SVR tiene a alguien dentro de la CIA, un activo a cargo de la Sección Especial.» Era la información que había venido a vender en Singapur. A partir de ahí todo se vuelve turbio, como humo en el cerebro. Apúntelo, doctor, que tengo que dejar las cosas claras. Esto tenemos que arreglarlo.

Después de salir del despacho de Portnoy, Sam hizo la llamada desde la casa franca de Crystal City con un nuevo móvil de usar y tirar, comprado en efectivo y con una tarjeta SIM internacional Ultra

Mobile que le habían vendido unos serbios en una tienda de electrónica. Tal como esperaba, Rami Kassab no se puso al teléfono. ¿Por qué iba a ponerse si no reconocía el número? Aun así, le dejó un breve mensaje en el buzón de voz diciéndole que estaría unos días en París y que tenía muchas ganas de ver a los hermanos. Se despidió insinuando que le encantaría salir a comer unos *barazek*, unas galletas sirias recubiertas de semillas de sésamo y pistacho triturado. Era una palabra en clave de los tiempos de Damasco: si los hermanos mencionaban los *barazek* querían decir que no estaban siendo controlados por el enemigo. Después llamó a Natalie para decirle que estaría unos días de viaje. «Vuelvo pronto, *habibti*», se esforzó en decir. Al colgar recibió una colleja de Procter, que le dijo que no estaba enfadada con él, pero sí decepcionada.

—Ya vale, jefa, ¿no? —contestó Sam—. ¿Por qué tienen que explotar nuestras dos casas a la vez?

Se compraron los billetes con sus verdaderos nombres. Era un riesgo, pero qué se le iba a hacer... Disponían de muy poco tiempo. Luego se lanzaron como locos a comprar todo el equipo que pudieron adquirir en Estados Unidos y lo metieron a presión en su equipaje de mano. Las cámaras de vigilancia disponibles en el mercado se habían vuelto tan pequeñas, flexibles y baratas que en un tris ya tuvieron todo el instrumental necesario.

Rami Kassab devolvió la llamada cuando aún no habían salido hacia el aeropuerto, y quedó en desayunar con Sam a su llegada a París. Al preguntarle Rami a qué se debía el viaje, Sam le dijo que era por trabajo, y dejó su respuesta en el aire durante unos segundos. Oyó la respiración de su interlocutor por el altavoz y un chasquido de labios pensativo. Los Kassab no tenían ni idea de que

Sam y Procter ya no estuviesen en la CIA. «Pobres, sólo les falta que les compliquemos más las cosas», había indicado Procter. «Tenemos que ponérselo fácil.»

—¿Cómo les pagaremos? —preguntó Sam después de colgar.

—¿«Pagaremos»? Algo se te ocurrirá, Jaggers, que por algo eres el rey de la baraja.

43

Moscú

Según el perfil de la CIA que les había pasado el Doctor B, los estadounidenses estaban convencidos de que Rem era un as del ajedrez. En el documento ponía que se había aficionado de pequeño, y que gracias a ello podía aportar «lecciones de pensamiento estratégico, paciencia y táctica para la captación y gestión de espías». Era un análisis erróneo, que a Rem lo divertía y lo halagaba. Tampoco estaba tan mal que el adversario te pintase como un Karla moderno, un dechado de astucia y competencia, siempre un paso por delante de los demás. Se recolocó el cojín para las hemorroides, que desde hacía un tiempo le daban mucha guerra y le hacían olvidar —no para bien— su artritis de rodilla y cadera.

Al ajedrez, en realidad, jugaba más bien poco, y no se podía decir ni mucho menos que hubiera sido un niño prodigio del damero. Lo encontraba aburrido: apuestas bajas, mucho ritualismo pretencioso, piezas que eran como autómatas preprogramados... Él no veía su mundo como un tablero de ajedrez, ni usaba esa analogía para organizar sus movimientos. En esos momentos, a pesar de la complejidad febril de la guerra que estaba librando, sólo pensaba en cómo proteger al Doctor B para seguir recibiendo sus informes y en

cómo eliminar las amenazas que se cernían sobre el doctor. En una situación así, ni el mayor devoto del ajedrez habría logrado establecer comparaciones válidas con un juego basado en que dos contrincantes se sentaran educadamente a ambos lados de una mesa para luchar con piezas de plástico en una guerra ficticia.

Las elocuentes fotos de la desastrosa actuación de Mickey y Minnie ya borraban de un plumazo cualquier idea de un conflicto aburrido en un campo de batalla de madera. Las puso encima de la mesa y miró a Guennadi a los ojos, ahuecando las manos en torno a la nariz.

—¿Una bomba? —preguntó. Guennadi bajó la vista—. ¿Qué les dijo el español?

—Desde luego no les dijo que fabricaran una bomba. Y ellos tampoco le dijeron que estuvieran fabricándola —dijo Guennadi.

—¿Viven en un país con más armas de fuego que personas y se les ocurre fabricar una bomba?

—Y parece que mal hecha, encima.

Rem señaló las fotos con la barbilla. La primera de ellas era un primer plano de una cabeza chamuscada. Era el tipo de imagen que le hacía pensar en Afganistán, cosa que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía sin gustarle nada.

—¿El cadáver es de Mickey?

—Sí.

—¿Y Minnie está pidiendo orientación? —preguntó Rem.

—Exacto. Ha mandado un mensaje por el canal de siempre, solicitando instrucciones.

—Seguro que la arrestan pronto. ¿Usted cómo lo ve?

—Yo supongo que sí. Diría que es lo más probable.

—Pues entonces al congelador. Nada de contactar con ella, y menos después de un fiasco así. Hay que cortar por lo sano. Está bien, que venga Laskin, aunque no me guste. Y que sea ya.

Laskin aún le gustaba menos que Afganistán. De hecho, cuando no tenía más remedio que recurrir a él, Rem solía hacerlo a través de algún intermediario, casi siempre el director, a quien Laskin obedecía sin hacer preguntas. Ah, las preguntas... Laskin siempre hacía demasiadas, y con una brusquedad que derivaba con frecuencia en franca hostilidad.

—¿Y qué está pasando exactamente en esa granja francesa?

Era la cuarta pregunta que hacía, y la más hostil con diferencia. Señaló el mapa de la mesa. La ubicación de la granja estaba marcada con una pegatina azul.

Estaban en el despacho de Rem, sentados a la mesa de la esquina, por cuyas ventanas se veía el bosque. Por la mañana, al salir de su casa, Rem había percibido en el frescor del aire los primeros anuncios de un invierno que por suerte aún no había llegado del todo. El cielo de Moscú era muy azul. Había hecho un par de bromas con su vecino, y luego le había preguntado por los triunfos de su hijo nadador. Después de un plácido y silencioso desayuno con Ninel, ella le había preparado la ropa, y Rem se había vestido sin que en ningún momento se le pasara por la cabeza que al llegar al despacho se encontraría con fotos de una tentativa de asesinato fracasada, o con una señal de emergencia del Doctor B. Qué época tan rara para un funcionario ruso...

—Lo que esté pasando en la casa da igual —gruñó Rem—. Lo único importante es quién está dentro.

Laskin se volvió hacia Guennadi con un gesto de súplica, pero no encontró el apoyo moral que buscaba. Entonces se volvió hacia las ventanas, como si los árboles pudieran respaldarlo.

—¿Y tienes permiso, Rem? ¿Está aprobado?

Cada gesto del índice de Rem parecía exponer un poco más a Laskin a un puñetazo. Llamaron a la puerta. Era un auxiliar, con el té.

—¡Vete! —gritó Rem.

Oyeron sus pasos alejándose.

—Antes de pedir permiso —dijo Rem— necesito saber qué recursos harán falta, coronel Laskin, y ambos sabemos lo dubitativas que pueden llegar a ser las autorizaciones. Tenemos que presentar el paquete completo. El plazo es de horas, no de días. Es como una repetición de lo de Singapur.

La referencia a Singapur fue acogida por Laskin con un suave gruñido, seguido por un brillo en los ojos que hizo que a Rem le dieran ganas de tirarlo a la calle para que lo atropellaran.

—Así que me has llamado para recoger vuestra mierda... —dijo Laskin—. No sé a quién proteges, Rem, pero todo esto me pone nervioso. ¿No decían por ahí que ese chiringuito que tenéis montado es de lo más aburrido? Yo creía que todo eran recepciones, y cubertería de plata, y dar conversación a estadounidenses en las fiestas. Últimamente se ha vertido sangre a litros. No es una buena tarjeta de presentación para un veterano del Primer Alto Directorio que se mueve por la jet set. Nunca es buena señal que hagas subir

al viejo Laskin del sótano para hablar de protección de fuentes. Si intervengo yo, es que la fuente no está protegida. Por definición.

—Coronel —dijo secamente Rem—, a veces es mejor no abrir la boca.

Guennadi empezó a desplegar los mapas en la mesa.

Tras haber soltado el discursito de rigor, Laskin hizo su típico gesto de poner las manos en alto murmurando «bueno, bueno», mientras se levantaba para tener una visión más amplia de los detallados mapas del pueblo provenzal de Lacoste y sus alrededores. Después de la captación del Doctor B, el SVR había cartografiado la zona con la máxima precisión.

Rem dio unos golpecitos con el dedo en la pegatina de la granja. Guennadi deslizó una carpeta de fotos hacia Laskin.

—Paisajes y terreno. Aquí dentro hay un lápiz de memoria con algunos vídeos.

—Dos horas, Laskin —dijo Rem—. Dispone de dos horas para decirme a cuánta gente necesita para tener controlada la finca y, en caso de necesidad, intervenir. Y a cuántos puede introducir en Francia desde el minuto cero.

—Necesito más tiempo, dos horas es muy poco —respondió Laskin con tono de abogado, todavía inclinado sobre el mapa.

—Pues es lo que tiene, coronel —le espetó Rem—: dos putas horas.

Esta vez, el director del SVR le pidió a Rem que lo acompañase a ver al presidente. Rem se incorporó a un convoy de cuatro Land Cruiser blindados que circulaban a toda pastilla y con las sirenas a tope por

el carril central reservado, siempre que la carretera dispusiera de él. Su dolor de rodilla se había ido agravando a lo largo del día. Estaba hambriento por el trajín, y exhausto por el goteo de polémicas con Laskin, que había seguido soltándole pullitas hasta bien entrada la tarde, el muy cabrón. Era el tipo de subordinado insoportable que te hacía fantasear con un regreso del estalinismo, aunque sólo fuese para cortar la discusión con un tiro en la nuca.

Con su luz tenue, su tapicería acolchada y su calefacción, el coche lo envolvía como un útero. El olor a humo, que se sobreponía a un leve aroma a cítricos, le traía recuerdos de Roma. Rodaban sin el menor sobresalto. Mecido por la suave vibración del motor, notó que se le cerraban los párpados. El director leía informes en silencio, aunque de vez en cuando también daba una cabezada. Entonces se erguía de golpe, se apretaba las sienes y parpadeaba febrilmente, como si quisiera reiniciarse. Rem se rindió al sueño, sujetando bien sus documentos.

Lo despertó la voz del chófer.

—¿Director? ¿Camarada director?

Su tono, lleno de insistencia, traslucía el claro temor de que ambos estuvieran muertos. Se notaba que no había sido su primer intento de despertarlos.

El director se quitó saliva de la comisura de los labios y bajó del coche con dificultad.

—Ojalá sea rápido —dijo—. Necesito comer algo para poder tomarme las pastillas de la espalda.

La antesala del despacho era marrón: caoba oscura en las paredes, madera tallada en el techo, un reloj con la doble águila imperial en relieve, un sofá y varios sillones de piel marrón, y una estantería repleta de libros, todos con sobrecubierta marrón: enciclopedias, a juzgar por su aspecto. Tanto al director como a Rem les habían hecho una PCR, por el COVID, y un cuestionario médico. Hacía una hora que tenían luz verde para su reunión presencial con el presidente.

Ni comida ni té con los que entretener la espera. A solas en un mar marrón, Rem tenía hambre. Los sillones, muy poco mullidos, eran como cuchillas para su culo. Ante la preocupante ausencia del destacamento de seguridad del presidente, se preguntó si acabarían cancelando el encuentro. Para evitar filtraciones en el equipo presidencial, el título que habían puesto en la solicitud, como motivo de la reunión, era «Informe del director», sin ninguna mención al Doctor B, evidentemente. Rem se preguntó si había sido un error, una señal de que el encuentro podía ser prescindible, o de que podía ocuparse de él algún ayudante sin los permisos necesarios. Se le estaban durmiendo los brazos y las piernas por la luz que cruzaba oblicuamente la ventana; una luz ámbar de una tarde de noviembre. Contrarrestó el sopor ensayando sus respuestas a todo tipo de preguntas concretas sobre la operación en Francia, sobre Mickey y Minnie o sobre el Doctor B.

Dos horas más tarde, un asistente les indicó por señas que entraran en el despacho del presidente. Putin estaba sentado detrás de una mesa que, por su tamaño y por lo vacía que estaba, parecía la plataforma de un camión recién descargado. Rem estaba seguro de que el fino fajo de papeles que leía el presidente no tenía nada

que ver con la reunión. No sólo no los saludó, sino que no dio muestras de haber reparado en su presencia. Rem y el director se sentaron junto a una mesa de madera de pino de al menos cinco metros de largo y esperaron a ser interpelados.

—Qué poca gente para una reunión de presupuestos... —dijo el presidente.

—¿Cómo? —respondió el director—. Ah, no, eso es la semana que viene... La de hoy es para hablar del bueno del doctor, nuestra fuente en Estados Unidos.

—Ah, ya... Díganme.

—El Doctor B está en apuros —dijo el director deslizando la palma de la mano por la mesa—, y hemos pensado...

De repente se abrió la puerta. Era un asistente, que se acercó a Putin para decirle algo en voz baja. La reacción del presidente fue poner los ojos en blanco.

—Diles que hablaré primero con él —murmuró, quizá alzando la voz más de lo previsto.

El asistente se marchó a toda prisa. La puerta —de no menos de seis metros de altura, calculó Rem— se cerró con un suspiro, y los tres se quedaron a solas, mirándose en silencio.

—Pero ¿la de presupuestos cuándo es? —preguntó el presidente.

El director se quedó callado un instante. Más tiempo de la cuenta, pensó Rem.

—Creo que el martes que viene.

Putin aspiró ruidosamente por la nariz. Luego asintió y lo invitó a seguir con un gruñido.

—El Doctor B tiene algunos problemas —continuó el director—. Debemos ir a Francia para hablar con él. Esto no tendría nada de

raro, pero últimamente hemos tenido algunos rifirrafes, y existen razones para temer que el doctor esté bajo vigilancia cuando llegue a la reunión. Necesitamos más ojos y oídos sobre el terreno, por si se diera el caso. Hemos de cerciorarnos de que jugamos en campo propio. Si se lo estamos explicando, señor presidente, es porque a mi entender podría ser necesario eliminar los problemas a medida que surjan.

El director subrayó su sutil petición con un carraspeo, y el presidente se mostró más interesado.

—¿No pasó lo mismo hace poco?

—Sí, en Singapur. Hubo una filtración. La tapamos a tiempo, sin que los estadounidenses llegaran a enterarse de nada valioso, pero la cosa se ensució un poco, como recordará.

—Sí, fue una chapuza.

—Esta vez no lo será.

Putin se volvió hacia Rem.

—Recuerdo que la otra vez oí la misma promesa. Lo dijo alguien. Puede que hasta fuera usted, Rem Mijáilovich.

Volvió a aparecer el asistente, pisando aún más fuerte que antes y hablando aún más bajo al llegar a la mesa. Cuando acabó de escucharle, el presidente movió la cabeza con la expresión universal de «¿me estás tomando el pelo?», y lo despachó con un gesto seco de la mano. Se inclinó —de tal manera que, aun no siendo visible, Rem tuvo la impresión de que su mano descansaba en la entrepierna— y cogió uno de los teléfonos para hacer una llamada, mientras Rem y el director esperaban cruzados de brazos. Después de colgar, el presidente se levantó, se puso la chaqueta del traje y miró al director.

—La información de inteligencia del Doctor B no tiene precio. Hay que asegurarse de que no se pierda.

Durante el viaje de regreso al Bosque, lejos de echar otra cabezadita, Rem y el director estuvieron reconstruyendo la conversación palabra por palabra y momento por momento, adivinando los ambiguos deseos del presidente a partir de sus palabras, sus miradas, su lenguaje corporal y sus silencios. Rem no era tonto. En vez de dar su opinión esperó a que lo hiciera el director. Al bajar del coche para entrar caminando en el Cuartel General, tenía claras dos cosas: que ni el director ni él tenían la menor idea de lo que quería el presidente, y que le tocaría a él hacer la llamada. El SVR era un sistema jerárquico, lo cual significaba que la mierda se deslizaba cuesta abajo. Esforzarse, dar el callo —trabajar —, recaía en gente como Rem, que se aferraba a su oficio como lo que era, un cónyuge maltratador. Ninel le recordaría que le faltaba poco para la jubilación y le aconsejaría que se hiciese a un lado, dejándolo en manos de otro, pero ¿cómo iba a dejarlo en manos de otro? Sabía perfectamente lo que había que hacer. Lo sabía desde esa mañana, cuando había llegado la información, pero no había tenido más remedio que sobrellevar todo ese circo para cubrirse las espaldas, y también, a qué mentir, por la pompa. Porque ¿de qué sirve una burocracia grande, y un alto cargo ruso, si no se usa la maquinaria? De alguna manera había que justificar las facturas.

Ya habían llegado al edificio.

—Confío en ti, Rem —dijo el director, apretándole el hombro en plan colegas—. Lo conseguirás. Siempre lo consigues.

44

París

Viajaron por separado, siguiendo itinerarios distintos. Procter tomó un vuelo a Bruselas y continuó en coche hasta París. Sam voló a Londres, desde donde cruzó el canal de la Mancha con el Eurostar. Cuando se reunieron frente a la Gare du Nord, Procter ya se había resignado a contribuir al fondo común. Luego, en el taxi, mientras cruzaban los suburbios para ir a un café del tercer *arrondissement*, quedaron en que si salía el tema del dinero correrían a medias con los honorarios de los Kassab, aunque Procter tenía la esperanza de que, cuando se enterasen de lo que había en juego, y de que esa factura no corría a cargo del gobierno de Estados Unidos, no les cobrarían nada. Confiaba en que les hicieran un descuento de amigos, de familia, contentándose con la emoción de volver a la partida. Llegaron temprano y con *jet lag*, y después de pedir unos cafés de máquina aguados en una *boulangerie*, exploraron los alrededores de la zona. De la estación de metro de Saint-Paul salían efluvios que, según Procter, eran una mezcla de papel quemado, alcantarillas atascadas y orina: el olor de París. Al final de la escalera de salida vieron a un viejo con un perro defecando.

El café tenía un toldo rojo, enredaderas sobre la piedra gris y una ventana abierta por la que servían bocadillos. Un camarero se había puesto a sacar al exterior mesas, sillas y estufas. Como todos los camareros parisinos, era un maestro en esquivar miradas, y más si procedían de dos extranjeros con maletas.

—Voy a dar un paseo —dijo Procter.

—Te acompaño —le propuso Sam.

—No, prefiero ir sola.

En su primera misión, un año después de la Granja y con un Tom recalcitrante a cuestas, aquél había sido su barrio. Deambuló por las estrechas calles adoquinadas, bajo buhardillas negras y farolas que se iban apagando en la mañana gris. Pasó por delante del escaparate azul aciano de un bar, recordando que servían un pato de primera. En pocas manzanas, llegó a la pequeña panadería cuyos dueños siempre estaban enfadados. Al asomarse reconoció a la mujer, que hablaba en un francés atropellado con su marido. Él estaba de espaldas. La panadera, por su parte, había envejecido, aunque seguía casada, no como Procter.

Pese al sol que empezaba a filtrarse entre las nubes, todavía hacía un frío que pelaba. Procter se arrebujó en su chaqueta de tweed y continuó caminando. La de más abrigo la tenía en la maleta, que había dejado al cuidado de Jaggers, en el café.

Poco después llegó a su antiguo apartamento. La puerta conservaba su pintura verde, desconchada, como en los viejos tiempos, pero con alguna que otra burbuja que antes no tenía. Levantó la vista. Primer piso, una ventana que compartía muro con una sucursal bancaria. Macetas vacías en el alféizar. Cortinas rojas. No había cambiado casi nada.

Como en el *tabac* no había Slims, tuvo que conformarse con un Gauloise que se fumó delante de su antiguo edificio, donde había amado, cocinado, follado, llorado, discutido, hecho las paces, discutido otra vez y, finalmente, cambiado de piel, convirtiéndose en quien había sido siempre. Al cabo de seis meses atroces, Tom volvió a su país, y desde entonces su único encuentro había sido en el piso conyugal de Washington, de donde Procter se había llevado su ropa en una bolsa de lona. Volviendo al café tropezó con un adoquín levantado, y si evitó la caída fue gracias a que pudo apoyarse en una moto estacionada. Se quitó el polvo, puso recto el manillar y escupió en la calle.

—Qué Ciudad de la Luz ni qué pollas —dijo.

Bandito era el apodo acuñado por la CIA para los trillizos Kassab: Elias, Yusuf y Rami, antiguos activos de apoyo de esos que se ocupan de comprar coches, pisos e instrumental, y se encargan de tareas de vigilancia. Los Kassab tenían doble nacionalidad estadounidense y siria, y pertenecían a una rica familia cristiana que había sido propietaria de concesionarios de coches a lo largo y ancho de Siria y Líbano. El derrumbe de ambos países había hecho que gran parte de las clases más acomodadas de Oriente Medio se refugiasen en Londres, Dubái o París. A los hermanos los había reclutado Sam en Estambul, años atrás, y habían colaborado en algunas de las operaciones más espinosas del paso de Procter por Damasco, pero entre el cierre de la empresa familiar y el traslado permanente a París se habían desvinculado de la CIA. Sin rencores de ningún tipo, según recordaba Procter. Había muchos agentes que se

daban de baja, y de poco servía tratar de disuadirlos. De entrada, ya era una locura trabajar para la CIA. Tenía que faltarte algún tornillo, o al menos eso pensaba Procter. Y con más razón que casi nadie, porque ella misma tenía muchas tuercas flojas que apretar.

Al volver al café, se encontró a los hermanos riéndose con Jaggers en una mesa tranquila del fondo. La sonrisa de Yusuf se diluyó al reconocerla.

—Relájate, Yusuf —dijo ella.

Rami y Elias se volvieron hacia ella, y luego miraron a Sam como diciendo: «Esta señora no.»

Procter se sentó en el banco al lado de Yusuf y le dio un beso en cada mejilla. Luego se inclinó hacia sus hermanos para hacer lo propio, antes de llamar a un camarero y, en un francés macarrónico, pedir un café solo, una tortilla y una botella de champán. El camarero le preguntó de qué marca.

—El más barato —contestó ella, imitando tal vez a Gus.

Como no había pan, también pidió que les trajeran un poco, y tuvo un breve rifirrafe con el camarero sobre las cestas de pan que tradicionalmente salían hacia la hora de comer, hasta que, como de costumbre, tras mirarse a los ojos durante unos pocos segundos, el camarero comprendió que Procter no transigiría y se escabulló en busca de unas cuantas rebanadas de pan de masa madre y un tarrito de mantequilla con sal. Procter se moría de hambre. Untó una rebanada con abundante mantequilla y, al morderla, se dio cuenta de que nadie decía nada.

Elias miraba la puerta, como si se planteara largarse de allí, supuso Procter, lo cual, dadas las circunstancias, quizá no fuera la peor opción para los tres hermanos.

—Me alegro de volver a veros, chicos —dijo ella—. ¿Qué tal la familia? ¿Y la vida en esta mierda de ciudad?

Estuvieron comiendo durante una hora. Como ya no quedaba champán, Rami pidió otra botella, pero cara de narices, y tampoco dejaron ni gota. Hablaron del tiempo y de las flores, pero de Siria ni palabra. De la CIA tampoco. En esa fase incipiente del baile habría sido una ordinariez. Mientras a los Bandito se les iba pasando el susto y la incredulidad, dentro de la cabeza de Procter se puso en marcha la destartalada rueda de hámster que evaluaba seres humanos antes de trabajárselos y reclutarlos. Había llegado la hora de dar un paso más. Tal como habían acordado con Jaggers, puso el tenedor hacia arriba y golpeó las puntitas con el dedo.

Cuando Yusuf acabó de explicar que su novia quería trabajar en un estudio de arte, Sam se volvió suavemente hacia Rami.

—Como os he dicho por teléfono, esto es una reunión de amigos, pero también de trabajo. Hay una misión, y a Artemis y a mí no nos iría mal una ayudita.

—¿Una misión? —dijo Rami, animándose.

«Pinta bien», pensó Procter. En el caso de Elias, otro tanto. Yusuf, en cambio, no parecía tan emocionado.

—En el sur, en las afueras de Lacoste, hay una granja donde los rusos van a reunirse con alguien —dijo Sam—. Queremos saber con quién.

Bajo el intercambio de miradas de los tres hermanos circulaba una energía tácita. Tenían los mismos tics, aunque físicamente no parecían hermanos. Rami era más bien rechoncho, y su corpulencia

se había acentuado con la edad. Yusuf era alto y flaco. Elias siempre había sido un punto medio, y seguía igual.

—A los rusos —dijo Elias— no les gustan las misiones que involucran a otros rusos.

—¡Anda, no me digas! —contestó Procter—. Bueno, es lo que hay. Vivimos en un mundo con rusos. Puede que en nuestra próxima vida no tengamos que aguantarlos, pero de momento la cosa está jodida. A ver, chicos... necesitamos que nos ayudéis. Tenemos que inspeccionar la casa, poner micros y cámaras y enterarnos de qué pasa. Y tiene que ser ya.

—¿«Ya» en el sentido de hoy? —preguntó Rami, mirando con perplejidad a Yusuf.

—No podemos daros mucho tiempo —señaló Sam.

—Ni mucho ni poco —replicó Elias con mala cara—. ¿Disponéis de instrumental?

—Algo tenemos —contestó Sam—, aunque puede que necesitemos vuestra ayuda con un par de cosas.

—¿Cuánto se cobra? —preguntó Yusuf.

—Pagamos con honor y gratitud —dijo Procter de todo corazón.

Elias se los quedó mirando.

—Vaya, ¿así que ahora la CIA paga con honor y gratitud?

—Se podría decir que no es una misión del todo oficial —explicó Sam.

Las miradas de los tres hermanos volvieron a encontrarse. Rami carraspeó.

Procter soltó un suspiro.

—Me cago en la leche...

45

Lacoste, Francia

En las pelis de espías que tanto le gustaban a Procter en su adolescencia, las operaciones de allanamiento solían correr a cargo de agentes con buenas tetas y/o músculos, artilugios sofisticados y una actitud firme. Solían ser equipos reducidos que apenas se esforzaban por no dejar huellas, que prescindían de las múltiples capas de contravigilancia y que escondían cámaras y micrófonos en sitios que un profesional no tardaría mucho en descubrir. Por otra parte, nunca sufrían percances imprevistos, como cuando a Procter y a sus hombres, durante un allanamiento en Amán, se les había caído el enorme terrario del investigado, con la mala suerte de que dentro había un escorpión. Uno de los hombres de Procter, que recibió un picotazo en el brazo, había estado a punto de perder la vida en un hospital cutre de Jordania.

Luego, en las películas, los vigilantes se sentaban a mirar por las cámaras y, como todos y todas eran tan sexis, a veces la cosa se ponía tórrida, nalga contra nalga, en una pequeña furgoneta.

Lo único realista eran las furgonetas. Era imprescindible disponer de una en condiciones, y los Bandito la habían encontrado: una Mercedes Sprinter hecha polvo de un proveedor de los alrededores

de París. Por lo demás, todo eran interrogantes: Procter se encontraba al frente de un equipo de allanamiento corto de dinero, efectivos y preparación —igual que en las películas—, pero en vez de maniobras silenciosas y de compañeros atractivos, lo que había era un trayecto lleno de baches por una carretera sin asfaltar con tres sirios desentrenados y un colega de la CIA caído en desgracia, todos en una furgoneta que olía mal y a duras penas podía con el peso de tanta cinta, cables y escaleras, equipo con el que esperaban pillar a un traidor de la CIA con las manos en la masa.

Era lunes por la mañana, y a Procter la tenían medio noqueada de cansancio los tres puñetazos sucesivos de pasarse las noches sin dormir, trabajar a un ritmo frenético y sufrir ataques casi constantes de ansiedad. La última noche, mientras se esforzaba por conciliar el sueño, había podido percibir los acelerados latidos de su corazón y había notado sus palpitaciones en la sábana. Habían pasado tres días desde la conversación de Sam con Portnoy. Si estaban en lo cierto, el psicólogo ya habría enviado el cable que provocaría otro encuentro con Rémora. El sábado, después de camelarse a los Bandito, se habían dedicado a comprar todo el material que les faltaba. El domingo los trillizos habían conseguido la furgoneta, y por la tarde habían vuelto a separarse. Los Bandito habían llevado la furgoneta hasta la Provenza, turnándose al volante durante la noche. Sam y Procter habían alquilado un coche cada uno, evitando los trenes y el riesgo de encontrarse con algún amigo que estuviera de camino para reunirse con Rémora. Se habían reencontrado con los Bandito en una casa cochambrosa alquilada por los tres hermanos en las afueras del pueblo de Lumières, desde donde habían puesto rumbo a la granja, tras ultimar esa misma mañana los preparativos.

No había tiempo que perder. El plan de comunicaciones de Rémora estipulaba que, una vez activada la señal de emergencia, no podían pasar más de tres días antes del encuentro en la granja, y no se podía descartar que éste se produjera esa misma noche. Teniendo en cuenta el mensaje que Sam había transmitido a la CIA a través de Portnoy, el topo tendría que haberse despistado mucho para no pedir una reunión urgente.

Cuando ya se acercaban a la granja, Sam y Procter volvieron a discutir sobre la conveniencia de montar una operación de contravigilancia, por precaria que fuese. La ganadora, por agotamiento, fue Procter, que insistía en que era preferible no hacerlo.

—Si ellos llegan antes ya nos habrán ganado. Ni nos enteraremos. Con el tiempo y la gente que tenemos, imposible. No te ofendas, ¿eh? Lo digo por la cantidad, no por la calidad.

Lo que sí hicieron fue dar un largo y sinuoso rodeo por las colinas de alrededor de la granja para controlar los puntos de visibilidad y valorar el riesgo de intromisiones por parte del vecindario. La conclusión fue que era bajo; no nulo, pero sí bajo. Seguramente era uno de los factores por los que la CIA había elegido esa finca. Gran parte de la casa, y del camino de acceso, estaba tapada por una hilera de altos cipreses. Para ver bien la vivienda había que salirse de la carretera, bajar de la colina a pie y subir por otra hasta llegar a un bosque desde donde se dominaba una loma con viñedos.

Abrieron la verja de hierro, que no estaba cerrada con llave, e hicieron crujir la grava del camino de acceso hasta llegar a la granja, un edificio de piedra y una sola planta, con una puerta antigua de madera de roble y una fuente seca y desconchada, adornada con

querubines. Su Mercedes, blanca y abollada, podía pasar por una simple furgoneta de reparto o de fontanería. Lo único llamativo era la ropa de quienes se apearon de ella, más propia de la policía científica que de un transportista o un fontanero. Todos llevaban mascarillas N95, guantes de nitrilo, fundas protectoras en los zapatos y redes para el pelo. Procter, por su frondosa y rizada cabellera, había necesitado dos, que llevaba remetidas bajo una gorra de béisbol.

La cerradura de la puerta principal se resistió muy poco a los hábiles manejos de Procter. Ya estaban dentro. Sam y Yusuf se pusieron a hacer fotos y vídeos para asegurarse de que dejarían la casa en su estado original. Por suerte había pocos muebles, y las habitaciones eran espartanas y estaban despejadas. Habría poco que mover.

Normalmente habrían hecho pruebas de contravigilancia y un barrido de radiofrecuencias para detectar posibles excesos de energía que hicieran zumbar la tele, por ejemplo, o bien el microondas, pero no disponían del instrumental necesario y tampoco les sobraba tiempo. No vieron cables de más colgando de los electrodomésticos o trepando por los muros exteriores. En la puerta no había nada pegajoso, como cinta adhesiva de doble cara con pelos enganchados. Sólo debían tocar madera y continuar.

A pesar de todo, tenían dos ventajas sobre una operación tradicional de allanamiento. La primera era que su equipo sólo tendría que estar unas pocas horas en funcionamiento, en vez de días, semanas o meses, así que no se verían obligados a levantar zócalos y molduras ni tender cables desde una fuente de alimentación para hacerlos pasar por los suelos y las paredes hasta,

por ejemplo, la parte trasera de un equipo de música, con diminutas cámaras ocultas en su interior. Las que sacó Sam de su maletín, pese a ser mayores y más caras de lo que a Procter le habría gustado, funcionaban con pilas que duraban varios días. Tiempo de sobra.

La segunda ventaja era que los objetivos no habían visitado la casa en varios meses ni vivían en ella. Normalmente, los equipos de allanamiento tienen que manipular la vivienda o el despacho del objetivo. En este caso, sin embargo, era poco probable que los visitantes se fijasen en un marco torcido o en una estatuilla fuera de su sitio.

Procter iba controlando las dieciséis señales de transmisión desde un ordenador portátil, mientras Sam y los Bandito repartían las cámaras y los micrófonos por lámparas, apliques, armarios, techos y enchufes. De pronto, la asaltó una inquietud que le corroía las entrañas. Una vocecita le decía que era una pérdida de tiempo, que el mero hecho de intentarlo era una locura. La pálida luz del sol fue perdiendo intensidad mientras trabajaban. A pesar de las contraventanas, la brisa consiguió entrar en la casa, dejando consigo un aroma terroso que a Procter le crispó todavía más los nervios.

46

Lourmarin, Francia / Lacoste

A veinte kilómetros al sur, cerca de Lourmarin, dentro de un edificio de bloques de hormigón a la sombra de una bodega medio en ruinas, una horda de rusos desempaquetaba instrumental de vigilancia y una colección de armas de contrabando cuyo origen más remoto se encontraba en el este de Libia, aunque su procedencia inmediata fuera un escondite de las afueras de Aviñón usado por el SVR. Los integrantes del equipo ruso habían entrado en Francia con nombres falsos y pasaportes de turistas —muchos de ellos alemanes —, siguiendo complicados itinerarios que, en los casos más extremos, habían consistido en más de un día de viaje sin pausas por dos o más países y en tres o más medios de transporte. Todos habían cruzado la frontera francesa en coche o en tren, pagando siempre en efectivo. A los servicios de seguridad franceses les habría interesado bastante hacer preguntas a unos cuantos de ellos —empezando por Laskin—, de haber sabido, claro está, que se encontraban en el país.

Si el grupo, por sus dimensiones, hubiera sido más fácil de movilizar —compuesto como estaba por los matones de Laskin y también por las patas de la operación, los contravigilantes, que

habían llegado primero—, o si los engranajes de la burocracia moscovita hubieran girado a la misma velocidad que la precaria operación de Artemis Procter, podrían haber llegado a tiempo para desbaratar la labor de allanamiento llevada a cabo durante esa tarde por el grupo de esta última, pero Laskin y sus hombres, rodeados de mapas, se dedicaron a preparar la vigilancia sin ser conscientes del grave peligro que entrañaba para ellos la destartalada furgoneta estacionada junto a la carretera, en un oscuro aparcamiento, a varios centenares de metros de la granja.

Durante las siguientes seis horas, los equipos de vigilancia rusos se distribuyeron por la región, apostándose en las principales arterias que llevaban a la granja. Uno de ellos fue hacia el sur, hacia Aix-en-Provence, donde se encontrarían con el Doctor B y seguirían al agente hasta la granja para controlar que no estuviera vigilada.

Laskin usó dos turismos Renault de alquiler para llevarse a cuatro de sus hombres más al norte, a Bonnieux, y luego torcer hacia el oeste, hacia Lacoste, observados por cipreses imperiales, viñedos ya sin uvas ni follaje y muretes de piedra salpicados de musgo. Los coches subieron por la cuesta en zigzag y se detuvieron en un mirador. Con sus mochilas a la espalda, los hombres salvaron un muro de piedra e hicieron crujir una alfombra de hojas secas hasta que las viñas dejaron paso a grupos de olivos retorcidos y Laskin pudo ver la casa al fondo del valle.

Estuvo un buen rato estudiando la zona con prismáticos. Hacía una tarde gris y fría, y los caminos y los jardines estaban desiertos. No vio luz ni movimiento en ninguna de las dos casas adyacentes. Se fijó en todos los vehículos a los que se podía llegar a pie desde la casa: un coche aparcado en cada una de las viviendas vecinas, tres

en el recinto de una bodega y una furgoneta al lado de la carretera, a la altura de un bar, entre unos árboles.

Sentados en el suelo de la furgoneta Sprinter, Procter y Sam miraban las imágenes de la casa en cuatro monitores. Detrás de ellos se apiñaban los Bandito. Sam mascaba chicle. Procter le dio un trozo de papel para que lo envolviera.

—Anda, para ya.

Los números verdes del reloj de Sam iluminaban su cara en la oscuridad de la camioneta. Se sacó el chicle de la boca y lo envolvió.

—Todos llegan tarde —dijo.

Laskin se reunió con el coronel Pletkov en el centro de mando improvisado de las afueras de Lourmarin. Le constaba por Zhomov que la CIA conocía a Pletkov como Rémora, nombre que, inevitablemente, le hacía gracia, en gran parte porque el coronel siempre le había parecido un parásito, desde mucho antes de que la CIA le adjudicara el apodo. Pletkov estaba sentado en una silla de madera descascarillada, repiqueteando el suelo con los pies y revisando sus notas. Algunos de los vigilantes estaban enfrascados en sus ordenadores portátiles. Había uno murmurando por su radio encriptada. Pletkov no levantó la vista cuando Laskin se acercó a él.

—¿Estamos limpios? —preguntó—. Tendría que ir saliendo, la verdad. Esta noche dispondremos de poco tiempo.

—No hemos visto nada —contestó Laskin.

—Eso no significa que estemos limpios.

Pletkov giró la página con languidez, y Laskin percibió un amago de bostezo en su cara. Si Laskin tuviera que matar o mutilar a alguien esa noche, más allá de a cualquier persona enviada por los estadounidenses, sin duda elegiría a Pletkov.

—No hemos visto nada —repitió.

Poco después, junto a los matorrales que ocultaban la furgoneta de vigilancia, pasó un Renault azul que se metió por el camino de la granja. Procter se volvió hacia las pantallas y por la cámara del vestíbulo vio que se abría la puerta. Entró un hombre. Era Rémora, en carne y hueso. Encendió varias luces, dejó su bolsa de lona en un sofá y se asomó a todas las habitaciones, haciendo un inventario mental de la vivienda. Se movía por la casa con el aplomo de quien sabe lo que hace, inspeccionando espacios conocidos para comprobar si habían cambiado en los últimos meses. Procter pudo ver cómo se movían sus ojos y su cuello, cómo se dilataban sus fosas nasales, como si fuera un conejo sensible a las profundas e invisibles señales que anuncian el peligro. Se le veía cauto, pero no nervioso; alerta, pero despreocupado. Terminada su ronda de inspección, Rémora sacó del mueble bar una botella de whisky escocés, dos vasos y un paquete de cigarrillos, que distribuyó por la mesa de centro de la sala de estar.

Encendió un cigarrillo y empezó a fumar tranquilamente, dando largas caladas y envolviéndose en el humo que ascendía hacia el techo tras salir de su boca. No parecía inquieto por la espera.

Procter supuso que Zhomov lo había elegido precisamente por su aplomo.

Si un espía se pasa la mayor parte del tiempo escribiendo, el resto de su trabajo consiste básicamente en esperar. Sam volvía a mascar chicle, pero Procter ya no tenía fuerzas para discutir. Elias se había puesto a comer restos de pan, y el resplandor de las pantallas bañaba a Rami y a Yusuf, aletargados. «¿Y si nos hemos equivocado?», pensó Procter, viendo que el ruso apagaba su tercer cigarrillo y abría la botella de whisky. Rezó para que así fuera, y para que en pocas horas pudieran recoger sus bártulos diciendo «menos mal que no hemos acertado; nos habíamos equivocado de medio a medio; al final ha resultado que lo habíamos entendido al revés».

En el crepúsculo violeta del mirador, el comandante —uno de los hombres de Laskin— temió que se le hubiera ahogado el motor de la Vespa. Giró la llave: un petardeo sordo. En el siguiente intento, brotaron resuellos aún más tristes, acompañados por un carraspeo mecánico. Esperó un momento. Oyó el encendido de un motor a sus espaldas y, poco después, las luces de unos faros se extendieron por la carretera. Un Peugeot plateado pasó de largo y se alejó rápidamente por las curvas del valle. El comandante reconoció el modelo y la matrícula por los informes de vigilancia que había leído ese mismo día. Lo único que sabía sobre el coche era que dentro iba un activo del SVR. Y debía de ser muy valioso; de otro modo no habrían movilizado a tantos hombres para un simple encuentro en el sur de Francia.

Volvió a probar, y esta vez la Vespa arrancó. Bajó en zigzag hasta llegar al tramo recto de carretera que partía el valle en dos. A toda

velocidad, pasó junto a una casa a oscuras, y luego dejó atrás la granja.

Poco antes de llegar al bar, ya cerrado, giró ligeramente el faro de la moto, pasando un momento al carril de la izquierda. Entonces distinguió en la grava unos surcos de neumáticos que llevaban directamente a donde estaba aparcada la furgoneta, entre los árboles. Antes, durante la primera inspección de la zona por su equipo, no se había fijado en ella. Se lo explicó a Laskin por la radio.

—Vale, pues echaremos un vistazo —dijo Laskin—, aunque sea por encima. Vuelva y saldremos con un grupo.

La radio se apagó con un chisporroteo.

Pese a no haber participado en la operación de Singapur, el comandante había oído rumores sobre las medidas que se habían tomado para proteger a la preciada fuente de Zhomov. A Laskin le daba igual que los ocupantes de la furgoneta fueran simples gitanos con ganas de descansar o unos pobres trabajadores agrícolas necesitados de intimidad y una superficie plana. No les esperaba nada bueno.

47

Lacoste

En el asiento del copiloto de uno de los dos turismos Renault, Laskin comprobó varias veces su Beretta M12. Habían limpiado y puesto a punto todas las armas en Lourmarin, pero la Beretta llevaba varios años en un almacén de las afueras de Aviñón, y antes de eso la habían usado en la guerra civil libanesa. A saber qué le habrían hecho los malditos libaneses... Una vez satisfecho, la dejó en el suelo. Los cuatro rusos bajaban por el valle, viendo pasar al otro lado de la ventanilla un panorama nocturno de viñedos.

—Vamos a practicar otra vez tu francés —le dijo al comandante—. Dime cómo te presentarás a los de la furgoneta.

48

Lacoste

El coche venía por la carretera de Bonnieux: un Peugeot plateado que circulaba a una velocidad muy respetable. Al ver que se metía por el camino de acceso, Procter notó la presión de una costilla en sus pulmones. De nada le sirvió intentar serenarse atando y desatando la cinta que sujetaba su rizada melena. ¿Había dado algún paso en falso? ¿Estaba tan perdida como al principio o más? Lo siguiente que experimentó fueron unas ganas casi irrefrenables de dormir, beber de todas las botellas hasta perder la conciencia o destrozar todos los aparatos de la furgoneta en un ataque de rabia. Contempló, aunque fuera de pasada, todas las posibilidades, y al final sucumbió a una parálisis total. Anonadada en el asiento, rezó para que pasara algo, cualquier cosa que la convenciese por completo —esperanza a la que aún no renunciaba— de que lo había entendido todo mal.

49

Lacoste

Procter vio en la pantalla del portátil que Rémora se levantaba del sofá al ver unos faros en el camino de entrada. La resolución era tan buena que pudo percibir el movimiento del whisky en el vaso cuando él se incorporó. Rémora ni se había inmutado, como si fuese el cartero quien llamaba suavemente a la puerta.

El amigo de Procter entró, cerró la puerta y saludó a Rémora con un abrazo.

Aun así, Procter seguía aferrándose a la ilusión de haberse equivocado.

La ceremonia de apertura corrió a cargo de Rémora, como si la reunión la hubiera organizado él.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Una hora, hasta que lleguen los demás.

Nada, ni así. Más tarde, Procter recordaría haber saboreado la idea de que «eso no demuestra nada».

—¿Un whisky? —preguntó Rémora.

—Doble —contestó Mac—. Los vuestros no se la cargaron.

—Qué hijo de puta —susurró Sam antes de proferir unos gruñidos que Procter no supo interpretar.

Procter abrió las puertas correderas de la furgoneta, y el aire frío penetró en el interior. El momento era tan asfixiante que sólo pudo asimilar detalles inservibles: el brillo de la luna en los grafitis del bar, los reflejos de las pantallas parpadeando en las paredes de la furgoneta... Le subió por la garganta el café de la tarde. Tragó saliva, respiró despacio un par de veces y dejó que sus pulmones se llenaran de aire. Luego se metió una de las pistolas en la cintura de los vaqueros. Sam hizo lo mismo. Bajaron de la furgoneta y cruzaron el aparcamiento a toda prisa. Una vez a cubierto entre los árboles y arbustos del borde de la carretera, Procter y Sam siguieron corriendo hacia la casa.

50

Lacoste

La carrera hasta la casa fue un paréntesis borroso, un sueño horrible interrumpido por algún que otro crujido de ramas o de hojas pisadas, y pautado por los jadeos de Sam. Después de un mes tan lleno de imprevistos y cambios de guión, lo que ahora anhelaba Procter no podía ser más simple: su obsesión, mientras corría por el bosque provenzal, era que Mac sintiera dolor, y que fuesen Sam y ella quienes se lo provocaran. Durante unos momentos de gloria, antes de dejar la investigación en manos del FBI, Procter y Sam romperían varias cosas: la nariz de Mac, su mandíbula, sus dedos, sus costillas... Lo importante no era regodearse en la victoria, y mucho menos hacer más preguntas. ¡Qué coño iba a ser eso lo importante! Lo importante era que Mac sufriese. Tarde o temprano los traidores acaban dando pena, y un proceso de blanqueo los convierte en delincuentes de guante blanco, pero Procter disponía ahora de unos momentos para tratar a Mac como lo que acababa de ver que era: un monstruo. Tropezó con una piedra y se cayó entre las hojas. Al ponerse en pie vio manchas de sangre en sus manos. Las ramas le habían hecho varios cortes profundos. Siguió corriendo.

51

Lacoste

El tiroteo empezó con una serie de detonaciones vacilantes, que dejaron paso a un redoble sordo y continuo de tambor. Los disparos se oían detrás, cerca de la furgoneta. Procter se paró y volvió a los arbustos, agachándose. Otra ráfaga hizo temblar el aire límpido que la rodeaba. Al final oyó un solo grito de desesperación, seguido por el eco de un único disparo de pistola que rasgó la noche. Luego oyó dos más, que bien pudieron clavársele en el alma, porque la siguiente ráfaga ni siquiera la oyó. Tampoco oyó el cierre de las puertas de la furgoneta, ni el ruido del motor poniéndose en marcha. Lo único que hacía era correr.

Pero ahora corría en sentido contrario.

Correr entre los árboles, con Sam detrás, hacia la oscura zona donde estaba aparcada la furgoneta; correr apartando ramas y tropezando con piedras y raíces sin verlas, como si se le hubiera subido el estómago hasta la garganta. Se le clavaron algunas ramas más en la piel de las manos y la cara, pero en ese instante sentía demasiadas cosas; cosas que impedían hacerle un hueco al dolor. Una zarza negra se le metía más adentro a cada paso que daba.

Cuando llegó al borde del aparcamiento, esa zarza, retorciéndose sobre sí misma, había cuajado en la horrible certeza de que se había derramado aún más sangre. De que más amigos suyos habían sido asesinados. De que era ella la culpable. Y de que no había sido tan lista como otros. En la grava se veían cicatrices frescas de neumáticos, un frenesí de surcos. La furgoneta ya no estaba.

52

Lacoste / Lumières

Durante los tres cuartos de hora que tardó en llegar corriendo hasta la casa franca, Procter tuvo que detenerse dos veces para vomitar. Llevaba cuatro días sin dormir, y dos sin comer casi nada. Uno de sus mejores amigos había intentado acabar dos veces con su vida, pero los muertos habían sido otras tres personas, también amigas suyas. Sólo sentía la fricción, el dolor de exprimir hasta la última gota de su cuerpo, de su cerebro y de su alma. En un momento dado, tropezó y resbaló por el suelo de tierra, y de no haber sido por Sam quizá se hubiera quedado tirada hasta que alguien la encontrase y se la llevara.

Al entrar en la casa franca donde habían estado con los Bandito, Procter y Sam no descartaban que pudiera haber rusos a punto de hacerlos prisioneros o matarlos a tiros. A Procter la decepcionó un poco que no los hubiera, porque tal como estaban las cosas un disparo en la nuca habría merecido el calificativo de misericordioso en su libro de contabilidad. A Jaggers no le dijo nada. Estaban tan fuera de sí que casi no habían pronunciado palabra desde la desaparición de la furgoneta. Era una retirada en toda regla. Se trataba de huir y reagruparse. Cogieron las bolsas y consultaron los

mapas en busca de una manera de salir del Luberon sin toparse con el equipo que había matado a los Bandito. Miraron horarios de vuelos. Dándose cuenta de que moqueaba, Procter se secó la nariz y se la taponó con papel higiénico, pero no sirvió de nada.

—Yo iré en coche a Marsella —dijo, pasándose la manga por la cara—. De ahí a Londres con el primer avión que salga, y de Londres a Dulles.

—Yo iré hasta Niza y desde allí a París —dijo Sam—. Y luego a Dulles. Los Kassab están muertos, ¿verdad?

Se estaba rascando la nariz como si pretendiera arrancarse a tiras el cartílago.

—Yo he oído tiros —contestó Procter.

—No tenemos nada, jefa —dijo Sam mientras tiraba una bolsa al maletero de su coche de alquiler—. Todo estaba dentro de la furgoneta.

—Tenemos el nombre de Mac, y nuestra palabra —dijo Procter.

—La suya contra la nuestra.

—¿Ves alguna otra opción?

Sam se limitó a rascarse la nariz.

—Quedamos en Dulles, una vez pasado el control de aduanas. —Procter dejó caer su bolsa en el maletero de su coche y lo cerró—. La pesadilla continúa.

QUINTA PARTE

La jefa

53

Langley

Procter y Sam aterrizaron en Dulles a horas distintas de la tarde siguiente y se reunieron en las cintas de equipaje, desde donde fueron directamente a Langley en el coche de Procter. Como ninguno de los dos tenía placa, esperaron una hora en la entrada principal hasta que los SPO, los agentes del cuerpo de seguridad, se pusieron en contacto con la oficina de Debs y les comunicaron que la subdirectora, entre otras fórmulas de cortesía, quería saber qué carajo hacía Procter allí y dónde demonios se había metido tras huir de la Granja. Todo ello, huelga decirlo, lo transmitieron con fría educación y en un lenguaje mucho menos hostil.

—Decidle que es por Rémora —contestó Procter—. Decidle que he estado en Francia, viendo la puta reunión, y que las putas noticias que le traigo son de la máxima importancia. Repetídselo tal cual y, más allá de lo que conteste, y de las chorradas de excusas que dé para no hablar conmigo ahora mismo, decidle... pues que piense por qué coño iba a estar yo aquí si no es porque todo está punto de irse a la mierda. La subdirectora no me puede ni ver. Yo a ella tampoco, y si esto no fuera tan importante no me veríais aquí. La verdad es que es el último sitio donde me apetece estar. Ahora mismo

preferiría someterme a una lobotomía antes que reunirme con Deborah Sweet.

Uno de los SPO se apartó un poco del coche y se agachó para mirar a Sam, que iba de copiloto.

—Lo mismo digo —masculló Sam.

Habían llegado otros dos agentes, y llevaban un perro para que husmeara el RAV4 por debajo. Uno de ellos parecía deseoso de pegarles un tiro.

—¿Ha bebido usted, señora Procter?

—No, por raro que parezca. Cuando hables con la subdirectora también se lo dices. Que no se te olvide comentarlo.

Una hora después, a Sam y a Procter les pusieron tarjetas de visitante en las solapas —de esas en las que consta «sólo acompañado»— y los hicieron sentarse en la bulliciosa antesala del despacho del director. Habían enviado a un agente de apoyo para que les hiciera de canguro, un tal Rudy, un tipo entrado en años, con la cara como un guante de béisbol y la voz en vísperas de una traqueotomía. Tal como había pedido Procter, aparecieron Gus y Theo, que esperaron de pie a su lado porque no había más sillas. Sam, sentado en el sofá, daba golpes tan fuertes con el pie en el suelo que en el vaso de agua de Rudy se formaban remolinos. Tanto Gus como Theo observaban con cara de perplejidad a Sam, que no se había dignado ni a mirarlos. En los ojos de uno y otro pareció brillar una docena de preguntas, como mínimo, que a los pocos segundos desaparecieron como estrellas fugaces, aunque no sin que Theo formulara una de ellas en voz baja.

—¿Qué coño pasa, Artemis?

—Cuando entremos os lo cuento. Es que... oye, Sam, ¿puedes parar? —Le puso una mano en la rodilla—. Sal a caminar por el pasillo, a ver si te desahogas. ¿No podrías llevártelo a dar un paseo, Rudy?

—Que no, que estoy bien —dijo Sam.

—Mac no está —dijo Gus.

—Ya lo sé. Está en Francia —contestó Procter—. Tampoco he pedido que viniera.

Theo y Gus se miraron con la misma perplejidad de antes, pero sin decir nada.

—¿Has estado bebiendo, Artemis? —preguntó Gus.

—No, por raro que parezca —dijo ella—. Ni siquiera en el avión.

—¿Viniendo de...? —preguntó Gus.

—Francia —contestó ella.

—Pero se puede saber qué coño... —masculló Theo, resumiendo perfectamente sus dudas.

—Artemis —susurró Gus—, dime ahora mismo qué está pasando.

—Cuando entremos, Gus. Sólo quiero contarlo una vez.

Finalmente, uno de los asistentes especiales dijo tres veces que sí por teléfono, colgó y les hizo señas.

—Ya pueden pasar.

En su última visita al despacho, Procter había vomitado en el suelo y se había cagado encima. Entonces le había parecido imposible empeorar las cosas si volvía alguna vez por allí, pero estaba claro que esta nueva visita iba a ser peor, y con diferencia. Gosford y Debs ya estaban sentados. Nadie sonreía. Debs llevaba un vestido amarillo canario, con tantos volantes en las mangas que podría usarlo como flotador si la reunión concluía con un amerizaje. El vestido

contrastaba a más no poder con sus ojos, cuya mirada sólo podía ser calificada de asesina. A Procter se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Debs hubiera azuzado contra ella al FBI, pero lo descartó enseguida. Se sentaron todos alrededor de la mesa de Gosford. Esta vez, Procter no sólo no miró la Estrella de Inteligencia de la pared, sino que ni siquiera pensó en ella. Se había diluido, como tantas otras cosas.

—Tienes cinco minutos —dijo Gosford—. Nos hemos prestado a tu extraña petición y hemos hecho venir a Gus y a Theo, como has solicitado. No voy sobrado de paciencia. Venga, empieza.

—Mac trabaja para los rusos —soltó Procter moviendo la cabeza hacia Sam—. Lo hemos oído...

—Y visto —terció Sam.

—Y visto —rectificó ella—. Oímos y vimos que hablaba con Rémora sobre el intento fallido de acabar conmigo cuando pusieron la bomba en mi caravana. Lo que dijo fue: «Los vuestros no se la cargaron.» La reunión la pidió Mac después de que el psicólogo de Sam, Portnoy, enviara el cable. No fue él quien reclutó a Rémora, sino Rémora quien lo reclutó a él. Los rusos lo han estado usando para pasarnos la información que quieren que tengamos, y como tapadera operativa para que Mac se reúna con ellos. Está todo al revés. Mac es un traidor.

Gosford se puso una mano en la boca y empezó a estirarse el labio inferior. Theo emitió un ruido similar al que uno hace cuando trata de desalojar un hueso de su garganta. En cuanto a Gus, lo único que podía hacer era apretarse las sienes con las manos, mirando a Procter en un silencio atónito. A Theo sí le salieron fragmentos de palabras, más bien incomprensibles, pero con cierta

semejanza a un simple «¿por qué?». Debs, que se había puesto tensa, fijaba en Procter una mirada fría, impasible y muda.

Tras mirarlos a todos, Gosford dejó de estirarse los labios y se los frotó con los nudillos. Luego se volvió hacia Procter.

—Sigue —dijo.

Y ella empezó a contar lo sucedido. Transcurridos los cinco minutos, Gosford le concedió diez más. En el minuto quince ya nadie la presionaba ni la apremiaba. Procter lo explicó todo con pelos y señales, salvo el robo de los documentos. No ganaría nada confesándolo.

Pasaron dos horas. Nadie dijo que Procter mintiese, pero tampoco dijeron que se creyeran su historia. Aquello era demasiado gordo para asimilarlo de una sola tacada, como ella misma sabía muy bien. Gus y Debs reflexionaron en voz alta sobre el hecho de que Rémora pudiera haber sido un agente doble durante tanto tiempo. Gosford hizo preguntas sensatas sobre la fiabilidad y las facultades mentales de Imperial (también conocido como Frankie Potnick), así como sobre el recuerdo que guardaba Sam de su breve coloquio en Singapur con Gólikov, el cual, en palabras de Theo, podría haber sido una tentativa de enturbiar las aguas de Langley con un chorro de desinformación. Lo que ya no era tan fácil de poner en duda era que «algo» hubiera tratado de matar a Procter, que Procter y Sam hubieran sido testigos directos de las fechorías de Mac, y que la solicitud de reunión urgente por parte de Rémora encajase de forma inquietante con una sucesión reciente de desastres. En función de cómo se mirase, o Rémora estaba ayudando a la CIA a sobrellevarlos, o esos desastres los habían causado él y sus compatriotas.

—O estoy loca o digo la verdad —concluyó Procter.

Debs replicó que la locura era consustancial a Artemis Procter, y que en realidad las dos opciones no se excluían mutuamente.

Escuchar, en todo caso, sí escucharon. Procter no estaba segura de si estaba beneficiándose de los últimos rescoldos de su amistad con Debs o de si Theo o Gus habían sospechado alguna vez de Mac, pero tampoco lo preguntó. Gosford y Debs anularon todos sus compromisos de la tarde. A petición de Procter, se procedió a verificar dos series de datos: por un lado, la secuencia temporal de la última reunión de Rémora, con la recepción de la señal de emergencia en relación con el cable de Portnoy, y por el otro una cronología de los informes de Rémora desde la perspectiva de que era un infiltrado. Fue en ese punto donde Gosford dio un frenazo mental.

—A ver, a ver... —dijo—. Esta parte sigo sin captarla, la verdad. ¿Me estás diciendo que no hay pruebas tangibles, nada sólido?

—Lo vi con mis propios ojos.

Procter repitió literalmente, y como mínimo por quinta vez en esa tarde, las palabras de Mac.

—Quieres decir —dijo Gus— que lo oísteis por un micro.

—Poca cosa para el FBI —dijo Debs—. No es fácil que se lo crean.

—Tienen mi testimonio —replicó Procter.

—¿Te das cuenta de que estás reconociendo haber interferido en una operación de la CIA? —preguntó Debs—. Pusisteis micrófonos en una casa franca sin permiso y, aunque no lo hayas dicho, seguro que alguno de los dos encontró la manera de sacar documentos de la central.

Procter no contestó. En cuanto a Debs... pues tampoco insistió, bendita fuera (algo que Procter nunca habría pensado que diría).

Debs podía ser muchas cosas, y no precisamente buenas a esas alturas, pero no era una traidora.

Gosford tenía las manos en forma de triángulo delante de la cara y los codos apoyados en la mesa. Durante la reunión se había tomado ya cinco tazas de café. Se entretuvo deslizando la taza vacía por la mesa. Procter se esperaba un sermón, pero Gosford se limitó a levantarse para ir al baño. Todos aguardaron su regreso en un silencio absoluto, terrible, incapaces de mirar a Procter, que a duras penas podía mirarlos a ellos. Con su salida de Langley, meses antes, se había muerto algo, y algo estaba muriendo nuevamente en esa reunión. Gosford volvió, se sentó y juntó de nuevo las yemas de sus manos húmedas.

—¿Qué me aconsejas que haga?

Procter había ensayado la respuesta durante el viaje en coche a Marsella —tras informar de forma anónima a la policía gala sobre el tiroteo de la furgoneta—, y luego, al salir del aeropuerto de Dulles, Jaggers la había ayudado a repasarla. Estaban de acuerdo en que cualquier otra respuesta sería una irresponsabilidad, pues comportaría el riesgo de que Mac filtrase más información y reduciría aún más las ya exiguas posibilidades de rescate de los Bandito, vivos o muertos.

—Haz que el FBI le ponga una General a Mac —dijo Procter—. Échalo enseguida, hoy mismo si puede ser. No serviría de nada tenerlo cerca, porque pillarlo no lo pillaréis, y cuanto más tiempo esté dentro, más daño hará. Recupera a Petra Devine y a sus dermatólogos y asígnales un proyecto especial: escarbar bien en todo, a ver qué encuentran. Aísla a Rémora, corta el intercambio de información y retira toda la que haya facilitado. Ah, y tantea a los

franceses sobre los Kassab. Échales unas migajas para que pongan en marcha una investigación criminal.

—Qué lista tan larga —dijo Debs—. Y tan difícil.

—Hablar con los franceses sobre los Kassab no tiene nada de difícil —dijo Sam.

—Pero sacar a Mac Mason de la CIA sí —replicó Gosford—. ¿Y plantarnos en Washington con la cola entre las piernas para explicar que lo de Rémora no vale nada? ¿Eso no te parece difícil?

—Incómodo, pero difícil no —terció Debs—. Al menos técnicamente.

—Bueno, pues entonces ve tú a hablar con POTUS y con el consejero de Seguridad Nacional —dijo Gosford, riéndose—. Mac es un héroe. Por lo de Afganistán, naturalmente. Y porque ayudó a traer a Sam. Es uno de nuestros agentes más condecorados.

—Tú también —replicó Procter moviendo la barbilla hacia la Estrella de la pared, sin llegar a mirarla.

Se hizo un silencio frío y hostil.

—A mí me parece —dijo Debs— que a menos que resucitemos Dermatología...

—Joder, es que tendríais que resucitarla —dijo Procter—. Más fácil imposible. Sería...

—Déjame acabar —le espetó Debs—. Que a menos que resucitemos Dermatología, y encuentren pruebas concluyentes, o a menos que Mac cometa algún error, la única base de la acusación será tu testimonio, lo que «según tú» dijo Mac en Francia. Con la Ley de Espionaje siempre se alarga todo mucho. El rasero está muy alto, ya lo sabes, y, teniendo en cuenta tu pasado en la CIA, y que

tendrían que fiarse de tu palabra, la verdad es que... cómo te lo diría...

—Venga, Deborah, suéltalo ya —ordenó Gosford, aunque a quien miraba fijamente era a Procter.

—Bueno, es *vox populi*, ¿no? —continuó Debs—. En Afganistán, Artemis estaba enamorada de Mac. Estaban en el culo del mundo, ella recién divorciada, mientras Loulou se dedicaba a follar con pintores de mucho más éxito que Mac. Se habló mucho de todo aquello... ¿A qué vienen estas miradas? Ni que fuera una novedad... Lo sabíamos todos. Historias de ellos dos, y hasta rumores sórdidos sobre un viaje a París con Loulou de por medio. Por lo que oí, se acabó como se suelen acabar la mayoría de las cosas de Artemis. Cómo lo definiría... —Hizo una pausa, quebrando por un momento la inexpresividad de su rostro con una sonrisa en los ojos—. De manera rara. Exacto: fue un final raro, parece que como todo lo de Artemis.

—¿Y? —dijo Procter—. ¿Adónde coño quieres ir a parar?

La sirena que reverberaba dentro de su cráneo iba acompañada por un pase de diapositivas medieval rayano en lo orgásmico: arrojar a Debs a una tina de agua hirviendo, arrancarle sus uñas perfectas, girar una manivela para tensarla en el potro...

—Joder, como si no lo supieras —soltó Debs.

—Han pasado casi quince años. Ya no tiene relevancia.

—Sí que la tiene. Existe el riesgo de que tu historia con Mac te desacredite, y que también desacredite tu versión de los hechos.

—Pues que hable Sam con el FBI —dijo Procter, alzando la voz más de la cuenta (para oírse por encima de la sirena de su cráneo)—. Él nunca ha follado con Mac, ni tampoco con Loulou. Al menos que yo sepa.

—Bueno, ya está bien —dijo Gosford, echándose hacia atrás con los brazos cruzados.

Miró a Debs, contempló el techo y soltó una larga exhalación por la nariz. Fue un momento largo, el momento en torno al cual giraba todo. Al bajar la vista al suelo, Procter se dio cuenta de que se había sentado en el mismo sitio donde había echado las papas el día del despido. Un puto círculo que se cerraba.

Gosford fue mirando a los ojos a todos los presentes, acabando por Sam y Procter.

—Lo tomaremos todo en consideración. Vosotros dos vais a necesitar buenos abogados, de eso no me cabe duda. —Se sacó del bolsillo la tarjeta con su agenda del día, se puso las gafas de lectura y suspiró de nuevo—. Ya os podéis marchar.

54

Langley / Crystal City

Fueron directamente y en silencio del séptimo piso a la cafetería. Procter y Sam se sentaron al lado de una ventana que daba al patio, desde donde se veía perfectamente la escultura criptográfica. Gus y Theo ocuparon las dos sillas de enfrente. Los rezagados del turno del almuerzo iban llegando con cuentagotas, pero cada vez iba más gente a merendar, y en la cola del Dunkin' Donuts ya se acumulaban más de veinte personas. El olor de café filtrado empezaba a marear a Procter. Ya se le había ido al garete una amistad, y temía que otras dos saltaran con ella por el precipicio. El chirrido de suelas del pasillo, tan familiar a sus oídos, y la cantidad de desconocidos que le sonaban (sin contar a los que sí conocía), hacían aún más insoportable su tristeza.

—¿Qué carajo has hecho, Artemis?

La insólita y chocante presencia de una palabrota en la pregunta de Gus Raptis le sentó como una bofetada y tiñó de rabia su tristeza.

—Joder, pues un servicio al país —le contestó—. Por cierto, Gus, de nada.

—¿Por qué nos has hecho ir a la reunión? —Gus estaba que trinaba—. Ahora ya estamos metidos y...

—Sabes perfectamente por qué, Gus —le espetó Theo—. A saber qué habría pasado si sólo se lo hubiera contado a Gosford y Debs. Igual se lo callaban y todo. Con nosotros, en cambio... cuando pones en circulación un rumor así...

—El único desenlace posible de un numerito como el que acabas de marcarte es forzar la salida de Mac —contestó Gus—. Te das cuenta, ¿verdad?

—No tengo ni idea de qué hará Gosford —dijo ella—. La cosa puede acabar de muchas maneras. En todo caso, después de lo que vi, yo sería incapaz de callármelo.

—Lo que no hará Gosford es flagelarse por Mac —dijo Gus—. Por esto no desprestigiará a la CIA, está clarísimo.

—Mac ya está en el tiempo de descuento, y se la suda todo —dijo Theo con la vista en el techo del bar, que era muy alto—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta y tres? ¿Cincuenta y cuatro? Con veinte de historial y muchos más de cinco en el extranjero. Tiene la pensión asegurada. Cuando entró era mayor que nosotros porque llevaba un tiempo dedicándose al arte, pero bueno, da igual, la cuestión es que Gosford tiene margen para prescindir de él, más allá de lo que se haya dicho arriba. Hasta puede que lo quiera echar. En el fondo, Mac es un rival, y para mí que a Gosford le va bien cualquier excusa para quitárselo de encima.

—Gus —dijo Procter—, ¿tú me crees?

Gus se levantó y miró por la ventana.

—No tengo ni idea de qué tengo que creer, Artemis. Acabas de echarnos encima mucha mierda.

Salió al pasillo y desapareció por la esquina.

Theo miró a Sam, y luego desvió la mirada hacia la cola del Dunkin' Donuts.

—Debisteis de llevaros un montón de documentos. ¿Y el numerito de los activos de apoyo? Joder, tíos...

Mirando por la ventana, Procter se topó con los ojos de un tío que estaba encendiéndose la pipa en un banco del patio, y que se volvió de golpe, dándole la espalda. Poderoso impulso, pensó Procter, el de apartar la vista. Peores maneras había de reaccionar cuando no se entendía lo que se estaba viendo. Vio subir el humo por el aire. Miró otra vez a Theo, que se estaba levantando de la mesa, y le puso una mano en el brazo, levantándose a su vez para mirarlo a los ojos.

—¿Tú qué crees, Theo? Dímelo. Di algo.

Su amigo la miró solemnemente antes de abrazarse a ella con cariño, como un oso.

—En lo que más creo es en los peces —dijo, y se rió.

Esa noche, Sam y Procter fueron a la casa franca de Crystal City. Había otras opciones, por supuesto, otros caminos. Los analizaron con el desapego de una reunión de empresa. Quizá se pudiera contactar con miembros potencialmente receptivos del FBI, o avisar a funcionarios del Congreso y del Comité de Inteligencia. Tampoco faltarían periodistas a quienes ofrecer la exclusiva. Llegado el momento de analizar las probabilidades de apertura de juicio, todos los caminos, sin embargo, acababan igual: sin salida. Todos desembocaban en lo mismo: la palabra de ellos dos contra la de Mac —cuyos encuentros con Rémora, a fin de cuentas, siempre habían tenido cobertura oficial de la CIA—, y el riesgo de manchar en balde

el buen nombre de la Agencia. Agotadas finalmente todas las opciones, después de que Procter se tomara unas cuantas gominolas relajantes con la esperanza de que la ayudaran a descansar un poco, Sam se quedó triste y pensativo, con las facciones tensas. Procter se sentía igual. Así había terminado todo. Supuso que era como terminaban la mayoría de las aventuras, con una decepción de cojones.

—¿Y ahora tú qué harás? —preguntó Sam.

—Recorrer el oeste del país —dijo ella—. Ir por los caminos, como quien dice, a ver con quién me encuentro y qué me depara el viaje. ¿Puedes creer que nunca he visto el puñetero Gran Cañón? Pues le echaré un vistazo. Hemos hablado tanto del pasado que tengo la sensación de que algunos trozos de esos tiempos se han quedado pegados en mi piel, y no me gusta. Unos meses al volante me equilibrarán.

—Es curioso —dijo Sam—, pero yo cuando conduzco casi siempre pienso en el pasado.

—Eso es porque tu cerebro no es muy fuerte —contestó ella—. De hecho, si viniste a verme a la playa de Florida fue más que nada por eso.

Sam sonrió, pero se fue poniendo serio poco a poco.

—Los Kassab están muertos, ¿verdad?

—Yo creo que sí.

—Permitimos que los...

—Para el carro, Jaggers —dijo Procter—. Los mató Mac, con sus amigos rusos, no nosotros. No sirve de nada enfocarlo de otra manera.

—¿Realmente lo ves así?

—No tengo más remedio. La alternativa es una puta mierda. No puedo ceder más espacio de mi cabeza a la oscuridad. Ya le he concedido demasiado.

—¿Crees que nos perseguirán?

—Ahora mismo no creo que podamos importarles demasiado. Con lo que pasó en Francia, es imposible que los rusos sigan con el montaje. Pase lo que pase, Moscú ya no querrá saber nada de Mac. ¿Qué ganan matándonos, ahora mismo? Aparte de que somos unos mindundis...

—Habla por ti.

—Hablo por los dos. ¿Y tú, qué piensas hacer? ¿Irte con Natalie a Las Vegas a jugar? ¿Pegarte una farra de las de toda la vida? ¿Estar con la familia? ¿O darte un garbeo por los campos de Minnesota, a ver si te pillas un par de jacas bien lozanas? También podrías optar por el menú degustación y probar de todo un poco.

—Mira, jefa —dijo Sam—, hace mucho que somos amigos, pero cuando alguien me pregunta por ti aún me cuesta explicarle cuál es exactamente tu problema.

—El día que lo descubras me avisas —dijo ella—. Más que nada por curiosidad.

—Voy a romper con Natalie, y a poner orden en mi cabeza. Igual me voy una temporada a casa de mis padres. Pero aún tengo pendiente una pregunta. —Sam levantó la vista hacia el techo—. La última.

Procter lo miró.

—¿Sospechabas de Mac desde el principio? —preguntó él.

Ella miró hacia arriba, torciendo el cuello, y bajó otra vez la cabeza.

—No —dijo—, nunca.

—¿Ni siquiera cuando estaba entre los finalistas?

—Mírame, Jaggers.

—¿Qué?

—Que me mires.

—Te estoy mirando.

—¿Tú y yo qué somos?

—Amigos.

—Exacto. Ahora que te miro, siento lo mismo que sentía por él: éramos colegas, compañeros de viaje, miembros de la misma tribu y todo el rollo ese. Habíamos convivido tanto tiempo... y encima me salvó la vida. Si no se hubiera puesto delante de mí en Afganistán, yo ya estaría muerta, muerta del todo.

—¿Es verdad lo que ha dicho antes Sweet? —preguntó Sam—. ¿Lo de que estuviste enamorada de él?

—El amor... —contestó ella con una risa triste, antes de pasarse la mano por la nariz—. Bebimos juntos, nos reímos juntos y siempre me cubrió las espaldas. Veinticinco años. Una historia muy larga. ¿Cómo iba a pensar que era él? ¿O alguno de los otros? ¿Cómo iba a pensar que uno de mis mejores amigos es...?

Y de repente, Artemis Aphrodite Procter se sorbió la nariz, se atragantó y, por último, soltó un grito ahogado. Por sus mejillas bajaron unas cuantas lágrimas antes de que pudiera detenerlas. Lo que sí logró fue contenerse antes de que la situación se le fuera de las manos. Se dio la vuelta para secarse la cara.

—Perdón por el pequeño desajuste.

—Lo añadiré a la lista para los médicos. Igual así nos dicen cuál es tu problema.

—Me parece que seguirá sin estar muy claro —dijo ella.
—Aun así —respondió Sam—. Aun así.

55

Huyendo

Irene se enfundó otra vez su identidad americana. Era una mujer cualquiera, un alma viajera que se aventuraba por los últimos rincones de su desventurada patria. Los espejos resquebrajados de los hoteles le sirvieron para perfeccionar una amplia y simpática sonrisa, y los escritorios sucios para poner por escrito su leyenda, su pasado, que luego se recitaba al volante. De noche, en la cama, ensayaba conversaciones con hombres en las que insinuaba que se acostaría con ellos a cambio de algunos favores, cosa que no pensaba hacer en ningún caso. Perpetuamente en marcha, fue adquiriendo varias cosas: documentos, referencias, dinero en efectivo, un coche... pero sobre todo la visión de un nuevo hogar, lejos de esos moteles cochambrosos, de esa comida tóxica y de esa gente sin alma: la esperanza de que pronto dejaría de sentir el aguijón del desamparo y los aludes que se desencadenaban en su pecho al ver un coche patrulla parado u oír una sirena.

Años después —dándole el pecho a su hijo de cinco meses en su silla favorita, la de su dormitorio, frente a las ventanas con vistas al bosque, con su marido durmiendo en la cama y su hija en el otro

cuarto—, Irene, como tantas veces, se acordaría de una noche en un motel de Jacksonville, Florida.

A miles de kilómetros y a pocos años de distancia de esa pocilga, se le despertaría el recuerdo del olor a moho de la habitación, del húmedo crujido de una cucaracha panza arriba al ser pisada por sus pies y de los ojos inertes del chico muerto al que escondió en el maletero de su coche antes de robárselo.

Dejó la bolsa de lona en el suelo, se sentó en la cama y miró si había mensajes de los hombres del español. Ninguno, como el día anterior. Sabía que nunca volvería a recibirlos. La habían abandonado a su suerte. Después del desastre de la caravana, después de su fracaso (el de ella y Peter), se había convertido en un lastre. No volvería a recibir noticias de Moscú ni del español. Escribió los datos importantes en un bloc —direcciones, números de teléfono, nombres y apellidos—, se los aprendió de memoria y consideró sus opciones: entregarse, suicidarse, esconderse, seguir con la lucha... Esa noche lo sopesó todo con gran detenimiento, y al alba ya estaba segura.

El motel Marble Spring: la cuna de su nueva vida.

Fue a Texas para quemar la anterior, la que había tenido con Peter. Durante el viaje lloró una sola vez, y fue por su perro, *Stalin*, que dejó en una perrera, dentro de una caja, al salir de la ciudad. Su búsqueda, sus vagabundeos, la llevaron por una docena de estados. A los tres meses seguía sin haber visto su cara en la tele, en la web del FBI ni en ningún otro sitio. A los seis, el único y tozudo vínculo con su yo muerto eran los padres de Peter, que escribían frecuentemente a su hijo por correo electrónico —con tristeza, rabia, desconcierto o una mezcla de las tres cosas—, incapaces de

entender que Irene le hubiera hecho un lavado de cabeza tan completo que Peter ya no les dirigiera la palabra.

En ese nuevo hogar, lejos, muy lejos, con su bebé enganchado a la teta, a veces se preguntaría si Peter la habría odiado por sus actos, o bien, como un soldado digno de ese nombre, habría entendido que ella no había tenido más remedio que sacrificarlo todo. El precio de su futuro era su antigua vida con Peter, y también el honor de Peter.

Llegó el verano. Había una campanilla colgando de una puerta. Dentro de la casa, Irene deambulaba con la radiante sonrisa que nunca se borraba de su rostro. Llevaba un coche con matrícula de Iowa. Dentro de su billetero había un permiso de conducir de Iowa con su foto y el nombre de otra persona. Tenía dinero en efectivo para tres meses de alquiler y para los gastos de la casa. Decía que estaba buscando trabajo. Llevaba encima dos cartas de recomendación, ambas impecables: una de un restaurante del centro de Alexandria y otra de un bar de Orlando.

—Supongo que no sé estarme quieta —le explicó al dueño de la casa en respuesta a la pregunta de cómo había llegado hasta allí, recitando de memoria.

Un amago de sonrisa, la de siempre. Por aquel entonces, vivía impulsada por visiones de su futuro: el hogar que aún no había visto, la hija y el hijo aún no nacidos y el esposo aún por conocer. Todo eso alimentaba su esperanza de que su metamorfosis era inminente, de que pronto se liberaría del corazón de Estados Unidos. De que, por fin, se vería envuelta en su verdadera piel.

56

Langley / Moscú

Jubilaron a Mac Mason con una ceremonia estirada y formal en la Sala de Condecoraciones de la planta baja. Los de Corner Bakery se encargaron del catering, y la subdirectora, de la entrega de la placa, porque, si bien a Finn Gosford seguro que le entusiasmaba quitarse de encima a un posible rival, estaba ocupado en otros menesteres, demasiados para poder asistir. A decir verdad, era inimaginable que a corto o medio plazo dedicara palabras generosas en público a Mac. Ya se verían obligados otros a hacerlo en su lugar. Theo, deprimentemente sobrio, aportó un discurso de un formulismo agobiante, compuesto por la vaga narración de un bufé de aventuras y contribuciones de Mac a la CIA. Más efusivo estuvo Gus, incluso dentro de la rigidez consustancial a las entregas de premios de Langley: habló de la valentía de Mac en Afganistán, de las hazañas que le habían valido la Estrella de Inteligencia, de la larga amistad entre ellos dos y de las décadas de servicio del homenajeado al bien común.

Luego, en medio del bullicio de la Sala de Condecoraciones, que carecía de ventanas, doscientas personas —los fieles de la Casa Rusia, antiguos compañeros de la Granja y viejos amigos de sus días

mozos en Afganistán y del Centro de Contraterrorismo— esperaron pacientemente en fila, como buenos chicos, a que les repartieran bocadillos gomosos y un surtido de pastelitos de medio pelo. Mac estuvo todo el rato rodeado de gente. Sólo se oían palabras amables, respetuosas, llenas de admiración.

Por la tarde, frente a una multitud de simpatizantes y amigos, Macintosh Mason concluyó su ceremonia de despedida. Con Loulou a su lado, entregó su placa al SPO de servicio en el vestíbulo con suelo de mármol del antiguo edificio de la CIA. Todo en él era jovialidad y nostalgia: alguna que otra lágrima y muchas sonrisas. Después de tres paradas para las fotos oficiales, cruzó el sello de mármol y salió de la CIA con Loulou del brazo.

Lo repentino de su marcha dejó a muchas personas pensativas. Pero bueno, Mac también se había quejado del nuevo régimen, del debilitamiento de la influencia de la CIA en el mundo y del hecho de que los jóvenes estuvieran echando a perder una organización de espionaje más que decente. De dinero iba más sobrado que nadie: disponía de un fondo de reptiles bien surtido —por gentileza de la familia de Loulou— que iba a permitirles una jubilación dorada, cosa que sin duda no iba nada mal. En cuanto a los mejores amigos de Mac Mason, Gus Raptis y Theo Monk, nadie tenía muy claro lo que pensaban acerca de su partida. En los días previos a la ceremonia, algunos subalternos de la Casa Rusia se lo habían preguntado a ambos con insistencia, sin obtener respuesta. Lo curioso fue que ninguno de los dos hizo acto de presencia en el Viena Inn para los festejos finales. Era rarísimo, no sólo por la larga amistad que los unía, sino —en el caso de Theo— porque había barra libre. Viendo salir el Porsche de los Mason del aparcamiento, alguien de la Casa

Rusia cayó en la cuenta de que ni Theo ni Gus se habían dejado ver en el vestíbulo al salir Mac por última vez de la central.

Esa misma semana, en Moscú, terminó sin pena ni gloria otra ilustre carrera, la de Rem Zhomov. Espoleado por el mensaje de jubilación del Doctor B, que no auguraba nada bueno, el director le había dicho a Rem que era el momento de hacer mutis por el foro. Rem no tenía ni idea de qué pasaría con su Sección Especial, pero, siguiendo indicaciones explícitas del director, centró sus últimos esfuerzos en volverse irrelevante, como suponía que era la obligación de cualquier viejo. Dedicó sus últimos días a cavar su propia tumba.

La operación del Doctor B le había proporcionado un objetivo durante sus últimos años en el Bosque, abriéndole la posibilidad de salir como no había salido casi nadie, por la puerta grande, no por la trasera, la de la irrelevancia y el olvido. ¿Qué iba a ser del Doctor B? ¿Qué mejoras podía comportar su labor para la seguridad de Rusia? ¿Qué beneficios podrían obtenerse de la venta de su material a los chinos? Las respuestas a esas preguntas ya no las daría Rem. Se habría marchado.

Dedicó cinco días a lavar el material del Doctor B, ocultando su origen pero no su esencia. Cualquier dato que pudiera vincular al SVR con el bueno del doctor acabó en la incineradora.

Bajó personalmente al sótano para comprobar cómo reducían a cenizas el compendio de las notas operativas en papel, y se regaló el privilegio de releer la primera carta transmitida por Macintosh Mason a Rodión Visariónovich Pletkov, conocido más tarde por la CIA como Rémora, cuando los dos estaban en París. La nota, muy breve,

exponía el deseo de Mac de reunirse con Pletkov «sin que estén mis amigos». Era la primera línea de verdad que había cruzado Macintosh. La leyó en un silencio solemne. Había que estar muy mal de la cabeza para traicionar a su propio país y a sus propios servicios de espionaje, pensó. Traicionar a los amigos, en cambio... eso era el pan de cada día. Puso la nota sobre las demás. El funcionario pulsó el botón. Los papeles se deslizaron hacia las llamas.

Las formalidades empezaron en la sala de banquetes del SVR, donde a lo largo de dos horas subieron al estrado compañeros, amigos y enemigos para ensalzar los logros y servicios de Rem. Se oyeron anécdotas de su paso por Afganistán, de sus primeros días en Londres y de su misión en Roma. El director le prendió en la solapa izquierda la cruz de rubíes de la Orden de Alexander Nevski, reservada a quienes hubieran demostrado «un mérito personal en la construcción del país» después de al menos veinte años como empleados públicos. «Ah, pues entonces me podrían tocar dos», pensó Rem mientras asistía a las dificultades del director con el alfiler. Perdió la cuenta de los brindis. Sus amigos y compañeros se zampaban el vodka como si fuera agua. Al anochecer, la celebración se trasladó a una de las dachas destinadas al efecto en el campus del Bosque, a la que se llegaba por las curvas de un sendero densamente rodeado de pinos y fresnos.

Justo cuando Rem se servía más agua con gas, apareció Pletkov a su lado. Hasta Rem había empezado a llamarlo interiormente por su apodo de la CIA, Rémora.

—Bonita despedida —dijo Pletkov, entrechocando su vaso de vodka con el de Rem—. ¿Y ahora qué?

—Eso tendrías que preguntárselo a Ninel.

Pletkov esbozó una sonrisa.

—No te envidio.

—Haces bien, porque me aburriré.

—Pues no deberías, porque tienes a Ninel. Si te aburres será una vergüenza.

Rem hizo un gesto con la mano.

—Da igual.

—Yo ya sueño con la jubilación —dijo Pletkov—. Viajar, pescar, leer... y tal vez una amante más joven. Me quedan diez años y ya me apetece. Tú, en cambio... En tu caso la libertad empieza literalmente mañana, Rem. ¿Y no tienes ningún plan?

—Ya se me ocurrirá, Rodión Visariónovich.

—Plantéatelo así, Rem Mijaílovich: si pudieras hacer cualquier cosa, ¿qué harías?

Rem le dio a Pletkov una palmada en el hombro y, tras levantar el vaso hacia alguien que lo felicitaba de pasada, se tomó un buen sorbo.

—Trabajar.

57

Shermans Corner, Minnesota
Unos meses más tarde

Sam Joseph se sentó en el banco de siempre y le pidió a la camarera café solo y huevos revueltos con tostadas. Durante el desayuno, se leyó dos periódicos y la primera mitad de una novela mientras le rellenaban tres veces la taza de café. Empezó a llegar gente para el almuerzo. Se pidió el cuarto café, todavía inclinado sobre la lectura. Estaba tan incómodo en el mundo real que, en los últimos tres meses, llevaba una media de una novela al día. Sospechaba que enfrentarse con la realidad le habría quitado sus últimas fuerzas. Leer alimentaba la esperanza de que hubiera algo más, de que existiesen otros mundos.

El ruido de un plato chocando con la mesa le hizo levantar la mirada: un bocadillo de rosbif con patatas, su menú habitual. No lo había pedido. La camarera sonreía.

—Hoy invita la casa —dijo—. Te veo muy pensativo.

—Gracias. ¿Seguro?

—Segurísimo.

La camarera tenía los ojos marrones, soñadores, y el pelo negro azabache. Sam no recordaba haberla visto sonreír ni una sola vez. Él

tampoco le había preguntado nunca cómo se llamaba, y ahora le sabía mal. Llevaba varios meses acudiendo al establecimiento, desde que se había instalado por un tiempo en casa de sus padres.

—Por cierto, me llamo Sam —dijo tendiéndole la mano.

—Yo Melissa, aunque todos me llaman Mel.

Su mano era suave, seca. Al estrechársela, Sam notó la calidez de su piel. Tras obsequiarlo con otra gran sonrisa, Mel se alisó el delantal sin acabar de irse.

—¿Y qué estás leyendo, Sam?

—Un libro.

Ella puso los ojos en blanco y se echó a reír, negando con la cabeza: una risa franca y grave que abrazó a Sam.

—Ya imaginaba que serías un capullo —dijo con un toque de guasa—. Acabas de confirmármelo. Disfruta de tu bocadillo, Sam.

Mientras ella se volvía hacia la barra, Sam le miró de reojo la mano izquierda, sin anillo. También tomó nota de posibles curvas enclaustradas bajo los pantalones rectos y la camisa negra de manga larga que tenía que llevar todo el servicio.

—Mel —dijo en voz alta—, ¿cuándo sales de trabajar?

Ella se volvió y miró el reloj de encima del banco de Sam.

—Dentro de un cuarto de hora.

—¿Comemos juntos?

—Bueno... no me gusta comer aquí.

—¿Por qué?

—Porque el ambiente es malo, y la comida peor. Si me propones otro sitio, tienes posibilidades de que acepte.

Volvía a sonreír. Levantó un salero volcado en una de las mesas contiguas.

—Pero ya tengo un bocadillo...

Un cuarto de hora después, el bocadillo estaba en una caja de comida para llevar sobre el asiento trasero del coche de Sam. Mel salió del restaurante y se dirigió a su propio coche. Él la llamó desde el otro lado del aparcamiento.

—Conduzco yo —dijo.

Ella se rió.

—No pienso entrar en tu coche —respondió ella—. ¿Cómo sé que no eres un asesino en serie, o un pervertido?

Sam notó un nudo en el estómago que se tensaba al pensar en Mel. Era la primera vez en varios meses que le hacía ilusión estar con alguien.

A unos dieciséis kilómetros al norte, saliendo de la carretera 53 por Orr y Pelican Lake, se llegaba a Stonehouse Coffee, un bar con vigas de madera en la fachada. Mel se tomó un café solo, como Sam. Le gustaba la electrónica, y había hecho algo de marketing para una empresa de senderismo de un tío suyo que al final había tenido que cerrar. Su marido había muerto en Irak, en 2006. Se habían casado jóvenes. Dijo que no llevaba fotos encima porque consideraba que no había que dar tanto poder al pasado. Era una mujer cuya inteligencia reflexiva parecía flotar sobre algo más duro, más feroz. Sam se preguntó si en algún momento la habían maltratado.

Al cabo de unas horas le habló de la CIA. Sin detalles, por supuesto, pero ¿qué sentido tenía andarse con engaños, si ya no

estaba dentro? Al principio tuvo la impresión de que Mel no se lo creía, pero él insistió en que no era broma, y a partir de ahí todo fueron preguntas, y no de las ridículas y caricaturescas, que habrían provocado en Sam el deseo no sólo de dejarlas sin respuesta, sino de levantarse y marcharse («¿has matado alguna vez a alguien?», «¿llevabas pistola?», «¿eres como James Bond?»): Mel hizo las mismas preguntas que se hacía él, las mismas a las que daba vueltas en sus horas sin reloj. Se le ocurrió que tal vez los hubieran sacado a los dos de las mismas profundidades, del mismo horno. Entrelazó los dedos de ella con los suyos encima de la mesa. Ella se los acarició, exponiendo sin remilgos y sin afectación sus dudas y sus errores, como sólo ocurre entre desconocidos. Al cabo de un rato, preguntó por los de Sam.

—¿Tú de qué te arrepientes? —dijo mientras ponía la otra mano encima de la mesa para que se la cogiera Sam—. Si es que te arrepientes de algo.

Sam le cogió la mano y reflexionó un momento.

—En otro tiempo hubo una mujer —contestó—. Estábamos enamorados. Teníamos razones de peso para no estarlo, pero el caso es que lo estábamos y no salió bien. Es difícil de explicar, pero la CIA no quiso... no pudo permitirlo. No sé qué ha sido de ella. Fue una de esas cosas bonitas que se pierden por el camino.

—¿De qué te arrepientes? —repitió ella, rozándole los dedos—. ¿De enamorarte o de no haber conseguido que saliera bien?

—De las dos cosas.

—¿Le guardas rencor a la CIA por haberse entrometido en vuestro amor? ¿Por haberlo prohibido?

—No. De hecho, si la conocí fue gracias a la CIA.

—¿Qué opinión tienes de ella?

—¿De la CIA?

—Sí.

—Difícil pregunta. Y complicada.

—Trabajaste mucho tiempo allí —dijo Mel—, y luego van y te echan. Ahora estás instalado en casa de tus padres, rehaciendo tu vida, y matas el tiempo leyendo en un restaurante. ¿Cómo no vas a hacerte grandes preguntas? Cuéntamelas.

—Me ganaba la vida robando secretos —contestó Sam—, y lo que preguntas tú es un misterio, no un secreto. No es mi especialidad. Nunca me lo he planteado. Sería como pedirme mi opinión sobre el planeta Tierra. Podría darte diez respuestas y todas serían verdad. Y todas mentira.

—Bueno, pues te lo plantearé de otra manera: ¿al final eras de los buenos o de los malos?

—Ésa es fácil —dijo Sam—: de los buenos. Y no sólo al final.

El encargado tuvo que pedirles que se fueran, porque ya hacía rato que deberían haber cerrado. Les habían rellenado cuatro veces las tazas, habían pedido la cena y habían estado casi diez horas hablando en la mesa. La luna brillaba con fuerza sobre el lago y el perfil de pinos de la orilla. Sam cogió a Mel de la mano. Entraron en el aparcamiento y se metieron en el coche de ella, que era el que finalmente habían usado. Luego, Sam se acercó a Mel y la besó. Al principio ella no le devolvió el beso (¿sorpresa? ¿sentimiento de culpa?), pero luego sí. Fue un beso largo y profundo. Cuando Sam se apartó, Mel tenía los ojos abiertos, apáticos, como si estuviera dormida detrás de ellos. Después de todo lo que se habían dicho, de todo lo que habían compartido, Sam no lo entendió.

—Pasa la noche conmigo —dijo.

58

De camino

«Muévete», pensó Procter. «Tú muévete y ya está.»

En verano ya se había recorrido casi todo el oeste del país, dejando una estela de amantes abandonados —para alivio y pánico de los interesados—, botellas de alcohol como para llenar un contenedor y una llamativa escasez de pruebas fotográficas o forenses. Hablaba a menudo con Sam y con su primo, Cummings. De vez en cuando la llamaba Theo. Ella llamó a Gus una vez y estuvo charlando con él durante unos minutos, hasta que se quedó sin cobertura en una zona del oeste de Nebraska. Lo que más le había gustado era el parque nacional del Big Bend y los parques de Utah. En general, el Gran Cañón le había resultado decepcionante.

A veces sus pensamientos tomaban derroteros absurdos y descorazonadores, dirigiéndose hacia el pasado. Cuando eso sucedía, Procter miraba gravemente por el parabrisas, pisaba a fondo el acelerador y se imaginaba que los pensamientos intentaban en vano darle alcance, agitando los brazos y gritando como un hijo no deseado al que has decidido abandonar. «Tú siempre adelante, en línea recta», pensaba. «Así me gusta. Venga, a moverse.»

Procter estaba hincándole el diente a una hamburguesa en una cervecería de las afueras de Denver. Su teléfono tembló en la mesa. Número desconocido. Lo ignoró.

Luego, en la barra, y con una cerveza delante, volvió a ver el mismo número, y esta vez cogió la llamada. Era Debs.

—¡Vaya por Dios! —dijo Procter—. ¿Qué pasa, que has marcado por error o qué?

—Imposible. He borrado tu número de todos mis teléfonos.

—Bueno, pues si llamas para pedir perdón por todo, que sepas que acepto humildemente tus disculpas. Quedas perdonada, Deborah Fraser Sweet.

—¿Dónde estás, Artemis?

—Eso —contestó Procter, dando primero un buen trago de cerveza — es de alto secreto.

—Lo que está muy alto es el ruido de fondo.

—Por una vez me estoy mezclando con el populacho. Es algo que me provoca escalofríos, y quiero remediarlo. Pero bueno, yo te oigo perfectamente.

—Mira, Artemis —dijo Debs—, digamos que esta llamada nunca se ha producido, ¿vale?

—No, claro que no.

—El FBI ha anulado la FISA que te habían puesto. Ya no te vigilan. Se ha acabado la investigación. Y lo mismo respecto a Sam.

—¿A Mac aún lo controlan?

—Buena pregunta, Artemis.

—Como todas las mías.

Se oyeron ladridos de fondo.

—Saluda a tu perrita de mi parte —dijo Procter.

Como los ladridos continuaban, se tomó unos cuantos sorbos de cerveza. Al final pararon.

—¿Lo del muffin era jarabe de ipecacuana o no? —dijo, seguramente porque estaba muy lejos de Langley, o bien por la altitud—. Tengo curiosidad, Debs.

Hubo una pausa.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Debs se rió, y Procter también, mientras paseaba la vista por el bar. Un viejo que se estaba tomando una cerveza oscura levantó su vaso, sonriéndole. Procter se tomó un buen trago hasta que la subdirectora paró de reír.

—Gracias por informarme, Debs. Ah, y me alegro de oírte. Por una vez.

—Lo mismo digo, Artemis. Pórtate bien.

—De eso nada.

Colgó.

Procter desconectó y desapareció en las Rocosas. Una semana después, un martes por la mañana, salió de las montañas y esa misma noche los faros de su RAV4 iluminaron los listones de su cabaña de alquiler.

Mucho más tarde llegó a la conclusión de que lo había percibido en ese momento, al bajar del coche. En su universo había una muesca nueva. La oscuridad la llenó como un bidón de gasolina.

En ese momento lo achacó a paranoias suyas, por los porros y por haber experimentado un par de veces con hongos en las montañas. También podía haber un componente de cansancio, porque llevaba

en movimiento desde el amanecer. Le dolía la espalda por la mochila, y se le habían entumecido las piernas de tanto tenerlas quietas al volante. Estaba demasiado cansada para calentarse algo en el microondas, así que optó por comerse los frutos secos que le quedaban y un poco de cecina. Recuperó su móvil del armario para volver a conectarse brevemente con el mundo, y se sentó al borde de la cama. Nada más encenderse, el aparato enloqueció: una cacofonía de pitidos y señales y una notificación de que su buzón de voz estaba lleno.

En la vida hay momentos que marcan una línea divisoria, el final de una época y el principio de otra. Y uno es consciente de ello mientras los está viviendo. A partir de entonces habrá un antes y un después delimitados por esa raya en el tiempo. En la vida de Artemis Aphrodite Procter, uno de esos momentos había sido el de Afganistán. Y esa noche iba a producirse otro.

Las primeras sensaciones, extrañamente mortecinas, llegaron a los diez segundos de un largo mensaje de voz de Theo. Era como si su cabeza fuera un frasco y las sensaciones rebotaran dentro como piedras. A partir de ahí todo fue una agonía. Al principio notó un dolor muy concentrado, como si le clavaran en el cuello una aguja al rojo vivo: un impacto abrasador que la paralizó. La aguja caliente se retorcía a medida que iba oyendo el mensaje, subiendo su temperatura corporal, emborronando los límites de su campo visual y provocando temblores alrededor de sus ojos, que ahora parpadeaban desquiciados.

Cuando terminó de escuchar el mensaje tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse porque, de otro modo, habría tirado el móvil por la ventana, o lo habría estampado contra la pared y lo

habría estrujado hasta pulverizarlo. Se quedó un buen rato a oscuras, sin conciencia del paso del tiempo. Si al final se movió fue sólo porque el calor era insoportable: le ardía la piel, aunque no se hubiera filtrado ni una gota de sudor por sus poros.

Fue a la sala de estar. Más allá del foco inmediato de sus ojos, el mundo se había deshecho en bruma, en sueño. Hubo unos instantes, pocos pero maravillosos, en los que se preguntó si no estaba soñando y trató de imbuirse con todas sus fuerzas del alivio que trae el despertar, pero la fantasía se vio cortada en seco por el dolor atroz de perforar la pared de pladur de un puñetazo y topar con la inflexible madera de pino de una viga.

La rabia, la desesperación y el sentimiento de culpa se sucedieron durante una hora de paroxismo sin interrupciones, que dejó muy dañada la cabaña, con los tabiques sembrados de rodillazos, codazos, patadas y puñetazos de la mano que aún podía usar. Las figurillas y otros adornos, barridos de las mesas y repisas, alimentaron los cañones de su rabia, lanzados como munición a todas partes: cristalería, ventanas, lámparas, paredes...

Los momentos de pausa —jadeantes y desesperados— sucumbían de inmediato a embestidas de pánico y rabia que sólo servían para empeorar la destrucción. El fuego que le corría por dentro era de esos que sólo pueden apagarse con alcohol, y no en dosis normales, sino en las que únicamente se pueden tomar en ausencia de testigos. Bebió. Bebió en cantidades que hasta para Artemis Aphrodite Procter eran excesivas.

Cuando se despertó, el sol estaba muy alto, y ella estaba tirada en un lecho de agujas de pino. En el suelo del bosque, a su lado, había un cuadro hecho pedazos. El microondas, arrojado por una ventana, había aterrizado al pie de un abeto. Por la puerta principal de la cabaña, que estaba abierta, salían vagas notas musicales. Trató de incorporarse, pero no podía. Una ardilla cruzó el césped como una exhalación. Procter rompió a llorar.

59

Volviendo a casa

Irene salió de entre las sábanas sin hacer ruido, sacó ropa limpia de su mochila y se cambió, dejando a Sam despatarrado en la cama. Faltaban unas horas para que saliera el sol. Al alba ya estaba en las profundidades de Iowa. En la parte trasera de su Kia, en el suelo, había una mochila, y dentro de ella la valiosa cajita, las grabaciones, un cuchillo y la mitad del dinero en ordenados fajos. El resto lo había escondido por su coche. Al lado de la mochila había una bolsa de lona con unas cuantas mudas, su pistola Special del treinta y ocho, varias cajas de munición y el ordenador portátil. También llevaba pañales para limitar las paradas. Iba luchando contra el sueño con pastillas de cafeína y Adderall.

Al otro lado del parabrisas discurría América como una pesadilla de la que por fin iba a poder escapar. En Kansas City, los edificios estaban cubiertos de grafitis. En Tulsa se desmigajaban como pasteles secos. En Austin, una camada de niños reclamaba Slurpees a grito pelado y pataleta limpia mientras sus obesos padres deslizaban el dedo por sus móviles. Cerca de San Antonio vio a un trastornado que soltaba obscenidades contra los transeúntes, todos

los cuales apartaban la vista. El semáforo se puso en verde. Siguió conduciendo.

Eran los últimos días de un imperio cuyo declive no estaba marcado por ninguna gran batalla, sino por una muerte lenta, gotosa, decadente. Irene iba lanzada por un túnel a punto de desmoronarse, pero no sucumbiría. Su marcha era la de un soldado.

El *rezident* del SVR en Ciudad de México abrió la puerta de la sala de entrevistas del consulado y se sentó otra vez delante de la estadounidense, que había insistido en dirigirse a él en un ruso macarrónico.

—Los nombres —dijo, acercándole papel y bolígrafo—. Escríbamelos otra vez, de memoria y en inglés. No pruebe más con el cirílico.

Ella obedeció y luego empujó el papel con cierta altivez indiferente. El *rezident*, más que molesto, estaba intrigado. ¿Quién era esa mujer? Se lió un cigarrillo y le ofreció otro.

—No, gracias. Ya tiene lo que necesita. —Ella señaló el papel con la barbilla—. Haga sus llamadas.

Su arrogancia le pareció chocante, pero como había llamadas que hacer, el *rezident* se limitó a plantearle unas cuantas preguntas más —esquivadas todas sin ningún disimulo— sobre cómo había llegado hasta Ciudad de México, y sobre la mochila a la que tan celosamente se aferraba, y sobre el portátil que insistía en que fuera «examinado por representantes de su servicio de inteligencia» (aunque él no le hubiera dicho que fuese del SVR). Luego subió en ascensor al sexto

piso de la *rezidentura* para llamar a Moscú por la línea segura. En pocos minutos estaba hablando con Guennadi.

—¡Guennadi Arkádievich! —dijo al oír la voz de su viejo amigo. Se saludaron—. Acaba de entrar de la calle una americana que dice que trabaja para nosotros. Ha escrito el nombre de uno de los nuestros como prueba. Sí... sí... Domínguez, exacto. Dice que era su supervisor en Estados Unidos, y estaba yo pensando... ah, ya. Vale. Muy bien.

Escuchó a Guennadi unos minutos y colgó.

Los hombres del *rezident* mandaron a Moscú las fotos y el vídeo de la entrevista con la recién llegada. Si él hubiera estado al mando, habría optado por pegarle un tiro a la mujer y tan tranquilos, pero por desgracia no era él quien podía tomar esa decisión. El departamento de Guennadi envió el expediente de la americana, que el *rezident* leyó mientras se fumaba otro cigarrillo. Una lectura rápida lo convenció de que había acertado: habría sido mejor pegarle un tiro.

Por la noche volvió a la sala de entrevistas y se sentó enfrente de la mujer. Después de presentarse como principal representante del SVR en México, dejó constancia de que estaba al corriente de sus servicios al Estado y preguntó si tenía alguna información que darle o alguna petición que hacer. Le explicó que había hecho llamadas a Moscú, y que su buena fe no estaba en duda. La conminó a hablar libremente.

—Yo ya he hecho mi trabajo —dijo ella—. Se me asignó una misión y he hecho lo que he podido. —Empujó su mochila por la mesa y asintió—. Ábrala, comprobará que no hablo por hablar.

El *rezident* abrió la cremallera y miró el fajo de dólares estadounidenses.

—Hay unos cuantos miles que me los dio su hombre, el español —dijo ella—; seguro que podrían comprobar los números de serie, aunque aquí dentro también hay pasta de distintas procedencias, porque con lo que me dio no había bastante, y al final he tenido que comprar varios coches y documentos falsos. —El *rezident* se quedó callado, sin tocar nada. Al final ella señaló con la cabeza la cajita de cartón—. Abra esto.

La abrió: cintas pequeñas de grabadora.

—Son copias de seguridad —dijo ella.

—¿Para qué?

—Por si no tienen sus huellas dactilares.

—Me he perdido.

La mujer se inclinó para empujar por la mesa el último recipiente. Al *rezident* le pareció un joyero de pequeñas dimensiones. Estaba envuelto en papel adherente, dentro de una bolsa de congelación. Habría preferido no abrirlo.

—En la foto de su expediente tiene usted un aspecto muy distinto —dijo—. Menuda transformación.

—He hecho algunos ajustes para sobrevivir —contestó ella—. Ábralo, por favor. Quiero que sepan lo que he hecho. No he podido conseguir más. Confío en que con esto baste.

El *rezident* abrió la bolsa de congelación, retiró el papel adherente y levantó la tapa de la caja. Dentro había otra bolsa. Tiró de una esquina para echar un vistazo, y no le sorprendió reconocer trozos de carne y sangre seca congelados. Lo que sí le sorprendió fue la cantidad. Era como un puñado de zanahorias pochas y mojadas. El

vago olor de podredumbre que asaltó su olfato dio paso enseguida a las náuseas. Cerró la bolsa y volvió a meterla en la caja. Luego encendió otro cigarrillo para tapar la peste.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Dedos —respondió ella.

—¿Son todos de Samuel Joseph?

—Sí.

—Cuando los periódicos publicaron lo del asesinato, no dijeron nada de que le faltaran dedos.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Tengo entendido por mis colegas de Moscú que los objetivos eran dos.

La mujer hizo una mueca atribulada. «Se siente avergonzada», pensó él. «Cree que es mala chica.» Ella volvió a hablar en un ruso forzado.

—No he podido encontrarla, y le aseguro que la he buscado. En Florida, en Washington... La dirección de los padres de Sam la conseguí por el dispositivo de comunicaciones. Me la enviaron antes de que ustedes dejaran de contestar, antes de...

Él la interrumpió en inglés.

—Viene de muy lejos. Dígame, ¿qué hace usted aquí? ¿Qué quiere, Irene?

—Irina.

—Irina —repitió él, resignándose con un suspiro a usar el ruso—. ¿Qué quiere, Irina?

—Quiero irme a casa.

60

París
Meses más tarde

Mac Mason volvía a pintar. Sus músculos habían tardado bastante en revivir, y las primeras tentativas, además de agotadoras, habían sido bochornosas. Al principio se lo tomaba como una simple afición, una manera de pasar una hermosa tarde en París: un paisaje en los jardines del Luxemburgo, con Loulou a su lado leyendo una novela o de pícnic, o en el tercer *arrondissement*, cerca de la place des Vosges, esbozando una puerta dramáticamente roja debajo de unos arcos de piedra... Los resultados eran decepcionantes, sin fuerza ni vida. Mientras trabajaba le parecía oír la voz de su padre.

Pero París... ¡ah, París! ¡La Ciudad de la Luz! Ahí era un hombre anónimo, sin ningún peso encima, libre. Mac y Loulou compraron una vieja galería del Marais y, al llegar el verano, los músculos de Mac, atrofiados desde hacía tiempo y apenas ejercitados desde su juventud, empezaron a fortalecerse y desarrollarse. Él y Loulou se fueron de vacaciones al sur, a pintar: Arlés, Saint-Saturnin, Collioure, en la costa, cerca ya de España... Mac salía a correr quince kilómetros diarios y gracias a eso se quitó siete kilos de encima.

Loulou le inspiraba un deseo renovado. No se cansaba de tocarla, siempre, en todas partes.

La galería, bautizada LoulouMac, estaba en una callejuela del Marais, a pocas manzanas al norte de la place des Vosges. A la izquierda había un café con toldo verde que era la primera parada diaria de Mac.

Durante los plácidos meses de primavera, la persona que lo vigilaba constató que Mac Mason se había convertido en un hombre de costumbres fijas, lo cual, para alguien de su profesión, era una insensatez. Cada día lo mismo: primero al café, luego, a pie y sin cambiar de itinerario, a comer casi siempre en los mismos restaurantes (tres en total), después a pintar (en este caso sin patrones fijos) y, por último, a la hora de la cena, a casa para tomar unas copas y echar un polvo, como buen parisino. En el seguimiento se indicaba que Mac, en todo caso, sólo hacía el amor con Loulou. En ningún momento se había dado cuenta de que lo estuvieran vigilando.

«Sin conciencia operativa», escribió la persona que lo vigilaba. Riesgos de la edad.

Una soleada mañana de primavera, con un *café au lait* y un *brioche* en la mano, Mac giró la llave y empujó la puerta de LoulouMac para ir directamente al estudio del fondo. Loulou estaba en el sur de Francia, de compras con su madre, así que él podía dedicarse a retocar sin prisas su último proyecto: una reinterpretación de una obra cubista comprada antes de entrar en la CIA. Abrió con un clic la puerta del estudio y encendió la luz.

El *café au lait* salpicó el suelo de cemento no muy lejos de donde aterrizó el *brioche*.

En medio del estudio estaba Artemis Aphrodite Procter, con chaqueta, jersey, tejanos y gorro de lana, todo negro. Una redecilla contenía su mata de pelo rebelde. Llevaba guantes, y fundas protectoras sobre los zapatos. Estaba apuntando a la cabeza de Mac con una escopeta semiautomática Mossberg del calibre doce, en cuyo cañón había un silenciador del tamaño de una cafetera.

Movió el cañón, señalando la puerta.

—Entra, Macintosh. Venga, dos pasos. Así me gusta.

Mac estaba frente a un lienzo apoyado en el suelo que llegaba hasta el techo. Un montón de cuadrados rojos y negros. Procter había tenido que verlo toda la noche, mientras esperaba, y le había cogido un odio de narices.

—¿Qué haces? —preguntó Mac—. ¿Qué quieres?

Sus ojos revoloteaban por todas partes, como si buscara algo.

—Que te quede claro desde el principio, Mac —dijo ella—: como intentes escaparte, o resistirte, te mataré, y luego... te juro que eso no lo quiero hacer, en serio, Mac, pero luego, si me obligas, iré a tu piso, esperaré dos días y cuando Loulou vuelva de Aviñón la mataré también.

—A Loulou no la toques —dijo Mac.

—Pues no me des motivos.

—¿Qué quieres, Artemis?

—Vas a confesármelo todo ahora mismo, y a cambio yo perdonaré a Loulou, que también está metida en toda esta mierda, por

supuesto.

—No tienes pruebas de nada, Artemis —dijo Mac—. Es una tontería. No seas tonta.

—Bueno, pero el caso es que lo sé —contestó Procter—. ¡Joder si lo sé! Eras un agente doble. Lo sabes tan bien como yo. Y también sabes que soy una mujer de palabra. No he parado hasta llegar hasta el final, y por eso estoy aquí, en tu estudio, con un arma. ¿Acaso crees que no me plantaré en tu piso y no esperaré a que vuelva Loulou? ¿Crees que tendré compasión? Pues que sepas que desde que tus frikis pusieron la directa y mataron a Sam ya no me corto. Loulou es tu cómplice, en esto y en todo. También lo sé. Es presa fácil.

—Ella no sabe nada.

Procter dio un paso rápido y le clavó el cañón en el estómago. Mac cayó de rodillas con un triste gruñido y se quedó en el suelo, hecho un ovillo.

Procter movió el cañón.

—Venga, arriba.

Él se limpió en los pantalones las manos manchadas de café y se levantó despacio, apretándose el estómago.

—Tengo una teoría. A ver qué te parece —dijo Procter—. Yo te la explico y tú me contestas, sin faltar a la verdad y en puto cristiano, porque de lo que digas dependerá la vida de Loulou. ¿Me explico?

El inexpresivo rostro de Mac asintió a regañadientes.

—A Rémora no llegaron a reclutarlo —continuó ella—. Theo y tú os lo trabajasteis en París, y él al mismo tiempo se te trabajaba a ti. Hacia el final de esa etapa te reclutó, pero el responsable último era un pavo de Moscú, un tal Zhomov. ¿Voy bien?

En los ojos de Mac asomó un destello, pero apartó la vista sin contestar.

Procter le apuntó al pie con la escopeta.

—Era una pregunta. Si no hay respuesta me marco un Finn Gosford con tu pie.

—Zhomov es un genio —dijo Mac.

—¡Cómo mola! Vaya, que Zhomov se camela a Macintosh Mason, reclutador de rusos de primera, y queda como un señor. Tiene en el saco nada menos que al jefe de operaciones de la Casa Rusia. Los rusos nunca habían llegado tan alto. En ese punto es donde flipo con vosotros, Macintosh, lo digo en serio. Qué paciencia... Con lo fácil que habría sido cargarse a todos lo de la Casa Rusia... Fijo que las comunicaciones eran de lo más rupestres, sin ningún aparato. ¿He acertado?

—Sí.

—Y luego la debacle de Singapur, cuando se llevaron a Sam. A ver qué te parece esta versión: te enteraste por Gus de lo de Gólikov. Te llamó durante las vacaciones para darte la noticia. ¿A que sí? Y como lo primero que te preocupó fue lo que podía soltar Gólikov con un poco de ayuda, dejaste a Loulou en las Adirondack y fuiste corriendo a la Estación Nueva York, donde Gus estaba informando a Debs. Querías ver con tus propios ojos lo que habían recibido y, como te pegaste un susto del copón, le mandaste una señal urgente a Zhomov. El resultado fue que Rémora pidió una reunión. De ese modo había una tapadera operativa para que pudieras ir a Francia y hablarlo todo con tranquilidad. Ahora bien, tenías un problema: que a Francia también iba Theo, e incluso Debs. A Debs podías dejarla para el final de la reunión. Total, ella no tenía ningún interés directo

en todo aquello. Theo, en cambio... oficialmente era el supervisor de Rémora, pero necesitabas que se fuera un momento para poder hablar con Rémora sin que él estuviera delante. ¿Cómo conseguiste distraer a Theo para que llegara tarde a la reunión y no quisiera explicarme por qué? ¿Con una chica rusa?

—¿Con qué otra cosa iba a ser? —dijo Mac—. Igual que en Budapest. Zhomov tomó la iniciativa: puso a una chica en un bar al que solía ir Theo, cerca de Aviñón, y el resto lo dejó en manos de su libido. Le pareció útil que Theo quedara en deuda con nosotros.

Su tono era frío y sosegado, como si recitara simples datos de un manual de historia.

—¿Y quién tuvo la idea de tocarme los cojones en los meses previos a mi despido? Las fotos de mi despacho las pusiste tú, ¿verdad? ¿Montaste una campaña de rumores para provocar el alud de quejas sobre mi ética profesional? ¿Fue idea de Zhomov o tuya? ¿Convenciste tú a Debs de que me echara?

—¿Acaso crees que no te habría echado ella sola, Artemis? Por favor...

—¿Quién fue?

Mac apartó la vista y se quedó mirando el suelo.

Procter siguió hablando.

—¿Fue idea de Zhomov promocionarte a través del intercambio con Sam? ¿Buscó a algún chivo expiatorio en Viena para usarlo como cebo una vez que los rusos ya le hubieran dado bastante caña a Sam y se hubieran quedado convencidos de que no sabía ni papa? La operación la diseñaste tú, que fuiste el gran impulsor del intercambio. Total, que quedaste como un héroe, candidato perfecto

para un puesto de varios años en el séptimo piso por obra y gracia de Zhomov. Jugabais a largo plazo, ya te digo. ¿Cómo voy?

—Bastante bien para ser una borracha, Artemis —dijo Mac riéndose—. Enhorabuena.

Su risa era una triste mezcla de odio y diversión sincera.

—Bueno —siguió Procter—, pues si te parece vamos a repasar todos los estragos que hiciste. Entregaste a dos activos rusos, ¿vale? Bucanero está muerto, y su hija pequeña se ha quedado sin padre. Garra ha desaparecido, y lo más probable es que esté muerto también. Se cargaron a los gatos de nuestro agente en Moscú, y su mujer, que se llama Molly, por cierto, sufre un trastorno de estrés postraumático. También está Gólikov, claro: descuartizado y devuelto a su casa en una caja. Luego, cuando Sam y yo empezamos a pisarte los talones, nos echaste encima a los dos frikis, que intentaron hacerme saltar por los aires. En cuanto a los tres activos de apoyo muertos en Francia... digamos que fueron el precio que nos hicisteis pagar tus amigos y tú por haber confirmado tu traición. Y ahora han matado a Sam, hijo de puta. Lo has matado tú.

En ese momento, Mac se cerró en banda y fijó la mirada en las salpicaduras de café para evitar la de Procter.

Llevaba mocasines de piel, unos tejanos ajustados y un poco arremangados, y una americana roja por encima de una camiseta blanca con un pañuelo de seda a juego asomando por el bolsillo del pecho. Al principio Procter no se había fijado en lo ridículo que estaba, pero desde hacía un rato la tenía hipnotizada el modelito.

—¡Pero si yo ayudé a que volviera! —soltó Mac—. Te aseguro que yo no lo maté, Artemis. Ni a él ni a ninguno de los otros.

Procter se sacó un sobre del otro bolsillo de la chaqueta, procurando no mover la escopeta, lo depositó en el suelo y se lo acercó a Mac de un puntapié.

—Ahora vas a mirar estas fotos. Todas son de gente traicionada por ti. Les vas a prestar más atención que a la puta Biblia.

Mac abrió la carpeta a regañadientes. Casi todas las fotos se las había dado Theo a Procter, sin saber para qué las quería. Las primeras del fajo eran de Bucanero, Garra, Gólikov y los trillizos Kassab (estos últimos en fotos de perfil de la CIA). «Ni se altera», pensó Procter: Mac no tenía mala conciencia. Gajes del oficio, ya se sabe. Sí se paró un poco, en cambio, en la de la caravana reventada de Procter, y se quedó muy quieto frente a la primera de las que documentaban el asesinato de Sam, con la víctima despatarrada en una cama empapada de sangre.

—Lo hizo con un cuchillo —explicó Procter.

—Basta —le pidió Mac—. Yo nunca he pedido que maten a nadie.

Procter levantó la escopeta.

—Espera, que hay más. Continúa.

Mac siguió pasando fotos con la misma inexpresividad que al principio.

Viéndolo, Procter sintió que algo parecido a un puñal la desgarraba por dentro. «Hay dos», pensó. «Aquí hay alguien más aparte de mi viejo amigo.» Siempre había sabido lo que pensaba Mac. Pero en ese momento no. No tenía la menor idea de lo que pensaba.

—El FBI ha averiguado que los frikis son Peter e Irene Venable, nada menos que de Dallas. Peter se mató en mi caravana. Theo me ha dicho que Irene tiene unas cuantas medallas, una dacha y un

novio de pobladas cejas eslavas. Vive a cuerpo de rey en los oscuros bosques rusos. Y todo por ti, Mac. La cadena la pusiste en marcha tú.

—Esto no es obra mía. —Mac dejó caer las fotos en el suelo, y unas cuantas se mancharon de café. Su expresión se oscureció—. ¿Por qué les bailas el agua, Artemis? Con todo lo que te han hecho... El puto Finn Gosford presentándose como un héroe después de Afganistán, cuando no es más que un farsante, un mercenario, un charlatán que se aprovecha de nuestros sacrificios... y encima va y te echa, Artemis. Él y Debs te sacrificaron por su gloria.

Procter escupió en el suelo.

—Tú y yo éramos amigos, Macintosh.

—Sí —dijo Mac—, y lo somos.

Procter, cada vez más asqueada de mirarlo a los ojos, tuvo que desviar la mirada por encima de él, fijándola en la pared.

—¿Cuánto ha pasado desde que murió tu padre? —dijo—. ¿Cuatro años? Diría que las fechas cuadran. ¿Qué pasa, que de la eternidad para acá se te resiste, el muy bestia? Como nunca conseguiste su aprobación, ni le dijiste nunca que se fuera a la mierda, tuviste que decírselo una vez muerto con tus actos. ¿Cuánto te pagaron los rusos, Macintosh?

Mac arrugó la nariz, pero no respondió nada.

—Voy a pedirte dos cosas —continuó Procter—, y las vas a hacer ahora mismo. La primera es que escribas una nota sobre lo que has hecho, breve, con garra y al grano. Ya te iré dando ideas. La segunda es que me digas dónde has escondido el dinero, o los brillantes, o el oro, lo que fuera con lo que te compraban. Empieza por la nota. —Señaló una mesa con la escopeta—. Venga, arreando.

Mac se quedó donde estaba, con la mandíbula en tensión y los brazos cruzados sobre el pecho. Se le estaba formando una pasta blanquecina en las comisuras de los labios.

—Hazlo por Lou —insistió Procter—. A ella aún puedes salvarla.

Mac arrastró los pies hacia la mesa y se puso a escribir. Procter se dio por satisfecha con la segunda versión.

—Vale, ya está —dijo mientras arrugaba la primera y se la metía en el bolsillo—. Levántate. Así. Contra la pared, como antes. Ahora el dinero.

Mac tardó un poco en contestar, pero finalmente lo hizo.

—Escribe esos datos como posdata a la nota —lo apremió Procter —. Venga, espabila.

—No me lo sé todo de memoria, Artemis.

—Y una mierda. ¿Qué quieres, regatear dinero sucio por la vida de Lou? No me parece muy inteligente.

La mirada de Mac era de odio en estado puro. Volvió a la mesa y puso la información por escrito. Le corría el sudor por la cara. Se enjugó el labio superior y la frente, y fue secándose las palmas húmedas en la camiseta sin dejar de escribir. Después de repasar el texto, Procter se lo hizo repetir un par de veces, para poder verle la cara. Aunque tampoco iba a ser fácil saber si estaba mintiendo.

—¿Estás orgulloso del negocio? —preguntó.

—No lo hice por dinero, Artemis. Por favor.

El tono de Mac se hizo más agudo, su mirada se oscureció, su rostro se contorsionó de un modo atroz. Luego empezó a disparatar, soltando un cúmulo de excusas delirantes: sus problemas como hijo, una imagen grabada en la memoria de él meándose encima mientras su padre lo tenía colgado por un pie, su experiencia fallida

como pintor, Loulou... Por segunda vez, intentó convencer a Procter de que Loulou no sabía nada. Se había puesto de espaldas para explicar el cuadro que tenía apoyado en la pared, el de los cuadrados rojos y negros, y agitaba las manos mientras soltaba un rollo incomprensible sobre que de joven había creído que el arte ofrecía al mundo una esperanza, pero que en realidad sólo podía dejar constancia de la destrucción. No paraba de hablar, el muy jodido, dando vueltas por delante de ese cuadro tan raro.

Procter no estaba segura de si podría aguantarlo mucho más. Empezaba a tener náuseas sólo de mirarlo, oírle hablar y percibir su olor.

—Cállate —dijo—. Que... te... ca... lles.

La atención de Mac se debatía entre Procter y el cuadro. Se pasó una mano por la frente, brillante de sudor.

—¿No quieres saber por qué lo hice? —preguntó—. ¿No te importa?

—No —dijo Procter—, no me importa.

Luego murmuró algo para sus adentros, como un encantamiento.

—En honor de Sam —susurró.

Y apretó el gatillo.

La parte superior de la cabeza de Mac Mason se esparció por el lienzo: las pinceladas finales de su obra maestra acababan de ser pintadas por Artemis Aphrodite Procter con su propia sangre y sus propios sesos.

61

Langley / Puerto Franco de Ginebra
Meses más tarde

Procter estaba tumbada boca abajo en la camilla, ensordecida por el zumbido de la tatuadora. Detrás de sus párpados cerrados bailaban las caras de varios agentes, y los sitios donde habían muerto, y las personas a las que había matado ella para vengarlos.

El ruido se interrumpió de golpe. El tatuador pasó una toallita desinfectante por la tinta fresca y abrió un paquete de vendas. Procter oyó el crujido del envoltorio.

—¿Quieres verlo? —le preguntó el tipo.

Ella se incorporó, orientando su espalda al espejo, y miró la nueva estrella negra con sus cinco puntas teñidas de sangre. Se acababa de sumar al rastro que trazaban las otras nueve entre sus dos clavículas.

A través de esa estrella le dijo a Sam todo lo que nunca le había dicho.

Diez personas, nueve de ellas hombres, estaban ante la puerta de una caja fuerte, en un almacén cualquiera del Puerto Franco de

Ginebra. Fuera, en el lago, el surtidor arrojaba un agua azul hacia un cielo de verano todavía más azul, pero en el interior del puerto franco el mundo consistía tan sólo en variantes de negro y gris. Puertas, trajes, alfombras, cortinas, suelos... Aunque esos edificios contenían cuadros, vinos, joyas y antigüedades por valor de miles de millones de dólares, Lambert no había visto otros colores desde que habían pasado por debajo de la bandera suiza de la entrada. Un misterioso manto gris cubría lo que en otras circunstancias habría sido el museo o la bodega más grande del mundo.

Deborah Sweet, la jefa de Lambert, única integrante femenina del variopinto grupo, estaba detrás de un hombre con traje gris, el director del puerto franco. Se encontraban en un largo pasillo bordeado de puertas grises con cerraduras de seguridad, cada una de las cuales daba a una cámara acorazada. Detrás de Lambert se agolpaban varios funcionarios suizos, y más atrás aún una delegación del FBI llegada desde Washington, Berna y Ginebra, no tan bien vestidos como los suizos, pero admirables en su esfuerzo por vestirse a juego con el gris. Los únicos que destacaban eran él y Sweet, el contingente de la CIA: Lambert por su traje azul marino y su corbata roja, y Sweet por su vestido rojo, recto y sin mangas, y su gargantilla de gruesas perlas cultivadas de color azul.

En la CIA todos iban tan atropellados que esa mañana Lambert sólo se había tomado algunos sorbos de café durante el viaje en coche entre la base de Ginebra y el puerto franco. Antes de bajar a ver las cajas fuertes le habían hecho tirar el vaso en una papelera del control de aduanas, y tenía mono de cafeína. En el último mes, desde la llamada de París, había dormido poco o nada. Y pensar que en otros tiempos podía ir tirando sin problemas con menos de cinco

cafés al día... Ese mundo había desaparecido con la llegada de la nota de suicidio de Mac Mason. Disimuló un bostezo.

El director del puerto franco puso la yema en el lector de huellas, y la puerta se abrió. El grupo fue entrando en una cámara acorazada del tamaño de una pista de frontenis, con estanterías desde el suelo hasta el techo. El director los llevó hasta el fondo y se paró delante de una caja de metal gris con un teclado y los números 6.24.2 estampados en la parte superior. Lambert los reconoció: eran los mismos que salían en la transcripción de la nota de suicidio, y en la orden de registro entregada a los suizos. El ruido del pestillo reverberó en la cámara como un disparo.

Sacaron dos cajas y las depositaron en la mesa del centro de la cámara. El director del puerto franco abrió la primera. Lambert, que iba moviendo la cabeza para intentar ver bien, vislumbró el interior. La caja estaba forrada de fieltro, con dos o tres docenas de pequeñas cubetas llenas de diamantes. Al principio nadie dijo nada. En la memoria de Lambert quedaría un silencio sepulcral y un principio de náuseas en la garganta.

—Dios mío —oyó que susurraba Sweet—. Creía que era una broma.

Una de las repercusiones más extrañas del caso Mason tenía como protagonista a una mujer a la que Lambert sólo conocía por su reputación, de lo más pintoresca, por cierto. El dato más reciente sobre ella en su archivo mental era que, en plena jubilación involuntaria, había vomitado en la mesa del director. Una semana después del viaje al puerto franco, más o menos, Sweet le pidió que

se pusiera en contacto con la mujer, una ex agente llamada Artemis Procter, para invitarla a una reunión en Langley. Normalmente la logística habría corrido a cargo de uno de los subalternos de Lambert, pero Sweet indicó de forma expresa que quería una llamada personal. Lambert telefoneó a Procter y le explicó que la subdirectora quería reunirse con ella para hablar sobre «el suicidio de Mason». Sweet había insistido en que usara exactamente esas palabras para describir la finalidad del encuentro. A partir de ahí, la conversación fue tan estrambótica que se le quedó grabada en la memoria, palabra por palabra.

—Pues entonces que se ponga Debs —dijo Procter.

—No, no, ella quiere hablar con usted cara a cara, aquí, en Langley.

—Que se ponga, he dicho.

—No... no puedo. No es ese tipo de conversación.

—Eso ha sonado fatal.

—Mmm... ¿podría venir el jueves, entonces? ¿A la una?

—¿Es una broma?

—No.

—El jueves trabajo. Me han tocado los Jumparoos de la tarde, y ya he tenido bastantes roces con el jefe, que es mi primo.

—Estaremos encantados de hablar con sus jefes y explicarles que la subdirectora de operaciones de la CIA solicita su presencia. No hace falta que le diga que los gastos del viaje correrán de nuestra cuenta.

—Mire... esto... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Lambert.

—¿Nos conocíamos cuando yo estaba dentro, Lambert?

—No, la verdad es que no llegamos a coincidir.

—Pues mire, Debs y yo hemos tenido nuestras diferencias. También las he tenido con Gosford. Varios tipos de desastres, podríamos decir. Ahora bien, si Debs no miente y quiere que vaya a Langley, lo que hará será mandar uno de los aviones de la Air Branch que usan los pelotas del séptimo piso cuando vuelan por Estados Unidos. Yo estoy dispuesta a ir hasta el Aeropuerto Internacional de Orlando. Más no voy a transigir. Un viaje en coche a Orlando, ésa es mi máxima concesión. Usted...

—Señora Procter —la interrumpió él—, se le reembolsarán todos los gastos. Yo no puedo...

—Cállese.

—No puedo...

—Chist.

—¡Señora Procter! No puedo. Me...

—Lambert, Lambert, Lambert...

Siguió repitiendo su nombre hasta que él renunció a continuar hablando.

Se oyó un ruido de cubitos en un vaso.

—Buf —dijo ella finalmente—. ¿Por dónde iba? Ah, sí, por el avión. Le dirá usted a su jefa, Deborah Sweet, que sólo estoy dispuesta a ir a Langley si me mandan el avión. Y no es que esté pidiendo un asiento de primera clase ni nada por el estilo, ¿eh? Yo no soy una diva. Con mi metro cincuenta, el espacio para las piernas me importa un carajo. Tampoco me importa una mierda lo que vaya a gastarme en alcohol durante el vuelo, porque ya me ha dicho usted que me reembolsarán los gastos del viaje. De lo que se trata es de mi firme convicción de que no se puede descartar en absoluto que

coja un vuelo a Washington, no haya reunión y me endosen la cuenta. Así que usted verá.

—Estaré encantado de comprar yo los billetes, para que no incurra usted en gastos personales.

—Vaya a hablar con Debs, y cuando le diga que sí a lo del avión, me llama.

Cuando Lambert transmitió la petición de Procter, la boca de la subdirectora se torció en una sonrisa gélida. Por el gesto seco de aquiescencia de Sweet, Lambert supo que era una de esas relaciones en las que cualquier concesión, incluso la más nimia, se obtenía a través de una guerra brutal.

Dos días después, el Bombardier recogió a la tal Procter en Orlando, y por la tarde ya estaba sentada junto a Lambert en la antesala del despacho de Sweet. Era baja, en efecto, pero lo que más impactó a Lambert fue su pelo, de un negro azabache y con unos rizos que no había visto nunca. Parecía uno de esos personajes de dibujos animados que han metido los dedos en un enchufe.

Mientras esperaban en la antesala, lo único que la mujer le dijo a Lambert fue:

—No hay muffins de chocolate, ¿verdad?

Lambert no tuvo tiempo de preguntarle qué había querido decir porque justo entonces apareció Sweet en la puerta. Vio a las dos mujeres darse la mano mientras se miraban fijamente con una extraña mezcla de desprecio y diversión, como si pudieran matarse a puñaladas y disfrutar a lo grande haciéndolo. La subdirectora le pidió que esperase fuera, dejó entrar a la mujer y cerró la puerta.

Estaba previsto que la reunión durase media hora, pero se alargó más de una hora y media.

Su despacho estaba delante del de Sweet. Desde allí, oyó gritos un par de veces, y murmullos que subían de tono. También hubo breves ráfagas de risa y, en un momento dado, ruido de vasos. Después de que se fuera la tal Procter, entró para preguntarle a la subdirectora si la reunión había dado algún fruto y, en caso afirmativo, cuál. ¿Habría que hacer algún tipo de seguimiento? ¿Se tendrían que asignar tareas? Dentro olía vagamente a vodka, y la mesa, por lo demás vacía, estaba decorada con dos pequeñas sombrillas de papel que sobresalían de sendos vasos vacíos. La subdirectora estaba sentada ante su mesa, escribiendo en un cuaderno.

Él ya se había acostumbrado a los cambios de humor y a la gramática facial de su jefa. Le pareció que la reunión la había alterado hasta la médula, pero que también le había resultado divertida. El temblor de su párpado izquierdo era una señal indudable de rabia; sin embargo, sonreía. Era una sonrisa sincera, feliz, y él tuvo la impresión de que ni siquiera era consciente. Sabía que Sweet podía manifestar ambas emociones, pero nunca la había visto expresarlas a la vez. Ella lo despidió con un gesto de la mano.

—Ya lo tengo todo controlado —dijo.

Lambert llevaba menos de seis meses como miembro de la oficina de la subdirectora, pero ya se había convertido en todo un experto en reuniones: largas y cortas, con mucha y poca gente, tensas y alegres, vacuas y productivas... las había visto de todo tipo; y, pese a no saber gran cosa del contenido de esta última, más allá del vago asunto que figuraba en el correo electrónico de la subdirectora, pudo deducir, a partir del aparente caos del encuentro y de la extraña luz que irradiaba del rostro de Sweet, que allí se había pasado página

respecto a algo importante, y que su jefa y Procter lo habían hecho juntas. También estaba seguro de que habían tomado decisiones que requerían pasar a la acción, no en balde Sweet estaba tomando notas en su cuaderno verde, el que nunca le enseñaba a él.

Había transcurrido aproximadamente un mes cuando Lambert vio de nuevo a Procter. Se la cruzó en el pasillo, y sólo se fijó en ella por la mata de pelo. Ahora llevaba la placa azul de empleada a tiempo completo de la CIA, junto con el cordón del Centro de Misiones en China y una expresión de ferocidad relajada. Se cruzaron sin decirse nada.

Volvió a verla transcurridos unos meses, durante un partido de béisbol interno en el que él jugaba de segunda base suplente de los destornilladores del séptimo piso. Procter jugaba de jardinera central para los Cold Warriors. Durante ese partido, ella hizo un sencillo en el *infield* que estuvo a punto de tumbar al primera base en plena carrera, y Lambert juraba y juraba que, al lanzarse a la segunda base, al final de la quinta entrada, Procter iba con los tacos por delante. Lambert esperó a que se le pasara la rabia, acordándose de la conversación sobre el avión y de la mirada de Sweet después de hablar con Procter, pero luego, en el banquillo, preguntó por qué esa tía jugaba con Raptis, Monk y los Cold Warriors de la Casa Rusia en vez de con los Dragons del Centro de Misiones en China.

—Yo me olvidaría de eso —dijo un tal Tobin desde la otra punta del banquillo.

—¿Por qué?

—Bueno... digamos que es mejor dejarla en paz.

La tercera vez que vio a Procter fue en la ceremonia anual del Memorial de la CIA, que se celebraba en primavera. Ese año sólo

subió una estrella a la pared, y para la mayoría de los asistentes su receptor era anónimo, aunque Lambert sabía que era un ex agente llamado Sam Joseph asesinado por los rusos y relacionado con el caso Mason. Lambert había seguido esta investigación con el máximo detalle, pero la parte en que los rusos mataban a alguien en suelo estadounidense estaba tan compartimentada que hasta él había quedado fuera de la lista de distribución. Sus conocimientos se limitaban al nombre de Joseph, y si conocía su relación con el caso Mason era gracias a un descuido de Sweet, que, en cierta ocasión, mientras planeaban el evento, se había quejado de que Artemis Procter hubiese rechazado hablar en la versión cerrada y clasificada de la ceremonia en honor de Sam. «Pero ¿se puede saber qué coño le pasa?», había dicho Sweet. «Veinticinco putos años con ella y aún no sé la respuesta.» Como Lambert tampoco la sabía, ni estaba bien informado acerca de Sam Joseph, se limitó a encogerse de hombros y cambiaron de tema.

Durante la ceremonia, que no se alargó más de lo justo, el director, Gosford, y la subdirectora, Sweet, pronunciaron las palabras de siempre, y en un momento dado Lambert vislumbró entre el público, unas filas por delante, la rizada pelambrera negra de Procter. Tenía las piernas cruzadas y —como Lambert comprobó cuando pudo mirarla de reojo— el rostro impasible. Estaba sentada entre Raptis y Monk, de la Casa Rusia. Escuchaba sin mostrar ninguna emoción, y se fue nada más terminar la ceremonia.

Más adelante, durante un encuentro entre la subdirectora y la familia de Sam, Lambert preguntó por Procter a uno de Actividades Especiales.

—Ah, sí —dijo éste sin apartar la vista del ordenador—, fue jefa de Moscú X, ¿no? Contra los rusos ha hecho cosas como para echarse a temblar. Fue jefa en Damasco y en algunos sitios más.

—Yo he oído —le dijo Lambert— que los rusos intentaron chantajearla subiendo fotos bastante reveladoras a la red, y que ella estuvo a punto de matar al ruso que trataba de captarla.

—Suena a inventado —replicó su interlocutor. Luego hizo una pausa—. Aunque la verdad es que la llaman el Ángel de la Muerte.

—¿Estás de broma?

—Se cuentan cosas —susurró, y esta vez sí se volvió hacia Lambert—. De Afganistán, de Siria... Si matas a uno de los suyos, ella te mata a ti. Tiene las estrellas tatuadas en la espalda, una por cada agente que ha vengado. Pero bueno, qué quieres que te diga... serán rumores, ¿no?

Esa noche, Lambert bajó del séptimo piso en ascensor para fumarse un cigarrillo en el patio. Dio un rodeo, pasó delante del vestíbulo y entonces vio los rizos, detrás de una columna. Procter estaba enfrente del Muro de la Memoria, casi pegada al extremo donde se hallaban las estrellas más recientes. Se planteó acercarse, pero no tenía nada que decirle a esa mujer, ni quería arriesgarse a ser visto, así que siguió andando, aunque aprovechó para mirar desde lo alto de la escalera y captó una imagen fugaz, pero nítida, de Artemis Aphrodite Procter a través de las columnas. Tenía una mano levantada y estaba tocando la estrella recién grabada. A él le pareció que movía los labios, pero no podría asegurarlo. Una columna le tapaba la vista. Cuando miró de nuevo, Procter ya no estaba.

Agradecimientos

Esta tercera novela me ha costado un poco menos que la segunda, pero no mucho menos. Como las dos primeras, no existiría sin influencias literarias, un montón de artículos y libros especializados y, sobre todo, sin la ayuda de muchas personas que me han acompañado y ayudado durante todo el proceso.

Respecto de las influencias, los amantes del género de espías habrán notado más de un guiño a la excepcional *El topo*, de John le Carré. Como aquella historia, la mía se inspira en una estrategia de engaño, el Sistema Double-Cross, que durante la Segunda Guerra Mundial permitió a los servicios de inteligencia británicos desarticular la red de espionaje alemana en Gran Bretaña y enviar información falsa al alto mando nazi.

A quienes quieran saber más sobre aquella exitosa estrategia les recomiendo *The Double-Cross System*, de J. C. Masterman: un libro muy interesante, aunque bastante denso, escrito por uno de sus principales artífices.

En cuanto a los artículos y libros, durante la redacción de *Langley, séptimo piso* consulté cientos, demasiados para enumerarlos aquí. Pero a quienes quieran jugar a ser derms y adentrarse en las oscuras artes de la caza de topos no les faltará material: basta con

empezar por el nombre de algún traidor —tristemente— célebre para ponerse en marcha.

Llegado al punto de agradecer a las personas, quiero hacerlo primero con mi agente, Lisa Erbach Vance, que ha sabido acompañar el texto en el peligroso e incierto viaje que lo ha llevado de ser un documento de Word a un libro publicado.

También muchas gracias a mi editora en Norton, Star Lawrence, que sigue apostando por mí y que, libro a libro, ha sabido afinar mi forma de escribir y de contar historias.

Agradezco igualmente el trabajo del equipo de Norton: a Nneoma Amadi-obi, por coordinarlo todo con mano experta; a Dave Cole, por sus comentarios siempre certeros sobre el manuscrito; y a Kyle Radler y Steve Colca, por su labor en dar a conocer el libro.

Además, quiero agradecerles a Mark Richards, Diana Broccardo, Lisa Shakespeare y Rachel Nobilo, de Swift Press, su trabajo en la publicación de mis libros y sus esfuerzos para darlos a conocer al otro lado del Atlántico, además de algunas memorables botellas de Domaine de Bargylus compartidas en Londres.

Y mi agradecimiento, asimismo, a Caspian Dennis, que se encarga de que todo funcione al otro lado del charco.

Bill y Lorenzo me guiaron por Las Vegas y me enseñaron el mundo de los grandes jugadores. También compartieron muchas anécdotas que más tarde alimentaron la noche de Frankie, Sam y Procter por la ciudad. Ha pasado más de un año desde aquella visita y aún la recuerdo como una experiencia arrolladora.

Dave Michael volvió a someter el manuscrito a una revisión implacable, y el libro es mucho mejor gracias a ello. Gracias, Dave.

Varios antiguos compañeros de la CIA han tenido la generosidad de dedicar tiempo y conocimientos a este libro. Glenn Chafetz, John Sipher y Mark Pascale me ayudaron a orientarme en el mundo del espionaje y el contraespionaje actuales. Don Hepburn volvió a asesorarme en numerosos aspectos de la Agencia y de la profesión. Marc Polymeropoulos compartió abundantes anécdotas sobre la vida en la CIA y sobre sus experiencias en zonas de guerra. Charles Finfrock aportó información muy útil sobre el nuevo —o no tan nuevo— panorama de la vigilancia técnica. Steve Slick, Lizzy M., Anna Connolly y Christina Hillsberg leyeron las primeras versiones y ofrecieron comentarios de gran valor.

A otros compañeros y amigos, cuyos nombres no menciono aquí, debo también ideas, experiencias y lecturas tempranas. Como siempre, cualquier error relacionado con el ejercicio de la profesión es únicamente mío.

Jan Neumann, ex agente del FSB, volvió a ayudarme a no equivocarme en lo relativo a Moscú, la lengua rusa y los servicios de inteligencia.

Frank Montoya leyó varias versiones del manuscrito, me ofreció valiosos consejos sobre el FBI y me salvó de cometer unos cuantos errores forenses.

Jenny Green señaló con claridad lo que había que corregir. Le agradezco una conversación sincera en una cocina de Galveston que ayudó a encauzar la historia.

Una vez más, Mike Green actuó como médico de cabecera del libro: gracias por tu asesoramiento en todo tipo de cuestiones, desde la tensión de un interrogatorio hasta problemas mucho más terrenales.

Y mi agradecimiento también a Joe L., por su ayuda en la elección del armamento de Peter e Irene, y a Gordon Corera, por sus ideas sobre los infiltrados rusos.

Son muchos los amigos que han leído versiones de esta novela y me han ayudado durante todo el proceso. Kent Woodyard, Erin Yerger, Becky Friedman, Jaclyn Edwards y Alex Blackwell dedicaron tiempo a leer el libro, hacer comentarios útiles y darme ánimos.

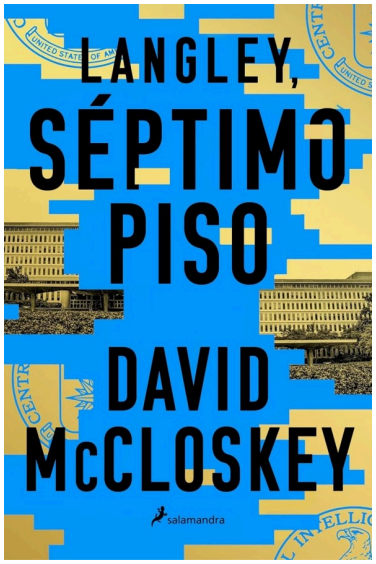
Quiero recordar también a mis hijos —Miles, Leo y Mabel—, que para alivio de su padre todavía no se interesan por los libros sin ilustraciones.

Y, en último lugar pero primero en importancia, mi amor y gratitud a mi mujer, Abby: primera lectora, defensora incansable, crítica firme (y tierna) y una musa de clarividencia prodigiosa. Sin ella este libro no existiría.

Toda tu vida has sido de la CIA. Y de repente, ya no lo eres.

El nuevo éxito internacional del autor de los *best sellers Estación Damasco y Moscú X*

«Una obra admirable. Un clásico instantáneo de la literatura de espionaje: una caza de topos totalmente contemporánea, pero impregnada de la mística y la paranoia de la Guerra Fría.»
Charles Beaumont



Un ruso llega a Singapur con un secreto valioso. Pero cuando es asesinado y Sam Joseph, el agente de la CIA encargado de la reunión, desaparece, Artemis Procter se convierte en el chivo expiatorio y es expulsada del servicio. Meses después, tras un intercambio de espías, Sam aparece en la puerta de Procter, en el centro de Florida, con una revelación explosiva: hay un topo ruso infiltrado en las altas esferas de la CIA.

Mientras Procter y Sam investigan, la lista de sospechosos crece e incluye tanto a los amigos más cercanos de Procter como a sus enemigos más feroces. La búsqueda los obliga a enfrentarse al oscuro pasado de Procter en la agencia, poniendo a ambos en la mira de un maestro del espionaje ruso que hará todo lo posible para proteger al topo desde Moscú y Langley, incluso si eso significa desencadenar un caos sangriento en Estados Unidos.

¿Qué ocurre cuando las amistades forjadas durante el duro entrenamiento, en las peligrosas misiones en el extranjero y en los

altos despachos de la CIA se ponen a prueba? ¿Podemos confiar realmente en las personas que creemos más cercanas? Entre los pasillos de Langley y el Kremlin, la nueva y emocionante novela de David McCloskey explora la naturaleza de la amistad en un mundo sin lealtades, y lo que significa amar un lugar al que no perteneces.

La crítica ha dicho:

«Tan absorbente como las dos entregas anteriores de esta exitosa serie. McCloskey es más un novelista que escribe sobre espionaje que un simple autor de *thrillers*.»
The Times

«Una magnífica serie de espionaje. McCloskey aporta un conocimiento impresionante del mundo de la inteligencia a una trama vibrante.»
The New York Times Book Review

«Altamente satisfactoria. Más allá de la emoción, los detalles del oficio y el ritmo trepidante, McCloskey plantea con sutileza cuestiones más profundas y conmovedoras sobre la amistad, el amor y la lealtad. Una apasionante lectura que consolida a McCloskey en la primera división de los escritores de espionaje.»
Financial Times

«Brillante. El mejor libro de McCloskey hasta la fecha.»
The Sun

«David McCloskey tiene un talento extraordinario para combinar humor, intriga y autenticidad en una novela de espionaje repleta de giros y brillantes técnicas del oficio. Tiene todo lo que se puede desear en una historia de espías.»
i.S. Berry

David McCloskey, máster en política energética y Oriente Medio por la Johns Hopkins School for Advanced Studies, trabajó como consultor de McKinsey & Company y analista de la CIA, donde escribió regularmente para el President's Daily Brief, prestó testimonio clasificado ante comités de supervisión del Congreso e informó a altos funcionarios de la Casa Blanca, embajadores, oficiales militares y miembros de la realeza árabe. En la Agencia, trabajó en estaciones de campo de la CIA en todo Oriente Medio. Es autor de las novelas *Estación Damasco*, *Moscú X*, *Langley, séptimo piso*, las tres publicadas por Salamandra, y *The Persian*. En la actualidad, vive en Texas con su mujer y sus tres hijos.



Título original: *The Seventh Floor*

Primera edición: mayo de 2026

© 2024, David McCloskey
All rights reserved
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o están usados de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos, escenarios o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial basada en el diseño original de Pete Garceau
Imágenes de la cubierta: © AFP / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de

cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-34-7

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Langley, séptimo piso

Primera parte. La brecha

1. Moscú, en la actualidad
2. Singapur
3. Langley, Virginia
4. Langley
5. Moscú
6. Langley
7. Langley
8. McLean, Virginia
9. Moscú

Segunda parte. Amigos queridos y enemigos del alma

10. Kissimmee, Florida. Tres meses después
11. Kissimmee
12. Kissimmee / I-95 norte
13. Crystal City, Virginia / Langley
14. Great Falls, Virginia
15. McLean, Virginia
16. Moscú
17. Clarendon, Virginia / Langley
18. Crystal City
19. Reston, Virginia
20. Washington D. C.
21. Langley / Crystal City
22. Alexandria, Virginia
23. Moscú
24. Moscú
25. Gettysburg, Pensilvania
26. Gettysburg

Tercera parte. Radicales libres

27. Dallas / Puerto Vallarta, México

28. Langley / Clarendon
29. Dallas
30. Las Vegas
31. Las Vegas
32. Las Vegas
33. Las Vegas
34. Dallas / Fort Worth / El Paso / Big Bend
35. Kissimmee
36. I-10 Este / I-75 Sur / Kissimmee
37. Kissimmee

Cuarta parte. Papilla de bario

38. Kissimmee / Orlando, Florida
39. Kissimmee
40. La Granja
41. I-95 Norte / Crystal City
42. Fairfax, Virginia / Crystal City
43. Moscú
44. París
45. Lacoste, Francia
46. Lourmarin, Francia / Lacoste
47. Lacoste
48. Lacoste
49. Lacoste
50. Lacoste
51. Lacoste
52. Lacoste / Lumières

Quinta parte. La jefa

53. Langley
54. Langley / Crystal City
55. Huyendo
56. Langley / Moscú
57. Shermans Corner, Minnesota. Unos meses más tarde
58. De camino
59. Volviendo a casa
60. París. Meses más tarde

61. Langley / Puerto Franco de Ginebra. Meses más tarde
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre David McCloskey
Créditos